CORINNE MICHAELS

AUTORA *BEST SELLER* DEL *NEW YORK TIMES*



La PROMESA



CHIC

Gracias por comprar este ebook.
Esperamos que disfrutes de la lectura.

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



La promesa

Corinne Michaels

Traducción de Sonia Tanco



Contenido

Portada
Página de créditos
Sobre este libro
Nota de la autora

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Epílogo
Escena extra

Agradecimientos
Sobre la autora

Página de créditos

La promesa

V.1: Febrero, 2025
Título original: *Keep This Promise*

© Corinne Michaels, 2023
© de la traducción, Sonia Tanco Salazar, 2025
© de esta edición, Futurbox Project S. L., 2025
Los derechos morales de la autora han sido reconocidos.
Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción total o parcial.

Diseño de cubierta: Sommer Stein, Perfect Pear Creative
Corrección: Andrea González, Sofía Tros de Ilarduya

Publicado por Chic Editorial
C/ Roger de Flor n.º 49, escalera B, entresuelo, oficina 10
08013, Barcelona
chic@chiceditorial.com
www.chiceditorial.com

ISBN: 978-84-19702-22-7
THEMA: FRD
Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

La promesa

Podría perderlo todo: su hogar, su nombre, su futuro

Cuando su marido, en su lecho de muerte, ruega a Sophie que huya con su hija a Rose Canyon, ella no entiende por qué, pero en cuanto ve a Holden James, comprende el motivo: su marido había encontrado al padre biológico de su hija.

Tres años atrás, Sophie había concebido a Eden tras pasar una noche con un extraño en Las Vegas, pero nunca supo nada de él. Ahora tienen la oportunidad de reconectar, aunque el tiempo del que disponen es incierto, pues el pasado de Sophie amenaza con destruir su futuro.

¿De quién huye Sophie? ¿Y qué quieren de ella?

Una novela fascinante de la autora *best seller* del *New York Times*

«Corinne Michaels es una maestra de la narración.»
Penny Reid, autora *best seller*

A Nina Grinstead, gracias por estar siempre de mi lado y darme una patada en el culo cuando lo necesito.

Nota de la autora

Queridos lectores:

Mi objetivo siempre es escribir historias de amor preciosas que os roben el corazón y tengan un impacto perdurable en vosotros. Sin embargo, quiero que todos vosotros os sintáis cómodos. Por eso, si queréis estar al tanto de las advertencias sobre contenido que puede resultar delicado para algunas personas, podéis acceder al enlace que hay a continuación y abrir el menú desplegable. Si no lo necesitáis, podéis continuar y espero que os guste este libro repleto de pedacitos de mi corazón.
https://corinnemichaels.com/books/give-me-love/

Capítulo uno

Sophie

—No, no, por favor, Theo, lucha —suplico a mi marido mientras le aprieto la mano—. Por favor, no te rindas.

Estruja la mía a su vez y trata de curvar los labios amoratados en una sonrisa.

—Sé valiente, Sophie. Tienes que serlo.

No puedo. No sé cómo sobrevivir en un mundo del que él no forme parte. Theodore Pearson ha sido mi mejor amigo desde que teníamos nueve años y mi marido durante los últimos tres y medio. Me salvó entonces, y ahora yo no puedo hacer lo mismo por él. Le falla el corazón y ya no hay posibilidad de trasplante.

—¿Cómo voy a vivir sin ti?

—Eres… —jadea y cierra los ojos antes de obligarse a abrirlos de nuevo para mirarme—. Eres más fuerte de lo que crees. Encuentra a alguien que te quiera como yo nunca pude quererte, Sophie. Tienes que ir a por Eden y marcharte.

Sacudo la cabeza. No deja de repetir eso, pero no pienso dejarlo. No ahora. No cuando se está muriendo, literalmente.

—No vas a conseguir que te abandone, Theo.

He permanecido a su lado, rezando para que ocurriera un milagro que sabía que nunca llegaría. Theo nació con una cardiopatía congénita. Lo operaron a corazón abierto por primera vez cuando solo tenía siete años. A los once, lo volvieron a operar. La última intervención fue hace un año y después lo pusieron en la lista de espera de trasplantes. Llevamos esperando y rezando desde entonces, pero no ha habido donantes compatibles.

Se le termina el tiempo y quiere que me vaya y lo deje morir solo.

No puedo.

—Si… me quieres… tienes que… —Theo tose varias veces y después inhala profundamente—… irte.

Nada tiene sentido, pero hace tres días empezó a exigirme, sin explicación alguna, que hiciera las maletas. Solo me dijo que era cuestión de vida o muerte, así que hice lo que me pedía para tranquilizarlo. Sin embargo, es una locura, no pienso abandonarlo en el lecho de muerte.

Me aparto de él, confundida, porque no deja de decir cosas desconcertantes.

—¿Por qué? ¿Cómo puedes querer que me vaya justo ahora?

Una lágrima resbala por su mejilla.

—Porque vendrá a por ti.

—¿Quién? ¿Quién va a venir? Lo que dices no tiene sentido.

Theo estira la mano hacia mí y entrelaza sus dedos con los míos.

—Eres mi mejor amiga, Sophie. Cuando te quedaste embarazada, me casé contigo, cuidé de ti e hice todo lo que pude para protegerte. Ahora te pido que hagas esto por mí: llévate a Eden y sigue las instrucciones.

Me tiembla la barbilla cuando trato de contener las lágrimas.

—Sí, hiciste todo eso por mí, pero ¡fue idea tuya! Yo no te pedí nada. Eres mi mejor amigo, Theo. Con todo lo que has hecho por mí, ¿quieres que te deje morir solo?

—Sí, tiene que ser así.

—No lo dices en serio. No puedo irme ahora. Me niego a… No puedes pedirme algo así.

—No estaré solo.

—Sí lo estarás.

Sus padres no vendrán, se distanciaron de Theo hace seis años, cuando se negó a trabajar para su padre. No estaban de acuerdo con las decisiones que tomó, así que no sabemos nada de ellos desde entonces. Los llamé hace una semana, les dejé un mensaje explicándoles desesperadamente la situación, y la asistenta de su madre me devolvió la llamada para decirme que habían salido del país y que le enviarían flores. Son personas horribles.

—Nunca te he pedido mucho, Fee. —Que utilice mi apodo de la infancia hace que se me escape una lágrima—. Me lo debes por haberme obligado a casarme contigo.

Se me escapa una carcajada, pero se parece más a un sollozo.

—Siempre habías querido estar conmigo.

Pone los ojos en blanco.

—Nunca tuvimos esa clase de relación, amor.

No, la verdad es que no, pero cuando volví embarazada de Las Vegas, Theo no vaciló en ofrecerse a casarse conmigo y criar a Eden como si fuera su hija. Nuestro matrimonio es una cuestión de imagen, y nunca ha pasado nada entre nosotros. En parte, porque no soy la mujer a la que ama, aquella a la que nunca pudo tener porque se casó con otro hombre.

Es como un hermano para mí, nada más.

—No habrías podido conmigo en la cama.

Theo se ríe.

—Creo que lo has dicho al revés.

Me tumbo a su lado y le rodeo el pecho con el brazo, con cuidado de no tocar ningún cable. Me tiembla la barbilla y no dejo de llorar.

—Te amo.

—Y yo a ti. Y por ese amor puedo morir en paz, así que tienes que dejarme ir y marcharte antes de mi último aliento.

Sacudo la cabeza con rebeldía. No quiero dejarlo, no quiero que muera en esta habitación, solo. Eden y yo lo amamos y deberíamos estar con él en sus últimos momentos. Ha sido un padre maravilloso para ella y lo es todo para mí.

—Me pides que haga lo imposible.

—Mírame, Fee. —Con los ojos anegados, lo hago—. Nada es imposible cuando se trata de amor. Tienes que… Tienes que irte. No porque quieras, sino porque tengo que protegeros a ti y a Eden. Sigue todas las instrucciones.

—¿Qué instrucciones?

—Las que encontrarás por el camino.

—Estás siendo demasiado críptico.

Theo utiliza las fuerzas que le quedan para inhalar profundamente y su pecho se eleva con la bocanada. El final se acerca.

—Vete.

Un sollozo me sube a la garganta, pero hago lo imposible por contenerlo.

—¿De qué tienes tanto miedo? ¿De quién intentas protegerme?

Cierra los ojos y empieza a respirar con dificultad.

—Nos quedamos sin tiempo, por favor.

La forma en que se le quiebra la voz al final de la frase hace que mi determinación se desmorone. Quiero oponerme, negárselo y quedarme a su lado, donde prometí que estaría, pero ¿cómo puedo hacerlo? Theo me está pidiendo que me vaya. Me suplica que lo escuche y es evidente que algo está mal.

—¿Tanto miedo tienes?

—Sí, de él.

—Si me voy, tienes que prometerme que me perdonarás, que sabes que no quería irme, que lucharía contra cualquier cosa por ti. Renunciaste a tu vida por mí cuando estaba embarazada de Eden y te lo debo todo.

—No me debes nada. Me diste una niña a quien amar, y sabes que yo no habría podido tener otra hija con nadie más.

La enfermedad cardíaca de Theo es genética, y supo desde que era joven que nunca se arriesgaría a tener hijos y que heredaran la enfermedad. Eden fue una bendición que no esperaba y él fue el salvador que nunca pensé que necesitaría.

—No quiero despedirme de ti.

Me acaricia la mejilla.

—Nosotros nunca nos despedimos. Los mejores… amigos… —Theo da una bocanada y luego me sonríe—. Nunca se separan.

Apoyo la frente en la suya mientras mi corazón se amotina en contra de lo que me ha pedido que haga.

—Todavía espero que venga el médico y nos diga que hay un corazón.

—No hay un corazón para nosotros, Fee.

Lo sé. Aun así, lo deseo.

—Podría darte el mío.

—Ojalá pudiéramos compartirlo.

Otra ronda de lágrimas me resbala por el rostro, salpicando su pecho.

—¿Adónde voy a ir? —le pregunto.

—A un sitio seguro. Con alguien que te protegerá como yo no he podido hacerlo.

Theo es la persona más rica que he conocido, no me entra en la cabeza que no pueda permitirse contratar a alguien que me proteja en Inglaterra. Además, no me ha explicado nada, no entiendo cuál es el peligro que nos acecha o por qué Eden y yo tenemos que irnos. No me ha contado nada y nos quedamos sin tiempo. Por el amor de Dios, ni siquiera puedo pelearme con él y exigirle respuestas teniendo en cuenta lo mucho que le cuesta respirar.

Una parte de mí se pregunta si el peligro siquiera es real, a pesar de que él lo asegura.

—No quiero pasar el último momento que nos queda juntos discutiendo. Me dices que estoy en peligro y te creo, pero nada de esto tiene sentido. Haré lo que me pides porque siempre me has querido más de lo que merecía y nunca me has mentido. —Aunque está claro que no ha sido del todo sincero conmigo, ya que por primera noticia oigo que nuestras vidas corren peligro.

—Mírame. —Levanto la cabeza—. Mereces más de lo que he podido ofrecerte. Mereces más que el amor de un hermano o amigo, tienes que encontrar a alguien que te haga feliz, que quiera a Eden como a una hija. Prométemelo.

No quiero prometérselo, pero se muere y tampoco quiero negarle nada.

—Te lo prometo.

Me sujeta las manos entre las suyas y las estrecha.

—Cumple la promesa, Sophie. Y ahora vete. Vete y sigue las instrucciones. Todas, al pie de la letra.

Me inclino hacia él y poso mis labios sobre los suyos. Puede que nunca nos hayamos sentido atraídos sexualmente, pero siempre hemos sido cariñosos.

—Eres mi mejor amigo.

—Y tú la mía.

—Le hablaré a Eden de su padre. No permitiré que desaparezcas de nuestras vidas.

Cierra los ojos y le tiemblan los labios.

—Velaré por las dos desde arriba. —Sorbo por la nariz cuando las lágrimas empiezan a caer con más fuerza y me tiemblan las manos. No puedo hacerlo. Me resulta imposible—. Ve con cuidado, no quiero morir sabiendo que seguís en peligro. Por favor, hazme caso.

Jadeo, cada vez me resulta más complicado respirar. Theo nunca me ha hecho daño, jamás. De niños, era mi protector. Cuando mi madre empeoró, Theo estaba allí para impedir que me desmoronara. Siempre nos hemos sacrificado el uno por el otro, tengo que concederle esto, aunque me esté matando.

Hago de tripas corazón, aunque siento que me voy a romper en cualquier momento, y me obligo a ponerme en pie y arroparlo mejor. Puedo fingir que volveremos a vernos. Tengo que hacerlo para poder irme.

—Te quiero —digo con voz entrecortada.

—Te quiero, y amo a Eden. Lo siento, Fee. Siento no haber sido mejor hombre, siento dejarte con este lío, pero he intentado por todos los medios mantenerte a salvo, y ahora tienes que hacer exactamente lo que te diga.

Me limpio las lágrimas y asiento.

—De acuerdo.

Recoger mis cosas es una agonía, pero si Theo está tan preocupado, a lo mejor yo también debería estarlo. Eden es mi vida y no voy a permitir que le hagan daño.

Cuando me dirijo a la puerta es como si llevara anclas en las suelas de los zapatos, y me detengo para volver a mirarlo una vez más. Esboza una sonrisa torcida con los labios agrietados y el rostro cetrino. No voy a recordarlo así. Recordaré al niño que me dejó su mochila cuando la mía se desgarró. O al adolescente que se ofreció a acompañarme al baile porque mi novio me había dejado la noche anterior. Y al hombre que se casó conmigo y crio a mi hija tras quedarme embarazada una noche de borrachera en Las Vegas, de un hombre al que no conocía de nada. Y, después, recordaré a este hombre que, en su lecho de muerte, decidió pensar primero en nosotras y en protegernos del enredo en el que se encontraba, aunque yo no entendiera la situación.

—No pasa nada —asegura Theo.

Sí que pasa, pero me obligo a sonreír antes de llevarme las manos a los labios y lanzarle un beso.

—Te habría dado mi corazón.

Theo sonríe.

—Tienes el corazón negro y cínico, no habría sobrevivido a mi alma optimista.

La risa brota de mis labios, como las lágrimas de mis ojos.

—Descansa, Theo, todo irá bien.

Me doy la vuelta y echo a correr por el pasillo, porque sé que, si paro, volveré con él. No veo a nadie mientras me voy del hospital, pero Martin, el chófer, está esperándome y me abre la puerta del coche negro. Me lanza una mirada cómplice, sus ojos marrones están llenos de tristeza.

Cuando se acomoda en el asiento del conductor, lo miro por el retrovisor.

—Ya está. Tengo que volver a casa.

Y averiguar adónde iré a continuación.

Capítulo dos

Sophie

—No lo entiendo —le digo a Martín después de ver los billetes de avión que acaba de entregarme—. ¿Por qué tengo que irme a Nueva York?

—No lo sé, señora Pearson, son las instrucciones que he recibido.

Quiero ponerme a gritar, estas instrucciones no tienen sentido. No conozco a nadie en Nueva York. No tengo familia o amigos en Estados Unidos. No tengo nada allí y ya he perdido demasiado. Hace dos horas me han llamado del hospital para informarme de que Theo ha fallecido. Se ha ido, y una parte de mi corazón se ha marchado con él. Después, la enfermera me ha dicho que sus últimas palabras han sido: «Sophie, vete».

Estoy en el aeropuerto, a punto de dejar atrás mi vida para empezar una nueva, sin tener ni idea desde dónde acecha el peligro.

Llevo a Eden dormida en brazos, por ella hago todo lo posible para no perder la compostura.

—¿Qué significa que esas son las instrucciones que has recibido? ¿Nada más? ¿Adónde voy? Theo me dijo que tenía que seguir sus instrucciones, ¡pero no me ha dado ninguna! —Exhalo y me esfuerzo por mantener la calma, no es culpa de Martin. Él solo me ha dicho lo que sabe—. Lo siento. Estoy…

—Lo entiendo, pero lo único que me han dicho es que le dé los billetes.

Supongo que esa es una instrucción.

—De acuerdo. Entonces ayúdame a entrar, por favor. —Parece incómodo ante mi petición. Levanto la cabeza para mirarlo a los ojos —. ¿Pasa algo, Martin?

—No puedo entrar con usted.

—¿Qué?

—Me despidieron en cuanto salió del coche.

Me quedo boquiabierta.

—¿Quién?

—El señor Pearson. Si no sigo las instrucciones que me dio, no recibiré la muy… generosa indemnización que me corresponde.

Por Dios, lo dice en serio. Quiero preguntarle cómo sabría alguien si me ha ayudado, pero Eden levanta la cabeza.

—Mami, ¿dónde estamos?

Le acaricio la espalda y la mezo con suavidad para que vuelva a dormirse.

—Estamos en el aeropuerto. Nos vamos de vacaciones, ¡ya verás qué divertido!

Sacude la cabeza. No, yo tampoco me lo creo, pero aquí estamos.

—¿Papi?

Oír esa simple palabra hace que quiera desmoronarme.

—Solo nosotras, cielo. Solo nosotras.

Porque tu padre se ha ido y no volverás a verlo nunca más. No puedo decírselo. No solo porque soy incapaz de pronunciar las palabras, sino también porque no quiero hacerle daño de ese modo. No cuando la estoy sacando a la fuerza de la vida que conoce.

Me vuelvo hacia Martin.

—Pues será mejor que sigas las instrucciones.

—Gracias, señora.

Deja las maletas en la acera y me dan ganas de echarme a reír, porque es imposible que yo sola pueda cargarlas todas con Eden en brazos. Pero así están las cosas.

—¿Me puedes traer un carrito? No quiero dejar el equipaje sin supervisión…

Martin esboza una sonrisa triste y después levanta una mano. Alguien se acerca a nosotros y Martin le entrega una buena propina para que nos traiga un carrito.

—Tengo que irme. Lo siento muchísimo, señora Pearson. Lo… lo lamento.

—Theo te quería mucho —respondo—. Confiaba en ti y eras importante para él.

Martin baja la mirada.

—Por eso debo irme. Me dejó muy claros sus deseos y me dijo que era de vital importancia que hiciera lo que me pedía.

—Sí, conmigo también fue así de contundente.

El hombre se acerca a nosotros y me ayuda a cargar las bolsas. Le doy las gracias y Martin se aproxima a mí para darme un insólito abrazo.

—Tenga cuidado, Sophie. —Cuando le da un beso a Eden en la coronilla, me fijo en que tiene los ojos llenos de lágrimas.

Martin ha sido nuestro chófer personal durante casi cuatro años. Fue quien me llevó al hospital cuando me puse de parto, quien procuró que Eden estuviera segura en su primer viaje en coche y, seguramente, será el último rostro familiar que vea en mucho tiempo. Lo echaré de menos.

Me obligo a sonreír y a despedirme de otra persona hoy.

—Cuídate.

Cuando vuelve a estar en los confines del coche, dejo a Eden de pie en el suelo y tomo su mano. Ha llegado el momento de ser valiente y empezar la nueva vida que Theo nos ha planeado sin decírmelo porque puede que estemos en peligro de muerte.

Suspiro, ya que es lo único que puedo hacer, y entro al aeropuerto.

Llegamos al principio de la fila y, al mirar los billetes para facturar el equipaje, me fijo en que el número de los asientos no tiene sentido y la fecha está mal.

Genial, tendré que ir al mostrador y pedir que me lo solucionen. Por suerte, no hay mucha cola y me atienden en cuestión de minutos.

—Hola, señora, ¿en qué puedo ayudarla? —me pregunta una mujer preciosa, con una melena larga y castaña.

—Hola, mi hija y yo tenemos que coger un vuelo a Nueva York, pero uno de los billetes tiene la fecha incorrecta y nos han dado asientos separados. Como ve, es una niña.

Dejo los billetes sobre el mostrador. La mujer los mira.

—Es verdad, ¿tiene la confirmación del vuelo?

—No, lo siento. Los compró mi marido. —Le entrego los pasaportes—. Aquí puede verificar nuestros nombres también.

—Deje que eche un vistazo. —Suzanna, según su placa identificativa, escribe algo en el ordenador y después pestañea—. Oh, aquí está el problema. Han cambiado el destino hace unas dos horas.

—¿Cómo?

—Sí, parece que no viaja a Nueva York. Me temo que tiene los billetes antiguos. Estos han sido cancelados y han comprado otros esta misma mañana.

No tengo ni idea de qué significa eso, pero sonrío y asiento. No me importa adónde vayamos siempre y cuando esté en el mismo vuelo que Eden.

—Deje que le imprima las nuevas tarjetas de embarque y le facture las maletas. —Suzanna vuelve a escribir y después me entrega los billetes nuevos—. Aquí tiene.

Reviso las tarjetas de embarque, que son varias, porque, al parecer, haremos escala en Atlanta antes de coger un vuelo a… Las Vegas.

¿Está de coña? Tiene que estarlo si piensa hacerme volver a Las Vegas. ¿Para qué? La última vez que estuve allí, acabé embarazada.

Todo el cuerpo me pide que me resista y que me arriesgue a quedarme aquí, pero me doy la vuelta y reconozco a alguien. Tiene una cara muy común, es un hombre como cualquier otro, pero recuerdo haberlo visto por nuestra casa hace alrededor de un año. Había algo en su mirada, algo que me preocupó.

Además, recuerdo en qué estado se encontraba Theo después de que el hombre se marchara. Estaba alterado y, cuando le pregunté por lo ocurrido, me dijo que olvidara que lo había visto.

Me pareció raro, pero Theo no volvió a hablar del asunto, así que decidí dejarlo pasar y olvidarme de ello.

Siento una angustia punzante, por lo que me vuelvo hacia la mujer.

—Gracias. Si alguien pregunta, por favor, dígale que vamos a Nueva York. —Echo un vistazo por encima del hombro y, cuando vuelvo a mirar a Suzanna, ella asiente.

Se forma una especie de conexión tácita entre nosotras.

—Todos huimos de algo, cielo.

Sí, supongo que sí, aunque yo no tenga ni idea de qué huyo ni adónde me dirijo.

Eden y yo nos dirigimos hacia el control de seguridad, ya no veo al hombre, y empiezo a plantearme si estoy perdiendo el contacto con la realidad cuando alguien se choca contra mí desde el lateral y me vuelca el equipaje de mano.

—Lo siento mucho.

—No pasa nada… —Entonces, veo que es él, el hombre de antes, y el nudo del estómago se me acrecienta. Sonríe y me recoloca el equipaje.

—Eres Sophie, ¿verdad?

El corazón me late a mil por hora, pero disimulo la ansiedad y asiento.

—Sí, ¿nos conocemos?

—Eso pensaba. Sí, nos conocimos hace unos meses. Soy amigo de Theo, ¿está por aquí?

No sabe que ha muerto.

—No, no viaja con nosotras.

Noto que no me ha dicho cómo se llama. No lo recuerdo, pero sigue acercándose y tengo que mantenerme firme y dejar de retroceder.

—Qué mala suerte, intenté hablar con él el otro día.

—Ah, ¿sí? ¿Cuál es tu nombre? Puedo llamarlo y decirle que intentas ponerte en contacto con él.

—Joe.

—Vale, Joe… ¿Tienes apellido? —Mantengo el tono tranquilo y suelto una risita para ocultar el nerviosismo.

—Webb.

Joe no ha hecho o dicho nada que parezca fuera de lo normal, pero… hay algo, aunque no pueda explicarlo. Me siento incómoda, y he tenido un día muy duro.

—Se lo diré. Ahora, si me disculpas… —Intento rodearlo, pero vuelve a moverse.

—Quería preguntarte, ¿qué tal fue la cena benéfica de anoche?

Eden intenta soltarme la mano y utilizo la distracción para apartar la mirada de él. Cuando miro por encima de la niña, descubro que alguien más a quien también he visto en casa se acerca a nosotros. Fue hace unos dos meses y vino a traerle un paquete a Theo.

Algo está mal.

No es una coincidencia. Por primera vez desde que Theo me contó que estábamos en peligro, lo creo.

Cojo a Eden en brazos sin soltar la maleta.

—Tengo que irme. Lo siento, pero vamos a perder el vuelo.

Me escabullo en dirección contraria al segundo hombre cuando veo que un tercero se dirige a nosotras. Su mirada se encuentra con la mía y gira la cabeza bruscamente, como si no quisiera que le viera la cara. Están cada vez más cerca, tengo que irme… Ya.

Avanzo por el centro del pasillo, rezando para salir de esta.

Theo, Dios, o quienquiera que sea, debe de estar vigilándonos desde arriba, porque un policía pasa cerca. Lo llamo y se detiene.

—Sí, señora, ¿puedo ayudarla?

Me esfuerzo por regular la respiración mientras me invade una oleada de alivio.

—¿Podría ayudarme? Mi hija está enferma y tengo que ir al control de seguridad. Le agradecería mucho que se quedara conmigo por si hay algún problema.

Me mira como si estuviera como una cabra, lo cual es probablemente cierto ahora mismo, pero acepta a regañadientes.

Cuando miro por encima del hombro, los tres hombres nos observan y agradezco que nos alejemos de ellos.

* * *

—Hola, señora Pearson.

Un hombre se nos acerca y decido aferrar a Eden contra mi pecho. Nadie debería saber que estamos en Las Vegas. Después del susto en Londres he estado volviéndome loca y han sido cuatro días de viaje muy largos y agotadores. Sacudo la cabeza.

—Lo siento, se equivoca de persona. —Tengo que practicar más el acento americano, pero lo he hecho lo mejor que he podido. Ha sonado a algo entre *Los Soprano* y un pirata. El hombre sonríe.

—Soy Jackson Cole. Me ha contratado su marido, Theo Pearson. —Me enseña una especie de identificación, pero, hasta adonde a mí me concierne, podría ser uno de los hombres peligrosos que me persiguieron en Londres y esto ser una treta. Sacudo la cabeza y empiezo a alejarme de él, pero, antes de que me haya ido demasiado lejos, vuelve a hablar—. Me dijo que le dijera… «taco de cabra».

Noto que el corazón se me calma un poco.

—¿Disculpe? ¿Qué acaba de decir?

—«Taco de cabra». —Jackson se encoge de hombros—. Nunca pregunté el motivo, pero me aseguró que usted sabría lo que significa.

Intento relajar mi temblorosa barbilla.

—Lo sé, y si se lo dijo él… Bueno, eso ya es algo.

Significa que es de fiar. Mientras Theo estuvo ingresado en el hospital de niño, nos inventábamos juegos o bromas que solo conocíamos nosotros. Un día, había tacos en el menú y Theo y yo, haciendo el tonto, nos inventamos que había cabra para comer. Aquello se convirtió en una broma recurrente entre nosotros cada vez que uno de los dos estaba disgustado. La utilizábamos para hacer reír al otro.

—Soy el propietario de una de las empresas de seguridad de élite de los Estados Unidos. Su marido contrató nuestros servicios hace tres años con un anticipo, por si esto acababa siendo necesario.

—¿Por si acababa siendo necesario, el qué?

—Que la protejamos y le demos respuestas.

Por fin alguien iba a explicarme qué estaba sucediendo.

—¿Qué respuestas tiene, señor Cole?

—Cuando lleguemos al coche le contaré lo que pueda. ¿Me permite que la ayude con las maletas primero? —pregunta.

Aprecio la oferta más de lo que imagina. Tuve que apañármelas sola en Atlanta y por aduanas. Después descubrí que no viajábamos a Las Vegas, sino que íbamos a coger un tren hasta Charlotte, desde donde se suponía volaríamos hasta Vegas. Cuando llegamos a la puerta de embarque, nos informaron de que habían cancelado el vuelo y teníamos que ir al mostrador de atención al cliente para recibir más información. No esperaba que Carol, una amiga del trabajo de Theo de Atlanta, nos estuviera esperando allí para darnos nuevas instrucciones y acompañarnos a un coche. Nos llevaron a otro aeropuerto, en el que nos esperaba un avión privado que sí nos llevaría a Las Vegas. Ha sido una pesadilla y Eden y yo hemos tenido, como mínimo, dos pataletas cada una. Estamos agotadas y la idea de seguir así nos supera.

Aunque preferiría que me diera las respuestas primero, es un gesto de amabilidad que necesito.

—Me vendría genial, muchas gracias.

Jackson lleva las maletas mientras yo recorro el aeropuerto con Eden hasta un todoterreno negro con ventanillas tintadas. Aminoro la marcha porque no conozco al hombre y no tengo ni idea de adónde vamos. ¿Y si es de los malos?

Abre el maletero y mete las maletas mientras yo me quedo allí plantada, planteándome si debería darme la vuelta y echar a correr.

—¿Qué garantías necesita? —pregunta Jackson.

—¿Cómo?

—Parece preocupada y lo entiendo. Está en un país nuevo, no sabe muy bien qué ocurre, su marido ha muerto y no me conoce. Me preocuparía que no tuviera dudas. No pretendo obligarla a subir al coche, Sophie. Quiero que confíe en que las protegeré, a usted y a su hija, que es para lo que me contrataron.

Me toqueteo el labio inferior y después encuentro las palabras que buscaba.

—Tiene que decirme adónde vamos y en qué estaba metido mi marido exactamente.

—Iremos a Idaho, donde nos reuniremos con un miembro de mi equipo. Él les conseguirá nuevas identidades a usted y a Eden y después las escoltará hasta donde Theo quería que se quedaran.

—¿Por qué no nos acompaña usted?

Jackson sonríe con tristeza.

—No puedo. Por el momento, debo evitar el lugar que eligió.

—¿Hizo usted algo ilegal allí? —pregunto.

—No, pero tengo amigos que sospecharían si me presentase allí al mismo tiempo que usted, y eso las dejaría a usted y a Eden vulnerables, así que no lo haré. Se requeriría una mentira muy elaborada y eso no es factible. Las mentiras siempre acaban saliendo a la luz. Debemos adherirnos a la verdad en la medida de lo posible y evitar complicaciones.

Me echo a reír.

—Ni siquiera sé cuál es verdad.

—Quizá sea lo mejor. La ignorancia puede ser su salvación. ¿No es mejor que no sepa nada si la interrogan?

Aparto la mirada porque mi frustración no va más que en aumento y amenazan con desbordárseme las lágrimas.

—¿Cómo se sentiría si esta fuera su vida, señor Cole? Su mejor amigo muere y no puede ni sostener su mano en su último suspiro. Después, le piden que lo deje todo atrás, sin contexto ni dinero. Se sube a un avión porque tiene que ir a un lugar en el que nadie lo conozca y acaba en un sitio del que no tiene muy buenos recuerdos

solo para que le digan que tiene que marcharse otra vez. Es como si…

Jackson se apoya en la parte trasera del vehículo.

—¿Como si qué?

Resoplo.

—Como si intentáramos evadir todo lo que soy.

—Es exactamente lo que estamos haciendo. Alguien podría haberla rastreado nada más aterrizar. Los trayectos que está realizando son para asegurarnos de que, si alguien la está vigilando, como Theo pensaba que podía suceder, ya le haya perdido la pista. Viajar en coche, cambiar sus identidades y volver a movernos nos permite borrar todavía más el rastro para que así no tenga que seguir huyendo.

Eden levanta la cabeza cuando la muevo.

—Tengo hambre, mami.

—Lo sé, cariño. Iremos a por comida, te lo prometo.

Mira a Jackson.

—Hola.

—Hola, Eden. Me llamo Jackson. —Le sonríe.

Eden entierra la cabeza en mi cuello y esbozo una sonrisa.

—Le cuesta un poco coger confianza.

—Lo entiendo. Tengo dos hijas.

Por algún motivo, eso me reconforta.

—Y si fuera su hija la que estuviera mi pellejo, ¿qué haría?

Jackson se cruje los nudillos.

—Lo triste es que mi mujer y mis hijas son conscientes de que su mundo podría venirse abajo en cualquier momento. Mi trabajo conlleva sus riesgos y nos preparamos para afrontarlos, que es lo que hizo Theo. El error que cometió fue no compartir los riesgos con usted y con Eden hasta antes de morir, algo con lo que estoy en absoluto desacuerdo. Si usted fuera mi mujer o mi hija, le diría que confiara en su instinto. Si cree que miento o que soy una amenaza, no entre en el coche, pero si confía en mí y le basta con la frase que le he dicho al principio, tenemos que irnos.

Mi instinto. Dios, no sé qué pensar, pero sabe lo de los tacos. Eso tiene que significar algo, ¿no?

Doy un paso hacia él y abre la puerta trasera. Hay una sillita para Eden, así que la ato y me dirijo al otro lado del coche para sentarme junto a ella.

—Estoy confiando en usted, señor Cole. Por favor, no haga que me arrepienta.

Capítulo tres

Holden

—¿Otro más? —pregunto a la enfermera jefa que entra mientras recojo mis cosas para terminar la jornada. Vamos ayudar a Blakely, la mujer de Emmett, a trasladarse a su nuevo despacho en la calle principal y, como siempre, voy tarde.

Se encoge de hombros y me entrega algo.

—Parece que alguien te quiere mucho.

Nadie me quiere. Soy un divorciado adicto al trabajo que se niega a aceptar el amor o tomarse un descanso. O, por lo menos, eso es lo que dice Mamá James, la mejor tía del mundo, cada vez que saca el tema, que es a diario.

—¿Has guardado la caja? —pregunto al coger el paquete.

Me fulmina con la mirada.

—¿Te parece que trabajo en el mostrador de recepción?

Suspiro.

—Tienes muchas agallas.

—Doctor James, soy la enfermera jefa de una de las plantas más activas del hospital. Me ocupo del personal, de los médicos, de los pacientes y de las familias. Tengo una horda de responsabilidades y mi sueldo no es acorde a ellas. Por no mencionar que la mayoría de los médicos trata a mi equipo como a la mierda de sus zapatos. Las agallas surgen de años de hostilidad acumulada hacia la gente que cree que tengo tiempo para ocuparme de recaditos. Y, sin embargo, lo único que a ti te importa ahora mismo es que me niego a ocuparme del paquete en el que venía un regalo.

Intento que la bronca no me resulte cómica, porque gran parte de lo que ha dicho es cierto. La pisotean en todos los turnos. Yo soy uno de esos médicos que respeta y admira a los enfermeros. Trabajan más duro que la mayoría y no reciben el reconocimiento

que merecen por ello. Aun así, soy nuevo aquí y tengo que asegurarme de que no me pisoteen a mí.

—Lo entiendo, solo era una pregunta. No os trato ni a ti ni a tu equipo como algo que se me haya pegado en el zapato. Valoro al personal de enfermería y agradecería recibir el mismo trato a cambio. No subestimo vuestro trabajo, sé lo que hacéis por mí y por los demás médicos.

Baja un poco los hombros.

—Gracias por tus palabras.

—Lo digo en serio, Trina, sois los que hacéis que el hospital se mantenga a flote y que los doctores quedemos bien.

Se le escapa una sonrisa.

—Preguntaré por la caja.

Levanto la mano.

—No hace falta. Seguro que no nos diría gran cosa y tienes… —Intento recordar lo que ha dicho y sonrío cuando me viene a la mente—. Una horda de responsabilidades. No quiero añadir otra más a tu lista.

A Trina se le humedecen los ojos, pero debe de ser la luz, porque todo el mundo dice que solo es capaz de sentir una emoción… La irritación. Sacude la cabeza y la humedad en sus ojos desaparece.

—Eres el hombre más listo que conozco, doctor James.

—¿Puedes repetirlo en unos treinta segundos? —pregunto mientras rebusco en el escritorio.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Tengo que buscar la grabadora para reproducirlo cada vez que alguien diga lo contrario.

Ella se carcajea y le sonrío. Nunca olvido el consejo de Mamá James sobre atraer a las moscas con miel. Trato a todo el mundo con respeto y espero que sea recíproco. Como residente, aprendí también que los enfermeros son tus mejores aliados. Lo oyen todo, se acuerdan de todo el mundo y pueden salvarte el culo cuando lo necesitas. Y lo he necesitado.

Aunque nunca me había ganado a una enfermera jefa con tanta rapidez. Son huesos duros de roer, pero… venga, aceptaré la victoria.

—Debería volver —dice, mientras mira hacia la puerta.

—Gracias por traérmelo.

—De nada.

Trina se va y me siento en el escritorio para volver a leer la postal. Desde que volví a Rose Canyon mi vida ha sido… rara. Primero asesinaron a mi mejor amigo, su hermana perdió la memoria, la recuperó y se casó con mi otro mejor amigo, Spencer. A todos nos sorprendió, porque nadie sabía ni que estuvieran saliendo. Unas semanas más tarde, descubrí que mi otro mejor amigo, Emmett, también nos ocultaba cosas, porque su puñetera mujer se presentó en el pueblo.

Y, por si todo eso fuera poco, empecé a recibir estos paquetes tan raros.

El primero contenía una miniatura de la torre Eiffel y una postal del Gran Cañón. El segundo paquete llegó después del incidente en el que dispararon a Emmett, y traía una postal de Las Vegas con la misma redacción que la primera postal, y la estatuilla de una pirámide egipcia. Pero este último…, este último es distinto. Contiene un recuerdo del Big Ben, sin nada en común con los otros dos regalos, excepto el hecho de que ninguno tiene sentido, y una postal que reza:

El paquete está a punto de llegar y tienes que recogerlo.
8675300183.

¿Qué puto paquete? Gruño y lanzo la postal sobre el escritorio.

—¿Va todo bien? —pregunta una voz femenina desde la entrada.

—Hola, Kate. Sí, todo bien.

La doctora Kate Dehring es la nueva jefa de la unidad de salud mental. Intenté convencer a mi amigo Mike Girardo, el médico que ayudó a Brielle cuando perdió la memoria, de que se quedara, pero

el hospital no cumplía con sus requisitos salariales. Por suerte, llegó Kate y ha hecho un montón de cambios, todos para mejorar.

El hospital no está mal, pero apenas tiene presupuesto.

—Pagaría por escuchar lo que estás pensando.

Me río y entra en la consulta.

—No podría cobrarte mucho. ¿Qué te trae por aquí?

Kate le da unos toquecitos al escritorio y suspira profundamente.

—Necesito consejo.

—Menudo cambio debe suponer para ti, normalmente eres tú la que lo ofreces.

Sonríe y se acomoda de lado el pelo largo y castaño.

—Es cierto, pero el experto en este ámbito eres tú.

—Siéntate. ¿En qué puedo ayudarte?

—Quiero crear un programa infantil en el centro juvenil en el que trabaja tu amiga. Sería para ayudarlos a lidiar con los problemas de la vida y también con el duelo. La gente no suele pensar en los niños y sé que cuando tu amigo murió no habían muchas opciones para recibir terapia. Me gusta la idea de organizar algo así para los niños.

Me reclino en la silla.

—El instituto consiguió buenos psicólogos para los alumnos.

—Sí, por eso estaría bien que pudiéramos tratar varias áreas de conflictos familiares, el duelo, la exposición a las drogas y a la violencia… Ya sabes, cosas muy comunes.

—Podría comentárselo a Brielle —ofrezco.

—Sería maravilloso. Inicié un programa similar en Texas y muchas familias agradecían tener un lugar al que acudir en busca de ayuda y orientación.

—Me gusta la idea. Veré qué puedo hacer.

Kate se pone en pie.

—Gracias, Holden, te lo agradezco.

—De nada. He quedado con mis amigos ahora, así que se lo mencionaré a Brielle.

Cojo el abrigo y salgo del hospital antes de que llegue el misterioso paquete. No me gustan los juegos, ya he tenido suficientes a lo largo de esta vida. De camino a la oficina nueva de Blakely, intento olvidarme del tema y concentrarme en ayudar a mis amigos.

Me ponen a trabajar en cuanto llego. ¿En qué? En montar el escritorio.

¿Qué pasa con las instrucciones de los muebles? ¿Son confusas e imposibles de entender a propósito? Añaden un tornillo de medio milímetro al paquete sin especificar nada y, de algún modo, tenemos que saber dónde va. Y, para colmo, es de esa tienda que todo el mundo conoce y adora, así que seguirán comprando allí a pesar de las incomprensibles instrucciones.

—¿Por qué tardas tanto con el escritorio? —pregunta Blakely, la irritante esposa de Emmett. Dejo el cajón, que, por cierto, he montado al revés, en el suelo.

—Por nada.

—¿Necesitas instrucciones para montarlo?

Sí, que estén en mi idioma, pero no se lo digo. Tengo que seguir con la falsa bravuconería para no tener que sufrir sus burlas durante un mes.

—Soy un puñetero cirujano. Puedo montar un escritorio.

Sin embargo, Blakely no se lo traga. Sonríe con suficiencia al ver el cajón, claramente mal montado.

—Pues hazlo de una vez, jolín.

Se va a enterar. Me dispongo a responderle, pero la capulla de la mujer de mi otro mejor amigo baja la mirada al suelo y después la desvía hacia mí.

—¿Necesitas las instrucciones?

Lo que necesito es nuevos amigos que se casen con mujeres que no sean irritantes.

Dudo que ocurra. Lanzo el destornillador, que ni siquiera funciona porque esa marca no utiliza herramientas normales, y me pongo de pie.

—A ver, listillas, ¿por qué no lo intentáis vosotras si podéis hacerlo más rápido?

—Yo no he dicho nada. Qué gruñón estás. —Brie levanta las manos en un gesto de rendición.

—Sí, sí, lo estoy. —Porque, una vez más, nadie da importancia a que tenga un acosador y se meten conmigo por querer respuestas. Pues vale, no necesito al departamento de Policía cuando tengo a Blakely. Es investigadora privada y, ahora mismo, estoy aquí, trabajando gratis, es lo justo—. Oye, Blake, ¿te apetece ponerte a investigar un poco?

Emmett sacude la cabeza.

—Eres tan dramático, de verdad.

—¿Dramático? ¿Yo? Y lo dice el señor «Fingiré mi propia muerte y haré que todo el mundo mienta por mí». —Lo miro y espero a que responda, pero cierra el pico—. O, mejor me lo pones, ¿recuerdas cuando Blakely se fue con el psicópata y tú te pusiste histérico?

—Me habría encantado ver cómo reaccionarías tú ante esa situación —replica Emmett.

—Lo que quiero decir es que no tienes derecho a ponerme a parir, colega.

—¿Sobre qué discutimos? —Spencer entra en escena.

—Holden quiere que investigue una cosa y a Emmett le fastidia que no se lo haya pedido a él —responde Blake.

—¡Se lo pedí! —exclamo mientras lanzo una mirada asesina a su marido—. Acudí a él la primera vez, también la segunda, y ahora recurro a Blakely, ya que él no está dispuesto a ayudarme.

—¿Qué ponía en la última? —pregunta Spencer.

Le entrego la postal y la lee antes de pasársela a Blake.

—«El paquete está a punto de llegar y tienes que recogerlo». ¿Qué crees que significa?

—A lo mejor es una bomba —sugiere Brie, que no ayuda en nada.

Emmett se echa a reír.

—A lo mejor es la esposa que pidió por correo.

Uy, se ha metido en un buen lío. Blake lo fulmina con la mirada.

—No tiene gracia, piensa en donde nos encontramos.

Siguen discutiendo hasta que Spencer interviene. Es el que tiene la mente más analítica de todos nosotros, es envidiable cómo resuelve puzzles. Si me traes a alguien que se está desangrando, lo arreglaré. Si me envías a alguien con un sarpullido muy raro, yo me ocupo, pero cuando se trata de este tipo de cosas… No.

Ese es su punto fuerte.

—Las tres postales son del área de Las Vegas —comenta.

—Ya sabemos lo mucho que adoráis la ciudad de Las Vegas —se burla Brie.

—Nadie adora Las Vegas, lo único que hicimos fue sobrevivir a ella —interviene Emmett.

Y que lo digas.

Después de la que liamos en Las Vegas, me sorprendió que Addison no cancelara el compromiso con Isaac.

Cómo lo echo de menos, joder.

Era el mejor hombre he conocido. Siempre dispuesto a ayudar y nunca pedía nada a cambio. Su despedida de soltero fue épica y, aunque acabamos con el agua hasta el cuello, al final valió la pena.

—¿Alguien ha pensado que los demás pagamos los platos rotos de Isaac? —pregunta Emmett a Brielle.

—No, pero he oído que tú fuiste el peor de todos.

Spencer sonríe.

—Lo fuiste, admítelo.

—No recuerdo una mierda.

Emmett es un mentiroso. Se acuerda perfectamente. Soy yo el que el que tiene lagunas enormes en su memoria e historias que ni siquiera sé si son verdad.

—Centraos, cabrones. El que no recuerda nada de Las Vegas soy yo. Perdí el conocimiento.

Emmett se ríe.

—Sí, te encontramos en el baño con la polla fuera.

Spencer asiente.

—En el baño de mujeres.

Hay varias cosas de las que nunca me voy a librar. Bebimos demasiado. No comimos nada. La cagamos y, al parecer, me follé a una chica en el baño de una discoteca. Blakely se acerca a Emmett.

—Estoy impaciente porque me cuentes tu versión de los hechos.

—Lo que pasa en Las Vegas se queda en Las Vegas.

Empiezan a ponerse morritos y no lo soporto. Todos han pasado de estar solteros a ser como cachorritos enamorados de la noche a la mañana. Me alegro por ellos, pero por Dios, que paren ya.

—Tenéis que iros de luna de miel de verdad —espeto, cuando empiezo a sentir nauseas al ver que se dan golpecitos en la nariz.

—O tú tienes que encontrar una mujer dispuesta a casarse contigo y ser feliz de una vez.

—Pues vete olvidando. No quiero mujer ni hijos. Estoy perfectamente feliz con mi vida de soltero, libre de estrés.

Por no mencionar que ya he estado casado y sé lo molesto que es pasar por un divorcio. Preferiría no complicar las cosas y, si evito el matrimonio y los hijos, lo conseguiré.

Antes de que podamos seguir discutiendo, una mujer llama a la puerta. Es bajita, rubia y tiene aspecto de haber pasado por un infierno, pero, madre mía, es imponente. Recorre la habitación con sus ojos azules mientras se aferra a la mano de una niña pequeña.

Otra pobre mujer que intenta escapar. Por Dios, ojalá pudiera hacer más por ellas.

—Disculpen, quería saber si podían ayudarme —dice con acento británico.

Blake se acerca a ella rápidamente.

—Hola, soy Blakely, la directora de Acude a Mí. Este es mi marido, el *sheriff* Maxwell, y ellos son Brielle, Spencer y Holden, es médico si necesita ayuda. ¿Cómo se llama?

Su mirada se cruza con la mía de inmediato y veo una mezcla de alivio y miedo en sus ojos.

—¿Holden?

Me acero a ella con paso prudente para no asustarla.

—Sí, me llamo Holden James. Soy cirujano y puedo ayudarla si está herida.

La mujer sacude la cabeza.

—No, no estoy herida. Físicamente no, por lo menos.

No aparta la mirada azul de la mía y me analiza como si me conociera. La voz suave de Blakely interviene en la conversación.

—¿Es su hija?

La mujer mira a la niña.

—Sí, se llama Eden.

—Hola, Eden, me llamo Blakely. ¿Te apetece comer algo?

Eden mira a su madre y después vuelve a desviar la mirada hacia Blakely antes de sonreír un poco. Blake se lo toma como un sí y se acerca a uno de los armarios a por una barrita de cereales. Cuando vuelve, la pequeña se aleja un poquito y se aferra a la pierna de su madre.

Me quedo ahí parado observándolas. Hay algo en la mujer que me resulta familiar, pero no caigo. ¿Puede que haya sido paciente mía?

Bajo la mirada a su hija, que tiene los ojos grandes y castaños, con destellos de color avellana. Después le miro la nariz, que se parece a la de mi hermana. De hecho, es igualita a Kira cuando tenía su edad.

La mujer vuelve a hablar.

—Lo siento, normalmente es bastante habladora, pero hemos tenido unos días muy difíciles y, cuando llegamos al pueblo, nos dijeron que aquí encontraríamos a Holden James.

—¿Me buscaba a mí? ¿Nos conocemos?

Se coloca un mechón rubio detrás de la oreja.

—Me llamo Sophie Pearson. Nos conocimos hace unos años, por aquel entonces me llamaba… Bueno, eso da igual, no intercambiamos nombres aquella noche.

—¿Fue paciente mía?

Está justo ahí. Pero no consigo acordarme.

—No. —Sacude la cabeza antes de coger a la niña en brazos—. Pero nos hemos visto antes y, aunque no estaba segura de por qué me habían enviado aquí, ahora lo entiendo un poco mejor.

—¿Y cuándo nos conocimos? —pregunto.

—Hará un poco más de tres años.

Tres años.

Vuelvo a mirar a Eden y hago algunos cálculos, porque la pequeña tiene la nariz de los James. Y me mira de una forma que…

Por Dios.

—¿Dónde? —le pregunto rápidamente—. ¿Dónde nos conocimos?

—En Las Vegas.

Capítulo cuatro

Sophie

En cuanto entramos a la trastienda, siento como si tuviera las piernas de gelatina, y ya la he cagado. En cuanto he dicho mi nombre me he dado una bofetada mentalmente. Ya no puedo seguir siendo Sophie Pearson. Eden y yo tenemos nombres y pasaportes nuevos. Nuestra anterior vida ya no existe y ahora somos Sophie y Eden Peterson, así que haré todo lo posible por recordarlo a partir de ahora.

Cuando Zach Barrett, un empleado de la empresa de seguridad Cole, nos trajo hasta aquí, nos explicó que era imprescindible que fuera cautelosa al confiar en la gente y que siempre utilizara el nombre nuevo. Sin embargo, ¿quién puede culparme por el desliz? Toda esta situación me ha dejado patidifusa.

«Ay, Theo, ¿qué has hecho?».

Me ha enviado a un pueblito a encontrar al padre de Eden, y tengo más dudas de las que nadie podrá resolver jamás.

Holden y yo nos miramos fijamente. Es muy guapo, y me reprendo a mí misma por pensarlo siquiera. El pelo oscuro y enmarañado, y la barba incipiente que le cubre las mejillas lo hacen muy atractivo. Apenas lo recuerdo de aquella noche, pero hay algo familiar en sus ojos. Son como los de Eden.

—Tengo muchas preguntas, pero no sé ni por dónde empezar —dice Holden, que se aparta el pelo castaño hacia atrás. Suspira y después me mira—. Primero, tengo que preguntarte, ¿estás bien?

—Es una pregunta muy difícil de responder ahora mismo. —Hago girar mi anillo de matrimonio y empiezo a caminar de un lado a otro —. No, no lo estoy. Ha sido… Bueno, todo esto es muy confuso, y creo que debería decirte, por si no lo has adivinado ya, que después de nuestra noche en Las Vegas me quedé embarazada.

Holden traga saliva y asiente.

—Lo suponía.

—Bueno. Supongo que, como eres médico, ya habrás hecho los cálculos. Aun así, es tuya.

—¿Y has decidido venir a buscarme después de todo este tiempo?

No lo he decidido yo.

—No tenía ni idea de que iba a venir aquí a encontrarte. Lo ha organizado todo mi marido.

—¿Estás casada? —pregunta.

Esto, definitivamente, no va muy bien. Estoy metiendo la pata a diestra y siniestra.

—Creo que debería empezar por el principio, porque no hago más que cagarla.

—¿Mami? —me llama Eden desde la mesita, donde ha estado pintando un libro de colorear que alguien le ha dado—. Quiero ir con papá.

De todas las cosas que podría haber dicho… Me acerco a ella, me agacho y le pongo las manos sobre las suyas.

—Ya lo sé, cariño. Yo también, pero no es posible. —Le aparto el pelo rubio hacia atrás—. Tengo que hablar con nuestro nuevo amigo, ¿puedes pintar un poquito hasta que lo solucione todo?

Pedirle a una niña de tres años que coloree durante más de un minuto es una causa perdida, pero necesito todo el tiempo que pueda concederme.

—Vale, mami.

—Gracias, cielo.

Eden empieza a dibujar y yo me acerco de nuevo al hombre al que nunca creí que volvería a ver.

—No puedo contarte mucho hasta que estemos solos, pero te haré un resumen. —Me pongo de pie y me preparo para contarle tres años de historia lo más rápido que pueda. Seguro que va fenomenal—. No estaba casada cuando nos conocimos, pero dos meses después de… Las Vegas, descubrí que estaba embarazada.

Mi padre acababa de morir y mi madre no fue muy amable durante el duelo. Bueno, tampoco lo era antes. Me exigió que me deshiciera del bebé para asegurar que mi futuro marido, al que habían escogido mis padres, quisiera casarse conmigo. Me negué, así que me echó de casa. Theo y yo éramos amigos de la infancia y él tenía una cardiopatía genética de la que sabíamos que moriría. Se ofreció a casarse conmigo, a criar a mi hija como si fuera suya y a proporcionarnos una vida que él no podía compartir con nadie más. Era joven y me habían educado con la idea de que tener un hijo fuera del matrimonio era una sentencia de muerte en nuestro círculo. Theo me salvó de todo aquello.

—Vaya, qué buen amigo… La verdad, no sé muy bien qué decir.

Me aferro a la primera parte de su respuesta.

—Lo era. Era el mejor y, aunque nunca estuvimos casados en el sentido literal de la palabra, disfrutamos de lo bueno de un matrimonio. —Se me escapa una lágrima y le doy la espalda. No sé cómo seguir sin Theo.

—Deduzco que ha fallecido por el problema de corazón —dice Holden antes de ponerme la mano en el hombro.

Me vuelvo a mirarlo y las lágrimas me nublan su atractivo rostro.

—Hace cuatro días, y… Es cuando vine aquí a petición suya.

—¿Cuatro días? —Holden abre mucho los ojos.

—Sí, es una larga historia, pero me pidió que siguiera todas las instrucciones y me han traído hasta aquí.

—Así que, ¿él sabía quién era yo?

Me río, sin humor alguno.

—Eso parece.

—Vaya. —Se rasca la parte posterior de la cabeza—. Estoy sin palabras.

—Yo también. Sigo sin saber qué está pasando.

Hace cuatro días, estaba casada y vivía en Kensington. Tenía una casa preciosa, amigos y, lo más importante, estaba a salvo.

Ahora todo eso ha evaporado. Cada parte de mi existencia ha muerto y estoy perdida.

Holden asiente.

—¿Y cómo lo llevas?

—No muy bien. Hace nada estábamos celebrando Navidad y ahora… estamos aquí. Así que no, no lo llevo muy bien.

Me sonríe.

—Ya imagino. ¿Y qué se supone que tienes que hacer ahora?

Lo único que me dijeron es que viniera y lo encontrara, así que esperaba que él fuera el plan o supiera qué debía hacer a continuación.

—Dímelo tú.

—Eh, no lo sé. Ni siquiera sabía que vendrías o que existieras. Bueno, sabía que existías, dado que… —Echa una mirada a Eden —… nos hemos visto antes, pero no sabía cómo te llamabas y, sinceramente, estábamos bastante borrachos. Muchas veces pensé que me había imaginado nuestro… encuentro.

Aquella no fue mi mejor noche. Fui a Las Vegas de vacaciones con mi compañera de piso. Se suponía que iba a ser un viaje memorable. Nos divertimos, me lo estaba pasando bien, pero, en nuestro último día, mamá llamó y se enfadó porque me había ido de Londres sin permiso, como si no fuera ya una adulta de veintitrés años. Empezó a reprocharme que era muy irresponsable que me tomara una semana para gozar de mi vida. Me gradué la primera de la clase en la universidad y merecía divertirme un poco, aunque a ella no parecía importarle. Me puso de mal humor, pero era la última noche que pasábamos en Estados Unidos, así que accedí a ir a la discoteca Garden of Eden con Joanne y pasármelo bien.

Y obtuve mucho más que eso… Un bebé después de un rollo de una noche en un baño.

—¿Tienes alguna carta o algún plan?

Holden sacude la cabeza.

—No sé a qué te refieres.

—Theo dio instrucciones a todas las personas que nos hemos cruzado por el camino. Pensaba que tú también las tendrías.

—Lamento decirte que no.

Genial. Como si la situación no fuera ya un desastre…

—No sé nada de ti excepto que eres médico. ¿Estás casado? ¿Tienes más hijos?

Sacude la cabeza.

—No, ninguna de las dos cosas.

Algo es algo. Empiezo a preguntarle si sale con alguien, porque no creo que un médico atractivo esté soltero, pero, antes de que pueda acabar, Eden se levanta y se acerca a nosotros.

—¿Quién eres?

Se me acelera el corazón y desvío la mirada hacia él.

—Es nuestro amigo, Holden. ¿Puedes decirle hola?

Se aferra a mí, pero lo saluda con la mano.

—Hola.

Holden se agacha para quedar a su altura.

—Hola, pequeña. ¿Lo has pintado tú?

Le enseña el dibujo.

—Es para mi papi. Está malito.

—Qué bonito —señala Holden—. ¿Te gusta pintar?

Eden asiente con energía.

—A mi hermana también le gustaba pintar de pequeña. —Se inclina hacia ella como si le estuviera explicando algo muy importante—. A mí no se me da muy bien, pero a lo mejor podrías enseñarme.

—Mi mami es la mejor.

—A las niñas se les da casi todo mucho mejor que a los niños.

—¿Nos volveremos a ver pronto otra vez?

Su mirada se encuentra con la mía durante solo un segundo, pero es como si mantuviéramos todo una conversación sin mediar palabra. Ya le importa Eden. Puede que no tenga un plan, pero es evidente que cuidará de nosotras.

Su mirada me destroza.

—Sí, creo que nos veremos mucho a partir de ahora —le asegura Holden.

Se me desbordan las emociones y no consigo contener un sollozo.

Capítulo cinco

Holden

Eeeh…

¿Ahora qué hago?

Ha empezado a llorar a lágrima viva y le tiembla todo el cuerpo. Eden, a su lado, la mira, confundida y un poco asustada, y yo estoy… perdido. Tengo una hija.

Una hija, que… Me mira fijamente.

Así que hago lo único que sé hacer en este tipo de situaciones: pedir refuerzos.

—¡Brielle! ¡Blakely! Ayuda, por favor.

Abrazo a Sophie y la aferro contra mí mientras sigue llorando, y le dedico a Eden una sonrisa torpe, que seguramente es más espeluznante que tranquilizadora, pero estoy haciéndolo lo mejor que puedo.

Unos segundos después, las chicas irrumpen por la puerta.

—¿Qué le has hecho? —exclama Brielle con incredulidad.

—No tengo ni idea, pero ¿podríais llevaros a Eden para que hable con Sophie? —pregunto con la misma sonrisa forzada.

Blakely me lanza una mirada asesina que yo le devuelvo poniendo los ojos en blanco e inclino la cabeza para indicarles que deberían irse.

Sophie me agarra la camiseta y se aferra a ella con todas sus fuerzas. En cuanto sacan a Eden de la habitación, me aparto un poco de ella para mirarla a los ojos.

—Sophie, ¿por qué lloras? —Me siento un poco idiota por preguntárselo, ya que, ¿por qué no debería llorar?

Su marido ha fallecido. Ha tenido que irse de casa y está agotada tras cuatro días de viaje, sobre lo cual tendremos que

hablar luego porque, ¿por qué ha tardado cuatro días en llegar aquí?

Levanta la mirada hacia mí y le resbalan las lágrimas por las mejillas.

—Tengo miedo. Estoy aterrada porque no tienes instrucciones y he venido aquí porque debía huir. Me pidió que lo dejara morir solo porque alguien podría hacernos daño.

—¿Quién os querría hacer daño?

—¡No lo sé! —Se le entrecorta la voz y oigo la agonía en sus palabras.

La abrazo con más fuerza y le ofrezco toda la protección que puedo concederle entre mis brazos. Me siento fatal y la madre de mi hija no debería estar asustada o sola.

—Sophie, estás a salvo.

—No. —Sacude la cabeza.

—¿Por qué crees que aún corres peligro?

—Porque ni siquiera sabías que venía o por qué estoy aquí.

No la sigo.

—Tú también estás enferma, ¿es esa la razón por la que te ha hecho venir conmigo?

Se limpia el rostro con el dorso de la mano y pestañea un par de veces.

—¿Quién está enferma?

—Tú.

Abre los labios y me pregunto si habría sido mejor haberme callado, pero las dos primeras postales decían que iba a recibir un paciente, por eso he asumido que, dado que su marido la ha enviado hasta mí, ella es la paciente. ¿Es que no sabe que algo va mal?

Sophie se separa de mí y se esfuerza por contener las lágrimas.

—No estoy enferma. Apenas he tenido un resfriado desde que nació Eden.

A lo mejor Theo se refería a otro tipo de cuidados. Aun así, he pasado meses creyendo que llegaría alguien enfermo que requeriría

de mis conocimientos médicos.

—Así que, ¿ni Eden ni tú estáis enfermas?

—¿Por qué crees que lo estamos?

Le explico lo de los regalos y las postales que he recibido y ella me pregunta por algunos detalles que intento aclararle.

—¿Crees que Theo te estaba mandando mensajes para prepararte? —pregunta.

—Sí. Creo que me advertía de que, cuando por fin llegaras, tendría que cuidar de ti. Y lo haré, Sophie. Si hubiera sabido lo de Eden… —Me paso las manos por el pelo—… habría estado ahí.

Aparta la mirada de mí durante un segundo.

—No sabía ni por dónde empezar a buscarte. Ni siquiera sabía tu nombre completo, y fue en Las Vegas. —Después, se le escapa una carcajada. No de esas que te hacen pensar que la otra persona se ha vuelto loca, sino una de incredulidad—. Creo que tienes razón sobre la advertencia. Es solo que estoy furiosa, joder. ¡Sabía que existías desde hace meses! Sabía que estábamos en peligro, que tendríamos que huir y venir aquí. Me mintió durante… Vete a saber cuánto tiempo. —Sophie se gira y me mira—. Theo nunca me contó que tenía problemas. Esperó a estar en el lecho de muerte para informarme que Eden y yo corríamos peligro y debíamos huir de inmediato. Tuvimos que salir de Londres a toda prisa. Cambiamos de vuelo un montón de veces, fue muy raro. Volamos hasta Atlanta, después pensé que iríamos directamente a Las Vegas, pero me enviaron a Charlotte en tren para, a continuación, coger un vuelo a Vegas. Desde allí viajamos en coche a Idaho y, finalmente, vinimos aquí. Cuatro días perdidas, siguiendo instrucciones complicadas. No estoy enferma. Estoy exhausta y no sé adónde tenemos que ir ahora.

No va a irse a ninguna parte. Ni de broma dejaré que corretee por Estados Unidos si está en peligro. Este es el mejor lugar para ella. Sé que parece una locura, ya que solo nos vimos una vez, follamos y se quedó embarazada accidentalmente, pero tengo una cría.

Tengo una hija.

Si está en peligro de verdad, no permitiré que salgan huyendo sin más.

—Sé que no tienes motivos para confiar en mí, pero te prometo que no consentiré que nadie os haga daño, ni a ti ni a Eden. Creo que el plan era que llegaras hasta mí, pero… No sé, quizá sin que os localizaran. Ahora estáis aquí y me gustaría ayudaros a las dos.

No solo porque es evidente que Sophie está en peligro o porque Eden sea mi hija, sino porque necesitan a alguien. He estado en su lugar. Cuando falleció mi hermana, yo tenía quince años, mis padres perdieron la cabeza y yo fui quien más sufrió. Estaba solo, perdido, aterrado, y tenía que mentir sobre cómo me encontraba. Mamá James fue a buscarme, me sacó de esa casa y se aseguró de que estuviera a salvo después de que me fallaran de todas las formas posibles.

La seguridad no debería ser un lujo y todo el mundo debería gozar de ella, pero muchas veces no es así.

Nunca me sentiría bien dejando la situación sin resolver.

—Eden no sabe que Theo no es su padre —susurra.

—Lo entiendo.

Sus ojos azules se llenan de lágrimas.

—No quería mentirle, pero…

Levanto la mano para interrumpirla.

—Hiciste lo que debías. No te juzgo ni te pido que le pongas el mundo más patas arriba todavía, pero puedo proporcionaros un sitio en el que quedaros y…, bueno, puedo ser tu amigo, si me dejas.

Al final rompe a llorar, pero asiente.

* * *

—¿Qué narices vas a hacer? —pregunta Spencer en cuanto Emmett y él consiguen quedarse a solas conmigo.

—¿Qué crees que voy a hacer? Es mi hija y la madre de la criatura.

Emmett se aclara la garganta y aparta la mirada.

—¿Qué? —le pregunto, aunque ya sé qué está pensando.

—No he dicho nada.

—No tienes que abrir la boca para que sepa que intentas decirme algo.

Nos conocemos demasiado bien. Los dos piensan los mismo y, seguramente, lo han hablando cuando estaba en la trastienda con Sophie y Eden. Spencer exhala con fuerza.

—Sería buena idea hacer una prueba de paternidad, aunque… —levanta una mano para interrumpir lo que estoy a punto de decir—… ya lo habrás pensado.

—Pues claro que sí.

En realidad, no lo había pensado. No sé por qué, dado que soy un maldito médico, pero sencillamente lo sé. Es mi hija.

—Bien —responde Emmett—. No quiero que te embauquen.

—¿Creéis que miente?

Spencer la observa mientras ella se sienta en la otra habitación con un sándwich de la cafetería.

—Yo no. Creo que ha venido sin tener ni idea de qué ocurre. Pero no la conoces. No sabes si es una asesina o si su marido la envió aquí de verdad a encontrar al padre de su hija.

—Está en peligro. O, al menos, eso creo —les explico. No tiene sentido que les oculte nada. No solo porque Emmett es policía y los dos están entrenados para matar a alguien en segundos, sino porque me conocen y lo averiguarán. Prefiero sacarlo ya a la luz.

—¿Qué clase de peligro?

—No lo sé, y, al parecer, ella tampoco. Solo me ha dicho que su marido las envió aquí antes de morir para protegerlas. A lo mejor solo quería asegurarse de que Eden conociera a su padre.

—Así que ¿las vas a acoger?

Lo miro y me pregunto quién cojones se cree que es.

—Pues claro que sí, ¿qué narices harías tú?

—Acogerlas —responde sin dudar—. Sé que serías incapaz de comportarte de otro modo aunque no fuera tu hija, lo cual aún no sabes con total seguridad. —Una vez más, necesita reiterarlo.

—No voy a dejarlas en la calle para que se mueran de frío.

Emmett se aclara la garganta.

—Solo te recuerdo que no se quedarían en la calle. Blakely tiene refugios y le ofrecería uno a Sophie y Eden.

Una parte de mí se pregunta si no sería lo mejor, pero la otra parte lo rechaza. Me he perdido cada minuto de la vida de la pequeña hasta ahora y no quiero perderme ni uno más. Es una locura, nunca he querido una familia. De hecho, siempre que se me ha presentado la oportunidad, la he estropeado, pero, ahora que la tengo enfrente, no quiero apartarla de mí.

Además, si corren peligro, no quiero que estén solas.

—Sophie y yo tenemos que solucionar muchas cosas y, a lo mejor, necesitamos pasar tiempo juntos, pero lo tendré en cuenta.

A Spencer se le escapa una risita.

—Eres un maldito idiota.

—Tú también.

Se encoge de hombros.

—Puede ser, pero tú y yo sabemos que no se conquista a una mujer obligándola a pasar tiempo contigo.

—Acaba de perder a su marido, no intento conquistarla. Simplemente estoy intentando iniciar una especie de amistad con ella para poder ayudarla. —Y es cierto. Vale, Sophie es despampanante y me atrae, pero no soy idiota. Ni de coña me metería en el lío en el que ella está.

—Anda que no, he visto cómo la mirabas.

Puto Spencer.

—¿Como a la mujer que ha criado a la hija que no sabía que tenía o existía?

—Lo que tú digas.

Antes de que pueda responder, Sophie entra y me obsequia una sonrisa agotada.

—Blakely nos ha ofrecido un alojamiento, así que, si lo prefieres, podemos irnos allí. O buscar un hotel, si hay alguno por la zona.

Ni de coña voy dejaré que se vayan a otra parte.

—No, os quedaréis conmigo. No conoces el pueblo, el hotel es un antro de mala muerte y prefiero que tú y Eden estéis seguras conmigo —respondo con un tono neutro. Asiente.

—Yo también lo prefiero. Estoy agotada y, seguramente, no dormiría nada si me quedara sola en un sitio desconocido.

La mujer ha pasado por un infierno, y solo sé una pequeña parte de la historia. Quiero que me cuente todo lo que pueda. Si sabemos a qué nos enfrentamos, todo será mucho más fácil.

—Bien, pues vámonos para que os instaléis.

Mi casa no es nada del otro mundo, pero tiene tres dormitorios y se encuentra a las afueras del pueblo, donde estaremos tranquilos y nadie nos molestará.

Cojo prestada una sillita de Acude a Mí y las ayudo a subir al coche. Blakely tiene un montón de suministros para quienquiera que se presente en busca de refugio. El trayecto no dura más de quince minutos y lo recorremos en silencio. Sophie ha vuelto la cabeza hacia la ventanilla, no sé si está dormida, pero no quiero molestarla.

Cuando llegamos a casa y aparco, su mirada se cruza con la mía, tiene los ojos llenos de resignación y tristeza.

—No sé qué decir —confieso.

—Yo tampoco. —Se vuelve a mirar a Eden, que se ha quedado dormida en el asiento trasero, envuelta en una manta y en el abrigo de invierno—. Me siento como si lo hubiera perdido todo en un instante y sé que tú debes de estar pasando por emociones muy distintas.

Todo lo que ella ha perdido, yo lo he ganado y, aunque no quiero sentirme así, no puedo evitarlo. Tengo una hija que ni siquiera sabía que existía y está aquí.

No me alegra que Sophie haya pasado por todo eso y desearía que las cosas hubieran sido de otra manera, pero no puedo dejar de pensar que, gracias a esto, voy a poder conocer a mi pequeña.

—Creo que los dos estamos abrumados y necesitaremos algo de tiempo para entenderlo.

Sophie se ríe.

—No sé si el tiempo cambiará las cosas, Holden. Tenemos una hija juntos, no tengo casa, ando justa de dinero y me estoy replanteando todo lo que creía sobre mí misma.

—¿A qué te refieres?

Sophie desvía la mirada y se limpia una lágrima de la mejilla.

—Ya no sé quién soy. La vida que construí y la mujer que era han desaparecido en un instante. Ya no estoy casada y me han dicho que no podré volver a ningún sitio en el que haya estado antes. Ni a Inglaterra, ni siquiera a Francia, donde solo pasé unos meses después de la universidad. No puedo ver a mi familia ni a mis amigos. Tengo que borrar toda mi vida o podrían matarnos. Y ¿por qué? No lo sé. Theo era un buen hombre. Ayudaba a las personas a invertir su dinero y a hacerse ricos. Así que, ¿por qué tengo que cambiar toda mi vida? ¿Quién soy si no puedo ser esa chica? ¿Por qué sus decisiones nos han puesto en peligro?

Dejo que todo lo que ha dicho flote en el aire y después añado:

—Tu marido debía saber algo sobre alguien muy poderoso.

—Seguro, pero *yo* no. Él solo me pedía que lo acompañara a fiestas y galas, hasta ahí llegaba mi participación. Yo ejercía mi propia profesión, y ahora también tengo que dejarla.

—¿A qué te dedicabas?

Sacude la cabeza.

—Era pintora.

—¿Y por qué no puedes seguir pintando?

—Siempre pintaré. Sería incapaz de huir del encanto de los pinceles, pero se acabó el vender mi arte… No con mi nombre, por lo menos.

—¿Por qué?

Sophie desvía la mirada hacia el arce de la derecha.

—Porque esa chica ha desaparecido.

Capítulo seis

Sophie

La casa de Holden es pequeña, pero está limpia. No se parece en nada a mi piso de Londres, que era un espacio abierto y espacioso, con paredes blancas y electrodomésticos modernos. El mayordomo y la doncella lo mantenían todo en orden y la niñera venía todas las mañanas a ocuparse de Eden mientras yo estaba en mi estudio pijo.

Me encantaba nuestro hogar. Me encantaba que Theo se asegurara de cubrir todas nuestras necesidades y no soporto que ya no quede nada de aquello. No creo que todo eso fuera sea necesario, pero nunca me planteé una vida sin ellas.

Holden arrastra la última maleta hasta el dormitorio de invitados y lo sigo.

Es una habitación adorable: pintada en un tono azul cielo muy bonito, con las ventanas enmarcadas por cortinas blancas. En la pared de la izquierda hay una cama tamaño *queen,* a su derecha una cómoda, y la tarima de roble parece la original.

Es bonita, pero no es mi casa.

Holden se rasca el cuello y suspira.

—Arreglaré la otra habitación estos días. Podéis instalaros las dos aquí o, si prefieres mi habitación, dormiré en el sofá.

—No hace falta, Eden y yo compartiremos habitación. Gracias —le digo, conmovida por su amabilidad.

Es algo desconcertante tener un hijo con alguien a quien no conoces. Si me lo hubiera cruzado por la calle, puede que lo hubiera mirado, porque es atractivo, pero seguiría mi camino.

Ese pensamiento hace que pare en seco. Lo encuentro atractivo.

Después de creer durante años que esa parte de mí había desaparecido, estar cerca de Holden la ha despertado un poco.

Bueno, no voy a pensar en eso ahora mismo, porque si estamos viviendo juntos, en la misma casa, es porque mi marido así lo quiso.

—Siento que no sea más grande o que no esté mejor preparada, no esperaba compañía.

—No pasa nada, de verdad. Te agradezco que nos dejes quedarnos aquí.

—Pues claro que quiero que os quedéis aquí. ¿Necesitas algo? —me pregunta.

—Dormir durante una semana entera.

Ojalá fuera broma.

—Podría conseguirte pastillas si necesitas ayuda para dormir.

Niego con la cabeza.

—No te preocupes. Puedo dormir, pero no he tenido tiempo de hacerlo.

Asiente lentamente antes de añadir:

—Esa puerta es el baño. —Señala la que hay más a la izquierda —. La de al lado es el armario y debería haber toallas dentro. La verdad es que no entro mucho en esta habitación, pero cuando me mudé, Brielle y Mamá James la prepararon.

—¿Mamá James?

Esboza una sonrisa cariñosa.

—Es mi tía, aunque la considero más mi madre que a la de verdad. Le gusta acoger a todo lo que está roto y perdido, arreglarlo y después dejarlo libre.

—Bueno, pues tendrá trabajo por delante conmigo —respondo. Intento que suene trivial y divertido, pero oigo el dolor en mi voz—. Ni siquiera ella será capaz de arreglarme por completo.

—No creo que haya personas imposibles de reparar, Sophie. Puede que estemos un poco maltrechos, pero lo único que necesitamos es tiempo para sanar. He sido testigo de cómo personas han superado dolores atroces y se han vuelto más fuertes de lo que hubieran podido imaginar.

A lo mejor lo mira desde el punto de vista médico, pero ¿cómo consigue alguien sobrevivir a la pérdida de casi todo lo que lo hace

quien es?

—¿Y qué pasa si los pedazos rotos no se ven?

—No creo que haga falta verlos para sanarlos.

—Espero que tengas razón, Holden.

—Yo también, porque, aunque puede que te sientas rota o perdida, cuando te miro, no veo nada de eso, solo a una mujer fuerte. Has cruzado el océano sola, con una niña pequeña, sin saber adónde ibas, tras perder a un hombre al que querías. Veo a una mujer que ha luchado cuando muchos otros se habrían rendido. No lo olvides. —Las palabras de Holden me calan en el alma y me aferro a ellas. Asiento una vez.

—Haré todo lo posible por recordarlo.

—Bien. Estoy al final del pasillo si necesitas algo. Tengo que ponerme al día con un montón de notas sobre los pacientes, así que estaré un rato despierto…

—De acuerdo.

Después se va, cierra la puerta detrás de él y yo desvío la mirada hacia la figura dormida de Eden, envuelta en las mantas. Mis ganas de poner todo en orden van en aumento, pero no tengo fuerzas para hacer nada. No me apetece ni escribir en mi diario. Ni siquiera estoy segura de que quiera recordar cómo me siento ahora mismo. Así que me meto en la cama, rodeo a mi hija con los brazos y lloro hasta quedarme dormida.

* * *

El olor a beicon invade mis fosas nasales y abro los ojos. Pestañeo, no muy segura de dónde me encuentro. Paso la mano por las sábanas y noto la cama fría y vacía. ¿Dónde está Eden? Me incorporo, miro a mi alrededor y me levanto al instante. Me envuelvo en una rebeca y echo a correr hacia la puerta.

En cuanto doblo la esquina hacia el comedor, respiro por primera vez.

Está a salvo.

Está sentada a la mesa con Holden y tiene un plato de huevos fritos con beicon delante. Observa fijamente a Holden con esos ojos castaños y una sonrisa cariñosa.

Debo de haber exhalado con mucha fuerza, porque los dos se giran hacia mí.

—¡Mami! —exclama Eden, que se baja de la silla y echa a correr hacia mí. Holden también se pone de pie.

—He pensado que te vendría bien dormir, así que le he hecho el desayuno a Eden. ¿Quieres un poco?

—Me encantaría, gracias.

Nos sentamos todos y me sirve un plato. Eden vuelve a centrarse en el suyo y come otro trocito de beicon. Me da la sensación de que no he probado bocado en días. No me apetecía nada, estaba demasiado estresada como para comer más que un pedazo de fruta o una magdalena.

Sin embargo, podría devorar todo lo que hay sobre la mesa.

—He comido dos trozos, y fruta y dos huevos —me informa Eden con una sonrisa.

—¿Dos huevos? —le pregunto alzando las cejas—. Pues sí que tenías hambre.

Mueve la cabecita de arriba abajo.

—Me gusta el beicon de aquí, mami.

Cuando vine de vacaciones, había muchas cosas que me encantaba comer. Sobre todo, recuerdo lo distinto que me sabía el beicon. Me muero de ganas de probarlo otra vez y ver si está a la altura de mis recuerdos.

Pincho un pedazo, lo muerdo y se me escapa un gemido suave. Vaya, es exactamente como lo recordaba.

—¿Está bueno? —pregunta Holden con una sonrisa cómplice.

Me tapo la boca con la mano y me echo a reír.

—¿Tan evidente es?

—Te ha delatado el gemido.

—Bueno, pues está riquísimo. El beicon no sabe tan bien en Londres.

—Me alegro de que Estados Unidos tenga por lo menos eso a su favor.

Bajo la mano y le sonrío.

—Sí, algo es algo.

—Mami, ¿puedo ver la tele?

—Sí, ve a por la tableta y siéntate con cuidado en el sofá.

Eden da unas palmaditas, se va corriendo y nos deja solos a Holden y a mí en la mesa.

Intento no observarlo y recordar las reglas que me he impuesto a mí misma, pero es guapísimo. Tiene el pelo castaño despeinado, que le queda de maravilla. La barba incipiente le cubre las mejillas y le enmarca la recia mandíbula. Me encantaría pintar su rostro.

Holden se aclara la garganta.

—Tengo que ir al hospital un rato. He explicado que he recibido una visita familiar inesperada, por lo que tenía que estar en casa. Un compañero se ha ofrecido a sustituirme, pero tengo que ir a recoger unas cosas al despacho para poder trabajar aquí.

Es una locura que aquel hombre que estaba como una cuba en la discoteca sea médico. Sé que a lo mejor suena un poco prejuicioso, pero esas dos versiones de él son muy contradictorias. Muchos de los detalles de aquella noche no son más que un borrón, pero recuerdo perfectamente cómo nos conocimos.

—No te preocupes, podemos quedarnos aquí cuando te vayas.

—O podéis venir conmigo. Es un pueblo muy pequeño y, si os escondéis, la gente pensará que es por algún motivo. Lo mejor es que decidamos qué estamos dispuestos a contarle a la gente y nos aferremos a esa versión.

—No lo entiendo —confieso—. ¿Qué tiene que ver el pueblo con todo esto?

—Es un pueblo increíble, lleno de gente bondadosa y maravillosa que vive para los cotilleos. Así están las cosas y, por experiencia, sé que lo mejor es que salgamos y marquemos nosotros las pautas de la historia.

—¿Quieres que conozca a gente y les cuente mi historia?

Sacude la cabeza.

—No me refiero a eso. Pensaremos en algo que se acerque levemente a la verdad y así todo será mucho más fácil, créeme.

—¿Y qué se acerca a la verdad?

Lanza una mirada al salón, donde Eden está contenta viendo los dibujos.

—Tardé menos de un minuto en darme cuenta de que Eden es mi hija. Aunque no tengo una prueba de ADN que lo demuestre, es idéntica a mi hermana a su edad. Mamá James o el resto de los habitantes del pueblo no tardarán mucho en ver el parecido. Si lo negamos, creo que lo único que haremos será empeorar la situación.

Retuerzo las manos, muerta de nervios por lo que le voy a preguntar.

—¿Quieres… hacer una prueba de ADN?

—No la necesito.

Me quedo estupefacta.

—¿Qué?

—No la necesito. Te creo, y… —Vuelve a desviar la mirada hacia Eden. La miro yo también, preocupada por si ha hecho algo que no debía, y me dan ganas de ponerme a llorar, porque lo está haciendo otra vez. Está tumbada con la cabeza colgando del asiento y las piernas sobre el respaldo mientras mira la televisión en la tableta que tiene al lado—. ¿Se sienta siempre así? —me pregunta, olvidándose de la frase que ha dejado a medias.

Suspiro, avergonzada.

—Eden, ya hemos hablado de esto, cielo. No puedes sentarte así.

—Es cómodo —protesta ella.

—Lo dudo mucho —le replico.

Holden se ríe en voz baja y noto que me sube el rubor a las mejillas. Da igual cuántas veces Theo y yo la regañáramos, siempre acababa sentándose igual unos segundos después. Lo peor fue cuando lo hizo en la iglesia durante una boda. Quise esconderme debajo del banco y esperar a que se me tragara la tierra.

—Mami, me gusta así.

Dejo caer los hombros y me invade la sensación de derrota. Me vuelvo hacia Holden y le digo:

—Lo siento, puedo hacer que se siente bien, pero no durará mucho.

Él sacude la cabeza.

—Déjala. Yo me sentaba así hasta los quince años cada vez que veía la tele o jugaba con la *Game Boy.*

—Ah, ¿sí?

—Mis padres y mi hermana se metían conmigo. A mí me parecía cómodo.

Vuelvo a desviar la mirada hacia Eden y sonrío.

—Siempre me resultó raro, porque nadie de mi familia se había sentado así nunca.

—Bueno, pues esperemos que sea lo único que haya heredado de mí.

—¿Holden? Sé que Eden es tu hija, pero ¿cómo es posible que no quieras pruebas?

Se reclina sobre el asiento y, tras una pausa, me responde por fin.

—¿Alguna vez has tenido la sensación de saber algo con absoluta certeza, sin necesidad de que te lo confirmen?

—Por supuesto.

—Bueno, pues así me sentí. La miré y lo supe. Si me lo hubieras contado después de aquella noche, o si nos hubiéramos conocido antes, no te habría pedido un test de paternidad. Que aparezcas ahora no cambia nada. Agradezco que me lo sugieras, y quizá, si algún día lo necesitamos, lo haremos. Sin embargo, te creo y no me hace alta que una prueba me diga lo que ya sé.

Me llevo la mano a la boca. No puedo creer que haya dicho todo eso, es increíble que este hombre sea real.

—Ojalá las cosas hubieran sido distintas aquella noche. Estaríamos teniendo una conversación muy diferente.

—¿A qué te refieres?

A lo mejor habríamos salido. A lo mejor la habríamos criado juntos. Muchas cosas habrían cambiado si nos hubiéramos conocido… No lo sé. Pero, si hubiera sido así, nunca me habría casado con Theo y no le habría dado lo que él más quería: una familia. Aunque deseaba tener una mujer e hijos, nunca quiso que nadie heredara su enfermedad.

Aun así, Holden y yo perdimos una oportunidad.

—Pues a que… deberíamos haber hablado. Intercambiado números de teléfono o, por lo menos, apellidos antes de… Ya sabes.

A Holden se le escapa una risita.

—Si te soy sincero, me sorprende que fuera capaz de hacer algo con lo mucho que había bebido.

A pesar de la borrachera que llevaba, estuvo bien. Fue el mejor polvo que he echado nunca, que tampoco es decir mucho, ya que no tengo un historial muy extenso. Antes de conocer a Holden, salía con un narcisista que no se preocupó por mí en ningún momento. Solo le preocupaba satisfacer sus necesidades, las mías no eran importantes. Así que, ¿a lo mejor el polvo no fue tan bueno? Ya no lo tengo tan claro. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que alguien me tocó.

Holden suspira profundamente y vuelvo a centrarme en lo último que ha dicho.

—Lo siento. Estuviste… bueno, fuiste capaz.

—¿Se me dio bien? —pregunta con un deje de guasa en la voz.

Me río, reacia a contarle lo que pienso de verdad.

—Te quedaste frito justo después.

—No te he preguntado eso.

Pincho un pedazo de beicon y me encojo de hombros.

—No estuviste mal.

Holden entierra el rostro en las manos.

—No sé si reírme o llorar. ¿Que no estuve mal? Vaya cumplido.

—Yo tampoco estaba precisamente sobria. —Aunque me acuerdo de casi todo, no quiero admitir cuántas veces he pensado en aquello

—. Sinceramente, no me acuerdo mucho de aquel momento, pero estuviste maravilloso en el preámbulo.

—Es bueno saber que se me dio bien ligar aquella noche.

Pongo los ojos en blanco y se me escapa una risita. Dios, hacía mucho tiempo que no se me escapaban risitas. Sienta bien, aunque sea por un momento. Comienzo a trazar las vetas de la madera y me miro el dedo mientras lo muevo.

—Fuiste amable, eso lo recuerdo. Un tío se había puesto agresivo conmigo e interviniste, me acercaste a ti y me protegiste.

—A pesar de que me encantaría atribuirme el mérito de ser un caballero, estaba como una cuba. Hasta donde yo sé, quizá me estaba cayendo, pensaba que eras una columna y por eso me aferré a ti.

—Pretendamos que fue lo otro —le replico, y sacudo la cabeza—. En fin, puede que estuvieras borracho, pero, aun así, fuiste amable y me dijiste que era guapa.

—Lo recuerdo. Pensé que eras preciosa. La mujer más guapa que había visto en mi vida, de lejos.

—Gracias.

—Lo sigues siendo. —Levanta una mano—. No te estoy tirando los tejos, solo digo que sigues siendo preciosa. Que no es en pasado, eso es todo.

Noto que me sube el calor a las mejillas. «Por Dios, Sophie, contrólate. Te ha dicho que no te está tirando los tejos, solo quiere ser amable».

—Bueno, tú también eres más atractivo de lo que recordaba. —Le devuelvo el cumplido.

Holden infla el pecho.

—¿Me veo mucho más atractivo?

—Un poquito —respondo para burlarme de él.

—¿Soy un poquito más atractivo porque soy como un buen vino que mejora con la edad, o me ves un poquito mejor ahora que en la penumbra de la discoteca?

Más bien que eres extremadamente atractivo y el último hombre que me hizo sentir deseada.

—Te crees muy listo, ¿no?

—No tienes ni idea… O, a lo mejor, sí, en realidad. —Desviamos la mirada hacia Eden—. ¿La llamaste Eden por la discoteca?

Asiento.

—No sabía tu nombre completo ni cómo encontrarte, pero quería que de algún modo tuviera una parte de ti. Es una tontería y un poco ridículo, pero me gustaba el nombre y la pequeña me parece angelical. Es perfecta y no me imagino un mundo sin ella. A Theo también le pareció apropiado.

—¿Puedes hablarme un poco más de él o de lo que pasó?

Hay mucho que contar y no sé muy bien qué decir. Jackson me dejó muy claro que debía guardarme para mí todo lo relacionado con el pasado de Theo, que solo debía confiar en un hombre llamado Holden y que debía tener mucho cuidado de no compartir nada más que información superficial. Si se descubriera mi paradero, nos pondría en peligro a Eden y a mí. Jackson no me contó exactamente de qué huía ni quién suponía un peligro para nosotras, pero si es tan malo como para enviarme a la otra punta del mundo, tengo que tomármelo en serio.

Aun así, no estaría mal saber algo más. Debería tener una vía de escape, por si alguien viene a por mí o a por mi hija. También me dio el teléfono de dos personas que trabajan para su empresa de seguridad y que nos vigilan. Uno es el de Zach Barrett, que nos trajo a Rose Canyon y se quedará aquí unos días antes de volver a Michigan. Y el otro es el de Miles Kent, que, según Jackson, se quedará más tiempo que Zach.

Todo se me hace un mundo.

—Para serte franca, sigo sin estar muy segura de lo que pasó.

—Lo entiendo, pero ¿y sobre Theo? Mencionaste que erais amigos de la infancia. ¿Siempre sentisteis algo el uno por el otro?

Me echo a reír y desvío la mirada. No quiero admitir nada de esto, pero creo que no es justo mentir a Holden. Se me escapa un suspiro entrecortado.

—Theo y yo nunca…, bueno, lo quería con toda mi alma, pero nunca fuimos pareja.

—¿Nunca estuvisteis… juntos?

—No de ese modo. Éramos mejores amigos, no pareja. Y nunca me sentí atraída por él.

Veo la confusión en la mirada de Holden, pero no le diré nada más. En todos los años que pasamos juntos, nunca quise nada más.

—Estuvisteis casados un tiempo, y nunca…

—Nunca. Intentamos besarnos una vez y fue bastante gracioso porque nos separamos y empezamos a reír. Después, más o menos tras el primer cumpleaños de Eden, una de mis amigas de la universidad sugirió que Theo y yo deberíamos acostarnos por lo menos, ya que estábamos casados y esas cosas. Establecimos una hora y un lugar, todo muy formal, y cuando vino a mi habitación, acabamos viendo una película y decidimos no volver a hacer caso a nadie. Eres el último hombre con el que me acosté —admito.

La sorpresa lo hace recular. Abre los ojos castaños y se queda boquiabierto.

—¿Es una broma?

—No. No quería engañar a mi marido, aunque no estuviéramos casados en el sentido bíblico. La discreción era muy importante para nosotros. Mi familia era muy influyente y, si no hubieran creído que estábamos casados de verdad, nos habrían puesto las cosas muy difíciles. Mi madre falleció hará unos ocho meses, así que, seguramente, podría haberme dejado de preocupar por ese tema, pero me parecía mal. Theo no tenía a nadie y yo sentía que estar sola también era lo mínimo que podía hacer.

Aunque no era la única razón: tampoco quería que volvieran a hacerme daño. Estar con Theo era la opción segura, pues significaba que no correría el riesgo de querer y perder. No correría el riesgo de quedarme embarazada de nuevo y tener que dar más explicaciones. El matrimonio me daba seguridad y me aferré a él, sacrificando la otra parte de mí misma: la que anhelaba el amor.

Holden se inclina hacia mí y apoya la mano sobre la mía.

—Estoy seguro de que te quería muchísimo para casarse contigo, protegerte de la ira de tu familia y criar a Eden como si fuera suya.

Suelto una carcajada sarcástica al oírlo, porque es una tontería.

—Si me hubiera querido, me habría explicado con qué lidiábamos. En lugar de eso, tuve que irme mientras se moría, porque arriesgó nuestras vidas metiéndose en lo que fuera que se hubiera metido.

Intento perdonar a Theo con todas mis fuerzas, porque no creo que esperara este desenlace, pero tuvo oportunidades de sobra para explicármelo. Podría haberlo ayudado o, como mínimo, haber trazado mi propio plan.

Además, sabía quién era el padre de Eden. ¿Desde cuándo lo sabía? ¿Días, semanas, años? Hablé de eso con él tantísimas veces cuando Eden era una bebé… Theo sabía que ansiaba saber quién era su padre biológico para darle la oportunidad de formar parte de su vida. Sabía lo que era tener a Eden en su vida y se lo arrebató a Holden… Y a mí.

—Ya sabes que me envió cartas. Bueno, he deducido que fue él.

—Lo mencionaste, pero no estoy segura de haber procesado toda la información.

Holden se levanta, se acerca a uno de los armarios y me deja las tres postales y una serie de objetos aleatorios delante.

—Esto es lo que recibí antes de que llegaras.

—¿Puedo?

—Por supuesto. —Los empuja hacia mí.

Se me cae el alma a los pies.

—Es su letra. —Reconocería esos trazos gruesos en cualquier parte. Cuando estaba demasiado enfermo para recibir visitas, escribía notas, por lo que conocía su letra tan bien como la mía—. ¿Y esto del final?

—Es mi número de colegiado, pero nunca he entendido por qué lo puso ahí. Por eso pensaba que recibiría un paciente, no una hija.

Me río.

—Las figuritas me confunden, son bastante intermitentes. Nada las conecta ni siguen un mismo tema.

Holden las pone en fila.

—Llegaron en este orden.

—Siempre con algo de Las Vegas… ¡Madre mía! La torre Eiffel es donde se encuentra el Garden of Eden, y la pirámide es porque me hospedé en el Luxor… en Las Vegas. Y el Big Ben, porque soy británica.

Se echa a reír.

—Entonces todo tiene sentido.

—Sí, pero ¿a qué viene el misterio? ¿Por qué no te llamó y te lo explicó todo en lugar de enviarte miniaturas?

—Cometemos muchas locuras por las personas a las que queremos, pero eso no quiere decir que nuestras decisiones sean acertadas. No creo que le resultara pedirte que te fueras mientras moría.

Me invade una emoción inesperada y giro la cabeza.

—Lo sé… Pero ojalá supiera por qué lo hizo y qué hacer a continuación.

Me aprieta la mano con más fuerza.

—Ahora estás aquí y haré todo lo que esté en mi mano para protegeros a ti y a Eden.

Desvío la mirada hacia él y le sonrío con suavidad.

—Gracias.

Asiente.

—Vamos a vestirnos y a cuadrar la historia para que pueda cumplir esa promesa.

Capítulo siete

Sophie

—¿Estás seguro de que quieres pasearte por el pueblo? —pregunto a Holden desde el umbral de la puerta mientras recoge el papeleo que necesita.

—Es mejor que se enteren todos. En especial, Mamá James —me asegura.

—De acuerdo.

No me gusta la idea de tener que responder preguntas sobre Eden o que me juzguen personas que no me conocen de nada. Las mujeres tenemos que cargar con la vergüenza demasiado a menudo. Era joven, había bebido y me acosté con un hombre en una discoteca sin saber su nombre completo. Soy una zorra, una puta o una interesada, que solo quería pescar a un hombre con dinero, mientras que Holden es un ligón que «triunfó». Nunca he entendido por qué se humilla a una mujer por los mismos actos por los que felicitamos a los hombres, pero es mi destino y he tenido que soportarlo, como nos ha pasado a todas.

Aun así, no conozco a esas personas y, aunque cometí un error, de él surgió un milagro. Eden me ha enriquecido la vida infinitamente y no me arrepiento de mi decisión o de las consecuencias que acarreó.

Lo digo ahora, que han pasado tres años. Aquel día, me arrepentí de cada segundo.

Holden me sonríe con calidez.

—Te prometo que no será para tanto.

—¿Holden? ¿Has venido? —pregunta una mujer alta de pelo castaño oscuro. Lleva una bata blanca y sujeta una tableta cuando se acerca a nosotros. No se me ocurre otro adjetivo para describirla que despampanante. Es esbelta, pero no muy delgada, y camina

con orgullo. Es evidente que tiene seguridad en sí misma, desprende autoridad.

—Hola, Kate. Sí, pero no me voy a quedar —le responde—. Quería recoger un par de cosas del despacho y enseñarle a mi amiga Sophie y a Eden dónde trabajo.

Pestañea y nos mira a las dos.

—¡Hola! —Su mirada es dulce y amable—. Soy Kate Dehring. Creo que no nos hemos visto antes.

Le extiendo la mano.

—Soy Sophie, una antigua amiga de Holden que acaba de llegar al pueblo.

Kate baja la mirada hacia Eden y después mira a Holden.

—Oh, qué bien.

Holden me pone la mano en la espalda.

—Hemos quedado para comer y vamos tarde, ¿necesitas que te ayude con algo?

Kate sacude la cabeza.

—Puede esperar. Solo quería que vieras a un paciente, pero se lo pediré al doctor Trumble.

—Sé lo bien que te cae.

Kate ríe por la nariz.

—Sí, es un encanto.

—Si puede esperar, volveré pronto. He pedido un par de días para pasarlos con ellas.

—Por supuesto, no es urgente. Lo hablamos otro día, pero, si hay algún cambio, te llamaré o te enviaré un mensaje. Que vaya bien la comida. —Se despide con el brazo mientras se aleja por el pasillo—. Encantada de conocerte, Sophie. Seguro que nos veremos mucho si pasas tiempo con Holden.

—Mucho gusto.

Holden nos guía por el pasillo en dirección al coche. La mente me va a toda máquina durante el trayecto, porque hay algo del encuentro que me ha incomodado. Es guapísima, me pregunto si… Dios, ni siquiera se me había pasado por la cabeza que pudiera

estar saliendo con alguien. Seguro que sí, considerando lo guapo y exitoso que es.

«Ay, Sophie, ¿cuándo aprenderás a no sentirte atraída por hombres que no puedes tener o que no te desean?».

La idea me perturba profundamente. Acabo de perder a mi marido y aquí estoy, pensando en otro hombre. Es cierto que Theo y yo no estábamos casados de verdad, pero aun así, soy ridícula. No puede atraerme Holden de verdad, ¿no?

Es amable, listo, sumamente atractivo, sé que está…, bueno, bien dotado, y es el padre de Eden. También ha pasado mucho tiempo desde que miré a otro hombre con posibilidades. Qué tontería. Evidentemente, no estoy pensando con claridad y no estoy lidiando bien con el nuevo estatus de mi vida: el caos.

Aun así, cuando llegamos al coche, me vuelvo hacia él.

—¿Sales con ella? —pregunto, y me odio a mí misma al instante por soltarlo de repente.

—¿Con quién? ¿Con Kate? —inquiere, confundido.

—Parecía que querías alejarnos de ella o… No lo sé. Solo tenía curiosidad por saber si salíais. —Desearía poder desaparecer en lo que dura un aliento.

—Claro que no. En primer lugar, no salgo con médicas ni con enfermeras. Todo el personal del hospital está prohibido, aprendí la lección en Los Ángeles. En segundo lugar, Kate sale con George, el ayudante del *sheriff.* George me cae bien, es el tipo más bobo que he conocido nunca, así que verlos juntos es entretenido. No persigo a gente con pareja… Ah, y Kate no me atrae.

—No es asunto mío, no sé qué mosca me ha picado. Lo siento mucho. No pretendía…

—No tienes por qué disculparte. No tienes que preocuparte por ser la madre de la niña en un triángulo amoroso raro. Nadie intentará ahuyentarte, ni yo lo permitiría teniendo en cuenta lo que tú y Eden sois para mí.

No sé por qué me consuela, pero lo hace. También me lleva a preguntarme qué soy para él. Cuando lo ha dicho, casi me abalanzo sobre él. Me obligo a sonreír.

—Aprecio tu honestidad y amabilidad.

—Siempre voy a ser honesto contigo, no me gustan los secretos ni las mentiras. Soy testigo de cómo dos de mis amigos casi pierden la vida por eso.

—¿A qué te refieres?

Holden aparta la mirada y después vuelve a mirarme antes de hablar.

—Los últimos seis meses, en el pueblo, han sido muy complicados. Has conocido a Spencer y Emmett, pero no conociste a Isaac. Era nuestro mejor amigo y una de las mejores personas que he conocido en toda mi vida. —Me cuesta creerlo, ya que Holden nos ha acogido a Eden y a mí sin dudarlo. Ha sido más que amable con una mujer a la que apenas conoce y con la hija que no sabía que tenía—. Lo asesinaron, así que su muerte ha acarreado mucho dolor y tristeza. A Brielle la hirieron en el mismo incidente, perdió la memoria, y… bueno, eso es una historia aparte. Pero después Emmett casi pierde la vida y a Blakely la pusieron bajo protección. Han sido… muchas cosas —continúa.

—Y yo que pensaba que mi vida era jodida.

—Al parecer, tú eres mi drama. Una mujer preciosa llega al pueblo con una niña de tres años y… ¡bum!, tengo una hija. —Desvío la mirada porque lo lamento por él—. Oye —continúa Holden, y me inclina la barbilla para que lo mire—, no me quejo, empezaba a sentirme un poco excluido.

Pongo los ojos en blanco.

—No creo que sea algo que nadie desee, Holden. No hemos venimos sin bagaje.

—Todos cargamos con un bagaje. Yo tengo un pasado, que te incluye a ti.

—Sí, bueno, pues, por lo que veo, no parece que tengas ningún defecto. Eres prácticamente perfecto. —Cuando termino de divagar, me llevo la mano a la boca. Soy una idiota. Acabo de soltarlo en el aparcamiento público. Maldita sea.

—Estoy muy lejos de ser perfecto. Soy un médico que, en ocasiones, se equivoca y, alguna vez, eso le ha costado la vida a un

paciente. Aunque nunca he sido negligente, me pesa. Dejé embarazada a una chica en Las Vegas y después perdí el conocimiento… Esa eres tú, por cierto. —Me echo a reír—. Estuve casado, y mi matrimonio fracasó. Jenna es una mujer fantástica, pero yo no era el hombre que necesitaba. Todos tenemos defectos, Sophie, y lo que hago no es heroico, es lo que debería hacer cualquier hombre.

No todos reaccionaría así. Salí con uno horrible, con el que corté unos días antes de viajar a Las Vegas. Él nunca me habría ofrecido su casa, como ha hecho Holden.

—No estoy de acuerdo, pero lo aprecio.

Eden le da unos golpes a la ventanilla —dice Holden:

—Creo que es la señal para que nos vayamos. Además, hace un frío que pela.

Cuando entramos al coche, hay un silencio incómodo entre nosotros. No sé muy bien qué decir llegados a este punto. Siento que toda mi vida está fuera de control y busco a tientas algo a lo que aferrarme.

Holden, que claramente no está tan histérico como yo, tamborilea con los pulgares sobre el volante mientras conduce. Me aclaro la garganta.

—Siento mucho ser un caos.

—No eres un caos y no tienes que disculparte por nada. Si estuviera en tu lugar, probablemente habría perdido la cabeza.

—Yo creo estar perdiéndola.

—Bueno, pues si no has enloquecido todavía, lo harás a partir de hoy. Vamos a ver a Mamá James, la adorarás. Cuidó de mí cuando se fueron mis padres y es la única familia de verdad que me queda. Te advierto que habrá un interrogatorio, pero intentaré responder a todo.

Me invaden los nervios.

—¿Se enfadará?

—¿Por qué?

—Por no haberte contado lo de Eden.

Holden sacude la cabeza.

—Para nada. Mamá James nunca se enfada. Es una santa. No sé cómo viniendo de la misma familia que mi padre es así. No hay nadie más amable que ella. Sí, tendrá preguntas, pero te considerará parte de la familia al instante.

No conozco a nadie así. Crecí en un hogar con padres que utilizaban el amor como arma. La palabra familia carecía de valor para ellos. Por eso me esfuerzo tanto para que Eden sepa que se la quiere de forma incondicional.

A lo mejor ahora aspirará a mucho más, a lo mejor tendrá esa clase de familia que nunca pensé que existiera.

Capítulo ocho

Holden

Mentiría si dijera que no estoy acojonado al llevar a Sophie y Eden a casa de mi tía, pero mentir es justo lo que voy a hacer.

Lo cierto es que, cuanto antes me lo quite de encima, mejor para todos. Mamá James soportará los cotilleos para que Sophie y yo no tengamos que hacerlo. Aunque la idea de utilizar a mi tía como escudo humano no me hace sentir muy masculino, por lo menos soy lo bastante hombre para admitirlo… ante mí mismo.

Paramos el coche y Sophie suspira.

—Todo saldrá bien —la animo, porque estoy segurísimo de que mi tía no considerará a Sophie como la mala, sino a mí. Y lo merezco.

—Tengo la sensación de que ya se me ha olvidado la historia que nos hemos inventado. No recuerdo qué se supone que debo decir.

—Que nos conocimos en Las Vegas, que tú vivías en Inglaterra, y tendremos que decir un sitio que no sea Londres —le respondo.

—Podemos decir que vivía en Manchester. Mi mejor amiga vivía allí, así que conozco la zona bastante bien.

Asiento.

—Pues Manchester. Tú y yo no nos conocíamos la noche en que… nos enrollamos y luego no teníamos forma de ponernos en contacto. —Hasta aquí, todo es verdad, que es la mejor opción.

—¿Y cómo le explicamos mi repentina reaparición?

—Has vuelto para un evento del trabajo y has visto mi nombre en un artículo.

A Sophie se le escapa una risita.

—Suena poco convincente.

—¿Te parece mejor decir que tu marido moribundo te ha enviado a buscarme para que os proteja de alguien que quiere haceros daño? —le pregunto con la ceja arqueada—. Por no mencionar que mi nombre apareció en un artículo y Mamá James tiene el recorte colgado en la nevera.

—*Touché.* Vale, así que he venido por trabajo, pero soy artista, un trabajo que no exige viajar mucho.

—Trabajas para un pintor, ¿no existen los conservadores?

—Sí, podría funcionar. —Sophie asiente y empieza a mordisquearse la uña del dedo gordo. Me he fijado en que lo hace cuando está abstraída en sus pensamientos.

Incluso la más pequeña de las mentiras parece complicada cuando se trata de contársela a Mamá James, pero la seguridad de Sophie y Eden importa mucho más. Tendré que asegurarme de que mis amigos cuenten la misma historia. Así, Emmett no dirá algo contradictorio que disguste a Mamá James.

—Mira, si te incomoda mucho, cuando pregunte sobre eso deja que hable yo, así tú no tendrás que mentir.

Antes de que podamos salir del coche, alguien golpea la ventanilla de Sophie. Giro la cabeza, dispuesto a discutir, y veo a mi tía con los labios curvados hacia arriba y la cabeza ladeada.

Conozco muy bien ese gesto. Me dice que es consciente de que tramo algo y que no va a funcionar.

—Hola, Mamá James —la saludo, y esbozo mi sonrisa característica que a veces funciona con ella—. Deberías estar en casa calentita, mi persona favorita del mundo entero.

—Hoy no, Holden.

A veces mis encantos no funcionan. Miro a Sophie.

—Deja que se lo explique yo, ¿vale?

Asiente.

Salgo del coche, me acerco a mi tía y le doy un beso en la mejilla. Mamá James empieza a hablar incluso antes de que pueda abrir la puerta a Sophie y a Eden.

—¿Quiénes son esa mujer y esa bebé que parece un clon de tu hermana?

—¿Me dejas que las ayude a salir del coche para que pueda presentártelas? —pregunto.

—Sí, sí, claro —contesta. Da un paso atrás y se envuelve un poco más en el abrigo.

Abro primero la puerta de Sophie y la ayudo a salir. Cuando empieza a encogerse, la atraigo hacia mí y le pongo la mano en la espalda.

—Mamá James, Sophie Pearson.

—Peterson —me corrige Sophie.

—Lo siento, Peterson. Estoy un poco nervioso. —Aunque sé que no ha sido un error, intento justificar el desliz mientras abro la puerta trasera—. Y esta pequeña es Eden. —Se ha quedado dormida en el asiento trasero, probablemente lo mejor para que explique la situación.

Tengo la historia en la mente, pero echo un vistazo a los ojos de color avellana de mi tía y no puedo hacerlo. No puedo mentirle. Ha sido mi apoyo durante la mayor parte de mi vida y he hecho todo lo posible por ser el hombre al que ella ayudó a criar.

—Hace casi cuatro años conocí a Sophie en una discoteca en Las Vegas. Estaba borracho y me aproveché de ella. Ni siquiera me molesté en pedirle el nombre completo o el número de teléfono. Volvió a Inglaterra, descubrió que la había dejado embarazada y acabamos de reencontrarnos. Deduzco que se te han puesto los ojos llorosos al mirar a Eden porque tú también te has dado cuenta.

Mamá James se tapa la boca con la mano y después mira el asiento trasero.

—Es tu hija.

—Sí —asiento.

Entonces, desvía la mirada hacia Sophie y da un paso al frente para estrecharla entre sus brazos.

—Cielo, eres un ángel por haber cuidado del bebé sin ayuda. Eres una mujer maravillosa.

Sí, que lo es. Ambas lo son.

* * *

Preocuparnos por cómo explicarlo todo ha resultado ser una estupidez. Lo que debería haberme preocupado es que Mamá James intentara avergonzarme. Esa es su puñetera misión. Ha estado enseñando fotos de cuando era bebé, ha sacado las notas, cartas de niñas del instituto y, la muy demente, acaba de sacar el álbum de mi boda.

Ahí es donde pongo el límite.

—Suficiente —le digo con calma a Mamá James—. Por favor, me estás arruinando la reputación.

—No tienes ninguna reputación, excepto la de quedarte traspuesto con los pantalones por los tobillos —me regaña Mamá James.

Sí, Sophie ha compartido ese detallito.

—No los llevaba por los tobillos —murmuro. Fue por las rodillas, pero vale.

Eden entra en la habitación a la carrera cargando a Pickles, un gato que nunca me deja en paz y me odia.

—Mami, ¿podemos quedarnos a Pickles?

Sophie sonríe.

—No, cariño, es la mascota de Mamá James.

Se aferra a él y el gato le ronronea en los brazos.

—Lo amo. ¿Puedo pedirle un gato a Papá Noel?

—Parece que él también te quiere —interviene Mamá James con una sonrisa—. Deberías dárselo a… —Me mira con un destello de confusión en la mirada. Sé que quiere decir mi nombre, pero no sabe cómo me llama Eden.

—Holden —termino la frase por ella. Me vuelvo hacia Eden—. Y no, no deberías dármelo a mí, no le gustan los chicos ni la gente con alma.

Mamá James resopla.

—Eso no es cierto. Le gustamos Eden, Sophie, Spencer, Emmett y yo. Y debería reprenderte por ese comentario.

—Bueno, pues no le gustan los hombres listos con alma.

Ese gato ha sido mi pesadilla desde que llegó. Me acecha, se acerca y se aparta de mí a su antojo, juega con mis nervios e intenta mantenerme alerta. Después, cuando bajo la guardia y creo que me dejará en paz, me ataca. El estúpido gato me ha arañado más veces de las que me gustaría admitir.

Luego se muestra dócil y se acurruca en los brazos de Mamá James con una sonrisa. Juro que este gato solo sonríe después de derramar sangre.

—No sé qué le habrás hecho a Pickles, Holden, porque es el gato más dulce del mundo con todos, excepto contigo.

—Claro, soy yo el que le ha hecho algo.

Sophie se acerca y acaricia a Pickles en los brazos de Eden.

—Parece bastante tranquilo.

—Es el gato más maravilloso del mundo.

—Oh, sí, seguro, muy dulce y maravilloso… para ser un demonio —rumio.

Mamá James pone los ojos en blanco.

—A lo mejor si fueras más amable con él…

—A lo mejor si no quisiera arrancarme los ojos…

Mamá James le resta importancia con un gesto de la mano.

—Oh, venga ya. Solo intentaba treparte, no arrancarte los ojos.

Sí, claro, diremos que fue eso. Siempre espera a que ella esté de espaldas para atacar y, por supuesto, esa estúpida carita angelical lo saca del apuro.

Eden le da un beso en la cabeza.

—Es un gatito muy mono.

—Por supuesto… que no.

Mamá James suspira profundamente.

—Eden, puedes venir a achuchar a Pickles siempre que quieras. Mi casa estará abierta.

—Oh, seguro que te alegra tener un motivo para que te visite.

Sonríe.

—Echo de menos tener la casa llena de niños.

Lo sé. Siempre estaba dándonos de comer y se aseguraba de que tuviéramos galletas. Ir a su casa era lo mejor del día. Después del colegio, mis amigos siempre intentaban convencerme de que compartiera el botín.

Mamá James se vuelve hacia Sophie.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte en Rose Canyon?

—No estoy segura. —A Sophie le tiembla un poco la voz.

—Puede quedarse todo el tiempo que quiera, pero tenemos que resolver un montón de cosas.

—Para quedarme, tendré que buscar trabajo, pero…

—Bueno, si necesitas ayuda con Eden, yo estoy en casa todo el día y nada me gustaría más que pasar tiempo con ella.

Ay, Dios.

—Ni de broma te la llevarás a tus reuniones de ancianas —intervengo para que Sophie no tenga que responder.

—¿Qué tienen de malo mis reuniones y a quiénes llamas ancianas?

—A tu grupo. Seis ancianas que se reúnen para cotillear, con la excusa de que es una organización benéfica para niños, ¿qué podría salir mal?

Mamá James se queda boquiabierta.

—Holden Xavier James, ni se te ocurra hablar mal de esas mujeres. Todas son como abuelas para ti y siempre te han apoyado.

Ha perdido la maldita cabeza.

—¿Quién? ¿Barbara? Intentó que me casara con su nieta, que es quince años mayor que yo, para que pudiera —Hago comillas con los dedos— arreglarla. ¿O quizá Alta? Me grabó cuando me salté un stop, llamó a la Policía y reprodujo el vídeo en la iglesia. Y después está Tina, que siempre me hace comentarios lascivos y me pellizca el trasero cuando paso por su lado. —Eso hace que a Sophie se le escape una risita—. A todas tus amigas les faltan unos cuantos tornillos.

Ni me molesto en mencionar a Marylou, de quien sospecho que puso laxantes a los batidos de su marido durante años y después se quejaba de sus problemas de estómago constantes, o a Desiree, que se acostó con el hermano de su marido durante años y no estoy cien por cien seguro de que su hija sea de su marido. Sí, son los mejores ejemplos para mi hija.

Mamá James me mira fijamente.

—¿Te saltaste el stop, Holden?

Me rindo.

—Esa no es la cuestión.

—A mí me parece que sí. ¿Hacía falta que Alta se lo enseñara al grupo de la iglesia? No, pero se ocupa del proyector, dijo que se equivocó de vídeo y resulta que yo la creo. No tiene la culpa de que te avergüencen tus propias acciones. Y en cuanto a Barbara, bueno, ¿puedes culparla? Lizzy no rejuvenecerá y eres un buen chico. Podrías haberla ayudado. Y Tina… Esa mujer es una salida y no tiene justificación. —Mamá James va a por la cesta de tejer—. Sin embargo, soy prácticamente tu madre. Nunca le haría daño a la niña y sabes que conmigo estaría muy bien cuidada.

—Lo sé.

—Así que, tus objeciones no son válidas, ¿a que no?

Solo ella es capaz de regañarme de ese modo.

—No, señora.

Asiente y se vuelve hacia Sophie.

—Sé que no me conoces muy bien, querida, pero ahora soy casi como de la familia para las dos y me gustaría que vinieras a visitarme. Si necesitas que la vigile mientras buscas trabajo, estaría encantada de ayudar. El pueblo tiene un centro juvenil donde trabaja Brielle, puede que no la hayas conocido todavía, pero es una mujer maravillosa.

—Ya conoce a Brie —le explico, y me arrepiento al instante.

Un destello de ira le recorre la mirada.

—¿La conoce? ¿Conoció a tus amigos primero?

—Buscaba a Holden cuando llegué al pueblo y dio la casualidad de que estaba con ellos —interviene Sophie.

Eso parece apaciguarla.

—Oh. Bueno, entonces ya sabes que Brielle es muy dulce y podría ayudarte a encontrar algo.

—No presiones, mamá —la advierto—. Si Sophie quiere quedarse en el pueblo y buscar trabajo, ya nos lo dirá.

No tengo ni idea de qué hará. Puede que se largue en mitad de la noche, así que no quiero hacerme ilusiones con que se quede aquí a largo plazo.

—Por supuesto, solo era una propuesta.

—Lo agradezco —afirma Sophie—. Seguro que a Eden le encantaría jugar con Pickles.

Pickles me mira y entrecierra los ojos. Sí, él y el demonio que lo posee no hacen más que causar felicidad.

—Bueno, tengo que volver a casa y trabajar un poco —digo, listo para acabar con esto antes de que Pickles decida atacarme.

Mamá James se pone en pie y nos acompaña a la puerta.

—Espero verte muy pronto, Holden. Últimamente me duele mucho la pierna. La última vez que me la miraste mejoró un poco, pero solo mejora cuando vienes.

Durante el último año he sido testigo de cómo la dinámica mujer empieza a deteriorarse. Hace unos diez meses, se cayó y se rompió la pierna. Por suerte, ocurrió cuando estaba en una de sus reuniones de tejido y pudieron ayudarla de inmediato, pero me preocupa lo que habría pasado si se hubiera hecho daño en casa. ¿Cuánto habríamos tardado en darnos cuenta? Pedí que le hicieran una pulsera identificativa y le instalé un sistema de monitorización, que puede usar si necesita ayuda. Cuando volví al pueblo, hace unos meses, me enteré de que no iba al médico, de que cojeaba mucho y de que llevaba una semana sin tomar la medicación para el corazón.

Es la única familia que me queda.

—¿Vas a fisioterapia? —pregunto.

—Sí, todas las semanas.

—¿Y te ayuda?

Se encoge de hombros.

—Me gusta ir, las chicas son maravillosas. Sin embargo, creo que la pierna solo mejora cuando vienes a visitarme.

Sonrío.

—Yo también te echo de menos.

—Pues ven, y asegúrate de traer a Eden y a Sophie también. Tengo el presentimiento de que se me curará la pierna en un santiamén.

—Eres una maestra de la mortificación —le suelto, y después le doy un beso en la mejilla.

Se inclina un poco.

—Ha sido un placer conocerte, Eden.

Eden comienza a moverse de lado a lado.

—Me gusta Pickles.

—Puedes venir a visitarlo las veces que quieras.

—¿Mañana? —pregunta Eden, y levanta la mirada hacia Sophie. Esta se echa a reír.

—Ya veremos. —Se vuelve hacia Mamá James—. Ha sido muy agradable pasar este rato con usted. Gracias por recibirme tan amablemente a pesar de lo que pudo pensar al principio.

Mamá James le apoya la mano en la mejilla a Sophie.

—He pensado que eras maravillosa, eso es todo. Por favor, pásate a visitarme, y lo de ofrecer mi ayuda iba muy en serio.

Sophie me mira a los ojos.

—Creo que estaremos aquí una temporada, así que puede que necesite ayuda.

Dios, eso espero, porque no quiero que se vayan.

Capítulo nueve

Sophie

—Relájate, Sophie. ¡Estás muy tensa! Por fin has roto con Edward… Tienes que vivir un poco —me dice mi compañera de piso, Joanne, mientras me entrega una copa.

—¡No soy como tú, Jo! —grito por encima de la música.

—Lo sé, pero inténtalo. Es divertido.

—Ni siquiera sé qué hacer —admito.

—¿Ves a ese tío? —Me señala a un hombre alto, de pelo oscuro y hombros anchos—. Ve a darle un beso.

Ni de broma.

—¡Jo!

—¿Qué? Es lo que haría yo.

Resoplo.

—Sabes que no voy a hacerlo.

Me sonríe y contonea las caderas.

—Vale, entonces empínate la copa.

Es mejor opción que besar a un desconocido en una discoteca. Levanto la copa a su salud y después dejo que el líquido fluya por mi garganta.

Jo grita y después se ríe.

—¿Quién va a invitar a mi amiga a una copa?

Unos cuantos hombres levantan la mano y uno echa a correr hacia la barra. Jo parece disfrutar de la atención mientras todo el mundo ríe y se lo pasa bien, pero yo me aparto un poco. Siempre lo hago. Theo se burla de mí, dice que soy una mojigata y que si estuviéramos en la época de la Regencia moriría soltera. Por suerte, no estamos en el siglo pasado y está permitido que sea tímida sin que eso me destroce la vida.

Aun así, envidio a Jo. No le importa lo que diga la gente. Vive con la frente en alto y no teme lo que piensen sus padres o la sociedad. Yo daría lo que fuera por salir de mi zona de confort, solo por una vez, y ser atrevida. Por hacer algo temerario y ser completamente libre, pero nunca lo haré. No soy así y punto. Aunque, después de la discusión que tuve con mi madre antes de venir, me dan ganas de romper las reglas por una vez en mi vida.

—Aquí tienes, preciosa —dice el hombre alto que ha ido a la barra, y me entrega una bebida.

—Oh, gracias.

No me lo quiero beber, porque no he visto cómo lo preparaba el camarero. Theo me ha insistido con firmeza en que, por lo menos, sea inteligente. Sonrío, me llevo la copa a los labios y finjo que la pruebo.

Jo, que había estado observando la conversación, alarga la mano hacia la copa.

—Pero si eso no te gusta. —Me quita el vaso y lo derrama por todas partes—. ¡Mierda! —Se ríe a carcajadas mientras se limpia el brazo—. Soy una borracha torpe y acabo de hacerte perder el tiempo. Lo siento.

—No te preocupes —responde él, pero la forma en que ha apretado la mandíbula delata que le molesta haber gastado demasiado dinero en una copa que ha acabado derramada por el suelo.

Jo me rodea con el brazo y me acerca los labios al oído:

—No iba a dejar que te lo bebieras. No me fío de ninguno de estos tipos.

Sonrío porque me encanta que mi amiga me proteja a su manera tan singular.

—No quiero emborracharme.

Jo resopla.

—Pues mala suerte, querida. —Jo agarra al hombre que hay junto a ella y le dice—: Te doy la oportunidad de invitarnos a unos chupitos a mí y a mi amiga. Si te portas bien, puede que baile contigo.

Acepta la coqueta exigencia y pide unos chupitos. Los bebemos con rapidez, el alcohol de antes se mezcla con este y la cabeza me da vueltas. No estoy borracha, pero sí que voy con el puntillo.

Jo me da un beso en la mejilla.

—Ahora vuelvo. Voy a bailar con él.

Asiento, me pido otra copa y me quedo allí, de espaldas a la barra. Le doy sorbitos pequeños al vodka con Coca-Cola antes de ir hacia la pista de baile para observarla mientras baila sin preocupaciones. La música está muy alta y el bajo sigue un ritmo sensual que me hace mover un poco las caderas.

Un cuerpo cálido se arrima al mío desde atrás. Huelo una colonia almizcleña e intensa que me quema un poco la nariz.

—¿Quieres bailar?

Me vuelvo y me encuentro cara a cara con el hombre que me ha pagado la copa que ha derramado Jo. Es mucho más alto que yo y, no sé explicar por qué, pero me incomoda. El instinto me grita que me aleje de él.

—Me has asustado. —Me obligo a sonreír y doy un paso atrás, pero me atrae hacia él y no me queda más remedio que apoyarle la mano libre en el pecho.

—¿Estás bien? —pregunta, como si me hubiera caído o algo por el estilo—. ¿Te has tropezado?

Lo empujo un poco del pecho.

—Sí, bien. Gracias por agarrarme.

En lugar de soltarme, presiona.

—Pensaba que querías bailar.

—La verdad es que no, pero gracias.

—Venga, es lo mínimo que puedes hacer.

Mantengo la calma, porque sé que no tengo muchas opciones y quiero pensar. Si voy con él a la pista de baile, podré llegar hasta Jo.

—¿Una canción? —sugiero, y espero confirmación.

—Para compensar la copa. —Sus intentos de parecer mono no funcionan.

—Vale.

Nos dirigimos a la zona en la que he visto a Jo por última vez, pero no la encuentro cuando empiezo a bailar. Nos movemos al ritmo de la música y no me quita la mano de la espalda mientras nos mueve de un lado para otro. No dejo de mirar a mi alrededor, buscándola. Entonces me gira despacio y se mueve para colocar su pierna entre las mías. Me alejo un poco, porque llevo una falda corta y no me apetece que se me suba.

Una vez más, me pone la pierna en el mismo sitio y esta vez me coloca la otra mano en el muslo y la desliza hacia mi trasero.

Lo aparto, me bajo la falda y me alejo de él.

—Por favor, para.

Vuelve a acercarse a mí con una sonrisa maliciosa en los labios mientras yo me aparto, pero tropiezo con alguien que baila detrás de mí. Me preparo para acabar desparramada en la pista pegajosa, cuando unos brazos me rodean y me ayudan a recuperar el equilibrio. Acabo intercambiando una mirada con los ojos castaños más imponentes que he visto en mi vida.

—Hola —saludo, y después me abofeteo mentalmente.

El hombre desvía la mirada hacia el imbécil con el que estaba bailando y después me mira a mí.

—¿Todo bien?

Sacudo la cabeza.

—No me deja en paz.

Asiente y después sonríe y me rodea con el brazo.

—Eh, gracias por bailar con mi novia. Llegaba tarde.

—¿Disculpa? —pregunta el tipo, que pasa la mirada de mi salvador a mí. Le pongo una mano en el pecho y le apoyo la cabeza en el hombro.

—Es mi novio.

—Te he invitado a una copa. —Se le empieza a marcar la vena de la frente.

Mi novio falso se mete la mano en el bolsillo y saca un billete de veinte dólares.

—Te lo agradezco. Toma, sin rencores.

El tipo agarra el billete, resopla y se larga. Exhalo por primera vez, soltando el miedo que se agolpaba en mi pecho.

—Gracias —digo, y doy un paso atrás.

—No hay de qué. ¿Cómo te llamas?

—Sophie —respondo con una sonrisa.

—Encantado de conocerte, Sophie. ¿Se estaba comportando como un cerdo?

Asiento.

—Bastante.

—Bueno, pues me alegro de haberlo visto y de intervenir.

Me inclino hacia él para hacerme entender sin tener que gritar tanto.

—Yo también. Deberíamos bailar —suelto, sorprendiéndome a mí misma.

Me sonríe.

—¿Por guardar las apariencias?

—Y porque te debo eso como mínimo.

El hombre extiende la mano y me señala el centro de la pista de baile. Se la doy, entrelazo los dedos con los suyos e ignoro la oleada de calidez que me recorre el cuerpo.

No recuerdo la última vez que me sentí así. No sé si me había pasado antes.

Cuando llegamos a un espacio libre, sonríe.

—Soy Holden, por cierto.

—Es un placer conocerte.

—Vamos a dar un giro a tu noche, Sophie, y hacer que no la olvides nunca.

* * *

Me despierto un poco aturdida tras el sueño. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que pensé en aquella noche, desde que recordé cómo me había hecho sentir Holden. Pasé de tenerle

muchísimo miedo a alguien a sentirme más segura que nunca, lo cual demuestra lo chiflada que estoy.

Eden duerme a mi lado con el rostro relajado y feliz. El reloj marca las dos de la madrugada y, aunque debería intentar volver a dormir, estoy muy despierta y algo confundida.

Busco el diario en la bolsa que tengo junto a la cama. Siempre me ayuda a ordenar los pensamientos y necesito urgentemente hacerlo. Cuando lo encuentro, me dirijo a la silla del rincón y enciendo la lamparita.

Sostengo el bolígrafo encima del papel y empiezo a escribir.

Querido diario:

Llevo una semana sin tiempo, o, más bien, ganas de escribir, pero ahora más que nunca necesito expresar lo que siento.

He perdido a Theo. Ha fallecido y no solo lo he perdido a él, sino todo lo demás. Mi hogar, mis amigos (aunque no es que tuviera muchos), mi país, mi nombre y mi trabajo. Lo echo de menos. Quiero entrar en su despacho, contarle que Eden ha vuelto a sentarse boca abajo y que me ayude a pensar una forma de evitarlo. Quiero abrazarlo y explicarle el dolor que me ha causado todo lo que ha pasado, pero no puedo.

En lugar de eso, aquí estoy, escribiéndote a las dos de la mañana.

Al único amigo que me queda.

Aunque no es del todo cierto. Al perder a Theo, he encontrado a Holden.

Theo me ha obligado a marcharme porque Eden y yo estamos en peligro. ¿De qué? No lo sé, pero he venido a Rose Canyon a empezar de cero. Estoy enojada. Debió contarme que había descubierto la identidad de Holden. Era lo menos que me debía. En cambio, lo mantuvo en secreto y solo decidió revelármelo cuando no pudiera buscar respuestas sobre cómo o por qué me mintió. Nada tiene sentido. Tengo el corazón hecho añicos. ¿Cómo es posible que amara a Theo, confiara en él y lo conociera casi tan bien como a mí

misma y, aun así, no lo conociera de verdad? Estoy muy enfadada con él por mentir, por morirse y dejarme.

También estoy confundida por Holden. Es el último hombre que me tocó. Tenemos una hija juntos y, aunque no nos conocemos, me siento segura con él.

Empiezo a cuestionar mi cordura. Ese es el meollo del asunto. No tiene sentido que confíe en él. Nos conocimos de pasada una noche y de aquello salió nuestra hija.

Ni siquiera puedo pensar en el hecho de que me sienta atraída por él porque no me parece correcto. No debería sentirme así, ¿verdad? Sé que mi matrimonio no era físico, pero quería a Theo.

Nada tiene sentido, sin embargo, he soñado con la noche en que nos conocimos y he recordado sus caricias, así que, a lo mejor, es culpa de la soledad. A lo mejor es porque nunca pensé que volvería a desear a otro hombre… O, por lo menos, pensaba que, si deseaba a alguno, nunca lo tendría. Y ahora, quizá deseo a alguien, pero soy viuda, no debería querer estar con nadie. No hay motivos para que no esté con otra persona, excepto el peligro del que, pese a no saber nada, tal vez, me acecha.

Capítulo diez

Sophie

—Mami, ¿podemos ver a papá? —me pregunta Eden mientras la visto.

No sé cómo contárselo. Le he dado muchas vueltas a qué decirle sobre la muerte de Theo o cómo explicárselo. Lo quería muchísimo y no había nadie en el mundo a quien él quisiera más que a ella. Nunca pudo despedirse de él. Nunca podrá emplear muchas de las estrategias que se utilizan para superar el duelo.

Pero ha llegado el momento.

No voy a seguir mintiéndole.

Le sujeto las muñecas con las manos y me agacho para mirarla a los ojos.

—Eden, ¿te acuerdas de cuando papá y yo te contamos que estaba enfermo?

Asiente.

—Está en el hospital.

—Ya no. Estaba muy enfermo, cariño. Tenía el corazón débil y cansado.

—¿Está durmiendo? —me pregunta inocentemente.

—No exactamente. Papá se ha ido al cielo para estar con la abuela —le explico. Eden no era lo bastante mayor cuando falleció mi madre para entenderlo, pero le hemos dicho muchas veces que está en el cielo.

—¿Volverá?

Le sujeto las manos.

—No, no puede, pero hablaremos con él por la noche o cuando recemos.

Bate las largas pestañas al abrir y cerrar los ojos mientras reflexiona.

—¿Puedo darle un abrazo?

Contengo las lágrimas y me obligo a sonreír.

—Siempre puedes enviarle un abrazo a las personas a las que echas de menos, ¿sabes cómo?

Sacude la cabeza rápidamente.

—Tienes que poner los brazos así —le sujeto las muñecas y hago que se rodee el pecho con los brazos—. Cierra los ojos. —Obedece —. Piensa con todas tus fuerzas en quién desearías que estuviera aquí y aprietas tanto como puedas.

Eden se abraza y yo cierro los ojos y hago lo mismo, deseando que Theo me estuviera devolviendo el abrazo. Daba los mejores abrazos del mundo. La calidez con la que me rodeaba hacía que creyera que nada podía hacerme daño mientras él estuviera cerca.

—Mami, ¿crees que lo ha sentido?

Abro los ojos y miro los ojos castaños de mi hija, grandes y llenos de esperanza.

—Sí, mi pequeña, creo que sí.

Cuando me rodea el cuello con los brazos y me abraza con fuerza dejo que me caiga la lágrima que estaba conteniendo y me aferro a lo único que queda de mi mundo.

Llaman a la puerta y al volverme veo a Holden apoyado en el marco.

—No quería interrumpir.

Me limpio la mejilla.

—No interrumpes…

—¡Holden!

—Hola, bichito.

—Mi papi está en el cielo con la abuela.

Se agacha delante de ella.

—Seguro que ha conocido a mi hermana Kira.

La pequeña abre mucho los ojos.

—¿Tienes una hermana en el cielo?

—Sí.

—¿Y le das abrazos? —pregunta Eden con inocencia.

Holden se rodea el pecho con los brazos como acabo de hacer yo, cierra los ojos y aprieta.

—Acabo de hacerlo, y le he pedido que busque a tu padre y compruebe que está bien.

Eden da un salto hacia adelante y le rodea el cuello con los brazos. Holden se ríe, la atrapa y la abraza. Eden se aparta un segundo después y se vuelve hacia mí.

—¿Puedo ir a jugar con mis juguetes?

—Claro.

Sin darnos tiempo a decir nada más, echa a correr hacia el salón, que se ha convertido en el paraíso de Eden. Me siento en el borde de la cama.

—Le caes bien.

—Me alegro.

Se me escapa una carcajada.

—Sí, pero me refiero a que le gustas de verdad. Ya habéis conectado, me encanta verlo.

—Resulta fácil conectar con ella.

Levanto la mirada hacia él.

—La verdad es que sí.

—¿Estás bien? —me pregunta con preocupación.

—No, pero había llegado el momento de contarle la verdad.

Esboza una sonrisa triste y se sienta a mi lado en la cama.

—No sé si hay un buen momento para decirle a un crío que su padre se ha ido.

No, no lo hay, y presiento que Eden no va a dejar de hacerme preguntas solo porque se lo haya dicho una vez.

—Habrá un montón de conversaciones difíciles a partir de ahora, ¿verdad?

Como cuando llegue el momento de contarle el papel de Holden en su vida. Él alarga la mano y la posa sobre la mía.

—No tengo prisa, Sophie. Lo que sea mejor para Eden será lo mejor para todos. ¿Quiero que sepa que soy su padre? Por supuesto. Pero ¿creo que ahora es el mejor momento? No. Tenía un padre y lo ha perdido. Eso ya es bastante difícil. Viviremos día a día y veremos cómo evoluciona todo. Además, pasará con el tiempo. Ni siquiera tenemos que hablar del tema.

Holden James es un hombre maravilloso. Hace que me sienta como si todo fuera a salir bien.

—¿Y si pasan semanas o meses? ¿Cómo se lo explicamos a la gente?

—No le debemos explicaciones a nadie. Creo que subestimas cómo trabaja Mamá James, es una de las maravillas del mundo cuando se trata de los cotilleos. Pondrá fin a los rumores y podremos contar la historia como queramos.

—Tu tía es una mujer realmente adorable.

—Sí. Es el motivo por el que he vuelto a Rose Canyon este año.

—¿No has vivido siempre aquí? —le pregunto.

—No, era un doctor muy importante en Los Ángeles y me encantaba aquello, la verdad. El clima es un millón de veces mejor que este, pero allí no está Mamá James. Venía a visitarla una vez al año escasamente hasta que Emmett me llamó para decirme que se había caído y roto la pierna. Volví a toda prisa, la ayudé y, en la última visita, cuando falleció Isaac, vi cosas que me inquietaron.

—¿Como qué?

Suspira.

—No iba al médico y me preocupaba que fuera un problema de memoria, pero se acuerda de todo. Es el corazón. Enfermó de joven y la operaron con éxito, pero tiene las paredes del corazón débiles y el cardiólogo dijo que había que mantener baja la presión sanguínea. Con eso me bastó para volver y estar cerca para echarle un ojo.

—¿De verdad eres tan perfecto? —le pregunto—. Había oído hablar de hombres como tú, pero lo consideraba un mito.

—No soy perfecto. —Holden se pone en pie y empieza a caminar de un lado al otro de la habitación—. Es la única familia que me

queda y se merece no estar sola. Hago lo que creo que es correcto.

Eso condensa lo que pensaba de él. ¿Cómo es posible que él no lo vea así? Es raro que alguien tire su carrera por la borda por lo que sea, mucho menos para cuidar a un pariente anciano, y él lo ha hecho.

Sin pensarlo, me levanto y me paro delante de él.

—He pasado los últimos cuatro años preguntándome cómo sería el hombre con el que tuve una hija. Había fantaseado sobre ti, soñado con la clase de persona que esperaba que fueras. Ahora lo sé y no puedo creer que seas real.

A Holden se le curvan los labios hacia arriba.

—Haces que parezca heroico cuando no lo soy.

—Para ella, sí. A mi parecer, los héroes son altruistas. Lo arriesgan todo por los demás, independientemente de lo que les cueste. ¿No es eso lo que hiciste tú cuando dejaste atrás tu vida en California?

«¿Cuándo aceptaste, sin dudar, que Eden y yo nos instaláramos en tu casa?».

Cambia el peso de una pierna a la otra y es evidente que la conversación lo incomoda. Aunque no conozco todos los detalles sórdidos de su pasado, no me hace falta para ver lo bueno que es. Que nos haya dado a Eden y a mí lo que necesitamos sin pensárselo dos veces es lo único que necesito. La señal de que es un héroe.

Es el hombre que siempre había pedido.

—Vamos a hablar de otra cosa. He venido porque tengo una sorpresa para ti.

—¿Para mí? —pregunto, un poco incómoda.

—Vamos. —Extiende la mano y se la doy. Caminamos hacia el fondo de la casa y abre una de las puertas.

Ha reformado por completo la habitación que utilizaba como despacho. Tiene una cama grande con mesita de noche, una cajonera muy bonita y cortinas finas en ambas ventanas.

—Es preciosa —digo.

—Las dos necesitáis vuestro propio espacio y podemos renovar la habitación en la que duerme Eden para que sea un poco más adecuada para ella ahora que tú ya tienes otra.

Recorro todo el espacio y siento tanta gratitud que me abruma.

—No tenías que hacer todo esto.

—Claro que sí. Quiero que sea tu hogar, Sophie. Las dos deberíais sentiros cómodas aquí.

—Lo estamos, y… Gracias. —Sin pensarlo, le rodeo el cuello con los brazos y lo abrazo.

Me devuelve el gesto y siento sus labios rozando mi sien.

—Esto hace que valga la pena. Bienvenida a casa, Sophie.

* * *

Querido diario:

Hoy es el primer día que no he llorado. La primera vez que no me tumbo en la cama odiando a mi marido y deseando que estuviera vivo para poder matarlo yo. Y, por eso mismo, me resulta difícil, porque siento muchas cosas, no solo ira y dolor. Holden ha arreglado una habitación para mí, me ha preparado un dormitorio y ha dicho que este también es mi hogar. Me he sentido abrumada y feliz.

Feliz por haber encontrado mi sitio, a alguien altruista y dispuesto a dar sin dudarlo. No me pide nada y me ofrece gestos de bondad y una sinceridad que yo no había conocido antes.

Intento luchar contra las emociones.

¿Cómo puedo sentirme feliz, aunque sea un poquito, por tener a Holden en mi vida, aunque eso suponga que Theo se haya ido?

Es una locura. No está bien. Me siento culpable a más no poder. No debería estar contenta. Punto. Debería estar destrozada todo el tiempo. No debería alegrarme cuando Holden me sonríe. No debería sentir mariposas en el estómago cuando lo pillo mirándome. Y no debería pensar en lo atractivo que es.

Pero no lo puedo evitar.

Sé que, en parte, es comprensible, ¿no? Soy una mujer con necesidades. Las he descuidado diciéndome a mí misma que debo centrarme en asuntos más importantes. Estaba satisfecha con lo que tenía. Muchas mujeres se conforman con la amistad, ya era mucho más de lo que tuvieron mis padres.

Y que mire a Holden de ese modo no significa nada malo.

Por lo menos, eso me digo a mí misma, porque no me parece razonable. Siento que es traiciono a Theo.

No consigo aceptarlo.

Cada vez que me lo reprocho, pienso que Theo no era mi marido de verdad. Nunca hicimos el amor. Nunca tuvimos la intimidad de dormir en la misma cama. Éramos como el matrimonio de una jodida novela romántica de la Regencia, durmiendo en habitaciones separadas. No, ni siquiera eso, porque, por lo menos, en las novelas el marido visita a la esposa en su habitación. Mi puerta nunca se abrió.

Salvo cuando Eden venía a despertarme.

Aun así, siento que debo serle fiel. No tengo ni idea de si, alguna vez, estuvo con otra mujer, a lo mejor, debería haberle preguntado, pero me daba lo mismo. Así que, ¿por qué me da la sensación de que a él le importaría?

Le doy unos golpecitos al papel con el bolígrafo mientras sopeso el torbellino de emociones que me invaden.

Entonces, cuando empiezo a escribir, alguien llama con fuerza a la puerta.

Me quedo inmóvil y levanto la mirada sin mover la cabeza. Holden está en el trabajo y es el primer día que nos quedamos las dos solas. Eden duerme la siesta y, desde que llegué, no ha venido nadie.

No sé muy bien que hacer. ¿Abro la puerta? ¿Y si es quien me persigue y me han encontrado? Empiezo a ponerme nerviosa y a repasar las vías de escape.

Podría salir por la puerta de atrás, pero si son varias personas, quizá no sea la mejor idea.

Entonces vuelven a llamar y el sonido va seguido de una voz:

—Taco de cabra.

«Jackson».

Me dirijo a la puerta a toda prisa, aliviada de que no sea alguien que quiera hacerme daño. Aun así, me asomo por la mirilla para asegurarme de que es él antes de abrir. Me sonríe.

—Me alegro de verte, Sophie.

—Menos mal que eres tú.

—No te preocupes. He estado vigilando y, como te dije, hay otros de mi equipo en los alrededores.

Sí, pero no es tan sencillo no preocuparse.

—Yo no he visto a nadie.

—Se supone que no debes vernos.

—¿Sigue Zach por aquí?

—No, ha tenido que volver, lo ha sustituido otra persona, y Miles anda cerca. Los dos son perfectamente capaces de protegerte.

Aun así, habría estado bien recibir alguna señal para que supiera que estaban por aquí.

—¿Qué haces aquí? —pregunto cuando recuerdo que me dijo que no podía venir a visitarme porque conocía a algunas personas.

—He usado a los amigos que tengo en el pueblo como excusa para venir a ver cómo estabais. ¿Qué tal va?

—No sé qué decirte. Supongo que ya sabes por qué estoy en esta casa y que debía encontrar a Holden.

Asiente.

—Theo me informó de la conexión entre Holden y Eden. Es uno de los motivos por los que quería que vinieras aquí más que a ningún otro lugar. ¿Qué mejor sitio para enviarlas que con un hombre que tiene todos los motivos para proteger a tu hija? Es lo que yo haría si estuviera en su lugar.

—Sí, en lugar de ser sincero conmigo y darme la oportunidad de decidir por mí misma, qué noble por su parte.

Jackson ríe por la nariz.

—No he dicho que lo caracterizara la nobleza.

—Así que, ¿has venido para ver cómo estoy?

—En parte. He venido a ver a Spencer y Emmett y hablar con ellos del juicio en el que tienen que testificar, y también tengo que darte algo.

—¿El qué? —pregunto.

Se saca una carta del bolsillo de la camisa y me la entrega.

—Es de Theo.

Estoy empezando a cabrearme bastante con toda esta situación. Si Theo tenía tantas cosas que decirme, podría haberlo hecho perfectamente mientras estaba vivo. ¿Ahora que ha muerto, decide enviarme mensajes? La dejo en la mesa y resoplo con desdén.

—¿No te alegra recibirla?

—¿Te alegrarías tú? Conocía la identidad del padre de Eden. Estaba metido en algo que me forzó a cambiarme el nombre y mudarme a la otra punta del planeta, literalmente. No puedo contactar con mis amigos ni con gente a la que conocía desde hace años. Vivo en casa de alguien a quien ni siquiera conozco y no tengo ni la más remota idea de qué se supone que debo hacer ahora. ¿Vivo y me busco un trabajo con esta nueva versión de Sophie Pearson?

—Esa es la cuestión, ahora eres Sophie Peterson. Puedes decidirlo tú.

—Bueno, pues me gustaba ser Sophie Pearson. Me gustaba mi vida, mi hogar, mi trabajo. Me gustaba todo, así que Theo puede llevarse las cartas a la tumba en la que nos ha enterrado a todos.

Después de haber pronunciado las palabras, me odio a mí misma, pero estoy muy cabreada. Si me lo hubiera explicado todo antes, podríamos haberlo planificado entre los dos y gran parte de todo esto no me resultaría tan confusa. Podríamos habernos ido antes, juntos, y podría haber estado a su lado.

Jackson desvía la mirada hacia la carta.

—Conocías a Theo mejor que nadie, Sophie. No era cruel, ¿verdad?

—No, no lo era.

—Pues lee la carta. Lo único que le importaba era tu seguridad y la de Eden. Nunca quiso hacerte daño y creo que pensó que esta era la única forma de protegeros.

Por muy enfadada que esté nunca podría ignorarlo y apuesto a que Theo también lo sabía.

—¿Por qué la recibo ahora? ¿Por qué no el día que murió?

Jackson sonríe.

—Me dijeron que te la entregáramos siete días exactos después de su muerte. Tenía que traerla yo mismo para asegurarme de que te llegara.

Se da la vuelta para irse, pero lo llamo.

—¿Volveré a verte?

—Sí. Y recuerda que aquí estás a salvo. Puedes elegir qué hacer, ya sea quedarte y construir una vida aquí o irte. Theo solo nos dijo que debíamos protegerte y darte información conforme la fueras necesitando. Si quieres marcharte de Rose Canyon a cualquier otra parte de Estados Unidos, lo organizaremos.

—Pero no puedo ir a Londres.

—No, Sophie, no podrás volver allí.

Así que estoy a salvo en Estados Unidos. Tenía que venir a Rose Canyon, pero ¿no es obligatorio que me quede aquí? Si siguiera con vida, lo estrangularía.

—No entiendo nada. Lo sabes, ¿verdad?

Jackson se ríe.

—Es bastante enredado.

La puerta se abre a mis espaldas y al volverme veo que Eden ya se ha despertado de la siesta. Si ve a Jackson, no guardará el secreto, porque se encariñó con él de inmediato. Voy a bloquearle la vista, pero antes de que pueda dar dos pasos, oigo un clic. Mee vuelvo para decir algo, pero él ya no está.

Ha desaparecido como por arte de magia.

Un truco brillante.

—¡Mami! —grita Eden, y viene hacia mí con los brazos abiertos.

—Hola, mi amor. —La cojo en brazos y le beso las mejillas—. ¿Has dormido bien?

—He soñado que montaba en poni.

—Qué divertido.

—¿Está Holden?

Otro hombre que parece haberla impresionado. Se despierta antes que yo todos los días, sale de la habitación con cuidado de no hacer ruido y desayuna con él. Esta mañana han desayunado tortitas y beicon. Siempre hay beicon.

Hoy he tardado más en salir porque quería darle la oportunidad de que conozca a su padre.

—Todavía no ha vuelto, pero debería llegar en cualquier momento.

—¿Puedo pintar?

—Por supuesto.

Tarda un segundo en llegar al área del salón en la que Holden ha guardado unos cuantos libros de pintar que le compró y unas muñecas. Hay algo nuevo para ella en la casa todos los días.

Cuando oigo el ruido de la puerta de un coche, me dirijo a la ventana y, como era de esperar, Holden está subiendo los escalones.

Sonríe al verme y lo saludo con la mano, sintiendo revoloteos en el pecho.

Ojalá no fuera tan atractivo.

Su sonrisa es lo que más recuerdo. Cuando bailamos nunca apartó la mirada de la mía y estuvo feliz durante toda la noche. Da igual lo poco que recordara al día siguiente, nunca conseguí sacarme esa sonrisa de la cabeza.

Cojo la carta que he dejado encima de la mesa, me la guardo en el bolsillo de los pantalones y lo espero allí, de pie. Cuando entra, la energía de la habitación cambia.

—Hola —saluda. Deja la mochila en el suelo, pero sigue sujetando una bolsa de la compra en la mano.

—¿Qué tal el turno?

—Agotador, pero… No pasa nada. ¿Qué tal tu día?

—Bien… Creo que me estoy acostumbrando a estar aquí.

A Holden se le ilumina la expresión.

—¿Crees que te podrás habituar un poco más?

¿Que si quiero quedarme y hacer amigos? Ahora mismo no tengo otro sitio al que ir, pero aquí está Holden, que se ha perdido tres años de la vida de Eden. No sería justo que me la llevara ahora que acaba de encontrarla.

Y tampoco sería justo para Eden, que ya ha perdido demasiado.

Esbozo una sonrisa suave.

—Supongo que debería, dado que nos vamos a quedar una temporada.

Cuando se le ilumina la mirada, sé que he tomado la decisión correcta.

Capítulo once

Sophie

Estoy nerviosísima.

Sé que solo es una comida, pero me siento muy extraña. Voy a salir sola por primera vez desde que llegué al pueblo, pero… poco a poco. Cuando Brielle y Blakely me preguntaron si quería comer con ellas, Holden insistió en que él y Eden se lo pasarían de maravilla en casa de Mamá James y en que debería aceptar la invitación.

Llego a la puerta, exhalo profundamente y entro.

Brie me ve instantáneamente y me saluda con la mano. Sonrío y me dirijo a donde se encuentran ella y Blakely.

—Hola.

—¡Hola! Me alegro mucho de que hayas podido venir. Tenía el día libre y me gusta sacar a Blakely de la oficina una vez por semana para que coma en lugar de intentar resolver los problemas del mundo con el estómago vacío. Llevamos unos meses saliendo a comer juntas.

Me siento y río con suavidad.

—Seguro que agradece que te preocupes por ella.

—No —responde Blakely sin dudar.

—No lo dice en serio, sí que lo agradece, pero está frustrada porque tiene que reunirse con el abogado después de comer. No le hagas caso.

—Ah, ¿sí? ¿Va todo bien? —pregunto.

Blakely suspira profundamente.

—Pronto irá mejor. Me involucré en un caso estúpido hace un tiempo, y el juicio empieza en unos tres o cuatro meses. La fiscal quiere volver a reunirse conmigo para repasar la historia, y asegurarse de que todo encaja y estoy preparada para testificar.

Se me despierta el interés.

—¿Por qué es el juicio?

Blake y Brie intercambian una mirada antes de que Brielle empiece a explicar:

—Es una larga historia, hace unos meses asesinaron a mi hermano. Yo fui la única testigo, pero sufrí una lesión en la cabeza que me provocó amnesia parcial. Fue horrible y… acabamos contratando a un equipo de seguridad privada para que nos ayudara, porque mi marido es amigo del dueño. Mientras me recuperaba, me topé con cosas muy turbias. Spencer y yo trabajamos para que recuperara la memoria y eso me llevó a descubrir que había estado prometida con Spencer y nadie lo sabía. Blablablá, una historia muy larga. En fin, cuando pensábamos que habíamos descubierto quién mató a Isaac y habíamos pasado página, Blakely llegó a Rose Canyon y destapó una red de trata vinculada a gente del pueblo.

—Casi matan a Emmett y a mí me secuestraron, pero atrapamos al cabrón —termina Blakely—. Ahora ha llegado el momento de asegurarnos de que no pueda volver a hacer daño a otra chica.

Debo de tener los ojos como platos mientras intento asimilar toda la información. Theo me envió a este pueblo para que estuviera a salvo y ¿ahora descubro todo esto? Madre mía, ¿cómo narices es este sitio más seguro que Londres? Al final, consigo decir:

—Es… terrible. Ni siquiera sé que decir, si os soy sincera. Ahora me da un poco de miedo estar aquí.

—Te prometo que el pueblo es sumamente aburrido y sigo sin entender cómo narices ha pasado todo esto. Pero da igual, porque ese tipejo estará en la cárcel el resto de su vida —responde Brie—. Yo crecí en el pueblo y lo más emocionante que había ocurrido hasta hace poco fue ganar el campeonato regional. Es así de aburrido.

Evidentemente no.

—No creo que una red de trata y un asesinato sean aburridos.

Blakely posa la mano sobre la mía.

—Todo es culpa de Brielle, la verdad. Si nos libramos de ella, puede que los problemas desaparezcan.

Brie le da un tortazo juguetón en el brazo.

—No seas perra. Yo no provoco los dramas. ¿O sí? Ay, madre, ¿es culpa mía?

—Causas el cien por cien de los dramas.

—¿De verdad? Porque me parece que tú eres mucho más dramática que yo. —Brie sonríe con suficiencia y después se vuelve hacia mí—. Ella es mucho más dramática.

Sonrío.

—Me da la sensación de que ahora la causa de los dramas soy yo.

—Sin duda —responde Blake con un guiño—. Pero, al parecer, nos encanta el drama, así que bienvenida.

—Gracias.

La camarera nos toma nota y un hombre corpulento se acerca a nosotras. Es bajito y lleva un bigote que se le riza un poco en las puntas.

—Hola, chicas.

—Hola, alcalde Stengel —saluda Brie primero—. No lo he visto entrar.

Apoya las manos en el respaldo de las sillas de Brie y Blakely.

—Acabo de llegar. Me alegro de veros, ¿quién es usted?

—Nuestra amiga Sophie. Ha venido a ver a Holden —le explica Blakely.

—Ah, mi mujer me ha contado cosas maravillosas de usted. Parece que la señora James también la tiene en alta estima. Bienvenida a Rose Canyon, soy el alcalde Stengel.

Asiento.

—Yo también me alegro de conocerlo.

—¿Es de Inglaterra?

—Sí.

—Maravilloso. Traerá algo de cultura al pueblo. Hace unos años intentamos celebrar un festival culinario con comidas de todo el

mundo, pero acabó siendo una barbacoa con la misma comida de siempre —me explica.

—No sé qué cultura puedo aportar, pero lo intentaré.

—Ya me cae bien. —Se ríe—. Disfrutad de la comida, señoritas.

Me despido agitando la mano mientras se aleja y se dirige a otro grupo, que lo saluda con entusiasmo. Blakely suspira profundamente.

—Sé que no tengo motivos para que me caiga mal, pero, aquí estoy, planeando su fin…

Brielle sacude la cabeza.

—Blakely y el alcalde empezaron con mal pie, pero es un hombre muy agradable que quiere al pueblo más que nadie que yo conozca.

—¿Por qué no te cae bien? —pregunto a Blake.

—Cuando llegué al pueblo, estaba segurísima de su implicación en el caso en el que trabajaba. Mi instinto me decía que era culpable, pero después descubrí que me equivocaba. Su hijo también es sospechoso. —Desvía la mirada hacia el alcalde y otra vez hacia mí—. Creo que, en parte, es por mi necesidad de tener la razón, así que no dejo de buscar algo que me convenza de que no soy completamente inepta.

Theo era así. Necesitaba tener razón más que nada en el mundo y eso me sacaba de quicio cuando discutíamos. Era incapaz de admitir que se equivocaba, siempre se inventaba algo para demostrar que estaba en lo cierto, a pesar de que todos sabíamos que era pura terquedad.

Me acuerdo de la carta que llevo en el bolso y que todavía he sido incapaz de leer.

Por miedo tanto a que diga algo que deba saber y preferiría ignorar como a que esté llena de tonterías.

Siento como si mi mundo se hubiera puesto patas arriba y no consiguiera orientarme. Si Theo añade más complicaciones, nunca me recuperaré. Y necesito volver a estar bien.

Brielle me pone una mano en la muñeca.

—¿Te encuentras bien? —Debo haber desconectado.

—Lo siento. Soñaba despierta.

—¿Sobre algo en particular?

Me encojo de hombros.

—En realidad, no.

—¿Has pensado mejor lo que harás? —me pregunta Blake.

—Me gustaría quedarme aquí una temporada. Eden ya adora a Holden y me encantaría que se unieran.

Brie esboza una sonrisa cálida.

—Me alegra que pienses así. Nos encantaría ser las tías de Eden y tus amigas, también.

Me parece una locura que haber perdido la única familia que tenía me permita ganar una nueva.

—Sería fantástico.

—Bien. —Blake sonríe—. Así que, si te vas a quedar, ¿qué planes tienes?

—Me gustaría encontrar un trabajo flexible relacionado con la pintura. Brielle —me giro hacia ella—, ¿crees que me contratarían en tu centro? Puedo enseñar toda clase de técnicas de pintura a los niños, desde las habilidades más básicas a las más avanzadas. Tengo un grado en historia del arte y también en educación. Me encantaría ponerlos en práctica.

—¡Por supuesto! No pagamos muy bien, pero resulta gratificante de otras maneras.

El dinero es algo de lo que debería preocuparme, pero estoy segura de que puedo apañármelas con lo poco que me quede y lo que pueda sacar del trabajo.

—Lo entiendo, pero cualquier cosa es mejor que la situación en la que me encuentro ahora mismo.

—¡Genial! Hablaré con mi jefa mañana, y os llamaré a ti o a Holden para contaros lo que me haya dicho.

Está bien tener un plan. Nunca pensé que contemplaría quedarme en Rose Canyon, pero, por primera vez desde la muerte de Theo, me entusiasma hacia dónde puede encaminarse mi vida.

Capítulo doce

Holden

Hoy ha sido un día de mierda. Lo único que me alienta es volver a casa con Eden y Sophie.

Ya estoy pensando en que ellas me esperan allí.

Ya me plantearé más adelante por qué demonios pienso así.

Cuando aparco, suspiro con fuerza y dejo caer la cabeza contra el respaldo del asiento. He perdido a una paciente de veintiún años. Ha sufrido un paro cardíaco y nada de lo que he probado ha servido para traerla de vuelta. Ha muerto de repente y tendré que esperar a la autopsia para saber más. Después de haber lidiado con esa situación, he recibido una llamada de Seattle que me ha hundido todavía más.

Creía que se había acabado. Hacía semanas que no sabíamos nada sobre chicas desaparecidas y que no aparecían víctimas sin identificar y… No debería de haber olvidado que este mundo es una porquería. Esta vez no ha sido en Portland, pero sí lo bastante cerca para que se hayan puesto en contacto conmigo.

Así que esta noche, que debería haber sido una noche de póquer y diversión con los chicos, mientras las chicas nos molestan, tendré que compartir esta nueva información con ellos.

No tiene sentido que le dé vueltas aquí fuera. Cojo la bolsa y entro en casa, donde Sophie y Eden están acurrucadas en el sofá, leyendo un libro.

Toda la frustración, la ira y el estrés del día desaparecen.

Eden vuelve la cabeza.

—¡Holden!

Se zafa de los brazos de su madre y viene corriendo hacia mí. La cojo en brazos y la estrecho. Algún día, cuando venga así hasta mí, me llamará papá. No sé cuándo, pero me muero de ganas. Quiero a

la pequeña con todo mi corazón. Mi vida ha cambiado en un instante: ya no se basa en el trabajo y en las demás gilipolleces… Sino en ella.

La pequeña es la dueña de mi corazón.

Y a su madre, que Dios me pille confesado, también la quiero.

Sophie se pone en pie con una sonrisa en los labios perfectos.

—Hola, ¿cómo ha ido en el trabajo?

—Horrible, pero se acabó. —Le sonrío mientras me acomodo mejor a Eden en los brazos—. ¿Qué habéis hecho hoy?

—Hemos ido a jugar con Pickles y mamá ha ido a hacer un recado.

—¿Has ido a ver a ese gato tan malo? —le pregunto. También me intriga adónde habrá ido Sophie.

—¡Es lindo!

—No lo es.

A Eden se le escapa una risita y me apoya la cabeza en el hombro.

—Lo quiero.

—Bueno, alguien tiene que querer a las cosas horribles.

Sophie sacude la cabeza.

—He ido al centro juvenil a reunirme con Jenna, que…

Joder.

—Es mi exmujer.

—Sí, ha sido muy interesante. —Sophie arquea una ceja.

Cuando le mencioné que había estado casado, a lo mejor tendría que haber añadido que mi exesposa vive en el pueblo y es la directora del centro juvenil.

—¿Ha sido amable contigo?

Jenna no es mala. Es una de las cosas que odio de ella. Cada vez que nos «peleábamos», que, más bien, eran pequeñas riñas, siempre mantenía la cabeza fría. No es que quisiera que me abofeteara o algo así de dramático, pero ella nunca discutía. Por nada. Ni siquiera por lo nuestro.

—La verdad es que sí. Me he quedado boquiabierta cuando me ha dicho quién era, pero me ha dado la bienvenida al pueblo y se ha interesado por mi arte y por lo que podría hacer en el centro juvenil si empiezo a trabajar allí.

—Bien. Entonces, ¿te ha contratado?

Sophie esboza una sonrisa radiante.

—Creo que sí. Le he explicado nuestra situación y que tenía que encontrar a alguien para cuidar de Eden. Me ha propuesto que la lleve a la guardería del centro.

Suena muy bien y, por la expresión de Sophie, es evidente que está contenta.

—¿Lo ves? Todo está saliendo bien.

—Echo de menos pintar —se lamenta en voz baja—. Lo echo mucho de menos y la idea de rozar un lienzo con el pincel me entusiasma.

Cuanto más feliz esté aquí, más posibilidades habrá de que se quede.

—Pues no puedo esperar a que empieces otra vez.

Sophie da un paso atrás y se muerde el labio inferior.

—Holden, me gustaría hablar contigo de una cosa.

Es evidente que está nerviosa, y ahora yo también, pero intento contenerme y dejar que me diga lo que sea antes de sacar conclusiones precipitadas.

—Por supuesto.

—Ya sabes que quiero quedarme aquí, no solo porque crea que eres maravilloso, sino porque mereces estar con Eden…

—Voy a volver a la segunda parte, pero ¿crees que soy maravilloso?

Se ríe.

—A lo mejor he exagerado un poco esa parte.

—Me quedo con lo de maravilloso, pero continúa, ¿qué has pensado?

—Como ya sabes, no tengo acceso a mis fondos y me dijeron que no los tocara aunque pudiera. Supongo que la persona de la

que Theo quiso que me escondiera vigila las cuentas, así que esperaba que pudiéramos vivir contigo. Por lo menos hasta que consiga un trabajo y gane lo suficiente para mudarnos. Solo tengo un poco de dinero en efectivo y no sé hasta cuándo me sacará del apuro.

La tomo de la mano, como he querido hacer desde que la he visto.

—No tenéis que mudaros. Si quieres trabajar y ahorrar dinero para no estar atrapada, hazlo, pero no os vayáis. Quedaos conmigo. Tengo la casa pagada, me las apaño con las facturas y… me gusta que estéis aquí.

Decirle todo eso es un riesgo, pero ya lo he hecho. Verlas cuando llego a casa del hospital es increíble. Nunca me había sentido tan a gusto. Además, quiero aprovechar todo el tiempo que pueda con Eden.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

—¡Gracias! —Sonríe ampliamente, se inclina hacia mí y me da un beso en la mejilla—. No será mucho dinero, pero es un paso y no tendré que estar separada de Eden mucho tiempo.

—Yo creo que es genial. Ahora tengo que pedirte un favor…

—Sí. Lo que sea.

Arqueo una ceja y le sonrío con picardía.

—¿Lo que sea?

—No me pedirías esa clase de favores.

Tiene razón. No lo haría. Aun así, es divertido meterme con ella.

—No, pero hoy es noche de póquer y me gustaría que tú y Eden vinierais conmigo.

—¡Me encantaría!

—Genial. Voy a ducharme y nos vamos.

* * *

—¡Sophie! ¡Has venido! —exclama Blakely, pasándome de largo y acercándose directamente a ella. La agarra del brazo y la guía al

interior de la casa sin saludarme siquiera—. Pasa, hace mucho frío fuera.

—Yo también me alegro de verte, Blake.

—A ti te veo siempre, Holden, y muchas veces preferiría que no fuera así.

Emmett dobla la esquina y sonríe.

—Parece que ya no eres el favorito.

—No creo haberlo sido nunca.

—Para mí, no. —Se ríe y le hago una peineta.

—Espero que tengas algo más fuerte que la cerveza para esta noche, lo vamos a necesitar.

—¿Esperamos a Spencer o me dices ya por qué tenemos que hablar? ¿Es sobre Sophie o Eden? No sé si te habrás hecho la prueba de paternidad…

Levanto la mano para interrumpirlo.

—No necesito una prueba de paternidad para saber que Eden es mía.

—Holden…

—No, escúchame. No necesito que un test me confirme lo que ya sé. Mamá James dijo lo mismo cuando la vio. Lo supo al instante, igual que yo. Tal y como le expliqué a Sophie, si hubiera venido justo después de lo de Las Vegas, no lo habría ni dudado. Aunque odio cómo pasó todo y haberme perdido tres años de su vida, un test de paternidad no cambiará lo que veo cuando miro a Eden. No quiero hablar más del asunto, y si insistes, lo consideraré como una falta de respeto.

—Vale, no lo volveré a mencionar —me asegura Emmett—. Si no es sobre las chicas, ¿quieres hablar del marido muerto?

Ojalá supiera algo de él, pero no. Da igual lo mucho que intente averiguar si hay algo en las postales que estoy pasando por alto, lo único que me llama la atención es mi número de colegiado. Parece que la persona que las envió quiere recordarme que soy médico. Así que he pedido el historial médico de Theo.

Ahora solo tengo que esperar por una respuesta y ver qué malabares hago para obtenerlo.

—No, pero he recibido la llamada de un médico del área de Seattle. Quería hablar de una paciente, una joven con muchas similitudes con Keeley y las otras chicas. Al parecer, ese médico estaba en Portland cuando Keeley apareció en la morgue y es amigo de la forense. Ingresaron a la paciente en el hospital hace dos semanas, vive, pero por poco tiempo. Basándose en las similitudes, mi colega cree que su caso está vinculado con el de Wilkinson. Sabía de mi implicación y se ha puesto en contacto conmigo.

Emmett aprieta la mandíbula.

—No es posible. Ryan Wilkinson está en la cárcel a espera de juicio.

—¿Y crees que la organización se disolvió solo porque detuvieron a una persona? —protesto.

Todo ha estado muy tranquilo desde que arrestaron a Ryan y, aunque esperaba que las cosas siguieran así, todos sabíamos que no iba a ocurrir. Ryan advirtió de que habría consecuencias: chicas agredidas o problemas con alguien que está cabreado. Dejó muy claro que no trabajaba solo, así que, hasta que la Policía descubra quién más está implicado, esto no se acabará.

—Por supuesto que no, pero el FBI lo está investigando. Blake se puso en contacto con alguien de su antiguo equipo y le dijeron que había una conexión con alguien de Texas.

—Eso es bueno. ¿No hemos sonsacado nada a Wilkinson de las chicas de Portland?

Emmett remueve el *whisky* escocés dentro de la copa y suspira con fuerza.

—No, nada.

Antes de que pueda añadir algo más, aparece Spencer.

—Mirad qué triste par de idiotas.

—Y mira quién acaba de venir para completar el cuadro —le replico.

—Cierto, muy cierto. —Spencer se sirve una copa y se sienta a nuestro lado—. ¿Por qué me da la sensación de que uno de los dos me va a fastidiar la velada?

—Me ha llamado un médico con el que trabajé para hablarme de una chica que puede estar vinculada al caso. Es joven, guapa, le han inyectado toda clase de drogas y la han encontrado sin ningún tipo de identificación. Está en coma, o sea que, de momento, no va a poder darnos respuestas.

Spencer echa la cabeza hacia atrás.

—¿Sabéis un cosa? Salvar el mundo no es nuestra responsabilidad, podemos dejar que se ocupe la Policía de allí.

Emmett se echa a reír.

—Mi mujer está convencida de que sí y, si hay conexión, yo soy policía y puedo ayudar.

—Tu mujer también cree que eres un partidazo.

Levanto la copa y sonrío con suficiencia.

—Y ya sabemos la verdad sobre esa última afirmación.

Emmett nos ignora.

—Así que ¿quieres pasar del tema, Spencer?

—Pues claro que no, pero me gustaría que disfrutáramos de nuestras vidas por una vez. Me gustaría tener tiempo para recuperarnos del infierno que hemos vivido. Puede que parezca que Brielle ha vuelto a la normalidad, pero lo está pasando mal. Se sobresalta con los ruidos fuertes y sigue teniendo problemas para dormir. Cada vez que menciono a Isaac, es como si se quedara sin aire.

—No ha pasado tanto tiempo —le recuerdo—. Desde el punto de vista médico, sigue traumatizada por lo que sufrió. El primer año nunca es fácil.

Spencer desvía la mirada hacia su mujer y vuelve a mirarme a mí.

—Lo sé, y que ahora la esté tratando Kate es uno de los motivos por los que no he perdido la cabeza. Va cada semana y está empezando a mejorar un poco.

Asiento.

—Kate es una doctora fantástica, muy inteligente y está en sintonía con sus pacientes.

—Pero sale con George. —Emmett sacude la cabeza.

Ah, George, el ayudante de *sheriff* que nos desconcierta a todos. Es un buen hombre, probablemente lo que ve Kate en él, pero es torpe y, a menudo, se mete en situaciones muy extrañas. Son una pareja muy peculiar.

—Mamá James adora a George —les recuerdo. Cree que es perfecto.

—A Mamá James le encanta todo lo que necesite arreglos. Por eso te quiere tantísimo —bromea Spencer.

—Y a ti.

—*Touché.* Pero a quien más quiere es a Emmett, así que centrémonos en eso.

—O podemos centrarnos en lo que tiene tan enredado a Holden —sugiere Emmett.

—Nada me tiene enredado.

—Ah, ¿no? —pregunta Emmett—. Hemos mantenido la boca cerrada desde que llegó Sophie, pero se ha acabado el tiempo. No me digas que el rollo de una noche que tuviste en Las Vegas se presenta con una niña y eso no te ha jodido la cabeza.

Pues la verdad es que no. Estoy… Bueno, no lo sé. En realidad, intento con todas mis fuerzas no pensar en ello ni preguntarme si me voy a despertar un día y se habrán ido. Hay muchas cosas que no tienen sentido y me irrita que el marido de Sophie supiera quién era yo y dónde estaba y aun así me robara la oportunidad de formar parte de la vida de Eden. Habría estado presente, la habría querido, habría…, bueno, habría hecho todo lo que se supone que debe hacer un padre.

—Me preocupa Sophie.

Spencer esboza una sonrisa de suficiencia por encima del borde de la copa.

—¿Te preocupa sentir algo por ella o su seguridad?

—Su seguridad.

—O sea, ¿que sientes algo por ella? —insiste.

Me he cavado mi propia tumba.

—Es obvio que me importa, es la madre de mi hija.

—Y es guapa —añade Emmett.

El comentario me cabrea al instante.

—Tú estás casado, ¿no?

—Eso no quiere decir que no tenga ojos, capullo. Sophie es preciosa y parece muy simpática. A Blakely le cae bien…

Spencer asiente.

—A Brie también. Me dijo que la comida de chicas había ido genial y que está muy contenta de que vaya a trabajar en el centro juvenil. Y Mamá James me paró ayer para decirme lo mucho que quiere a Eden y que Brielle debería conseguirle un trabajo a Sophie.

Juro que mi tía es el ser humano más entrometido que conozco.

—Está empeñada en conseguir que se quede en el pueblo.

Emmett se ríe.

—¿Esperabas lo contrario?

Echo un vistazo a través de la puerta corredera y veo a Sophie reírse con las chicas. Eden está sentada a la mesa comiendo algo que no debería, pero Sophie parece cómoda y relajada. Como si las tres fueran amigas de toda la vida en lugar de algunas de semanas.

—Los mensajes no encajan con lo que me ha dicho ella. No puedo protegerla si no sé la verdad.

—¿Qué te hace pensar que miente? —me pregunta Emmett. Me planteo la pregunta.

—La sincronía con la que ha ocurrido todo. Llegan las cartas, luego los paquetes, y después se presenta ella saber nada de lo que ocultaba su marido. Cuando Jenna y yo estábamos casados, no podía ni tirarse un pedo sin que yo lo supiera.

Spencer ríe por la nariz.

—Holden, te casaste con veinte años. Jenna y tú no teníais secretos ni vida. No sabes nada de su relación.

Les explico lo poco que sé de su vida en Londres, incluido que Sophie y Theo se casaron, pero nunca hubo nada íntimo entre ellos.

—Espera un momento, ¿la última vez que la pobre chica se acostó con alguien fue en una discoteca, con un tío que ni se acuerda? —pregunta Spencer con una sonrisita.

—Dice que no estuvo mal.

—Qué gran cumplido. —Emmett levanta la copa y la choca con la de Spencer. Odio a mis puñeteros amigos con toda mi alma.

—A lo que me refiero es que eran amigos. Miradnos, tenemos el mismo tipo de amistad que ellos y nos lo contamos todo —les recuerdo.

Los dos intercambian una mirada conspirativa.

Y después recuerdo que mis dos mejores amigos son unos cabrones mentirosos.

—Ya, bueno, lo que debería haber dicho es que yo os lo cuento todo, cabrones, y vosotros sois unos putos mentirosos.

Spencer alarga el brazo y me aprieta el hombro.

—Yo te habría contado lo de Brielle, pero no queríamos poneros en una situación delicada con Isaac.

—Yo no pensaba contaros una mierda a ninguno de los dos, que quede claro —añade Emmett tranquilamente.

Uno mintió sobre estar comprometido y el otro sobre estar casado. Ahora entiendo por qué decidieron mantener en secreto sus relaciones, pero, cuando me enteré, me puse hecho una furia. Hemos sido amigos desde primaria y me sentó como un bofetón.

Si Isaac siguiera con vida, les habría dado una buena paliza a los dos y yo le habría echado una mano.

—Los dos sois unos amigos pésimos.

Spencer sacude la cabeza.

—No, solo estamos intentando resolver nuestros problemas. La gente guarda secretos por un motivo y creo que a Sophie le pasa lo mismo.

—¿Crees que su historia tiene agujeros?

—Oh, por supuesto. Opino que guarda secretos y de los gordos. Sin embargo, no te conoce ni confía en ti… todavía.

Emmett interviene antes de que pueda responder:

—La otra opción es que ella te esté diciendo la verdad y su marido le mintiera. En ese caso, puede que también esté intentando con asimilarlo.

—Si es cierto que su marido no le habló de ti, tendría un motivo y, a lo mejor, ella no sabe cuál —concluye Spencer—. Podemos hablar de esto durante días, pero parece que Sophie se va a quedar, eso le dará tiempo para abrirse contigo. Mientras tanto, podemos contratar a la empresa de Jackson para que investigue al marido de Sophie.

Ni siquiera me lo había planteado. Por mucho que odie husmear en su vida, saber en qué andaba metido su marido nos ayudaría mucho.

—Dile que actúe con discreción, sé que lo hará, pero no quiero que empiece a indagar y alerte a los posibles enemigos de Sophie sobre su paradero. Solo necesito saber qué hizo Theo para que su mujer tuviera que huir.

—Puede que esté involucrada y esté jugando contigo.

—No lo creo. Hemos hablado de su vida en Inglaterra y parecía muy feliz allí.

Spencer se frota la barbilla.

—Nada de esto tiene sentido. Si él gestionaba bien el dinero y sabía que existía la posibilidad de que ocurriera esto, ¿por qué no organizó una buen plan de escape? ¿Por qué no lo dejó todo atado para que Sophie tuviera dinero, un sitio donde vivir y seguridad? Es lo que habría hecho yo con Brielle.

—Por desgracia para nosotros, está muerto, así que no nos puede aclarar nada. —Ya me gustaría saber las respuestas, porque Spencer tiene razón. Si mi mujer tuviera que desaparecer, me aseguraría de que no quedara a merced de otros.

A menos que ese fuera el objetivo. Que dependiera de mi bondad para que se quedara aquí.

Emmett emite un suspiro largo.

—Bueno, Jackson pasó por aquí hace poco, tengo que llamarlo esta semana. Puedo mencionárselo y pedirle que nos ayude.

—¿Para qué vino? —pregunto, quizá su visita tuvo algo que ver con la chica del Pacific Northwest.

—Para intentar convencerme, una vez más, de que trabaje con ellos.

—¿Qué? —Lo miro con los ojos como platos.

—Sí, se plantea abrir una sede aquí y me ha preguntado si me interesaría trabajar para él. No lo sé.

—Se te daría fenomenal —dice Spencer—. Has llevado una unidad militar, tienes experiencia en combate, conoces la zona y estoy bastante seguro de que ganarías mucho más dinero que ahora. Además, si lo que piensa Holden es verdad y esa chica de Seattle tiene algo que ver con lo de Portland, tendrías un montón de herramientas a tu disposición.

Emmett se pasa una mano por el pelo.

—Tengo que pensarlo bien. Mientras tanto, veré si Jackson puede investigar lo de la chica de Seattle.

Vuelvo a mirar a Sophie: lleva el pelo rubio recogido en lo alto de la cabeza y los ojos azules le brillan al sonreír a Brie y Blakely. Quiero esto. Quiero que venga a estas cenas y que criemos aquí a nuestra hija. Quiero lo que tienen mis dos mejores amigos: una familia. Las protegeré, pero, para hacerlo, necesito saber la verdad sobre todo lo que me oculta.

—Y también a Theo —añado sin apartar la mirada de ella—. Tengo que saber a qué me enfrento.

Capítulo trece

Sophie

—Mami, se me ha escapado —me dice Eden con lágrimas en los ojos.

Es la tercera vez que le ocurre esta semana y me parte el alma verla tan disgustada. Me preocupa que le cueste habituarse a los cambios drásticos que ha sufrido su vida, pero Eden siempre ha tenido problemas con mojar la cama. Además, ha bebido mucha agua, y eso, probablemente, no ayuda.

—No pasa nada, cariño, vamos a cambiarte. —Se limpia las mejillas mientras nos dirigimos al baño. La lavo lo mejor que puedo y le cambio de ropa—. Eden, ¿te has aguantado mucho?

—No, mami, no me he dado cuenta.

—De acuerdo. —No sé qué más decir.

—¿Puedo beber algo? Tengo sed.

Le sonrío y asiento.

—Por supuesto, solo un poquito, queda poco para irse a dormir.

Cojo la bolsa de la ropa manchada y salgo de la mano de Eden. Blakely nos está esperando al otro lado de la puerta.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, ha sido un pequeño accidente.

Sonríe a Eden.

—¿Sabes una cosa? Tenemos helado donde están los chicos. ¿Quieres que vayamos a por un poco?

A Eden se le ilumina la mirada de inmediato.

—¿Puedo?

Blakely le ofrece la mano.

—Venga. Vamos a molestar a los hombres.

Mi hija ni siquiera mira hacia atrás mientras se va con Blake. Ha formado parte de un círculo muy pequeño toda su vida: Theo, Martin, unos cuantos amigos y yo. Tenía amigos en el cole, pero nunca vinieron a casa y ella tampoco fue a las suyas.

Nunca llegamos a encajar, algo que nunca me preocupó porque no me caían bien la mitad de las personas a las que conocíamos. Eran poco fiables y aburridas. No quería ir a comprar tonterías ni beber a mediodía y quejarme de mi marido. Yo amaba a Theo.

Ver cómo se expande su círculo me hace desear una vida diferente a partir de ahora.

Una parecida a la que veo aquí. Con amigos que quedan para cenar un jueves cualquiera y se cuentan anécdotas divertidas.

—Hola, ¿va todo bien? —pregunta Holden al entrar en la cocina.

—Genial.

Mira de reojo a Eden.

—¿Se ha derramado algo encima? Veo que la has cambiado.

Pestañeo, sorprendida de que se haya dado cuenta.

—Ha tenido un accidente. Le pasa más a menudo desde que llegamos, así que llevaba una muda.

—¿Le ha pasado siempre?

—Ha mojado la cama un par de veces, lo normal en una niña pequeña.

Holden sonríe con suavidad.

—Seguro que es el período de adaptación. Cambiar de horario, conocer gente nueva, la pérdida de su padre…

—Lo superaremos, ¿verdad?

Me coge de la mano y aprieta.

—Sí.

Me suelta antes de que pueda abrir la boca siquiera, pero juro que todavía siento la calidez de su piel contra la mía. Holden se aclara la garganta.

—¿Lista para volver a casa?

«A casa», me va a costar acostumbrarme.

—Cuando quieras.

—Perfecto, pues vamos. Mañana me espera un día muy largo en el hospital.

Encontramos a Eden en el porche trasero, comiendo un helado con Blake y Emmett. Spencer y Brielle están acurrucados en el sofá, cogidos de la mano, como si tuvieran una conversación sin necesidad de palabras. Es un momento tan íntimo que tengo que apartar la mirada de ellos.

Cuando Eden termina el postre, volvemos a casa. Baño a la niña, la acuesto y vuelvo a mi habitación sin hacer ruido. Entonces, me siento en el borde de la cama y me quedo mirando fijamente la carta que Jackson me entregó hace semanas.

Quiero leerla, pero me da miedo su contenido.

Llaman a la puerta y meto la carta debajo de la almohada a toda prisa antes de responder:

—¿Sí?

Holden abre la puerta.

—¿Se ha dormido rápido?

Asiento.

—Sí, estaba cansada después de lo de esta noche.

—Mis amigos la adoran.

—Son maravillosos con ella. Todos lo han sido.

—Bien. ¿Irás al centro juvenil por la mañana?

—Sí —respondo, algo nerviosa—. Hace tiempo que no trabajo, pero tengo muchas ganas de volver a pintar.

Holden se acerca a la cama, pero para en seco, parece un poco indeciso.

—Sophie, ¿cómo te apellidabas cuando nos conocimos?

La pregunta me sorprende un poco y no sé qué responder.

—No sé si puedo decírtelo.

—Ya sé que te cambiaste el nombre cuando viniste, se te escapó una vez —me explica con sinceridad.

—Así es.

—Solo me preguntaba, ¿si te hubiera preguntado el apellido la noche en que nos conocimos, qué me habrías dicho?

Si le hubiera dicho mi nombre completo cuando nos conocimos en Las Vegas ahora mismo sabría cómo me llamo, así que no veo qué tiene de malo que se lo diga ahora.

—Sophie Armstrong. Era mi nombre de soltera.

—Gracias por decírmelo.

—Sinceramente, llegados a este punto, ya no hay mucho que no sepas.

—Y nunca le contaría a nadie lo que tú y yo hablemos.

Lo creo. Holden tiene el mayor motivo del mundo para guardarme los secretos: Eden.

Se acerca a mí y se agacha.

—Me preocupo por las dos y… Por mucho que odie cómo ha ocurrido todo, me alegro de que estéis aquí.

Le acaricio la cara con una mano y sonrío.

—Yo siento lo mismo. Me habría gustado que hubiera sido distinto, pero, al mismo tiempo, no. Encontrarte y pasar tiempo contigo ha significado mucho para mí. Has sido un amigo maravilloso y Eden y yo nos hemos instalado muy bien aquí.

Se le curvan los labios en una sonrisa.

—Bien. —Hace una pausa antes de continuar—: Debería irme.

Asiento, pero ninguno de los dos se mueve. La atmósfera se ha llenado de anhelo y tensión. El hecho de que esté en mi habitación y le siga sosteniendo la mejilla se ha vuelto muy íntimo de repente.

Me encantaría ser más valiente y besarlo. Me gustaría ser aquella mujer a la que conoció en Las Vegas, que perseguía lo que deseaba, pero no lo soy.

Lo miro a los ojos y me gustaría poder leerle el pensamiento y, al mismo tiempo, rezo porque él no pueda leer el mío.

Holden se aclara la garganta y se endereza, y mi mano resbala.

—Buenas noches, Sophie.

Lo observo mientras retrocede hasta la puerta.

—Buenas noches, Holden.

No se detiene y, cuando la oigo cerrarse, me tumbo sobre la almohada y noto la carta crujir. La saco y miro fijamente mi nombre,

escrito en la caligrafía familiar de Theo. Puede que no sea lo bastante valiente para besar a Holden, pero soy capaz de leer esto. Me incorporo y deslizo el dedo por debajo de la pestaña mientras intento imaginarme cuándo la escribió Theo. Ojalá hubiera hablado conmigo en persona.

La abro con cuidado y saco el papel de lino con la P ostentosa impresa en la parte superior. Lo encargué cuando cerró su primer trato. Sonrío al recordarlo, se había sentido muy orgulloso de haber hecho despegar la empresa sin la ayuda de su padre.

Su desordenada caligrafía ocupa toda la página. Respiro profundamente dos veces y empiezo a leer.

Mi querida Sophie:

Por si no lo sabías, en el cielo sirven tacos de cabra a diario.

El perdón también abunda aquí… O, por lo menos, tengo esa esperanza, porque sé que necesito mucho perdón. Más que nada, lo necesito de ti.

Si tienes esta carta es que ya has conocido al equipo de personas que hará lo que yo no puedo, porque estoy muerto: protegeros a ti y a Eden. Voy a asumir que has seguido las instrucciones y estás donde esperaba. De lo contrario, no habrías recibido la carta y yo habría escrito a la nada.

Ya que hablamos de suposiciones, seguramente habrás llorado, me habrás mandado a freír espárragos y te habrás pasado un tiempo considerable enfadada conmigo, pero espero que me permitas explicarme y no rompas la carta antes de terminarla. Tengo los siguientes motivos:

Soy un capullo egoísta.

Un imbécil.

Un cabrón.

Y un cobarde.

Soy egoísta porque no te conté nada y esperé a estar moribundo para poner en funcionamiento el plan. Egoísta porque quería un poquito más de tiempo contigo y Eden.

Soy un imbécil por los mismos motivos.

Un cabrón porque intenté ser sincero un millón de veces y fracasé en todas y cada una de ellas.

Y un cobarde por no tener la fortaleza de contártelo. Tenía miedo de que si te lo decía antes te marcharías y perdería lo único en el mundo que necesitaba de verdad, a ti y a Eden. También me daba miedo que, si lo verbalizaba, empeorase la situación en la que estás, mi amor.

Como seguramente ya habrás comprendido, fui un idiota y confié en las personas equivocadas. Permití que mis deseos de ser rico y mejor que mi padre eclipsaran lo correcto.

Naturalmente, no lo supe hasta que ya era demasiado tarde para salirme. Solo tenía dos opciones: seguir sin que supieran que los había descubierto y elaborar un plan que os protegiera después de mi muerte o denunciarlo y, probablemente, morir asesinado. Elegí la primera. Lo único que te mantiene a salvo es que no sabes nada. Así que no te contaré qué, quién o por qué. Lo único que te diré es que no puedes confiar en nadie de nuestro pasado. No puedes confiar en nadie que no sepa la contraseña, Sophie.

Me relacioné con las personas equivocadas y es una decisión de la que me arrepentiré mucho después de mi último aliento.

Tienes que empezar de cero en Estados Unidos, allí estarás a salvo. Jamás debes volver a Inglaterra y tienes que hacer lo posible para pasar página.

Todavía no me he ido y ya te echo de menos, Fee. Espero que puedas perdonarme y sepas que todo lo que he hecho ha sido para protegerte.

Con amor,

Theo.

Oh, Theo… ¿En qué lío te metiste?

Capítulo catorce

Holden

Tres meses después

Hoy, Sophie trabaja hasta tarde en el centro juvenil y, en lugar de quedar con Emmett o Spencer, como habría hecho normalmente, me están pintando las uñas mientras nieva en la calle.

—¿Estás segura de que este color me queda bien? —pregunto a Eden, y le echo un vistazo al esmalte de uñas con el que me ha embadurnado hasta el nudillo.

—Ajá. Es muy bonito.

Le sonrío.

—Algo es algo.

—¡Después te lo pongo en los labios!

—¿Esmalte de uñas en los labios? —Puede que no tenga un conocimiento muy extenso sobre maquillaje, pero sé que así no se usa.

—Quedará muy bonito —me asegura.

Lo dudo mucho, pero no seré yo quien le rompa el corazón por primera vez.

—¿Qué te parece si te pinto yo las uñas a ti después? —propongo.

No puede ser tan difícil. Soy médico, he operado a gente con cortes precisos, me las arreglaré con un poco de esmalte.

Ay, qué equivocado estoy.

En cuanto empiezo, Eden me explica una historia que requiere el uso de ambas manos sin importarle que el esmalte esté húmedo y una uña se haya quedado a medio pintar.

—Y después me subí al avión y estaba muy cansada, pero mami estaba triste. Lloraba. —Me agarra la cara con los deditos llenos de

pintaúñas—. ¡Holden! ¿Tú lloras?

—Todos lloramos a veces —le explico.

—No me gusta llorar. —Suspira profundamente.

—¿Por qué no?

—Porque se me caen los mocos.

Un razonamiento sólido. Miro por la ventana y veo que cada vez nieva con más fuerza. Cojo el móvil y llamo a Sophie.

—¿Vienes de camino a casa?

—Sí, papá, ya vamos —responde Brielle en lugar de Sophie.

Pongo los ojos en blanco.

—A ti nadie te ha preguntado.

—Estoy llevando a Sophie a casa, ya que no has venido a buscarla.

La voy a matar.

—Me he ofrecido y me ha dicho que no.

—Tu caballerosidad ha muerto.

—Y tú vas a morir si no dejas de meterte conmigo.

—Ya vale, niños —nos reprende Sophie—. Llegaré pronto a casa. ¿Está bien Eden?

—Está estupendamente. Me ha pintado las uñas, la cara e incluso partes del suelo.

Las dos se echan a reír.

—Perfecto. Ahora nos vemos.

—Conduce con cuidado, Brie.

—Sí. —Resopla con desdén y después cuelga.

Hago lo posible para no parecer un idiota histérico, pero no consigo evitarlo. Limpio el esmalte de uñas lo mejor que puedo, lo cual requiere restregar mucho, porque no tengo ni idea de si tenemos quitaesmalte. No lo he sopesado del todo cuando le he dicho que me parecía bien que me pintara las uñas.

Treinta minutos más tarde, Sophie entra en casa, temblando y sacudiéndose nieve de la chaqueta.

—Se está poniendo muy feo. Me preocupa Brielle, pero se ha negado a quedarse.

La chica no tiene instinto de supervivencia.

—¿Sigue fuera?

—No, se ha ido antes de que pudieras salir a intimidarla.

Suspiro y cojo el teléfono para llamar a Spencer.

—Oye, tu mujer es una idiota. Va a tu casa desde la mía.

—¿Y qué narices hacía en tu casa?

—Ha traído a Sophie y, antes de que me grites, se ha ido antes de que pudiera obligarla a pasar aquí la noche.

—De acuerdo. Gracias por decírmelo, ya le daré unos azotes cuando llegue a casa.

Se me escapa una arcada.

—Tío, que para mí sigue siendo la pequeña Brielle.

—Por eso es divertido.

Cuelgo porque no quiero oír nada más y Sophie me está sonriendo.

—Tienes pintaúñas en el cuello.

—No me sorprendería tenerlo en la nariz.

Se ríe y Eden sale corriendo de la habitación.

—¡Mami! ¿Has visto la nieve?

—Sí. Cuando pare de caer, a lo mejor podemos salir a jugar un poquito. He traído guantes y un mono de esquí del centro juvenil.

La tormenta de nieve ha llegado sin avisar y no he tenido tiempo de ir a por ropa de nieve, así que me alegro de que ella haya encontrado algo.

—¡Bien! Quiero hacer un muñeco de nieve gigante —dice Eden con ojos soñadores—. ¿Puedo?

Sophie asiente.

—Por supuesto, cariño.

—Bichito, ¿por qué no dejas que tu madre se acomode en casa y entre en calor?

—¡Vale! ¡Voy a por maquillaje!

Cualquier cosa menos eso. La observo mientras entra a la habitación corriendo y cierra la puerta con una risita. A veces la

miro y me duele el corazón. No sé cómo vivía sin ella y rezo para seguir con ella el resto de mi vida.

Durante los últimos meses hemos cogido un ritmo cómodo. Trabajamos, Sophie se queda hasta tarde dos noches a la semana y yo aprovecho para pasar tiempo a solas con Eden. Durante el día, Mamá James la cuida y se enamora cada vez más de ella.

Y lo que siento por Sophie tampoco deja de cambiar. Somos amigos, pero hay una tensión sexual subyacente que cada vez me cuesta más ignorar.

—¿Quieres un té? —le pregunto y me aclaro la garganta para librarme de la idea de calentar con mis labios sus labios besados por la nieve.

—Me encantaría. Voy a cambiarme y a ver cómo está Eden.

Se dirige primero a la habitación de la niña, pero sale unos segundos más tarde con una sonrisa.

—Está dormida.

—¿Ya? —pregunto.

—Debes de haberla agotado. ¿Solo os habéis pintado las uñas?

—Hemos leído unos cuantos libros, visto una serie y me ha supervisado mientras hacía la cena y limpiaba. Se lo ha comido todo y ha bebido un poco de zumo. En general, ha sido una noche normal.

Sophie se encoge de hombros.

—Sea lo que sea, la ha agotado.

—Pues misión cumplida entonces. Estaré en el salón si todavía quieres ver una peli.

—Dame diez minutos.

Se va y yo me dirijo al salón y contemplo la lista de posibles películas que ver. Están las típicas porquerías para chicas, pero no he tenido que soportar ninguna desde que me separé de mi exmujer. Podríamos ver algo de superhéroes o un *thriller,* pero no tengo ni idea de si le gustan.

Estoy salvado cuando sale de la habitación con unos pantalones cortos de algodón y un jersey que se le escurre por el hombro. Lleva

el pelo rubio recogido en lo alto de la cabeza y se ha puesto las gafas. Tiene el aspecto de la típica vecina *sexy.*

—¿Has visto algo que te guste?

«Sí, esas piernas tan increíbles».

—Te estaba esperando.

Sonríe, se sube las gafas por el puente de la nariz y echa mano al té.

—Me gusta casi todo.

«A mí me gustas tú. Me gustan tus piernas. Me gustaría besarte hasta dejarte sin respiración, joder».

Por Dios. ¿Cómo voy a superar esto sin ponerme en ridículo?

—¿Qué te parece una de misterio? Hay unas cuantas de suspense nuevas —sugiero.

Empujo el creciente deseo que siento por ella hasta el fondo, sonrío y rezo para que se acomode en el otro sofá.

Sin embargo, nada parece salir como quiero, porque se sienta sobre las piernas a mí lado.

—Genial. Me encantan las de suspense.

Me levanto porque necesito dejar de mirarle las piernas desnudas, enciendo la chimenea y cojo la manta que hay colgada del respaldo de la butaca para entregársela.

Taparla. Necesito que se tape.

Le paso la manta por encima y me lanza una mirada de confusión.

—He pensado que tendrías frío. No deja de bajar la temperatura.

Ni mi capacidad cerebral, porque la sangre se me ha ido a otra parte de la anatomía.

—Gracias.

Esto es nuevo para nosotros. Normalmente, cada uno se va a su respectiva habitación después de que Eden se acueste. Tenemos el día a día muy ocupado, mis turnos son descabellados y sus horarios no paran de cambiar, así que los dos estamos agotados cuando recogemos la cena. Sin embargo, tenemos libres los próximos días

y, dado que estaremos atrapados por la nieve, he pensado que sería una buena idea.

Me equivocaba.

Soy un puñetero idiota.

Después de buscar algo que incluya pistolas y caos, encuentro una película y la pongo. Sophie se acomoda todavía más en el sofá y yo, seguramente, parezco ridículo, porque estoy manteniendo más distancia entre nosotros de la normal. Si me alejo de ella, no tendré la tentación de tocarla.

—¿La habías visto antes? —me pregunta después de sobresaltarse con una escena.

—No, ¿y tú?

Sacude la cabeza.

—Es que no pareces impresionado.

Porque no consigo concentrarme en la película. No podría explicar nada de lo que ha pasado, pero puedo decir cómo respira Sophie o cómo ha movido las piernas trece veces debajo de la manta. Puedo decir cuántas veces le ha dado un sorbo al té, se ha lamido los labios o temblado.

—Supongo que ya me imagino lo que va a pasar —miento.

Se ríe con suavidad.

—Ojalá yo pudiera imaginármelo. ¿Tienes frío?

—¿Frío? —La pregunta me ha sorprendido. Levanta la manta y se acerca a mí.

—Estás temblando un poco. Ven, podemos compartirla.

¿Qué narices puedo responderle? No tengo frío, de hecho, tengo un calor de narices. Entre la chimenea y lo que me hierve la sangre por ella me sorprende no estar sudando a mares, no sé qué hacer para relajarme. Me planteo salir a la calle y lanzarme sobre la nieve.

Sophie nos envuelve a los dos con la manta y extiendo el brazo para que se acurruque contra mi costado. Sinceramente, habría sido ridículo no haberlo hecho.

Se mueve contra mí y apoya la cabeza en mi pecho sin pensárselo.

—Gracias.

—¿Por qué?

No dice nada durante un instante, y luego responde.

—Por todo. El único motivo por el que he sobrevivido estos últimos meses has sido tú.

—No he hecho gran cosa.

Se incorpora con la mano apoyada en mi pecho.

—¿Que no has hecho gran cosa? ¿Estás loco? Lo has hecho todo. No solo nos has proporcionado un sitio en el que vivir, sino que lo has convertido en un hogar. Eden te adora y eres increíble con ella. Podría haber sido todo muy distinto, pero nos lo has dado todo. Y, por encima de todo, nos has dado seguridad.

Por Dios, quiero besarla. Es la única idea que tengo en la cabeza, como un cántico provocador que me insta a cometer una estupidez.

Bésala, bésala, bésala.

Levanto la mano y le acaricio la suave piel de la mejilla con el nudillo.

—No soy tan desinteresado, Sophie.

Abre los ojos y veo el deseo que nada en esos pozos azules.

—Pues yo creo que sí.

—Os quiero aquí a las dos, para que estéis seguras y porque no quiero que os vayáis.

Me rodea la muñeca con los dedos finos, pero no me aparta la mano. Lo único que hace es impedir que nos movamos.

—Eso no es egoísta.

—Lo que estoy pensando ahora mismo no es desinteresado, eso te lo aseguro.

Se le entrecorta la respiración.

—¿Y qué piensas?

Tengo muchísimo miedo de asustarla. Ha pasado por mucho, pero la deseo tanto que duele.

—En lo preciosa que eres.

—¿Crees que soy preciosa? —pregunta como si no pudiera creérselo.

—Ya sabes que sí.

—Y yo creo que eres muy guapo —confiesa Sophie, y siento que me incendio por dentro. Un estúpido cumplido y soy incapaz de pensar con claridad. No es que antes pudiera, pero eso no es relevante ahora—. Observo tus rasgos, cómo se mueve la luz a tu alrededor, y me encantaría pintarte algún día si te parece bien.

—¿Desnudo? —bromeo. Bueno, es más o menos broma. Se ruboriza.

—Si es lo que quieres…

Se me escapa una risita y la estrecho más contra mí.

—Mira la película, Sophie, antes de que haga una estupidez.

Como besarla, tocarla y calentarla por todas partes.

Capítulo quince

Sophie

Me rodea una calidez reconfortante y oigo un chisporroteo leve de fondo. Estoy tan calentita que no quiero levantarme nunca.

—Sophie, cariño.

Me acurruco más contra ese calor tan maravilloso.

—Mmm.

Una risa grave resuena contra mi cuerpo.

—Despierta, dormilona.

—No —mascullo, mientras me arrimo más a Holden.

—Te has perdido la película.

—Me da igual. —Me abraza con más fuerza y abro los ojos de par en par. Holden. Me he dormido encima de Holden. Me incorporo rápidamente, algo desorientada y avergonzada. ¡Joder!—. Me he dormido.

—Sí.

—Encima de ti.

—Bueno, más o menos.

Más o menos. Estaba tumbada sobre su pecho. Recuerdo el latido de su corazón y la forma en que su respiración regular me ha relajado hasta quedarme dormida. El brillo del fuego y la calidez de su cuerpo ha hecho que me pesen los párpados. Maldita sea.

—Lo siento.

—¿Por qué? —pregunta Holden con la cabeza ladeada.

—Por… —¿Por qué me disculpo? ¿Por haberme acurrucado con él? ¿Por dormirme cuando se suponía que estábamos viendo una película? ¿Por desear que estuviéramos en una cama para estar todavía más cómoda con él?

Todos son motivos por los que disculparse, pero no sé muy bien por cuál decantarme. Sin duda, el último no lo voy a decir en alto.

—No haber visto la película.

Holden se encoge de hombros.

—No te has perdido gran cosa. La película era aburrida de cojones.

—Pues entonces es bueno que me haya quedado dormida. —Le obsequio una sonrisa.

Lo cierto es que apenas duermo. Me despierto con cualquier ruido y me pregunto si hay alguien en la casa. Estoy en tensión todo el tiempo y siempre espero que algo o alguien salga de repente de la oscuridad. Sentirme segura durante un momento me ha permitido relajarme por fin.

—Oye, siempre que necesites que sea tu almohada, estoy disponible.

—Agradezco la oferta. —Aunque es una muy peligrosa de aceptar. Me acostumbraría y me olvidaría de que esta vida podría venirse abajo en cualquier momento. No sé de qué, de quién o por qué tuve que huir. No dispongo más que de una carta, que no me da ninguna información, y de la esperanza de que haber venido aquí haya sido suficiente para mantenernos a salvo.

Sin embargo, cuando estoy con Holden quiero tener algo más que una media existencia y cada día que pasa nos convertimos más en una familia.

Unas noches cocino yo y otras él, y los dos cuidamos de Eden. Se ha acostumbrado a su papel de padre espléndidamente. La adora y ella cree que es perfecto, algo con lo que yo estoy de acuerdo.

Observo cómo cae la nieve por la ventana y cubre el suelo como una manta inmaculada. Aunque no me entusiasma el frío, me encanta la nieve. Hay algo mágico en las nevadas, en la forma en que repintan las superficies de brillo. En la frescura que vaticina un nuevo comienzo asomándose por el horizonte.

¿Es posible?

Es lo que quiero. Me quedaría aquí, rodeada de esta calidez y con un hombre que nos ha dado un nuevo comienzo. El pasado ha

quedado oculto y olvidado gracias a todo lo nuevo que nos ha ofrecido.

Esta ahí, justo delante de mí, pero tengo muchísimo miedo de aferrarme a ello.

—Eh, ¿en qué piensas? —pregunta Holden, y me envuelve mejor en la manta.

—En una fantasía —admito.

—¿Una buena?

Le sonrío y se me escapa una risita.

—Lo sería si fuera posible.

Holden me sujeta la barbilla con el pulgar y el índice y me mueve con suavidad para que lo mire.

—Yo también he soñado muchas veces con cosas que nunca pensé que fueran posibles y, a veces, se han hecho realidad. Quizá lo consideras una fantasía, pero eso no significa que no pueda convertirse en una realidad, Sophie. Soñar es lo que nos permite tener esperanzas de un futuro mejor.

—¿Y si ese futuro sigue siendo aterrador porque, aunque lo quiera, no sé si es lo correcto?

Debe saber que hablo de nosotros.

«Por favor, dime que quieres lo mismo y que encontraremos la manera de hacerlo posible».

No, es una estupidez. No quiero eso. Necesito que él sea el fuerte, maldita sea.

—Nadie sabe qué es lo correcto, pero debemos tener fe. —Eso es lo que me cuesta. Bostezo y Holden se ríe—. Venga, tienes que dormir un poco.

Me pongo en pie, doblo la manta y espero mientras él se levanta. Recorremos el pasillo hasta nuestras habitaciones. No estoy segura de si debería decir algo y, si lo hiciera, de poder contenerme para no besarlo.

Cuando llegamos a mi puerta, él es el primero en hablar.

—El viernes trabajo temprano, pero después, si quieres, podrías dejar a Eden con Mamá James para vayamos a comer algo y hablar.

—Como una…

Dios, parece que me esté pidiendo una cita, pero sería una locura, es demasiado pronto. No estoy preparada. O, a lo mejor, me estoy precipitando al pensar que se trata de eso. ¿Y si no es una cita y solo quiere hablar conmigo de los derechos que le corresponden como padre de la niña?

Tendríamos que buscar alguna solución, porque ni siquiera podríamos disputarlo. El nombre de Holden no aparece en la partida de nacimiento nueva.

—Como una cena —termina antes de que me invada el pánico—. No seremos más que dos amigos que cenan juntos para hablar de sus vidas.

—De acuerdo. —Estoy segura de que oye la duda en mi voz.

—Sophie, te prometo que no es nada. Solo me gustaría que saliéramos y nos conociéramos un poco más. A Eden le encanta ir a casa de Mamá James y sabemos que allí está a salvo. Si quieres quedarte más tranquila, puedo pedir a Emmett que envíe una patrulla por su manzana.

—¿Lo dices en serio? —pregunto.

—¿Lo de la patrulla? Sí. Además, un amigo que se dedica a la seguridad privada vendrá al pueblo este fin de semana, le pediré que me haga un favor.

—Es muy dulce por tu parte, ¿estás seguro? —Mantengo un tono neutro para no acabar revelándole que ya hay un pelotón de seguridad vigilándonos.

—Le pediré a Emmett y Spencer que hablen con Jackson. Si no puede, yo me encargaré.

¿Jackson? ¿Su amigo es Jackson? No pensé que la persona a la que conociera fuera a Holden, pero tiene sentido. No quería que Holden lo viera en su casa cuando trajo la carta de Theo y, hace un tiempo, Blakely mencionó que Emmett había contratado a una empresa de seguridad privada. Soy una estúpida. No he sido capaz de atar cabos.

¿Es que hay alguna parte de mi vida que sea como parece?

Entonces miro a Holden. Ha sido transparente conmigo y me gusta. Mi pasado forma parte del pasado y me gustaría mirar hacia adelante.

—Pues entonces me encantaría cenar contigo.

Entro en la habitación sonriendo como una idiota e intento dormir.

Unas horas más tarde, sigo despierta, así que echo mano al diario y al bolígrafo.

Querido diario:

Ya han pasado tres meses desde que llegué a Rose Canyon. Llevo tres meses adaptándome a una vida que ni siquiera pensé que tendría.

Una vez más, me enfrento a un sentimiento que no logro comprender, es tanto felicidad como tristeza. No por haberme marchado de Inglaterra, porque con eso estoy en paz. Echo de menos algunas cosas, pero lo que me mantenía allí era Theo y ya no está.

Hoy, cuando pintaba, he pensado en él. He recordado los días que venía al estudio, se burlaba de lo que había pintado y los dos nos reíamos de sus estupideces. Siempre me sacaba una sonrisa, pero también me ha hecho mucho daño.

La vida que tenía ha desaparecido. Quiero algo más que eso. Quiero… amor y una vida.

Holden me hace sentir viva de una forma en la que Theo nunca pudo. Cuando estoy cerca de él, me siento una mujer. Una mujer que desea mucho a un hombre.

Somos amigos, pero se cuece, o más bien hierve, entre nosotros… una pasión que está a punto de desbordarse. No sé cuánto tiempo más podré resistirme ni si quiero hacerlo.

Sobre todo, me da miedo lo que Theo hiciera o en lo que se hubiera involucrado. Nunca olvidaré el día en que murió y cómo me echó de allí. Cómo me suplicó que me fuera y lo dejara para mantenernos a salvo.

¿A salvo de qué?

Es algo que todavía no sé. ¿Y si nada de esto es real? ¿Y si Theo trazó todo un elaborado ardid para que llegara hasta aquí, porque sabía que nunca sería lo bastante fuerte como para buscar a Holden por mí misma? No he recibido amenazas. Nadie se ha presentado repentinamente en el pueblo. Pero no imaginé lo que ocurrió en el aeropuerto, así que me preocupa bajar la guardia y que suceda algo en ese preciso momento. No dejo de dar vueltas a todas esas preguntas hasta agotarme.

No quiero introducir todo esto en la vida de Holden, lo cual es irracional, porque ya lo he hecho viniendo aquí.

Aun así, sigo en la cama mientras veo los segundos pasar y pienso en cómo he sentido su abrazo. En cómo me moría de ganas de rodearle el cuello con los brazos y besarlo. En tener una verdadera noche juntos, porque él es con quien sueño.

—Así que tenéis una cita —dice Blakely mientras tomamos el café semanal.

—No es una cita. Es una cena con el tío con el que ya ceno todas las noches.

Cuanto más se acerca más me parece una cita, en especial, porque las chicas están convencidas de que lo es.

—Lo que tú digas, Sophie. —Brielle sonríe con picardía.

—No empieces. Las dos me habéis contado vuestras historias de amor y sé que no se os da muy bien tomar decisiones.

Sonríen y le dan un sorbo al café. Blake es la primera en bajar la taza.

—Mira, puedes llamarlo como quieras, pero no mientas y digas que vives con Holden y únicamente lo consideras un amigo.

Brie le da un codazo.

—A lo mejor sí. Ya lo hizo con Theo, quizá solo son amigos.

No, no es lo mismo. Nunca deseé a Theo como deseo a Holden. Las dos me miran y me encojo de hombros.

—¿Qué significa eso, Sophie? —me pregunta Blake.

—Muchas cosas. Me gusta más que un amigo, sí, pero todas sabemos lo complicada que es mi vida. No sería justo para él.?

—Holden es mayorcito, puede defenderse solo —responde Brie —. Y le gustas mucho.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque conozco a Holden James desde que tenía cinco años y, créeme, es una cita.

—No quiero perder lo que tenemos —gruño.

—Yo he estado en tu lugar, amiga. —dice Blakely, voz cargada de comprensión—. Emmett era mi mejor amigo, lo amaba y me alejé de él pensando que lo hacía por su propio bien. Pero nunca es así. Si fueras sincera contigo misma, algo que yo aprendí hace poco, sabrías que es porque tienes miedo. No por ellos, sino por ti.

No he mentido a nadie sobre el motivo por el que tengo miedo. Sé exactamente por qué me aterra entregarle mi corazón y sé que a él le ocurre lo mismo.

—No voy a consentir que mi pasado le haga daño.

Brie estira la mano hacia mí.

—Permite que te haga una pregunta: ¿y si tu pasado nunca viene a por ti? ¿Vivirás con esta nube sobre la cabeza sin ser feliz nunca?

—Soy feliz. Trabajo, crío a Eden con su padre y tengo amigos. ¿Qué más necesito? —replico.

Blake suspira.

—Sabes que no se refiere a eso.

—No, pero esta semana me gustaría hablar de algo que no sea la cena.

Brie se reclina en la silla con las manos al aire.

—Está bien.

Por suerte, acabamos hablando de la escritura de Spencer y del juicio de Emmett, que empieza en unas semanas. Es una locura lo cerca que estuvieron Brielle, Blakely y él de la muerte.

—Solo quiero que se acabe ya —dice Blake casi abstraída.

—Acabará muy pronto y todos podremos pasar página —asegura Brie.

Blakely asiente.

—Adoro mi trabajo, de verdad, pero hay veces que me resulta muy difícil ver a esas chicas. Algunas están destrozadas, tan colocadas que son incapaces de enfocar la mirada, o acaban siendo víctimas sin identificar. Solo quiero ayudarlas en todo lo que pueda.

—Y eso haces. Tú y Addison estáis haciendo un trabajo increíble —la anima Brielle.

—¿Addison? ¿Tu cuñada? —La han mencionado un par de veces, pero es como si eludieran el tema. No dicen gran cosa sobre ella, pero hay un aire de tristeza colectiva.

—Sí —responde Brie con una sonrisa—. Bueno, en realidad era más que eso, pero cuando asesinaron a Isaac no soportaba estar aquí. Toda su familia ha dejado la zona, ahora vive en la Costa Este. Había tanta… incertidumbre después del asesinato que irse le pareció lo mejor. Siempre había esperado que volviera.

—Lo siento. Supongo que es muy difícil vivir tan lejos de ella.

Brie sube y baja los hombros.

—No pasa nada. Está muy feliz en Pensilvania. Dirige la oficina de Acude a Mí en la Costa Este, lo que le ha dado un fuerte propósito y una excusa muy consistente para quedarse en Sugarloaf. Dejando a un lado todo lo demás, mudarse allí la está ayudando a sanar.

Blakely me sonríe.

—Es parecido a lo que te pasa a ti aquí.

Cada día que paso en el pueblo siento que sano un poco más y que he encontrado mi destino.

—Nunca lo había pensado de ese modo —admito.

—Bueno, es obvio, porque se te ve feliz… Y tienes una cita.

Todas nos reímos y no la corrijo, una parte de mí lo desea de verdad.

Capítulo dieciséis

Holden

Son las dos de la mañana y no puedo dormir. No dejo de pensar en la cita-no-cita y en lo mucho que quiero besarla. Cuando hemos acostado a Eden esta noche, ha habido un momento en el que pensaba que íbamos a besarnos, pero se ha apartado de mí.

Así que, aquí estoy, alterado e irritado. No tiene sentido que me quede tumbado y me vuelva loco, así que saco las piernas por el lateral de la cama, me levanto y me dirijo a la cocina. A lo mejor un vaso de leche con galletas ayudará. Puede que eso, una bolsa de patatas y unos ositos de gominola me ayuden a pasar la noche.

Parezco un adolescente, pero así soy.

Voy de puntillas, con cuidado de no despertar a Sophie o Eden, pero cuando doblo la esquina de la cocina, me choco de bruces con alguien.

Se oye un grito ahogado fuerte y, un instante después, un líquido frío me resbala por el pecho. Estiro los brazos por instinto y agarro a Sophie antes de que se caiga al suelo.

—Te tengo —digo cuando se me agarra a los hombros.

Después de que se estabilice, la suelto, bajo la vista hacia mi pecho y vuelvo a mirarla a ella.

Los dos estamos bañados en zumo.

—Lo siento muchísimo. —Coge el paño de cocina y empieza a limpiarme el pecho—. Eden ha tenido otro accidente, así que la he limpiado, la he llevado a la cama y he venido a beber algo, no podía dormir… —Me apoya la otra mano sobre el corazón y el tacto, la calidez de sus dedos, hace que se me despierten otras partes del cuerpo.

La agarro por la muñeca y le aparto la mano para que deje de tocarme. Su roce en la piel me está haciendo perder la cabeza.

—¿Eden está bien?

—Sí. Habrá bebido demasiado antes de irse a la cama.

—Bien, siento el desastre. No tendría que haberme acercado de puntillas.

—Y yo debería haber encendido la luz.

Estamos parados en la oscuridad, no la veo, pero la siento. Todo de ella. Oigo su respiración suave, huelo el sutil perfume a rosa y sándalo, siento el calor de su cuerpo, todavía cerca del mío, y quiero besarla.

Quiero acercarla a mí y probar sus labios.

Le suelto la muñeca porque me da miedo que, si mantengo esa conexión, sea incapaz de contenerme.

Pero, cuando lo hago, Sophie vuelve a apoyarme la mano en el pecho. El único sonido que se oye es el de nuestras respiraciones, un poco más agitadas que antes.

—Quizá quedarse a oscuras sea lo mejor —dice Sophie en voz baja.

—¿Por qué?

—Porque nadie ve lo que hacemos.

—Eso no es cierto, preciosa. No hay nada en la oscuridad que pueda ocultarse para siempre. Aunque no se vea, lo que haces en la oscuridad acabará destapándose.

Siento su aliento en la barbilla y me imagino esos ojos azules inspeccionando los míos.

—Lo nuestro ocurrió en la oscuridad…

Cuando sube ligeramente los dedos, me resulta imposible no tocarla. Le pongo la mano en la espalda y tiro de ella hacia mí. Sophie se acerca de buena gana y, por mucho que desee besarla, que es muchísimo, sé que si lo hago echaré por tierra mis posibilidades con ella.

Tiene que besarme ella. Tiene que estar preparada y confiar en mí, porque no quiero que se avergüence de lo nuestro o de lo que hagamos.

Así que, en su lugar, le pongo la otra mano en la espalda y me balanceo un poco.

—Baila conmigo, Sophie.

Me apoya la frente en el pecho y nos mecemos un poco.

—Bailar en la oscuridad es lo que nos metió en un lío la última vez.

Me río en su oído.

—Creo que fue en el baño, cielo. No recuerdo bailar ese día, pero siempre recordaré esta noche. Cuando me derramaste un zumo por encima y bailaste descalza conmigo en el charco.

Siento que mueve la cabeza de un lado al otro.

—¿Holden?

—¿Sí?

Hace una pausa y se me acelera el corazón cuando empieza a mover los dedos, como si me estuviera trazando algo en la piel.

—Me gustas.

—Eso es bueno —respondo con una risita.

—Me gustas más de lo que deberías.

A mí me gusta ella muchísimo más de lo que debería, pero no se lo digo. En lugar de eso, nos hago girar y le acaricio la columna con el pulgar.

—No creo que eso sea posible.

El suspiro leve que se le escapa rompe el silencio.

—No estoy preparada para que me gustes de esta manera.

Ha pasado por un infierno y sé que tiene miedo, reduciría el mundo a cenizas antes que hacerle daño. Sentimos lo mismo.

Me gusta cómo sonríe.

Adoro su voz y la forma en que se anima cuando me cuenta alguna historia de su vida. En el trabajo, cuento los minutos que me faltan para volver a casa.

Me ha dado más en los últimos meses de lo que creía posible. Me ha dado una hija, pero, aunque Eden no existiera, Sophie me atraería igualmente.

Exuda una calidez que anhelo.

—Pues bailaremos hasta que estés preparada.

* * *

—¿Puedes pedir que cambien el suero de la paciente de la habitación seis? —pregunto a Trina, la jefa de enfermeras.

Desde aquel día en mi despacho, ha sido mucho más amable conmigo.

—Por supuesto, doctor James.

Le guiño el ojo y se dirige al mostrador de enfermería mientras voy a la zona del café. Ahora mismo me bebería uno aunque fuera puro lodo.

Me lo sirvo en la taza, le doy un trago y me atraganto, porque estoy casi seguro de que es eso precisamente: puro lodo.

Me quedan unos veinte minutos de turno y, aunque ha sido un día muy tranquilo, siempre parece que se aviva justo cuando estoy a punto de largarme. Esta noche necesito que no pase eso.

Tengo algo así como una cita.

—Hola, Holden. ¿Cómo va la vida? —me pregunta Kate, que coge la jarra de café, hace una mueca y vuelve a dejarla en la cafetera.

Levanto la taza y sonrío.

—Va.

—¿Te estás bebiendo esa porquería? Preferiría quedarme dormida en el suelo antes que tomar el café de la sala de espera.

—Es cafeína, y no tengo tiempo de ir a la cafetería.

Se echa a reír.

—Bueno, a veces se tienen que hacer sacrificios.

—¿Cómo va el caso que te preocupada?

Kate deja la tableta en la repisa y suspira.

—Las chicas de esa edad son las más difíciles, ¿sabes? Siempre les cuesta contarte toda la historia. Tenía un montón de moratones, por eso esperaba que pudieras pedirme una resonancia completa.

—¿Qué buscas?

—Creo que la están maltratando. Me gustaría ver si tiene alguna fractura curada, o algún daño reciente. Mencionó que había estado con otras chicas y, cuando le pedí que se explicara mejor, mencionó una ambulancia. No sé, me saltaron todas las alarmas y, cuando lo hablé con George, me dijo que siguiera mi instinto y eso me ha llevado a ti.

El caso Wilkinson. Estoy seguro de que Emmett se lo ha contado a George.

—¿A qué te refieres? —pregunto, por si me equivoco.

—Al caso del tipo que mató a tu mejor amigo y casi mata al otro…

Me cae bien Kate, pero somos muy pocos los que conocemos los detalles. Hasta que no hable con Emmett, no me siento cómodo compartiendo lo que sé. Aunque si su novio le cuenta cosas, es probable que sepa más que yo.

—Si te soy sincero, yo no sé nada, pero me parece bien pedir la resonancia completa. Podemos revisar si tiene lesiones previas. ¿Le han hecho un análisis toxicológico y de sangre?

Rebusca en la tableta durante un segundo antes de responder:

—Aquí lo tienes.

Cojo el dispositivo y reviso los resultados. Tiene los niveles de glóbulos blancos altos, pero podría ser cualquier cosa. Entonces, echo un vistazo al informe toxicológico y veo que tiene rastros de opioides que, de acuerdo con lo que contó, le habían recetado.

—No veo nada alarmante, ¿por qué crees que está relacionada con el caso?

Kate exhala con fuerza por la nariz.

—A veces creo que es cuestión de intuición. O, a lo mejor, espero que sea así para tener un punto de partida con ella. No habla, o, por lo menos, no mucho. Repite continuamente que está mejor, pero no ha mejorado nada. Su madre está haciendo todo lo posible para que se abra, pero no hay manera. Lo único que sabemos es que iba al colegio, quedaba con sus amigos y todo parecía normal. Entonces, un día… no volvió a casa. Todo el mundo asumió que se había escapado y nadie la vio en unos tres meses. Sabemos que consumió

durante ese tiempo, porque la sometieron a un tratamiento de desintoxicación.

En esas circunstancias, un médico no debería recetarle analgésicos.

—¿Y no crees que sea simplemente una drogadicta que se escapó de casa?

—No lo sé, pero no he visto ninguna de las pautas habituales. Es posible que sus padres no se dieran cuenta, no obstante, creo que es otra cosa. Quiero llegar al fondo del asunto y ayudarla a recuperarse, aunque resulta imposible tratar un trauma sin saber la causa. He llamado a Mike Girardo para ver qué se le ocurría y ha mencionado electrodos y salvia… No sé.

Me echo a reír.

—Él lo consiguió con Brielle.

—Sí, y ahora yo… Bueno, lo hizo. Mike es increíble y yo haré lo mismo con esta chica.

Estoy seguro de que ha estado a punto de decir algo de Brielle pero se ha arrepentido. Siempre intentamos mantener cierto nivel de confidencialidad, pero estamos autorizados a hablar de nuestros pacientes si puede ayudar con otro tratamiento. Aun así, Brielle es amiga mía y Kate lo sabe, así que aprecio que no rompa la confidencialidad y me ponga en un apuro.

—Si quieres, examinaré su historial y lo compararé con otro caso de perfil similar. Puedo comprobar si se nos ha escapado alguna conexión.

—Estaría genial. De verdad creo que esta chica no se escapó de casa, sino que la retuvieron en algún lado. He lidiado con esos casos muchas veces y creo que su forma de reaccionar se parece más a la de un trauma que a la de una decisión consciente.

Me vibra el teléfono para avisarme de que acabó mi turno y empieza la cita.

—Le echaré un ojo, pero ahora me tengo que ir.

—¿Tienes una cita? —pregunta.

Le sonrío.

—Algo así…
Y espero que me lleve a algo más.

Capítulo diecisiete

Sophie

—Pórtate muy bien con Mamá James, ¿vale?

Estoy agachada delante de Eden y es la tercera vez que intento despedirme de ella. Me estoy poniendo de los nervios al pensar en esta cita. He escrito cómo me siento en el diario, lo cual suele ayudarme.

Excepto, al parecer, cuando escribo sobre la cita que me causa ansiedad.

Holden, más paciente que un santo, no ha dicho ni una palabra de todas las veces que he vuelto para despedirme.

—Sí, mami.

—Si tienes ganas de ir al lavabo, ve.

—Sí, mami.

—Y nada de dulces. No quiero que te duela la barriga. Sé buena con Pickles. Si no quiere que lo cojas en brazos, no lo intentes.

Holden resopla.

—Por favor, atormenta al gato. Se lo merece.

Mamá James chasquea la lengua.

—A lo mejor, si fueras más amable con él, no te odiaría tanto, Holden Xavier.

—Sí, he oído que la amabilidad sirve para ahuyentar a los demonios.

—No digas tonterías —lo reprende Mamá James, y después le da la mano a Eden—. No te preocupes, Sophie. Lo pasaremos muy bien y, si hay algún problema, te llamaré de inmediato.

Me obligo a ponerme en pie y doy un paso atrás. Es sumamente difícil dejarla aquí, desprotegida. Holden se acerca a mí, me pone la mano en la espalda y me susurra al oído:

—Emmett está trabajando y vendrá cada hora. Te lo prometo, Sophie, os protegeré a ti y a Eden pase lo que pase. ¿Confías en mí?

Se me acelera el corazón y siento que sus palabras forman una barrera de seguridad a mi alrededor. Levanto la cabeza para mirar esos ojos marrón oscuro. Me asombra lo mucho que confío en él. A todas luces es un hombre maravilloso y un buen padre. No ha ignorado mis miedos y se ha asegurado de que mi… nuestra hija esté a salvo.

—Claro que sí.

La sonrisa que me obsequia me encoge el corazón.

—Perfecto. Pues vamos a cenar y llamaremos para ver cómo va todo las veces que quieras.

Parecerá una tontería, pero significa muchísimo para mí que haya dicho eso. Me agacho para darle un beso a Eden en la mejilla y Mamá James me da un abrazo.

—Divertíos, ya os llamaremos si os necesitamos.

Holden me ayuda a ponerme el abrigo y después me coloca la mano en la parte baja de la espalda. Me abre la puerta del coche y la cierra cuando ya he entrado. Sé que ha dicho que no era una cita, pero todo lo que hace da esa impresión y no puedo dejar de sonreír. Creo que estoy perdiendo la cordura.

Cuando se sienta en el asiento del conductor, me vuelvo hacia él.

—Te prometo que normalmente no soy tan neurótica.

—No eres neurótica, Sophie. Has pasado por mucho y estás en tu derecho de estar nerviosa por separarte de ella más tiempo de lo normal.

—Bueno, y por una cita.

—Creía que no era una cita —bromea. Maldita sea. Me siento ridícula, pero Holden me toma de la mano—. Relájate. Quiero que sepas que Mamá James aterraría a cualquiera que se atreviera a acercarse a Eden. Si no fuera así, no la habría dejado con ella.

—¿Cómo puedes sentir eso por la niña en tan poco tiempo? —le pregunto—. La quieres.

—Es mi hija.

—Pero… Apenas la conoces.

Holden se remueve en el asiento para quedarse frente a mí.

—Cuando te la pusieron en los brazos después de dar a luz, ¿tardaste días o solo te bastó con un segundo para quererla?

—No tardé ni un segundo —respondo de inmediato.

—En cuanto la vi, supe que era mi hija y me sentí igual que tú. No necesito semanas o meses para querer a esa niña. Es mía… Nuestra. Soy su padre, tanto si ella lo sabe como si no, y lo único que quiero es protegerla de los horrores de este mundo. Y ahora puedo pasar tiempo con ella y aprender quién es y quererla todavía más. Si Theo se parecía a mí, se sentía igual que yo y por eso estás aquí. Te envió porque sabía que solo un padre daría su vida por su hija.

Me cae una lágrima por la mejilla y un tumulto de emociones me batalla en el pecho. Siento alivio, porque todo esto me preocupaba, y esperanza, porque no sabía si Eden volvería a recibir el amor de un padre después de que falleciera Theo. Me preocupaba que no tuviera una figura paternal en su vida. Encontrar a Holden, un hombre afectuoso, que ya la quiere como solo un padre puede quererla, me calma el alma rota. También siento un poco de ira hacia mí misma y, una vez más, hacia Theo. Además de todas las cosas que me ocultó, que me arrebatara esto, que me robara algo que podía haber compartido con Holden, me da ganas de gritar.

Holden me limpia la lágrima.

—¿Por qué lloras?

Miro por la ventanilla y recupero la compostura antes de volverme hacia él.

—No tenía ni idea de que existieran los hombres como tú, Holden James, y estar aquí, contigo, me hace feliz y me pone triste. Feliz porque eres un buen hombre y me siento increíblemente afortunada de compartir una hija contigo. Y triste porque, si Theo no hubiera muerto, no nos conoceríamos. Triste porque deberías haber sido testigo de su primera sonrisa y sus primeros pasos. Deberías haber oído su primera risa o su primera palabra. Te han

arrebatado todos esos momentos y, en vez de estar enfadado, eres… tú.

—Me duele habérmelo perdido todo, pero he visto muchas cosas horribles a lo largo de mi vida. He visto a niños morir de cáncer, maltrato, abandono y otras cosas que me atormentan por la noche. Podría estar enfadado y desear lo que no tuve, o puedo ser el hombre que Eden y tú necesitáis. Me he decantado por lo segundo.

—¿Yo?

Me sonríe.

—Bueno, eres su mamita.

Me echo a reír.

—Sí, y tú, su papito.

—Bromas aparte, me tienes para lo que necesites.

¿De verdad existen los hombres así? Tuve mucha suerte en Las Vegas.

—Gracias, Holden.

—Vamos a cenar y después volveremos con Eden.

Me gusta el plan y él empieza a gustarme mucho.

Capítulo dieciocho

Holden

No es una cita. No dejo de recordármelo a mí mismo cada vez que me entran ganas de estirar el brazo por encima de la mesa y cogerle la mano. O cuando me sonríe, los ojos azules le brillan a la luz de las velas y se me endurece el pene. Puede que no recuerde mucho de cómo nos conocimos, pero sí que recuerdo cómo me miraba. Justo como me mira ahora.

—Cuéntame cómo eras de pequeño —me dice Sophie.

Eso me saca del trance.

—¿Qué?

—¿Cómo eras de niño?

Dejo el tenedor en el plato.

—Normal, supongo. Me gané unos cuantos arañazos y moratones. ¿Y tú?

—Yo era muy callada. Nací en un entorno en el que no se veía u oía a otros niños —me responde—, por lo que acabé enamorándome de la lectura y el dibujo.

—Y eso derivó en tu pasión por la pintura —termino, y ella asiente.

—Me sentaba frente a la ventana y dibujaba el mundo exterior tal y como lo veía en mi cabeza. Mi vida no era muy pintoresca, pero en el lienzo eso cambiaba. Mis padres vivían entre Londres y Surrey. Teníamos una casa ostentosa en el campo e íbamos de vacaciones allí, por lo menos, una vez al mes.

—¿Te gustaba?

—¿La casa? Era impresionante. Tenía piscina interior y un cine privado, que por ese entonces, no era nada común. Era la mansión de mi bisabuelo y mi padre la heredó. Creo que amaba esa casa mucho más que a mi madre o a mí. —Se ríe sin alegría—. Bueno,

estoy segura. No le importábamos mucho ninguna de las dos. Sin embargo, cuando íbamos allí, era como si viviera en un mundo diferente. Un mundo en el que las niñas no tenía prohibido pisar el césped. Un mundo en el que corría hacia mi padre y él me sonreía con los brazos abiertos. No eran malos padres, pero tampoco eran cariñosos. Aunque aparentaban muy bien, todo el mundo pensaba que éramos una familia modelo que lo tenía todo.

Esa faceta la conozco muy bien. Mis padres estaban ausentes la mayor parte del tiempo y eran negligentes cuando estaban presentes. Crecí sin recibir mucho amor paterno, a menos que estuviera con las familias de Isaac o Emmett. Sobre todo, intento no pensar en Kira ni en cómo la mataron.

—Mi familia era así. Lo que se veía no se correspondía con la vida que vivíamos de puertas adentro. Teníamos una casa bonita, no muy grande, pero mejor que las de la mayoría de mis amigos. Pero mis padres eran los mayores hipócritas que he conocido. Mi padre era el párroco de la iglesia de un pueblo cercano y mi madre, profesora. Decían a la gente que se preocupara más, que amara y respetara lo que tenía, mientras ellos ignoraban a sus propios hijos. A mamá le preocupaba su reputación, y mi padre, bueno, era incluso peor. Mi hermana Kira y yo básicamente nos criamos solos porque siempre había alguien que los necesitaba más y no se daban cuenta de que nos desmoronábamos.

—Parece que tuvimos infancias muy similares. Padres a los que le preocupaban más los demás que sus propios hijos.

Y no sabe ni la mitad. Mis padres son culpables de la muerte de mi hermana.

—Sin embargo, tú no eres así con Eden —le digo para no exponer esa parte de mi pasado todavía.

Sophie baja la mirada a la vez que sacude la cabeza.

—Desde que soy madre, eso es lo que más me cuesta entender. ¿Cómo es posible que un padre no quiera a sus hijos? ¿Cómo puede un padre asegurar que quiere a su hijo y, en cuando se comporta de una manera que no comparte, lo aparta?

—¿Te refieres a cuando volviste a casa embarazada?

—Sí. Mi padre me habría echado de casa sin remordimientos. Nunca habría contemplado la posibilidad de que su perfecta hija tuviera un crío fuera del matrimonio. Solo le importaba el qué dirán. Mis padres me concertaron un matrimonio antes de la muerte de mi padre. Querían que me casara con un rival de negocios, porque aseguraría la unión de las dos empresas. No era más que una transacción y yo no quería formar parte de ella.

—Lo entiendo.

Asiente.

—Theo también lo entendía. Cuando le dijeron a sus padres que su hijo tenía una enfermedad cardíaca que acarrearía muchos problemas a futuro, pasó de ser el hijo perfecto a una total decepción. Arruinó la falsa imagen de vida idílica que querían aparentar. —Deja la servilleta en la mesa y suspira—. Los odiaba. Eran personas horribles, cuando cumplió la mayoría de edad, se despreocuparon completamente de él y de sus tratamientos médicos. Estaban demasiado ocupados intentando recuperar la vida que se perdieron mientras cuidaban de su hijo. Aunque tampoco se perdieron gran cosa porque siempre lo dejaban con un cuidador o en el hospital.

—Veo que nuestros padres podrían convivir en una comuna.

—¿El país de los padres de mierda?

Sonrío.

—Los míos, presidentes.

Sophie se reclina en la silla y me observa.

—¿Eran peores que los padres de Theo?

Asiento.

Unos minutos atrás no quería revelarle esa parte de mí. Odio a mis padres por lo que hicieron. El abandono no siempre sigue las pautas que la sociedad cree y no resulta evidente hasta que es demasiado tarde.

—¿En qué sentido? —pregunta Sophie.

—Son el motivo por el que soy médico.

—Eso no los convierte en monstruos.

—El motivo por el que quise serlo, sí —respondo. Si hubiera sabido qué hacer… Si hubiera sabido algo de la enfermedad de mi hermana, podría haberla salvado. Podría haber hecho mucho, pero tenía quince años y desconocía qué era estar enfermo. Mi hermana les contó lo que le ocurría, y ellos pusieron los ojos en blanco y volvieron a centrarse en salvar el mundo mientras Kira sufría.

—Puedes contármelo, Holden —añade Sophie con suavidad—. Te aseguro que no tengo derecho a juzgar a otros, y no lo haría igualmente.

Solo seis personas en el mundo saben lo que ocurrió. Seis personas que estuvieron allí y me salvaron cuando la perdí.

—Mi hermana falleció de un coma diabético cuando yo tenía quince años y ella, nueve. Kira nunca formó parte de su planes, querían un único hijo para mantener las apariencias, pero, entonces, mi madre se quedó embarazada de ella. Desde el día en que se enteraron, fue pura desesperación. Yo me alegré, recuerdo que me emocionó la idea de tener una hermana. No sé… mis recuerdos están borrosos. Si Mamá James no estaba, nos cuidábamos y cocinábamos nosotros. En aquella época, mi tía trabajaba a jornada completa, pero hacía todo lo posible por vigilarnos. Sin embargo, éramos dos niños intentado cocinar, así que no comíamos muy sano.

—¿Os dejaban solos mucho tiempo? —pregunta Sophie con la voz cargada de preocupación.

—Una vez, no vi ni supe nada de mis padres durante seis días. Tenía doce años y cuidaba de Kira. Mi madre fue a una conferencia y mi padre, seguramente, estaría acostándose con alguna de sus feligresas.

Nunca me olvidaré de aquello. Pensaba que habían muerto, pero me daba miedo contarlo porque a uno de los niños del colegio se lo llevaron y lo separaron de sus hermanos. La mera idea de no estar con mi hermana me aterraba más que hacer lo que pudiéramos para sobrevivir.

—¡Madre mía! —Se le escapa un grito ahogado—. Eso es horrible.

—Cuando éramos pequeños, oculté muchas cosas. Así que soy tan culpable como mis padres. Mentí sobre los problemas de Kira, creyendo que la verdad solo empeoraría las cosas. Le resté importancia.

Sophie alarga la mano hacia mí.

—Eras un niño. No sabías que algo iba mal.

—Ahora lo sé, pero me sentí como una puta mierda durante mucho tiempo. Me culpé a mí mismo, luego a mis padres y ahora solo intento asegurarme de que no le ocurra a nadie más.

—Lo siento muchísimo.

Pienso en lo difícil que fue todo por aquel entonces y en que mis padres también buscaron el modo de culparme a mí. Kira murió cuando yo estaba en segundo y, en mi último año, mis padres se habían convertido en unos completos imbéciles. Tuve suerte de que Mamá James me sacara de aquella casa. En parte, soy el hombre que soy gracias a ella.

—Es lo que hay. Echo de menos a mi hermana y me encantaría que hubiera podido conoceros a ti y a Eden. Creo que habría sido una mujer extraordinaria si hubiera tenido la oportunidad de crecer.

—Contigo como hermano, estoy segurísima.

Sophie aparta la mano y echo de menos el contacto enseguida. No sé cómo es posible que ya sienta cosas por ella. No tiene sentido. Me oculta algo y, aquí estoy yo, preguntándome si debería intentar algo con ella, dado que no tenía una relación romántica por su marido.

Voy a ir derecho al infierno.

Pero, sincerarme, contarle todo esto ha estado… bien. Hacía tanto tiempo que no hablaba de Kira que había olvidado lo que sentía al pronunciar su nombre.

Mi exmujer la adoraba. Hablábamos mucho de ella. Jenna ya era mi novia en el instituto y pasaba días enteros en mi casa, cuando mis padres desaparecían. Kira creía que Jenna era la mujer más hermosa del mundo y, por aquel entonces, yo estaba de acuerdo. En retrospectiva, pienso que perder a Kira me hizo aferrarme a todo lo que quería con más ahínco, y por eso le propuse matrimonio a

Jenna en nuestro segundo año de universidad y nos casamos tres meses más tarde.

No podía perderla.

No podía perder nada más.

Luego, me di cuenta de que aferrarse a aquello que debería estar en libertad era peor que perderlo. Era una prisión.

Cuando me dio los papeles del divorcio, antes de la residencia, lo entendí. La había atrapado, intenté que viviera en mi burbuja y no pudo. Al irse, fue más fuerte que yo y, al final, resultó ser la decisión correcta para los dos.

O, al menos, esa fue la gilipollez que me dije en aquel momento.

Sophie se inclina en el respaldo de la silla y sonríe.

—Ha sido una cena maravillosa. Gracias por traerme a este sitio y por toda la velada.

—Me alegro de que te haya gustado.

—También me ha gustado la compañía —continúa, y se le ruborizan las mejillas.

—A mí también.

Me gusta, y no debería. Tenemos un montón de bagaje con el que lidiar antes de intentar ser algo más.

Pero, entonces, me mira fijamente con esos malditos ojazos y me impide pensar con la cabeza. Suspira profundamente.

—Todo esto podría haber sido muy distinto, ¿sabes? Podría haber venido y descubierto que estabas casado y tenías tu propia familia. No sé cómo me habría enfrentado a ello.

—¿No crees que tú marido ya sabía que no era así?

—Oh. —Sophie pestañea—. Sí, supongo que sí. —Se queda callada con la mirada clavada en la vela durante un instante y, después, levanta la mirada hacia mí—. Dijo algo unos meses antes de morir. No le di mucha importancia, porque Theo y yo siempre bromeábamos sobre lo atroces que eran nuestras vidas amorosas. Me aseguró que, cuando muriera, haría que me enviaran con el hombre indicado, porque yo no sería capaz de encontrarlo ni aunque estuviera a medio metro de mí. Nos reímos muchísimo,

pero, después de eso, soltaba comentarios esporádicos sobre que iba a enviarnos a Eden y a mí con alguien mejor que él. —Sophie vuelve a apartar la mirada—. Creo que…

Espero a que continúe y después le acaricio el dorso de la mano con el pulgar.

—¿Se refería a mí?

Alza la cabeza y asiente.

—Si lo pensaba, debe haberte conocido.

Nunca se me había pasado por la cabeza. Ahora me pregunto si Theo vino a conocerme. ¿Me entrevistó para ver si era el indicado para su mujer y mi hija?

—Nunca he estado en Londres.

—Theo viajaba mucho. No tanto durante el último año, pero, antes siempre estaba de viaje. Se ocupaba de las finanzas de muchas empresas grandes con sede en Estados Unidos. Recuerdo que cuando Eden era una bebé, me quejaba de que me había casado con él para acabar siendo una madre soltera igualmente.

—¿Alguna vez fue a California? —Acabo de recibir su expediente médico y me recuerda a un paciente que tuve. No recuerdo los detalles, pero empiezo a cuestionarme si era él.

—Pues la verdad es que no estoy segura. Viajó mucho a Atlanta, de eso no me cabe duda. Suena ridículo que no supiera todos los lugares a los que iba, pero viajaba tan a menudo que dejé de prestar atención.

Eso lo sé muy bien. Hacía lo mismo cuando mis padres se iban. Me sorprendía más que estuvieran en casa.

—¿Tienes alguna foto de él en el móvil?

Sophie se mira las manos.

—Me quitaron el móvil. Fue una de las muchas cosas que perdí mientras huía y en el nuevo no tengo fotos de él.

—Vale…

Se anima de repente.

—¡Oh! Puedo conseguirte una foto. —Desliza los dedos por la pantalla mientras busca y después sonríe—. Toma, este es su perfil.

Cojo el móvil y le echo una ojeada a la foto. Están uno al lado del otro y Theo sostiene a Eden en brazos. Parecen la familia perfecta, todo sonrisas y amor. Era solo un poco más alto que Sophie, lo que significa que sería más bajo que yo, y tenía el pelo castaño claro. No reconozco la cara.

—Has mencionado que te quitaron el móvil, ¿quién te dio este?

Abre los labios e intenta sonreír.

—Lo compré. Estaba en Las Vegas y… compré un móvil para contactar con la Policía si era necesario.

Que sea incapaz de mirarme a los ojos me dice que no es verdad. Mi instinto me pide que la confronte, que insista para que me cuente lo que oculta, pero el corazón me pide que deje que me lo cuente cuando esté preparada.

Decido hacerle caso a ambos.

—Cuanto menos sepa, más difícil me resultará protegerte. Alguien debió ayudarte por el camino, no voy presionaré para que me des más información de la que estés dispuesta a darme, pero preferiría que me dijeras que no puedes o no quieres decirme nada en lugar de mentirme.

La forma en que me mira hace que quiera darme una paliza.

—En cada escala había alguien esperándome con una nota de Theo en la que me explicaba el siguiente paso. Siento no poder decirte más que eso.

—No lo sientas… Solo quiero que podamos hablar. Si no puedes contármelo lo entiendo, pero dime que no puedes. Cuantas menos falsedades tengamos de las que preocuparnos, más fácil resultará todo.

Asiente.

—No puedo contarte quién me ayudó por el camino. Me dejaron muy claro que debía ocultaros su identidad a ti y a todo el mundo.

Por lo menos dice algo.

—Vale. Y esa persona ¿es de fiar?

—Theo confiaba en ellos y han hecho todo lo que han podido para mantenernos a salvo a Eden y a mí.

Tengo infinidad de preguntas, pero, una vez más, debo ir con pies de plomo.

—Cuando puedas explicarme algo más, espero que lo hagas.

—Lo haré. Sé que Theo no parece un buen hombre, pero lo era. Me apoyó cuando no tenía a nadie e, independientemente de este embrollo en el que se metió, hizo todo lo que pudo para mantenernos al margen y se aseguró de que estuviéramos a salvo cuando él ya no pudiera protegernos. Es el único motivo por el que subí al avión y he seguido todas sus instrucciones. Y creo que me han llevado adonde debía llegar… Hasta ti.

Capítulo diecinueve

Sophie

Holden empieza a decir algo, pero el camarero se acerca a la mesa e interrumpe nuestra conversación.

—Disculpe, ¿doctor James?

—¿Sí?

—Tiene una llamada en la barra. Dicen que es urgente.

Se pone en pie rápidamente y saca el móvil.

—Dame un segundo. —Cuando asiento, ya se está yendo hacia la barra. No sé muy bien qué hacer, así que lo miro mientras contesta a la llamada. Después de un segundo, cuelga y vuelve conmigo a toda prisa—. Tenemos que irnos.

—¿Va todo bien?

—Debemos irnos.

Me levanto, cojo el bolso y me ayuda a ponerme el abrigo.

—Holden, me estás asustando.

—Era Emmett. Acaban de llegar unas chicas a Acude a Mí y necesitan que vaya lo más pronto posible para ayudar.

—Iré contigo —respondo rápidamente—. Puedo ayudar, si lo necesitas.

—Sophie… —Suspira—. No quiero llevarte allí. Confía en mí, no quieres ver algo así. Sobre todo, teniendo en cuenta que no eres un profesional médico.

Puede que no lo sea, pero he hecho muchas cosas que asquearían a la mayoría.

—No, pero cuidé de Theo durante años. Hice mucho trabajo de enfermería. Sé poner inyecciones y ayudar a curar heridas.

Me abre la puerta del coche y corre hasta la puerta del conductor.

—Puedo dejarte en casa de Mamá James.

Lo agarro del antebrazo.

—Déjame ayudar. Por lo menos, puedo llevarte suministros limpios o… simplemente estar ahí.

Aprieta los labios en una línea muy fina.

—Vale, pero quiero que sepas que no tengo idea de qué nos vamos a encontrar. Solo sé que Emmett me ha pedido que acuda de inmediato.

—Lo entiendo.

Nos metemos en el coche y volvemos a Rose Canyon. Estábamos en el pueblo de al lado, pero el trayecto se hace eterno. Holden está concentrado en la carretera y yo le pongo la mano en el brazo.

—Holden, deberíamos llamar a Mamá James. ¿Te parece bien que la llame yo mientras tú conduces? —le pregunto.

—Por supuesto. Sí, por favor.

Le cojo el móvil y marco el número de Mamá James. Responde al segundo tono.

—Hola, Holden. Eden está genial. Le he dado algo de comer y acabo de ponerle el pijama.

Sonrío.

—Soy Sophie, y me parece fantástico. Me alegro de que esté bien.

—¡Sophie! —Se le anima la voz al pronunciar mi nombre—. Querida, es un ángel. Ha jugado un rato con Pickles y ahora está montando un puzzle conmigo. Quería decirte que se le ha escapado un poco el pipí, pero no ha sido nada, lo hemos limpiado y ya está.

Le pasa mucho últimamente.

—¿Ha bebido mucho?

—Un vaso de leche muy grande y luego se ha distraído. Seguramente la culpa sea mía por no decirle dónde estaba el baño. Lo siento.

—No, no es culpa tuya. Ya le ha pasado un par de veces esta semana. Debería haberlo mencionado.

—No te preocupes. ¿Pasa algo o solo llamabas para ver cómo está?

Holden toma una curva y reduce la velocidad cuando nos acercamos a la oficina de Main Street.

—Han llamado a Holden por una emergencia, así que vamos a llegar más tarde de lo que pensábamos.

—Eden está conmigo, haced lo que debáis y, por favor, no corráis por mí, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —respondo antes de colgar. Su bondad es un consuelo.

Holden se dirige a la parte trasera del edificio, donde esperan dos patrullas y otros tres coches aparcados, creo que uno de ellos es el de Blakely. Cuando paramos, Holden y yo salimos del coche y él va hacia el maletero para sacar dos bolsas.

—¿Puedes llevar esto? —me pregunta. El hombre con el que acabo de salir a cenar ha desaparecido y en su lugar hay uno tranquilo, decidido y concentrado.

—Sí, claro.

—Lo siento, Sophie —dice y se le cae, por un momento, la máscara de médico.

—¿Por qué te disculpas?

—Quería otro final para esta noche, una llamada de emergencia para vete a saber qué no entraba en mis planes. Acude a Mí es un refugio seguro y, si ha venido todo el mundo, es porque ha pasado algo serio. No quería meterte en esto, pretendo protegerte.

Es tan dulce…

—Me estás protegiendo, pero yo también quiero ayudar. No seré médica o algo por el estilo, pero puedo apoyarte y ayudar a otras personas que lo necesiten.

Holden se acerca a mí, levanta una mano y me acaricia la mejilla con el pulgar. El gesto hace que se me acelere el corazón.

—Se suponía que esto no era una cita, pero deseaba que lo fuera.

Ay, madre. Yo también lo he deseado mucho más de lo que puedo admitir. Desearía que me besara, pero no es un buen momento. Debí haberlo besado aquella noche en la cocina, pero tenía muchísimo miedo.

—Pues, a lo mejor, deberíamos planear una —le respondo con un valor que no sabía que tenía.

Me sonríe.

—A lo mejor sí.

—¿Holden? —lo llama una mujer desde la puerta trasera, y los dos nos separamos.

—Estoy aquí.

—Ay, gracias a Dios. Una de las chicas está muy mal. Tiene moratones por toda la cara y… —La mujer del hospital deja de hablar cuando me ve. Lleva el pelo largo, de color castaño, recogido, pero se le han soltado algunos mechones que le caen por la bonita cara—. Sophie, lo siento, no sabía que vendrías. —Vuelve a centrar la atención en Holden—. Estaba en casa de George cuando ha recibido la llamada, así que he venido con él.

—Sophie y yo estábamos cenando y también hemos salido corriendo.

Nos sonríe.

—Son cuatro chicas, así que nos vendría bien toda la ayuda que podamos conseguir.

—Kate vuelve a entrar, pero no la seguimos al momento. Holden levanta la segunda bolsa y después me da la mano.

—Tengo que explicarte una cosa. Acude a Mí ayuda a chicas que se han escapado o son víctimas de trata o de violencia doméstica. Blakely tiene un equipo: yo me ocupo del triaje médico, Kate, de la salud mental y Emmett y George, como policías, ejercen la ley cuando es necesario. Cuando entre por la puerta, dejaré de ser el mismo. Sé que parece una locura, pero estaré completamente concentrado y solo pensaré en mi profesión. No me centraré en otra cosa, así que lo siento si digo o hago algo grosero. Según Emmett, cuando estoy concentrado, soy un capullo de primera categoría con todo el mundo menos con el paciente.

Le aprieto la mano.

—Para mí siempre serás un héroe, Holden. Vamos.

Cuando cruzamos la puerta trasera, se me cae el alma a los pies. Nos esperan tres chicas que no deben de tener más de catorce años. La primera es rubia, pero su melena parece casi castaña por la suciedad y barro que la cubren. Tiene los brazos llenos de moratones, la ropa hecha jirones y surcos de lágrimas en la cara.

La segunda parece estar un poco mejor, pero tiene un corte en la mejilla.

La tercera chica es la que peor está y soy testigo de lo que me ha advertido Holden. Me suelta la mano, se dirige a ella rápidamente y le pide permiso antes de echarle un vistazo al corte que tiene en el brazo. Él y Blakely no paran de hablar mientras se agacha delante de la chica. Entonces van a la sala del fondo.

Brielle se acerca a mí.

—Hola.

—Hola, ¿qué puedo hacer para ayudar? —le pregunto.

—Blakely ha pedido que alguien haga compañía a aquella chica. Ninguna nos ha dicho cómo se llama o qué les ha pasado, pero Kate ya la ha evaluado y va a hablar con la del sofá mientras Holden ayuda a la de la habitación del fondo. —Señala a la otra chica—. Yo estoy tomando notas hasta que Emmett nos diga qué pasos seguir.

—¿Hay otra en la habitación?

Brielle asiente.

—Tiene las heridas más graves, así que la hemos llevado allí para que tuviera intimidad mientras Holden trabaja.

—¿Qué les ha pasado?

Se le llena la mirada de tristeza.

—Todavía no lo sabemos, pero a la de la habitación trasera la han apuñalado y, seguramente, le han roto todos los huesos del brazo derecho. Hay una sala atrás en la que Holden se ocupa de las lesiones que no son de gravedad y, cuando terminamos los primeros auxilios, si es necesario, las trasladamos.

Vaya. Estuve en esa sala cuando vine y no me di cuenta.

—Bueno, haré todo lo que esté en mi mano. ¿Alguna sugerencia?

—Solo acompáñala. Tal vez quiera hablar y darnos una pista de lo que les ha pasado o tal vez no. Kate cree que está en *shock,* así que no la presiones para que hable si no quiere.

—De acuerdo.

—Aquí tienes el dispositivo que usamos para grabar lo que diga. No es una prueba judicial válida, pero nos ayuda comprender mejor la situación en caso de necesidad.

Acepto lo que parece ser un bolígrafo normal y corriente.

—Lo que necesites. ¿Intento hablar con ella?

Brielle se encoge de hombros.

—A veces es mejor no hacerlo. Yo, normalmente, me presento y les ofrezco todo lo que pueda darles. Es poco probable que respondan. Tampoco estamos seguros de si se han metido algo.

Se oye un largo gemido de dolor que proviene de la sala y las dos nos giramos a mirar en esa dirección. Brielle se remueve en el sitio y yo asiento.

—Ve, haré lo que pueda por ella.

Se va corriendo y yo me acerco a la tercera chica que vi cuando llegamos. Me siento con la espalda apoyada en la pared y me quedo en silencio mientras la joven, que está cubierta de mugre, se mece ligeramente. Tras unos momentos, me mira y sonrío dulcemente. No sé cómo hacerlo, pero las chicas han venido hasta aquí porque tenían miedo y estaban perdidas, así que lo mínimo que puedo hacer es sentarme con ella. Su mirada pasa de mí a sus rodillas un par de veces. Cuando me mira a los ojos durante más de un segundo, decido hablar.

—Me llamo Sophie. ¿Crees que puedes decirme tu nombre? —Sacude la cabeza y empieza a mecerse más rápido—. No pasa nada, no tenemos que hablar. ¿Te parece bien que me siente contigo un rato? —No dice nada, pero tampoco niega con la cabeza, así que me lo tomo como una aprobación—. Si necesitas algo, dímelo.

Nos quedamos así durante mucho rato: ella meciéndose lentamente y yo ofreciéndole mi apoyo en silencio. Cuando se oye

otro grito en la sala del fondo, los ojos anegados en lágrimas de la chica se encuentran con los míos y se empieza a derramar lágrimas.

—Es mi amiga.

—¿Cómo se llama? —le pregunto en poco más de un susurro.

—No tenemos nombres.

Sé que no es verdad, pero decido no insistir.

—¿Y cómo se dirigen a ti?

Retuerce los dedos.

—Dos, dieciocho.

—¿Y a tu amiga? ¿Ella también tiene un número?

—Uno, setenta y tres.

—¿Y a las demás?

Sacude la cabeza.

—Una no tiene número todavía. La otra es la dos, cuarenta y nueve.

Trago para bajar la bilis que me ha subido a la garganta ante la idea de que las hayan privado de identidad. Me pregunto si les asignan los números de forma aleatoria o si van en orden.

La chica cierra los ojos y se apoya la frente en las rodillas. Tras un momento, ladea la cabeza solo un milímetro, lo justo para verme.

—¿De dónde es ese acento?

—Soy de Londres.

—¿Y cómo es?

Le hablo de mi hogar. De la historia, los sitios de interés y mis lugares preferidos. Le describo cómo era pasear por Piccadilly de noche y ver las tiendecitas de Covent Garden. Si me esfuerzo mucho, puedo fingir que estoy allí. Veo las calles adoquinadas y huelo mi pastelería favorita, donde llevaba a Eden a por galletas.

El ruido de la gente conversando mientras camina me llena los oídos. Aprieto la mano al recordar a Theo tirando de mí hacia el metro para llevarme al siguiente lugar que quisiera explorar.

Siempre era así de intrépido. A mí me gustaba tener un plan y él quería ir adonde lo llevara el viento.

—Suena mágico —dice—. Muchas veces cierro los ojos e imagino que estoy en otra parte.

—¿Y dónde te imaginas?

Suspira y apoya la cabeza contra la pared.

—Normalmente, estoy con mi hermana en nuestro campo de maíz. Antes lo odiaba, pero ahora me parece un sitio cálido y luminoso. Siento el calor del sol en la piel y oigo el sonido de su risa mientras me sigue entre las filas. Voy y me quedo allí tanto como puedo. Lo echo de menos, ya no quiero estar aquí.

Se me encoge el corazón. No sé mucho sobre la geografía de Estados Unidos o de dónde proviene, pero la sensación de querer volver a tu hogar la comprendo.

Con un poco de suerte, lo que me diga ayudará a Emmett.

—¿De dónde os habéis escapado? —le pregunto con vacilación.

Me mira como si no me viera, pero, después, cierra los párpados y una lágrima le resbala por la mejilla.

—Del infierno. Hemos estado en el infierno.

Capítulo veinte

Holden

Sophie y yo estamos sentados en el coche, en la puerta trasera de Acude a Mí. Ninguno de los dos es capaz de hablar. Tampoco nos movemos.

Han sido dos horas muy duras. He suturado a esa pobre chica lo suficiente para que pudiéramos trasladarla al hospital. Kate se ha ofrecido a ir con ella en la ambulancia, ya que George está escoltando el vehículo privado que lleva a las otras tres chicas. A nadie se le ha ocurrido llamar a los paramédicos y, por suerte, Sophie no lo ha cuestionado. Es la única que no sabe que Ryan Wilkinson usaba la ambulancia para secuestrar jóvenes. Blakely ha llegado al punto de comprar un vehículo, adaptarlo para que sea una habitación de hospital portátil y contratar paramédicos privados completamente preparados, todo para evitar tener que volver a utilizar el servicio de emergencias.

Permanezco sentado y me tiemblan ligeramente las manos mientras me baja la adrenalina.

Entonces noto el tacto de su mano sobre la mía y entrelaza nuestros dedos. La miro y veo que ella ya me observa con el ceño fruncido.

Tengo que decirle algo. Disculparme, o darle las gracias, o algo por el estilo.

Pero no puedo.

No puedo decirle ni una maldita palabra.

Me remuevo en el asiento y Sophie hace lo mismo, al mismo tiempo. Le suelto las manos y ella me sujeta el rostro con ambas. Los dos respiramos el aire del otro y el ambiente del coche se carga. Uso cada pizca del autocontrol que me queda para no abalanzarme sobre ella en este mismo instante.

—Sophie —la llamo, con un hilo de voz.

Baja los párpados durante un instante y después levanta la mirada hacia mí.

—Holden… Yo…

Nuestras bocas se encuentran y es el paraíso y el infierno, todo a la vez. Presiono los labios contra los de ella con desesperación, deseando sentirla, besarla… Inclina la cabeza hacia un lado y entreabre su boca. El beso no es para nada como quería que fuera. Es voraz y está cargado de la puta pesadilla que hemos vivido hoy.

Nuestras lenguas se funden contra la del otro y me sube las manos a la nuca para sujetarme. El gemido suave que le escapa de los labios me pone el pene duro en un instante.

No hay ternura en el beso, ni suavidad. Es todo pasión, ira y… Joder. Se merece un beso mejor que este.

Maldita sea. Merece mucho más.

No que vuelva a destrozarla.

Antes de que pueda interrumpir el beso, se aparta de mí y se tapa la boca.

—Ay, madre. Lo… Lo siento mucho.

—¿Lo sientes? —pregunto—. No has hecho nada malo, soy yo quien lo siente.

Joder. Ya me he aprovechado de ella dos veces, y de la primera ni siquiera me acuerdo.

—No podemos hacer esto, Holden. Ahora no. No cuando acabamos de… Pasar por todo eso.

Nuestras miradas se encuentran bajo la luz de la luna.

—Soy un cabrón.

—¡No! ¡Por Dios, no! —asegura, y vuelve la cabeza para mirar la puerta trasera de Acude a Mí—. Me importas. Deseo besarte, de verdad, pero me da miedo que nos arrepintamos de hacerlo ahora… Cuando estamos así.

Lo último que desearía es que ella se arrepintiera de estar conmigo.

—No quiero que pase eso.

—Lo sé, pero tenemos que hablar de muchas cosas. Cosas que no hemos podido decirnos todavía.

—¿Como qué?

Sophie sacude la cabeza.

—Puede que tenga que marcharme de repente, y ¿entonces qué? ¿Qué pasaría con nosotros?

—¿Y qué pasaría conmigo si te vas y te llevas a Eden? —replico —. No eres la única que se expone a que le hagan daño. Adoro a esa niña y quiero ser el padre que necesita. Quiero ser el padre que podría haber sido desde el principio.

—Lo sé, lo tengo siempre presente. Me preocupa tener que hacer la maleta y salir huyendo. Ya será muy complicado si…

El corazón me late a mil por hora y me esfuerzo por mantener la calma.

—¿Si qué?

—Si me enamoro de ti. Si acabamos siendo algo más luego tengo que marcharme y perderte. Hacerte daño llevándome a Eden ya sería malo, pero ¿y si además te quisiera?

Puede que tenga razón. Pensar que Sophie podría ser algo más es idílico. Da igual lo mucho que la quiera o cuántas noches permanezca despierto en la cama y deseando abrazarla, pedirle algo más es injusto para ella y para Eden. Podría despertarse mañana y desaparecer y, si se cumple el peor de los presagios… perdería la puta cabeza.

—Entonces seguimos siendo amigos y… ¿qué?

Agacha la mirada hacia su regazo, sobre el que no deja de retorcer los dedos.

—Sufrimos, supongo. No sé cómo dejar mi corazón al margen, pero sé que no puedo arriesgarme mientras siga existiendo la posibilidad de tener que salir huyendo de nuevo. Créeme, no es lo que quiero.

—¿Y qué quieres?

—A ti.

Las palabras resuenan como un disparo en el interior del coche.

—Estoy aquí. No tengo miedo.

—¡Yo sí! ¿No te preocupa que las cosas puedan cambiar en cualquier momento?

—Así que, ¿prefieres que el miedo te arrebate la oportunidad de ser feliz? —replico. Sacude la cabeza y desvía la mirada—. Es tu decisión, Sophie —le recuerdo—. No me arrepiento de haberte besado e iba a parar por un motivo totalmente distinto. No quiero volver a cometer los mismos errores contigo.

Lo mejor será que ponga las cartas sobre la mesa.

—¿Qué errores?

—Ser impulsivo primero y después tratarte como si no significaras nada.

—Tú nunca me has tratado así.

—Es bueno saberlo, preciosa, pero el otro día compartimos un momento muy bonito y hoy hemos salido a cenar y ha sido perfecto hasta que he recibido esa llamada. —Parezco un idiota. Mientras pronuncio estas palabras no hago más que querer abofetearme, pero Sophie necesita sinceridad más que nada—. Me refiero a que quiero besarte, tengo muchísimas ganas de besarte, joder. Pienso en ello todo el puto rato, pero la última vez que lo hice acabé inconsciente en el cubículo de un baño.

Sophie exhala.

—Parece que hemos cambiado de ubicación.

—No quiero que sea así. Pensaba acompañarte a la puerta, acostar a Eden y darte un beso como es debido.

—Me habría encantado, pero ambos sabemos que no es buena idea. No cuando tenemos tantísimo que perder.

No está preparada, así que no pienso presionarla.

—Esa es la cuestión, que ya estamos perdiendo sin haber podido disfrutar de la parte buena.

Tras decir eso, doy marcha atrás con el coche e intento librarme de la idea de tener algo más con Sophie.

* * *

—Por el amor de Dios, Holden. ¿Has estado en la guerra? —pregunta Mamá James en cuanto me ve.

Nos recibe una imagen que parece extraída de mis recuerdos de adolescencia: rulos en el pelo y un vestido de noche largo, así llama a los camisones abotonados por delante. Al menos, las zapatillas de suela gorda que le regalé son nuevas.

Mamá James en todo su esplendor.

Su casa es mi lugar favorito del mundo. Huele como si siempre hubiera galletas en el horno y de joven sabía que, mientras estuviera aquí, el exterior no podía tocarme. Recuerdo que cuando me mudé, dejó mis cosas en la habitación y me señaló las cajas antes de informarme de que no iban a vaciarse solas. Me pasé horas haciéndolo y, cuando terminé, me esperaba en la mesa con un plato de galletas y un vaso de leche. Estuvimos horas hablando de lo que había ocurrido y de lo que ocurriría a partir de ese momento. Fue la primera vez que sentí que me daban a elegir qué quería hacer con mi vida. Podría haber ido a vivir con Isaac, su familia me habría acogido sin pestañear, pero debía estar con Mamá James.

—¿Es este el aspecto que tiene alguien que vuelve de la guerra? —pregunto.

—Seguramente sí, estás hecho un desastre.

Le doy un beso en la mejilla.

—Siempre se te ha dado de maravilla hacerme sentir mejor conmigo mismo. —Resopla—. La emergencia no era lo que esperaba.

—Ya lo veo. —Se vuelve hacia Sophie—. Tú sigues estando preciosa, querida.

Sophie sonríe.

—Gracias por cuidar de Eden.

—Oh, ¡tonterías! —Agita la mano para restarle importancia—. Echo de menos tener niños correteando por aquí, hace que me sienta joven. Se ha portado de maravilla y se ha dormido viendo *Sonrisas y lágrimas* conmigo. Supongo que se le habrá subido la sangre a la cabeza al sentarse boca abajo, Holden también lo hacía de pequeño. He pensado que la música la calmaría, quizá ha sido

por eso. Me encanta esa película, es preciosa y las canciones no son como las de hoy en día.

—Odio esa película.

—Tú tienes un gusto pésimo, Holden. Y nadie te ha preguntado. ¿Qué te enseñé de opinar sin que nadie te lo pida?

Es como si tuviera diez años de golpe.

—Que tenía que mantener la boca cerrada si no iba a decir nada amable —repito en la misma voz que habría empleado a esa edad.

—Eso es.

—Sabes que ya soy un adulto, ¿verdad?

Sacude la cabeza.

—Sí, bueno, eres mi sobrino y te quiero, pero sigues necesitando que te recuerde las reglas de esta casa.

—¿Me perdonas? —le pregunto, aunque sé de sobra que ya lo ha hecho.

—Pues claro, mi pequeño. No podría estar enfadada contigo mucho tiempo.

Me vuelvo hacia Sophie.

—Tengo una cara que las mujeres adoran.

Se ríe.

—Creo que el dicho es «tiene una cara que solo una madre podría amar».

—Eso también. —Le guiño el ojo para tratar de quitar hierro a la noche—. Deberíamos llevar a Eden a casa y acostarla. ¿Dónde está?

—En el salón.

La encontramos acurrucada en el sofá con el pulgar apoyado en los labios, como si no estuviera segura de si chuparlo o no. Por un segundo, me quedo pasmado mirándola. A veces me cuesta digerir que tengo una hija. Una pequeña que no sabía que existía y de quien me he perdido muchos momentos. En mi vida han cambiado tantas cosas en tan poco tiempo que nada me parece real.

Tengo una hija.

Me lo repito a diario, porque no tuve nueve meses para prepararme para la paternidad.

—¿Holden? —me llama Sophie por encima del hombro—. ¿Estás bien?

Asiento.

—Es solo que no quería despertarla.

Me agacho y cojo a Eden en brazos. Es muy pequeña y se acurruca contra mi pecho de inmediato. La cambio de posición y noto que tiene las piernas húmedas.

—Se le ha vuelto a escapar —le digo a Sophie.

—Le está pasando mucho.

Cuento para mí cuántas veces ha mencionado Sophie que Eden ha tenido un accidente y, cuanto más asciende la cifra, más me preocupo. No parece normal. Cuando la levanto para tocarle la frente, emite un suspiro profundo y el olor me golpea de lleno en la cara. Un terror que no había sentido nunca me recorre las venas.

—Tenemos que llevarla al hospital.

Sophie abre mucho los ojos.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Sophie, ¿ha bebido Eden más de lo normal desde que empezó a mojar la cama otra vez?

—Sí, por eso se le escapa el pipí.

La micción frecuente, el incremento de la sed y el olor. El olor a sirope y a fruta. Lo recuerdo. Recuerdo que mi hermana me dio un beso antes de irse a dormir aquella noche. No volvió a despertar.

—Tenemos que irnos. Mamá James, ya volveremos a por sus cosas.

—Holden, ¿qué pasa? —pregunta mi tía con los ojos llenos de lágrimas.

—Creo que es diabetes y, si tengo razón… —No quiero ni pensarlo. No puedo terminar la frase—. Tenemos que irnos.

Se lleva la mano a la boca y una lágrima le resbala por la mejilla.

—Holden, ¿a qué te refieres con que crees que es diabetes? —Sophie se acerca más a nosotros y le apoya las manos a Eden en el pecho.

—Tiene todos los síntomas. Incremento de sed, micción frecuente hasta tal punto que se le escapa y un aliento casi afrutado. Es un síntoma de cetoacidosis. Vamos a llevarla al hospital para que la examinen y, si me equivoco, por lo menos nos quedaremos tranquilos. De lo contrario, allí podremos estabilizarle los niveles de azúcar para que no corra peligro. Solo te pido… Confía en mí, tenemos que irnos ya, ¿vale?

Sophie asiente rápidamente y yo salgo por la puerta en un santiamén. Podría llamar a una ambulancia, pero tardaría diez o quince minutos y no pienso esperar ni un segundo más para que la traten.

—¿Se pondrá bien? —pregunta Sophie cuando ya hemos atado a Eden en la sillita y nos ponemos en marcha.

Necesito que se ponga bien, no he notado nada fuera de lo normal hasta ahora, así que, con un poco de suerte, lo hemos detectado a tiempo.

—Sabré más cuando comprobemos sus niveles de azúcar, pero se pondrá bien. Haré todo lo que esté en mis manos para que así sea.

Sophie le aparta el pelo a Eden de la frente y yo me concentro en conducir al hospital. Estoy preparado para hacer todo lo posible por salvar a mi hija.

Capítulo veintiuno

Sophie

Creo que me vuelvo loca en cuanto llegamos al hospital. Holden ha llamado antes de llegar para informar que íbamos de camino, sus sospechas y lo que quería que tuvieran preparado cuando llegáramos. Eden está rara, no se ha despertado desde que la hemos metido en el coche. Solo se mantiene consciente unos minutos antes de volverse a dormir.

Una vez más, sale a la luz la faceta que Holden ha mostrado en el despacho de Blakely hace una hora. Da órdenes a todos los que nos rodean, incluso pide a alguien que se ocupe de mí.

Me quedo allí parada y los observo trabajar a su alrededor, veo cómo le pinchan el dedo y gritan unos números. Pide a una enfermera que le saque sangre, le ponga suero y ordena que le hagan un escáner de algo. Siento como si todo estuviera ocurriendo en otra realidad.

Hasta que Eden no levanta la mirada hacia mí con los ojos llenos de lágrimas no salgo del trance.

—¡Mami!

Me apresuro hacia ella y le acaricio la mejilla.

—No pasa nada, cariño. No pasa nada. Holden y sus amigos solo quieren saber si estás bien.

—Tengo miedo.

Yo también, pero no puedo admitirlo.

—No tienes nada que temer, mi pequeña valiente. Solo deja que los médicos y enfermeros te ayuden.

Holden le da la mano y le sonríe.

—Te daremos un medicamento para que te pongas buena, ¿vale, cielo?

Tiene los ojitos cargados de miedo.

—Quiero irme a casa.

—Lo sé, pero aquí, en el hospital, conseguimos que la gente se sienta mejor antes de irse a casa. Te pondremos un tubo muy pequeño en la mano. No te dolerá y tú mamá y yo estaremos aquí todo el rato. Puedes apretarnos las manos todo lo quieras, ¿vale?

—No quiero que duela.

—Será un pinchacito rápido y después te sentirás mucho mejor. Es para darte el medicamento que necesitas.

—¿Doctor James? —La enfermera llama a la puerta.

—Adelante. Estamos listos. Esta es mi amiga, Rhian. La mejor enfermera de todo el hospital.

Rhian sonríe con el cumplido y después a mí.

—Hola, Eden.

Eden no responde, porque le tiembla la barbilla e intenta trepar hasta mis brazos. La abrazo en la cama y le doy un beso en la coronilla.

—Eden, escucha a mamá. Sé que tienes miedo, pero no debes asustarte. ¿Te acuerdas del miedo que pasaste cuando nos subimos al avión para venir aquí?

Su mirada llorosa se cruza con la mía.

—Sí.

—Es hora de volver a ser así de valiente. Rhian no te hará daño, pero tienes que quedarte quieta para que te dé el medicamento.

—¿No puedes hacerlo tú? —Eden desvía la mirada hacia Holden.

Él niega con la cabeza.

—Estaré aquí contigo.

Rhian se acerca y explica lo que va a hacer paso por paso. Eden se relaja un poco conforme pasa el tiempo y la enfermera la distrae tocándole la mano, el brazo y los dedos mientras le explica para qué sirve cada parte del cuerpo.

—Ahora necesito que hagas algo muy importante —le pide Rhian —. Tienes que dejar el brazo muy quietecito. No puedes moverlo porque esto se escurriría, ¿de acuerdo?

Eden asiente, pero es evidente que está aterrada.

Rhian pone en práctica lo que nos ha explicado, y doy gracias a Dios por la existencia de las enfermeras, porque le pone la vía con solo un pinchazo y unas pocas lágrimas de Eden.

Holden le aparta el pelo rubio de la cara.

—Bien hecho, bichito.

Le coloca el suero y Holden vuelve a comprobarlo todo. Le pide a alguien que le traiga una tableta.

Eden no dice nada y se le vuelven a cerrar los ojos, pero, esta vez, no se me dispara la ansiedad tanto como en el coche.

—Necesito que me expliques qué está pasando —le pido a Holden mientras se dirige a los pies de la cama.

Me señala la puerta y, tras echarle otro vistazo rápido a Eden, lo sigo a regañadientes.

—Lo mejor es que se quede aquí. No hay duda de que tiene los niveles de azúcar muy altos, le estamos dando líquidos para la deshidratación e insulina para estabilizarle el nivel de azúcar en sangre. La van a monitorizar y, cuando sepamos más, hablaremos sobre qué hacer a continuación.

—¿Significa eso que tiene diabetes? —pregunto, destrozada.

—Le haremos más pruebas para confirmarlo, pero desde mi punto de vista médico, creo que sí.

—Ay, Dios —exclamo, y me llevo la mano a la garganta. ¿Podría ir la noche a peor? Estábamos en una cena muy agradable que ha interrumpido una emergencia. Y nuestra hija podría haber muerto porque tiene diabetes y yo ni siquiera lo sabía.

—Pensaba que mojaba la cama por la mudanza. ¿Cómo he podido no darme cuenta? No se me había ocurrido que fuera algo malo. Estaba siempre sedienta y yo le daba agua sin plantearme nada —le explico—. No pensé en comentárselo a nadie. ¡Tendría que haberlo sabido!

—No has hecho nada malo. Yo también lo justifiqué de otro modo, no es culpa tuya.

Sacudo la cabeza y doy un paso atrás.

—Soy su madre, debería haberlo sabido.

—Sophie, para. Yo soy médico y tampoco me he dado cuenta hasta esta noche. Pero lo hemos descubierto y ya estamos aquí. Voy a hacer todo lo posible para ayudarla, ¿vale? Cuidaré de ella. Todo saldrá bien.

Asiento, porque necesitaba muchísimo oír esas palabras. No me parecía que nada fuera a salir bien. No he hecho más que recibir un golpe tras otro y estoy exhausta… Agotadísima.

Antes de que pueda responder, un médico se acerca a nosotros y le ofrece la mano a Holden.

—Doctor James. —Le da un apretón de manos a Holden y luego a mí—. Señora…

—Peterson —concluyo. Esta vez recuerdo el nombre correcto y también le estrecho la mano.

—Señora Peterson, soy el doctor Baxter y me ocuparé de su hija a partir de ahora. Sé que el doctor James ha empezado los chequeos, pero como él ya bien sabe, no puede hacerlo…

Holden resopla y da un paso al frente.

—Jeff, aprecio que te ofrezcas a ayudar, pero no será necesario.

—Holden, te has encargado de la atención urgente, lo cual está permitido, pero ahora debes dar paso a otro médico. Es el protocolo.

Holden aprieta las manos y las relaja.

—Me importa una mierda el protocolo.

—Bueno, pues a mí no, y dado que soy el supervisor interino, así lo haremos. Debido a las circunstancias extenuantes, permitiré que accedas al historial médico de Eden y consultes con el personal, pero no ejercerán ninguna orden tuya.

Holden se aleja y se pasa las manos por el pelo.

—Tienes que estar de coña.

—¿Holden? —pregunto—. No entiendo nada.

Lanza un suspiro profundo y hace un gesto de desánimo.

—Yo… No puedo tratar a Eden.

—¿Qué? ¿Por qué no? Yo quiero que tú seas su médico.

—No puedo, Sophie. No está permitido tratar a la familia directa.

—Oh. —Parpadeo. El doctor Baxter interrumpe la conversación.

—Este protocolo existe porque, cuando un médico trata a un familiar, a veces, toma decisiones precipitadas, perjudiciales para el paciente. Así sí se protege al paciente y al médico. Como he dicho antes, Holden puede consultar, y yo te prometo que cuidaré a tu hija como si fuera mía.

Quiero echarme a llorar. Por lo menos cuando Holden estaba al mando tenía muy claro que su médico no permitiría que le pasara nada malo. No conozco al doctor Baxter y la idea de que un completo desconocido tenga en sus manos la salud de mi hija es aterradora. Se me debe haber escapado algún sonido, porque Holden se acerca a mí y me atrae a sus brazos.

—No pasa nada. El doctor Baxter es excelente y yo estaré aquí todo el tiempo.

Asiento y se me caen las lágrimas.

—Es abrumador, lo sé, pero, Sophie, te prometo que aunque yo no sea su médico, soy su padre y nunca dejaré que le pase nada.

Me aferro a él con más fuerza porque es probable que me desmorone si me suelta.

Capítulo veintidós

Sophie

Intento dormir, pero, entre los pitidos de la máquina de Eden y el ruido constante de pasos, me resulta imposible. Me incorporo, abro los ojos y veo que la silla de Holden está vacía. Ha montado guardia a su lado, hablando con todo el que entra y ofreciendo sugerencias. Miro el móvil y veo que solo son las tres de la mañana.

Eden duerme plácidamente, así que me acerco al umbral de la puerta para ver si Holden está en el pasillo.

Ha sido mi apoyo desde el principio. Después de que él y el doctor Baxter sopesaran los niveles de Eden, me ha llevado a una butaca reclinable, me ha tapado con mantas y me ha pedido que descanse.

No lo encuentro, pero veo a una enfermera detrás del mostrador.

—¿Sabe dónde está el doctor James? —pregunto.

Esboza una sonrisa dulce.

—Ha ido a su despacho a comprobar unos resultados. Ha dicho que lo llamara si lo necesitaba. ¿Quiere que lo haga?

—No, no, puedo ir yo. No quiero dejarla sola, pero…

—¿Por qué no va a verlo? Yo vigilaré a Eden. Estaba a punto de ir a comer algo y a leer, así que no me importa quedarme a su lado.

—Oh, ¿está segura? No quiero molestarla.

—No lo hace. Le prometo que nadie me va a buscar allí dentro. Me llamo Harlow, por cierto.

—Es un placer conocerte, y gracias por vigilarla, lo aprecio mucho.

Estoy a punto de intentar averiguar dónde está el despacho de Holden, cuando añade:

—Señora Peterson, sé que vinisteis a toda prisa, pero… ¿Estarías más cómoda con otra ropa?

Sigo llevando el vestido de anoche, así que me encantaría cambiarme.

—Parece que usamos más o menos la misma talla. Tengo un pijama quirúrgico de repuesto. —Mete la mano debajo del mostrador, coge una bolsa y saca un fardo de ropa color azul claro —. El despacho tiene baño, por si necesitas acicalarte.

Acepto la ropa que me ofrece y le sonrío.

—Gracias.

—No hay de qué.

—¿Puedes decirme dónde está su despacho?

Me da indicaciones, el camino parece sencillo a pesar de que estoy exhausta y conmocionada. Ha sido un suceso muy traumático, más incluso que el día que inicié el viaje a Rose Canyon. Eden es mi mundo entero y ahora me preocupa muchísimo el futuro.

Llego al despacho con su nombre y llamo a la puerta con suavidad.

—¡Adelante! —grita.

Cuando entro, lo veo sentado al escritorio con la cabeza apoyada en el puño y sujetando un folio de papel, sin levantar la mirada.

—¿Me traes los resultados de la última analítica? —pregunta.

—No.

Holden levanta la cabeza y me mira con los ojos enrojecidos. Tiene el pelo alborotado y, al igual que yo, aún lleva la misma ropa de anoche.

Parece exhausto.

—Sophie, te has despertado. ¿Está bien Eden?

Lo tranquilizo de inmediato, entro y cierro la puerta detrás de mí.

—Sigue durmiendo. Una de las enfermeras me ha dicho que iba a quedarse un rato con ella para que pudiera cambiarme.

—Es muy amable por su parte.

—Sí, se lo agradezco mucho. ¿Has dormido algo?

—No. He repasado los resultados de los análisis de sangre y quería ver los del último antes de que los recibiera Jeff. Es un gran médico, pero lo conozco lo suficiente para saber que es capaz de ocultarme cosas por mi propio bien.

—¿Ha mejorado?

El suspiro que lanza me dice que no.

—Estos son de hace seis horas, lo que esperaba, pero no ideales. Lo más importante es que está estable. La seguiremos hidratando y le daremos más potasio, eso ayudará. Hoy le haremos varias pruebas de azúcar, algunas antes de comer, otras después.

—¿Y qué pasará? ¿Podrá tener una vida normal después de esto? ¿Es por algo que hice durante el embarazo?

—No has hecho nada malo. En todo caso, podría ser culpa mía. Mi hermana tenía diabetes del tipo uno y muchas veces es genética. Ni siquiera me lo había planteado. Es… Joder.

Lo observo mientras oleadas de agonía le ensombrecen el rostro.

—No es culpa de ninguno de los dos, Holden.

No tengo muy claro que me crea, pero, al menos, vuelve a mirarme a los ojos.

—A lo mejor no. Pero, Sophie, te prometo que tendrá una vida normal, solo tendremos que vigilar qué come. Puede parecer abrumador al principio, pero, al final, acabará formando parte de nuestra vida cotidiana.

Nuestra.

Incluso después de todo lo que ha pasado, sigue considerándonos un equipo. Quiero acurrucarme en su regazo y dejar que me estreche entre sus brazos. Intento aferrarme a la excusa endeble que le puse, porque no tengo claro mi futuro.

No se lo he dicho a nadie, pero me resulta muy difícil pensar en perder a Holden.

Me aclaro la garganta y le enseño el montón de ropa.

—La enfermera me ha dicho que podía cambiarme aquí.

Eso provoca que baje la vista hacia su ropa.

—Mierda, yo debería hacer lo mismo. Estoy hecho un desastre.

—Han pasado muchas cosas en las últimas veinticuatro horas.

Se le crispa el labio hacia arriba y a mí me da un vuelco el corazón.

—Y que lo digas.

Me pregunto si él también está pensando en nuestro beso. No, no voy a pensar en el beso ni en él ni en nosotros. Holden me señala una puerta.

—Ahí está el baño. Yo también me cambiaré y, después bajaremos con Eden.

—Gracias. —Intento librarme de mis pensamientos y le devuelvo la sonrisa.

—De nada.

Entro en el baño y giro la cerradura pequeña del pomo. Hay una ducha en un cubículo, un váter y un fregadero. Holden ha puesto una cajonera de plástico debajo que contiene productos de higiene personal como un cepillo, desodorante y un peine. Me encantaría lavarme los dientes por lo menos y, por suerte, hay un cepillo sin usar.

Me lavo antes de ponerme el pijama quirúrgico que me ha prestado la enfermera. Cuando salgo del baño, Holden está sentado en el sofá del despacho con la cabeza enterrada en las manos y… sin camiseta. No levanta la cabeza cuando me acerco a él y, entonces, oigo el ronquido.

El pobre está tan agotado que se ha dormido sentado. Le pongo la mano en el hombro con cuidado de no asustarlo y levanta la cabeza.

—¿Qué? ¿Estás bien?

—Sí, perfectamente. Te has quedado dormido. —Me aclaro la garganta y le miro el pecho desnudo—. Mientras te cambiabas.

—Pensaba… —Hace una pausa—. Iba a esperar a que acabaras y darme una ducha fría para despertarme.

—¿Por qué no duermes un poco?

—No puedo. Joder, no puedo, Sophie. No consigo cerrar los ojos sin ver a Eden inerte en mis brazos. Se parece mucho a mi hermana

y verla así… Tengo que solucionarlo. Me aseguraré de que está bien. Perdí a mi hermana por esta enfermedad y no puedo dejar que le pase lo mismo a Eden. Soy médico. Mi trabajo consiste en darme cuenta cuando algo va mal y no lo he visto en mi propia hija. Lo lamento muchísimo, joder.

Me tiembla la barbilla, siento una nueva clase de dolor en el pecho al verlo tan disgustado.

—He pasado mucho miedo. Tendría que haber sabido que algo iba mal.

Me apoya las manos en los hombros.

—Tú no has hecho nada mal.

—Dices que a ti se te ha pasado, pero a mí también. ¿Crees que debería cargar con la culpa?

No aparta la mirada de la mía.

—Pues claro que no.

—Bueno, entonces, ¿cómo iba a culparte yo a ti? Sé que quieres a Eden. Nunca dejarías que nada le hiciera daño… A ella o a mí. Eres nuestro héroe y no quiero ni pensar en qué habría sido de nosotras de no ser por ti. ¿Por qué crees que es culpa tuya? ¿Cuánto hace que Eden forma parte de tu vida? Meses, solamente. Yo la he tenido en la mía tres años y no me he dado cuenta de que sus síntomas significaban más que problemas para adaptarse al caos de nuestras vidas.

Rompo a llorar cuando la culpa me golpea el pecho. Soy consciente de que él es médico y se ha formado para identificar esa clase de problemas, pero yo soy su madre. Yo le di la vida y soy quien mejor la conoce. Durante todo este tiempo he justificado lo que le pasaba y eso podría haberla matado. Nunca habría pensado en traerla al hospital.

Le acaricio el rostro con las manos.

—Sabías lo que era y has salvado a nuestra hija, Holden. Yo la habría llevado a casa y la habría acostado, y ¿qué habría pasado entonces?

Cierra los ojos y siento cómo aprieta la mandíbula bajo mi tacto.

—Podría haber muerto.

—Pero, en lugar de eso, está descansando y recibiendo el tratamiento que tanto necesita.

Apoya la frente en la mía y dejo que el momento me envuelva. Aquí dentro estamos apartados de los horrores del mundo. El día ha sido una montaña rusa y tengo los sentimientos a flor de piel, así que me permito llorar.

Holden me acaricia la mejilla con el pulgar.

—No llores, Sophie.

—Tenía tanto miedo… Sabía que harías todo lo que pudieras, pero tenía muchísimo miedo.

—Siempre haré todo lo que pueda por las dos, te lo prometo.

Las emociones amenazan con desbordarme y siento que cada vez hace más calor en la habitación, pero la promesa de Holden me envuelve y calma un poco la tormenta.

Acerca la cara un poco más y frota la nariz contra la mía. Quiero que me bese otra vez. Quiero que absorba todo lo que me rodea y se lleve el miedo y el dolor.

Así que hago justo lo que sé que me ayudará, lo beso.

Holden me corresponde al instante y me sujeta la cara con las manos antes de mover la boca contra la mía. El beso es exactamente como el que nos dimos en el coche, pero esta vez no voy a detenerlo. Lo necesito. Tengo que desconectar el cerebro aunque sea solo un rato.

—Sophie… —Pronuncia mi nombre en un suspiro y me recorre la mejilla a besos—. Dime que pare.

—No.

Su boca cálida se traslada al otro lado y me sube por un costado del cuello. El calor de su aliento en la oreja me hace tiritar.

—Quiero arrancarte la ropa y besarte cada centímetro del cuerpo. Voy a perder el control. Te deseo, te necesito muchísimo. No puedo decirte que no, pero…

—¿Pero qué? —Me tiembla la voz porque mi necesidad va en aumento.

—No podré ser el hombre que necesitas.

Le aparto la cara para mirarlo a los ojos.

—Te necesito a ti, sea como sea. Por favor, Holden.

—Es tu última oportunidad, Sophie. —Me acaricia la mejilla con la punta de la nariz y su voz hace que un escalofrío me recorra la columna—. No conseguiré contenerme.

No puedo dejar de jadear, me da lo mismo. Lo deseo demasiado para que me importe.

—Por favor.

Capítulo veintitrés

Holden

La súplica hace que olvide todos los motivos que tenía para contenerme. La deseo tanto que duele.

El día de hoy no me ha traído más que oscuridad y Sophie es la luz. Antes de que entrara, estaba hundido en la ira y en el odio hacia mí mismo por lo que había pasado. No detecté ninguna de las señales en Eden. Podría haberla perdido igual que a Kira y habría sido culpa mía. No dejo de pensar en el momento en que entré en la habitación de Kira y la encontré inerte. Por mucho que la sacudiera, no despertaba. Me invadió un miedo que no había sentido nunca y estaba solo. Recordé aquellos pensamientos, los olores, los sonidos de las sirenas, las caras de mis tres mejores amigos, que acudieron corriendo a mi casa al ver las luces… Lo he recordado todo. Todo me perseguía.

Y entonces ha aparecido ella y me ha ofrecido consuelo con solo estar cerca de mí, así que seré muy egoísta y aceptaré todo lo que me ofrezca.

Vuelvo a poner mis labios contra los suyos y gime en mi boca. Me ha apoyado las manos en el pecho y las desliza hasta el cinturón. Noto cómo tira de la hebilla y la abre.

Aprovecho el espacio que hay entre nosotros y le acaricio los pechos, sintiendo su peso perfecto descansando sobre mis manos. Nos separamos apenas lo justo para que le quite la camiseta y la lance a un lado. Entonces le desabrocho el sujetador y la imagen que me espera casi me abruma.

Agacho la cabeza para tomar un pezón entre los labios y se le escapa un gemido de placer que me excita todavía más.

Quiero volver a oír ese sonido, así que le chupo con fuerza la cima endurecida y se la rozo suavemente con los dientes hasta que

arquea la espalda para acercarse más a mí, como si me suplicara por más sin decir nada.

No recuerdo haberme sentido nunca así por nadie. No solo deseo, sino también la necesidad física de poseer.

Solo con ella.

Solo ella hará que todo desaparezca.

—Ha pasado mucho tiempo, Holden. Por favor, no me hagas esperar.

—¿Y qué pasa si quiero esperar? ¿Qué pasa si quiero que supliques? ¿Qué pasa si quiero que me cuentes todas las guarradas que piensas y todas las formas en las que quieres que te haga gritar?

—¿Es lo que quieres?

Le beso el cuello mientras le pellizco el pezón.

—Respóndeme a la pregunta primero.

—Holden —gime y da un paso atrás, pero acaba atrapada contra la pared.

—No tienes escapatoria, cariño.

Le paso la lengua por el pezón y me entierra las manos en el pelo.

—Oh, no pares.

Otra vez las súplicas. No puedo resistirme.

Cuando me aparto de ella, no puedo evitar sonreír con suficiencia.

—Me gusta que supliques.

—Si sigo haciéndolo, ¿me darás lo que quiero?

—Solo si te portas muy bien. ¿Vas a portarte bien, Sophie?

Un rubor le cubre las mejillas y paseo mis manos por su cuerpo, evitando, a propósito, los sitios que le causarían placer.

—Holden, por favor. —No tiene ni idea de lo cerca que estoy de perder el control y follármela contra la pared.

—Por favor ¿qué?

—Bésame. —Se pone de puntillas y presiona su boca contra la mía. La beso profundamente, deslizando mi lengua contra la suya

mientras mis caderas frotan su zona más cálida.

Dios, me muero por estar dentro de ella.

Esta vez no olvidaré.

—Sophie —pronuncio su nombre en un susurro, después la levanto y me rodea la cintura con las piernas. No aparto mi boca de la de ella mientras la llevo hasta el sofá para hacerle todas las guarradas con las que he fantaseado desde hace semanas—. Dime qué quieres. —Palpo su piel sedosa, su pecho perfecto y su vientre, en el que tiene una pequeña protuberancia de cuando llevó a nuestro bebé. Eso solo hace que la desee más.

Su cuerpo es un templo y voy a rezar cuando lo entre.

—Quiero que me toques —me dice en un susurro entrecortado —. Por favor.

—Ya te estoy tocando. —Le planto un beso en la clavícula y escondo la sonrisa que se me escapa al descender un poco más con la mano.

—Sí, sigue.

Levanta un poco las caderas, lo justo para alentarme. Y cedo.

Le meto la mano en los pantalones y noto la humedad en su ropa interior antes de deslizarla a un lado e introducir mis dedos, sintiendo su calor. Soy tan afortunado de que lo desee tanto como yo… Le trazo círculos en el clítoris y muevo los dedos de un lado a otro mientras ella se mece contra mi mano.

—Eso es, preciosa. Muéstrame que lo quieres, enséñame lo mucho que desearías que fuera mi polla.

—Ay, madre —gime—. Te deseo muchísimo.

Quiero volver a oírla suplicar.

—Ah, ¿sí?

Cierra los ojos y aumento la velocidad con la que muevo los dedos.

—Sí.

Le acerco los labios al oído y paso la lengua por la concha de su oreja. Sophie gruñe con suavidad y desciende sus manos por mis

costados hasta llegar a la cinturilla de mis pantalones, y me los baja.

Cuando me rodea el pene con los dedos y lo acaricia, casi me corro.

—Dios, Sophie, me haces sentir muy bien.

—Tú también. Ayúdame a olvidar, Holden. Por favor, olvidémonos de todo, excepto de nosotros.

Sus deseos son órdenes.

Después de bajarle los pantalones quirúrgicos y las bragas, nos acomodo en el sofá. Una parte de mí sopesa lo que hago, pero he llegado demasiado lejos para parar. Le froto el pene contra el clítoris, ardiendo en deseo de introducirme en ella. La deseo demasiado para tomarme el respiro que seguramente necesitaríamos.

Me sujeta el rostro entre las manos.

—No pares.

Es todo el estímulo que necesito.

Saco mis dedos de su sexo y espero a que me mire a los ojos para lamerlos de uno en uno.

—Sabes tan bien, no puedo esperar a hacer que te corras en mi lengua, a memorizar tu sabor. ¿Quieres?

Se le ponen los ojos en blanco.

—Sí, pero ahora mismo no.

—¿No?

—No, ahora mismo quiero otra cosa.

Quiero que me lo diga.

—¿Qué quieres?

—Ya lo sabes. —Se muerde el labio inferior.

Vuelvo a ponerle un dedo en el clítoris y presiono lo suficiente para volverla loca, pero no lo bastante para que se corra.

—Dímelo, cariño. Dime qué te gustaría que te metiera además de los dedos o la lengua.

—La polla.

—Eso pensaba. —Le sonrío. Tenemos la mirada clavada en la del otro y, aunque lo único que deseo ahora mismo es follármela hasta perder el sentido, quiero prometerle cómo será la próxima vez—. Cuando volvamos a hacerlo, lo haremos bien. Me tomaré mi tiempo y te lameré, chuparé y besaré cada centímetro de tu cuerpo y tú me dejarás hacerlo.

Entonces me introduzco en ella y dejo que me envuelva su calidez.

El grito ahogado de Sophie me desgarra el pecho y aprieto la mandíbula mientras trato de encontrar un ápice de autocontrol. Se me había olvidado que para ella han pasado muchos años y me he introducido hasta el fondo.

—¿Estás bien?

—Sí, por Dios, sí.

Sonrío con suficiencia y, a continuación, salgo de ella casi por completo antes de volverme a introducir lentamente mientras intento no perderme en lo perfecta que se siente envolviéndome. Voy despacio para permitirle que se ajuste a mi tamaño, pero hacerlo requiere todo el control que me queda.

—Estás muy estrecha. Me gusta.

—Holden, muévete.

Y eso hago. La empello a un ritmo constante, empapándome de cada gemido de placer que se le escapa de entre los labios. Me pierdo en ella. Me pierdo en el momento, y ya no tengo la mente llena de tristeza, solo de Sophie. El sonido del roce de la piel contra piel invade la habitación, Sophie me acaricia la espalda con las yemas de los dedos a la vez que arquea el cuerpo contra el mío. Cuando grita, presiono los labios contra los suyos para amortiguar el sonido.

Está cerca. Siento que se estrecha todavía más a mi alrededor.

—Ya está, Sophie, déjate llevar. Entrégate, cariño. —Deslizo la mano entre nuestros cuerpos y muevo las caderas para cambiar el ángulo y poder acariciarle el clítoris—. Yo te atraparé cuando caigas —le prometo.

No sé si alguna vez he visto algo tan precioso como ella ahora mismo. Sophie desnuda, con los ojos cerrados, mordiéndose el labio inferior y sus pechos moviéndose mientras la penetro es una imagen que desearía poder capturar y observar siempre que quiera.

La sujeto por las caderas y vuelvo a ajustar el ángulo para introducirme todavía más en ella. Jadea y me sujeta las muñecas con los dedos.

—Oh, Dios. Oh… Holden —susurra, y después se desmorona.

Cuando la golpea la oleada de placer, clava su mirada en la mía. Estoy muy cerca de seguirle los pasos, pero quiero exprimir cada segundo de su orgasmo.

Se desploma y sé que no voy a ser capaz de contenerme más tiempo.

—Sophie —exclamo. Me aparto de ella segundos antes de acabar y termino sobre su vientre.

El corazón me late a mil por hora y lucho por recuperar la respiración. La abrazo porque no sé si, cuando pase el momento, tendré la oportunidad de volver a estar tan cerca de ella.

La distancia que quiere que haya entre nosotros ha desaparecido ahora mismo, así que voy a saborearlo.

Sophie me besa el cuello y me traza pequeños patrones en el cuero cabelludo con los dedos. Tras deleitarme durante un segundo, levanto la mirada hacia ella.

—¿Estás bien?

Asiente.

—De maravilla. ¿Tienes algo con lo que pueda limpiarme?

Joder.

—No… Ni siquiera se me ha ocurrido coger un condón cuando hemos empezado.

—Lo sé —responde—. A mí tampoco, hasta que estabas a punto de acabar. Por lo menos te has acordado de apartarte. Algo es algo.

—Al parecer seguimos un patrón: follar primero y pensar después.

Me dirijo al baño y cojo una toalla para que pueda limpiarse mientras yo hago lo mismo. A pesar de que tenemos mucho que decirnos, mucho que averiguar, nos vestimos en silencio. No es un buen momento, dado que ninguno de los dos está en sus cabales y estamos agotados, pero tampoco creo que dejarlo pasar sea lo mejor.

Salgo del baño y me la encuentro apoyada en el brazo del sofá. Levanta la mirada cuando me paro delante de ella.

—Bueno…

—Pues ya estaría. —Sonríe un poco.

—¿Qué?

—Es algo que solía decir mi abuela. Si decías bueno, siempre respondía «pues ya estaría».

—Muy ingeniosa.

—Lo era. La adoraba.

—¿Y a mí, me adoras? —le pregunto.

—Sí.

—Me alegra oírlo.

Sophie sacude la cabeza.

—También lo que acaba de pasar. Hace unas horas tenía un millón de motivos para no besarte, pero se han desvanecido en cuanto te he visto aquí. Solo podía pensar en esto, en nosotros, quiero ser sincera y aceptar mis miedos.

—Vamos a intentar procesarlo todo, pero solo quiero que sepas que tus motivos no cambian lo que siento por ti y lo que creo que, en el fondo, sientes tú por mí. Me gustas mucho, Sophie, y quiero formar parte de tu vida, no solo como el padre de Eden. Tú puedes marcar el ritmo y decidir cómo de rápido o despacio nos lo tomamos, pero estaré aquí y esperaré si es lo que quieres.

Lo único que puedo hacer es poner las cartas sobre la mesa y esperar que baste con eso.

Capítulo veinticuatro

Sophie

Vuelvo con Eden y sigue dormida. Harlow está sentada en una silla junto a la cama.

—¿Se ha despertado en algún momento?

Harlow baja el libro electrónico.

—Para nada. ¿Te sientes mejor ahora que te has quitado la ropa?

Siento que me sube el rubor a las mejillas, pero después me doy cuenta de que se refiere al pijama quirúrgico.

—Sí, sí, gracias. Has sido muy amable al ofrecérmela.

—Nada que agradecer. Si quieres que me quede más rato puedo hacerlo, no me molesta. —Harlow echa una mirada casi nostálgica al dispositivo.

—¿Estás en una parte interesante de la novela? —le pregunto.

—Estoy en una de esas partes en las que no sé si quiero darle un abrazo o una bofetada a la autora —admite Harlow.

—¿Qué lees?

—Romántica. Es el mejor género.

—Estoy de acuerdo. Echo de menos leer. Cuando Eden nació no tenía tiempo y acababa quedándome dormida con el libro en las manos tras leer solo una página.

Siempre me había encantado escaparme a otro mundo repleto de posibilidades y esperanzas. Donde el amor fuera lo bastante poderoso para sanar las heridas de una persona. Necesitaba con todas mis fuerzas que existiera un alma perfecta que me ayudara a convertirme en la mejor versión de mí misma.

—Dejé de leer hace unos años, pero cuando mi prometido me engañó, encontré una historia tan similar a la mía que pensé… «A lo mejor puedo verme reflejada en ella y encontrar mi camino».

Necesitaba que alguien, aunque fuera alguien ficticio, entendiera lo que se sentía. Luego me leí todos los libros de esa autora, lo cual me llevó a leer los libros de una amiga de la autora y… aquí estoy, con más de quinientos libros en el dispositivo y sin un final a la vista.

Me río con suavidad.

—No puedo interponerme en el placer de un ratón de biblioteca, así que creo que aceptaré la oferta y tal vez vaya a tomar un poco el aire.

Me sonríe.

—Y yo me quedaré aquí… Por Eden.

—Te lo agradezco.

Cuando salgo de la habitación de Eden veo que Holden, que se ha puesto otro pijama quirúrgico, está en el mostrador de enfermería. Tiene los anchos hombros inclinados hacia atrás mientras habla con el doctor Baxter. Me escabullo y recorro el pasillo en silencio con la esperanza de que ninguno de los dos se fije en mí, ya que parezco del personal.

Seré una cobarde, pero no estoy lista para hacerle frente.

Le he suplicado. Literalmente.

Puede que no vuelva a mirarlo a los ojos nunca más. Me avergüenza cómo me he comportado.

El aire frío me golpea la cara cuando se abren las puertas automáticas. Inhalo por la nariz, dejo que se me expandan los pulmones y, cuando exhalo, hago todo lo posible por expulsar también el estrés.

No funciona, evidentemente, pero valía la pena intentarlo.

Hay un banco a la izquierda, en un jardín que, seguramente, es precioso en primavera, y una ambulancia debajo del techo saliente, pero ni un alma en todo el exterior.

Tengo demasiadas cosas en la cabeza, preguntas sobre lo que vendrá a continuación. Una vez más, nuestras vidas han cambiado irreversiblemente. Eden necesitará supervisión, tendremos que

cambiarle la dieta por la diabetes y, además, he tenido relaciones sexuales sin protección con su padre… otra vez.

—¿Qué narices me pasa? —exclamo en voz alta—. De todos los errores que podría haber cometido… —Gruño—. Como si no supiera lo que podría pasar y no hubiera recogido ya los frutos de esa misma imprudencia. Qué estúpida eres, Sophie. Soy ridícula. Estoy como una cabra.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta una voz grave de hombre a mi izquierda. Doy un respingo y me llevo la mano al pecho, como si pudiera sujetarme el corazón para que no se me saliera del cuerpo—. Siento haberte asustado. Te he oído hablar y quería asegurarme de que estabas bien. —Se acerca a mí con las manos en alto.

El joven se aproxima a la luz y veo el uniforme.

—Sí, lo siento. Solo me estaba dando un sermón a mí misma.

Lleva la camiseta y los pantalones azules de paramédico, el pelo oscuro peinado hacia un lado y una barba incipiente le cubre la mandíbula. Es un hombre muy atractivo, no tanto como Holden, pero, aun así, no es feo en lo absoluto.

—Yo lo hago muy a menudo. Me llamo Stephen.

Estrecho la mano que me ofrece.

—Sophie.

—¿Te importa que me siente?

—Para nada. —Me envuelvo todavía más en el abrigo para protegerme del aire helado del invierno. Me obsequia una sonrisa.

—¿Eres nueva aquí? Conozco a la mayoría de las enfermeras y no te había visto antes.

Me pasma la confusión hasta que recuerdo la ropa que llevo puesta.

—Oh, no soy enfermera. Mi hija es una paciente. Solo… he venido a que me dé un poco el aire.

Y a esconderme de Holden.

—Siento mucho lo de tu hija, ¿cuántos años tiene?

—Tres.

—¿Está bien?

Me encojo ligeramente de hombros.

—Ahora sí, pero va a ser una recuperación muy larga. Al parecer, tiene diabetes. La trajimos anoche.

—Lo bueno es que lo detectasteis a tiempo y podrán tratarla.

—Sí, es una suerte.

—¿Cuánto llevas por la zona? —pregunta Stephen.

No lo conozco, así que decido contarle medias verdades.

—Unas semanas. Hemos venido a visitar a un amigo de Rose Canyon.

Stephen se ríe.

—Yo también vivo allí. De hecho, mi padre es el alcalde.

Así que este es el hombre que tantísimo le preocupaba a Blakely.

—Lo conocí no hace mucho. Es encantador.

—Sí, es especial. No deberías estar aquí fuera, sola en el frío y en mitad de la noche.

Pestañeo.

—Ah, ¿no? ¿Por qué no?

—No es seguro. Ha habido varios casos de delincuencia últimamente.

Ya. Lo sé muy bien. Justo anoche uno de esos casos me golpeó de lleno en la cara.

—Tienes razón. He venido hasta aquí sin pensar. Solo necesitaba respirar un poco.

Stephen vuelve a reírse.

—Solo bromeaba. Aquí estás a salvo. Siempre hay alguien rondando y, en realidad, mucha gente viene a sentarse a este banco a todas horas. Es tranquilo e invita a la reflexión.

Emito un suspiro largo.

—No estaba segura de si lo decías en serio. Ha sido un día muy largo y no estoy en mis cabales.

—Imagino que es muy difícil cuando se trata de un niño. Oye, el equipo del hospital es maravilloso y yo soy paramédico, así que, si alguna vez necesitas ayuda con tu hija, házmelo saber. La diabetes

es manejable con las herramientas adecuadas y la asistencia necesaria.

Es muy amable por su parte, y estoy a punto de decírselo cuando alguien me pone la mano en el hombro.

—Aquí estás, Sophie, te estaba buscando.

Pestañeo, porque Zach Barrett está justo detrás de mí. Su constitución alta tapa la luna y me sume en las sombras.

—¿Ah, sí? —le sigo el juego.

Rodea el banco y se interpone entre Stephen y yo.

—Soy Zach, ¿y tú?

—Stephen. Soy paramédico y solo comprobaba que Sophie estuviera bien.

Zach asiente.

—Gracias. No sabía adónde había ido.

Hay un deje firme y protector en su voz grave y se me acelera el corazón. No he visto a Zach desde que me dejó en la calle a unos metros de Acude a Mí y Jackson mencionó que había vuelto a casa, así que no sé muy bien qué hace otra vez en el pueblo. De todos modos, no se habría dejado ver si no creyera que estoy en peligro.

—¿Conoces a este hombre? —me pregunta Stephen, que se cambia de postura para mirarme a los ojos.

—Sí —respondo, me pongo en pie y entrelazo el brazo con el de Zach. No sé muy bien quién se supone que debo decirle que es, pero, en cualquier caso, es un gesto amigable—. Es un gran amigo.

Zach se yergue todavía más. No va a darle ni una oportunidad a Stephen.

—Como he dicho antes, agradezco que la hayas mantenido a salvo.

¿Qué narices está pasando? ¿De verdad es Stephen una amenaza? Seguramente no. Ha sido amable y es paramédico, por el amor de Dios.

—No ha sido nada. Ve con cuidado, Sophie.

Observo a Stephen en silencio mientras camina hacia la ambulancia. Levanta una mano cuando se ha sentado dentro de ella

y yo le devuelvo el gesto. En cuanto el vehículo desaparece de mi vista, bajo la mano y doy un paso atrás.

—¿Qué pasa? ¿Qué haces tú aquí en lugar de Miles? ¿Cuándo has vuelto?

—Llegué hace solo dos días, hemos tenido que retirar a mi reemplazo y quería ver si tú y Eden estabais bien.

—Está enferma —le explico.

—Lo sé, pero os tiene a ti y a Holden para cuidar de ella.

Ni Holden ni yo somos capaces de tomar decisiones maduras ahora mismo.

—¿Por qué has interrumpido la conversación? —protesto, porque no quiero hablar de Holden. Zach se pasa una mano por la barba.

—¿Qué te ha dicho?

—Nada… ¿Por qué?

—Solo por curiosidad. Hay algunas cosas de su pasado que no me gustan.

—Zach, ¿qué pasa? ¿Es Stephen peligroso? ¿Por eso has intervenido? —pregunto, presa del pánico. Me coge de la mano y me invita a sentarme en el banco con él.

—Siéntate y te lo explicaré.

Me habla de las sospechas de Blakely y de que hay cosas de Stephen y de su versión de los hechos que no encajan. Ella cree que Stephen estaba involucrado de algún modo en las muertes de las desaparecidas. Zach investigó la coartada de Stephen y encontró dos fechas que no encajaban.

—Bueno, pues no ha dicho nada raro.

—Se ha ofrecido a ir a tu casa y ayudarte con Eden. He intervenido en cuanto lo he oído. No tenemos ni idea de si está relacionado con esas muertes, pero la persona a la que arrestaron es el mejor amigo de Stephen, así que no estoy dispuesto a arriesgarme.

No quiero defender a Stephen porque en realidad no lo conozco de nada, pero podría decirse lo mismo de mí.

—Y yo me casé con un hombre que estaba claramente involucrado en cosas en las que no debería haberse metido. Yo no sabía nada de las inversiones de Theo o de su trabajo, así que es un poco injusto asumir que Stephen estaba involucrado en lo que hacía su amigo solo porque fueran cercanos.

—Lo sé, es un asco, pero mi trabajo es protegerte.

—Y te lo agradezco, pero ¿no se me permite hablar con nadie? ¿En quién debo confiar? Es evidente que Holden y sus amigos son de fiar, pero ¿debería recelar de otras personas? —le pregunto, porque necesito estar enterada.

—Tú solo ten cuidado con Stephen, eso es todo.

—Ten cuidado —repito con exasperación—. Siempre he tenido cuidado con todo y mira dónde he acabado. En Estados Unidos, sin dinero, sin familia, con una hija enferma y un hombre que me besa y con el que después me acuesto en el sofá de su despacho como una idiota. Siempre he vivido con cuidado de no enfadar a mi madre o a mi padre y de no alterar a Theo y provocarle un fallo cardíaco. No puedo… Hostia puta, acabo de decir… —Acabo de decir que me he acostado con Holden en el sofá.

Madre mía, Sophie, ¿es que no puedes guardarte nada para ti?

Zach sonríe.

—Así que por eso has estado un rato en la otra ala del hospital…

—No te atrevas a juzgarme —le advierto.

Zach y yo pasamos casi un día entero en el coche mientras viajábamos de Idaho a Rose Canyon. No estaba en mi sano juicio y no podía estar más exhausta. Charlé como una cotorra durante horas hasta quedar agotada y dormirme, y, seguramente, ese momento fue la mejor parte de su viaje: mi silencio.

—No juzgo, no tengo derecho a hacerlo. Llevo a cuestas un matrimonio fallido, un hijo del que no sabía nada hasta que ya era adulto y una novia que también resulta ser la exnovia de dicho hijo.

Parpadeo al oír eso último.

—¿Que tienes qué?

—Soy un hombre complicado. Holden y yo tenemos unas cuantas cosas en común. No me extraña que me caiga bien.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Qué estoy haciendo, Zach?

—Pues lidiar con lo que te ha tocado. Tú no has pedido que tu vida sea así, pero así es están las cosas. Holden se preocupa por ti y por Eden. Te garantizo que para él tampoco es fácil todo esto, pero es lo que hay, ¿no? Créeme, yo tampoco he tenido una vida fácil, pero soy feliz. Estoy muy feliz con Millie. Nunca creí que diría esto, pero ser feliz es una elección. Sé que es una mierda, pero es cierto. Puedes seguir sintiendo compadeciéndote de ti misma, o puedes vivir y pensar que el hecho de que Theo te enviara aquí y tomara todas estas medidas para garantizar tu seguridad significan que quería que decidieras correctamente.

Sus palabras arremeten contra mi pecho y hacen que me quede sin aire. He querido ser feliz toda mi vida. Siempre he pensado que era posible ser feliz, pero no sabía cómo conseguirlo. ¿Y si tiene razón? ¿Y si soy yo la que ha elegido ser infeliz?

Me vuelvo a darle las gracias a Zach por los consejos, pero ha desaparecido, como si nunca hubiera estado allí.

Me pongo en pie y, cuando vuelvo a entrar en el hospital, he decidido dejar de huir de la posibilidad de ser feliz.

* * *

Naturalmente, el plan no sale como había previsto. Holden no está en la habitación de Eden porque ha ido a ver a otro paciente, así que me quedo sentada, sola y dándole vueltas al tema.

Antes de que pueda abstraerme demasiado en mis pensamientos, una enfermera entra en la habitación con un carrito.

—Buenos días. Necesito sacar sangre a Eden y volver a comprobar los niveles de azúcar. Lo haremos dos veces más hoy.

—Por supuesto.

Se acerca a ella, le pincha el dedo y Eden ni se inmuta.

—¿Es normal que siga durmiendo así? Casi no se ha despertado.

—Ha tenido un día duro y su cuerpo se esfuerza por recuperarse. El doctor Baxter y el doctor James vigilan a su pequeña muy de cerca. Si sigue dormida, lo mejor es que la deje descansar.

—Gracias.

—Los niveles están bien. Lo pondré en su historial y le comentaré su preocupación a los médicos. El doctor Baxter debería pasar dentro de poco para informarla de las novedades.

Se marcha y vuelvo a mirar al exterior. El sol ha empezado a asomar por la cordillera del este. Es un paisaje precioso, con las playas al oeste, como si dos mundos ajenos cohabitaran en armonía.

Si alguien me hubiera dicho que iba a estar aquí, me habría reído.

Y, sin embargo, aquí estoy, y, por muy horrible que pensara que sería dejar Inglaterra, no lo ha sido.

He hecho amigos, he encontrado a un hombre maravilloso que además resulta ser el padre de mi hija, y todos los caminos delante de mí tiene como destino la felicidad.

Lanzo un suspiro profundo y oigo una voz suave a mis espaldas.

—Daría todo el dinero del mundo por saber qué piensas.

Holden.

Sacudo la cabeza.

—No lo valen, te lo aseguro.

—¿Crees que no querría comprarlos?

—No. Creo que por lo menos te interesaría el último.

—Es un comienzo.

Sonrío a pesar de que no puede verme.

—Pensaba en la vida y en posibilidades. En que tomamos decisiones, buenas o malas, y debemos afrontar las consecuencias.

Se acerca a mí hasta apoyarme el pecho en la espalda.

—No tenemos que afrontar lo que ha pasado esta mañana ahora mismo.

A lo mejor no, pero tampoco puedo fingir que no ha pasado. Me vuelvo hacia él y mi mirada encuentra la suya de inmediato.

—No todas las consecuencias son malas, ¿verdad? Algo bueno tiene que salir de lo que hacemos.

Desvía la mirada hacia Eden.

—Solo tienes que ver a nuestra hija para saber que de lo que consideramos un error puede surgir algo bueno.

—Y gracias a las cagadas de Theo te hemos encontrado y ahora tendrá a su padre.

Holden vuelve a mirarme.

—¿Puedo tener algo más, Sophie? ¿Puedo tenerte a ti?

Me gustaría decirle que sí. De repente, todo lo que he hablado sobre la vida y la felicidad no me parece tan posible. Sin embargo, no quiero vivir asustada y temerosa. No quiero tener miedo. Si estoy en peligro, si alguien pretende matarme de verdad, ¿es así como quiero acabar?

Sola.

Con miedo a las cosas buenas que podría tener.

No, no quiero eso. Quiero vivir y que me quieran. Que me quieran de verdad. Quiero un hombre que llegue a casa, me bese y me diga que soy su mundo entero. Nunca lo he tenido y me lo merezco.

—Iremos poco a poco —le explico—. No porque no quiera algo más contigo, sino porque no sé qué conlleva ese algo más. También tenemos que pensar en Eden.

Me apoya la mano en la mejilla.

—Puedo ir poco a poco.

Entonces posa sus labios sobre los míos y se me olvidan todos los miedos.

Capítulo veinticinco

Sophie

—Tienes que llevar este aparatito en la cadera, le transmite a la máquina que llevas en el brazo cuándo necesitas el medicamento —explica Holden mientras Eden se mira el parche transparente de la bomba de insulina del brazo.

—¿Todavía me tengo que pinchar?

Él le sonríe.

—Ya no tanto.

Han sido cinco días muy largos, repletos de pruebas, explicaciones y posibilidades y me está costando adaptarme a todo. Hemos tenido un montón de visitas. Mamá James ha venido casi todos los días a estar con nosotros y que tuviéramos tiempo para ducharnos. Brielle y Spencer vinieron ayer y le trajeron a Eden un ramo de globos y un montón de juguetes. Emmett y Blake también nos han visitado a diario, aunque han pasado la mayor parte del tiempo poniendo a Holden al día de lo que pasa con las chicas a las que ayudaron. Yo no tenía energías para centrarme en eso, pero parece que barajan varias ideas sobre el origen de las chicas y las están ayudando.

Ayer el alcalde fue tan amable de venir a visitarnos.

Holden ha sido muy paciente y lo ha repasado todo conmigo varias veces. El tipo de diabetes que tiene Eden se controla mejor con una bomba de insulina automática. Debemos verificar los niveles de medicación cada tres días y cambiarla si es necesario. Podemos comprobar sus niveles de azúcar a través del móvil durante el día. Si bajan, tenemos que darle azúcar y, si suben, la bomba le inyectará insulina.

—No me gustan las agujas —responde, y le tiembla el labio inferior.

—Por eso hacemos esto, pero tú vas a ser buena y a ayudarnos a nosotros también, ¿vale? Tienes que decirnos cuando no te encuentres bien y comer lo que diga mamá —le explico. Tiene que cambiar parte de su dieta, pero Holden me ha asegurado que todos tomaremos las medidas apropiadas. Aunque seguramente es el cambio más abrumador, no será el único. Nunca habría imaginado los factores a tener en cuenta para regular el nivel de azúcar en sangre de una persona.

—Vale, mami.

—Esa es mi niña.

La enfermera entra en la habitación con el papeleo.

—Solo necesito que firmes esto y ya podréis iros. —Garabateo mi firma y sonríe—. Todo listo. Si tiene alguna pregunta, no dude en llamar al doctor Baxter.

Holden tose.

—O a mí.

—Sí, o a ti. —La enfermera sonríe—. Tendréis una visita de seguimiento en unos días para echarle un vistazo a la máquina, pero, aparte de eso, espero que paséis buena tarde. Adiós, Eden.

Eden se despide con la mano.

—¡Adiós!

Cuando se ha ido, Holden se pone en pie y coge a Eden de las manos.

—¿Lista para volver a casa, bichito?

—¡Sí! Quiero mis muñecas y los libros de pintar, y ¡quiero achuchar a Pickles!

Me río al ver que Holden endurece la expresión.

—Mamá James ha dicho que podemos pasar mañana.

—Quiero ir ahora —dice con los ojos muy abiertos. Holden deja caer los hombros.

—De acuerdo, podemos pasar hoy.

Lo miro con una sonrisa de satisfacción en los labios.

—Has cedido sorprendentemente rápido.

—¿Has visto esos ojos?

—Sí, y vas a tener que empezar a resistirte a ellos —le advierto.

Lo último que necesitamos es que Eden se salga siempre con la suya.

—Me cuesta mucho resistirme a cualquiera de las dos.

Me da un vuelco el estómago al oír sus palabras. Desde la noche en su despacho, Holden no ha vuelto a intentar nada conmigo. Nos hemos dado unos cuantos besos, pero eso es todo. No sé si me alegra o me entristece. Está tomando las cosas con calma, como le pedí, pero no me importaría ir un poco más rápido.

—Creo que se te da muy bien resistirte —me meto con él, con la esperanza de que muerda el anzuelo.

—¿Quieres que tenga menos fuerza de voluntad?

Me encojo de hombros.

—A lo mejor un poquito menos.

—Mami, ¿qué es la fuerza de voluntad? —pregunta Eden, y los dos nos reímos.

—Nada, cariño.

Holden la coge en brazos y salimos al pasillo. Estamos a medio camino del ascensor cuando oigo que alguien me llama.

—¡Sophie! —Me vuelvo y veo que Stephen viene hacia nosotros.

—¿De qué conoces a Stephen? —me pregunta Holden con recelo.

—Lo conocí la primera noche que estuvimos en el hospital, cuando salí a tomar el aire.

Antes de poder explicarle más, se nos planta delante.

—Stephen —saluda Holden mientras pasa a Eden al otro lado del cuerpo.

—Holden, me alegro de verte.

Holden no responde y siento que el ambiente se carga de tensión.

—Me alegro de verte, Stephen. ¿Has venido por un paciente?

Asiente.

—Sí, por Alta Day. Ha tenido un accidente haciendo punto, ni siquiera pensaba que fuera posible.

—¿Está bien? —pregunta Holden, y después se vuelve hacia mí —: Es muy amiga de Mamá James.

—¡Oh, no!

—Está bien —interviene Stephen—. Me ha regañado durante todo el trayecto porque llevo el pelo por debajo de las orejas. Después ha pasado a hablarme de mi coche y del ruido que hace cuando voy por la carretera y de que debería buscar la forma de que suene más atractivo al oído, aunque no sé qué quiere decir con eso. Se ha hecho un buen corte en la mano, pero no creo que necesite puntos.

Holden ríe.

—Luego iré a ver cómo está.

—¿Qué tal está tu hija? —me pregunta Stephen, y desvía la mirada hacia Eden.

—Mejor, gracias —respondo—. Ya nos vamos a casa.

Stephen mira a Holden.

—Oh, ¿eres…?

—Sí. —El tono de Holden no da pie a más comentarios.

—Bien, me alegro de que vaya a estar cuidada veinticuatro horas al día.

Holden suelta un resoplido corto.

—Sí, lo estará. Cuido mucho a los que me importan.

—Yo también.

Oh, esto se está poniendo feo muy rápidamente.

—Stephen, supongo que lo entenderás, pero tenemos que llevar a Eden a casa.

—Por supuesto, me alegra que estéis bien. Seguro que nos vemos por aquí, Sophie.

Se despide con la mano y recorre el pasillo de vuelta. Pienso en lo que me dijo Zach, en que Stephen era uno de los principales sospechosos. Parece una persona amable, pero no puedo fiarme de las apariencias. Me giro hacia Holden, que vuelve a cambiarse a Eden de lado.

—¿Es un amigo, mami?

Sonrío, sin saber muy bien que decir.

—No todo el mundo es nuestro amigo, cielo, pero siempre tenemos que ser amables con la gente, ¿verdad?

Asiente.

—Holden es nuestro amigo.

—Sí.

—¿Y Emmett?

—Sí —asiento—. Y Spencer también.

—Me gusta Emmett —dice inocentemente.

Holden sonríe.

—¿Y eso?

—Me dio helado.

—Es un motivo de peso, pero recuerda que solo podemos comer helado en ocasiones especiales.

—¿Es ahora especial? —pregunta Eden.

—No.

—Mira, has aprendido a decirle que no. —Me echo a reír y él me guiña el ojo.

—Ahora es especial, Holden. —Eden le empuja la mejilla para que la mire a los ojos.

—¿Por qué?

—Porque no he comido helado en el hospital.

Quiero ver qué respuesta le da a esa lógica.

—Eso está muy bien, pero tenemos que ser muy estrictos durante las dos próximas semanas para asegurarnos de que la medicación funcione como es debido.

Eden lanza un suspiro dramático.

—¿Puedo comer dos tartas?

Holden se ríe y, a continuación, la hace girar en brazos. Eden se ríe a carcajada limpia mientras los dos giran sin parar.

Sacudo la cabeza con una sonrisa de oreja a oreja mientras nos dirigimos al coche.

* * *

—Mami, ¿tú también vas a tener una máquina en el brazo? —me pregunta Eden mientras la acuesto.

—No, tú eres especial.

Eden sonríe y empieza a apartar las sábanas.

—¿Y el patito?

Aparto la almohada y reviso debajo de las sábanas, pero no lo veo.

—¿Lo llevamos a casa de Mamá James? —le pregunto. Eden sacude la cabeza.

—Patito se queda en la cama. Le gustan las mantas.

Ese pato ha dormido con ella desde que nació.

—Ya me acuerdo.

Me levanto y busco debajo de la cama, pero tampoco lo encuentro allí, así que recorro la habitación para ver si lo ha tirado por el suelo o… quién sabe. Eden siempre acuesta al patito sobre la almohada y lo tapa con la manta.

—¿Lo has encontrado?

—Todavía no.

No está en el suelo ni en el cesto de la ropa sucia, así que rebusco en los cajones y, cuando abro el último, lo encuentro arriba del todo.

—Eden, ¿guardaste al patito en el cajón? —le pregunto con una sonrisa.

—No.

—Bueno, pues ha llegado hasta aquí de alguna manera.

Eden estira las manos para que le dé su querido peluche.

—Te has escapado, patito tontito.

—Tienes que intentar no guardarlo en el cajón la próxima vez.

Los ojos grandes de Eden se clavan en los míos.

—No. Estaba en la cama. Le di un beso antes de irme.

Suspiro y sonrío.

—Vale, vamos a acostarte.

Se acurruca más bajo las sábanas.

—Echo de menos a papi, pero me gusta Holden.

Me da un vuelco el corazón porque es la oportunidad de decirle algo, pero no sé muy bien qué. Es demasiado pequeña para entender qué es un padre biológico y qué significa todo eso. Holden y yo hemos decidido no darle tanta importancia y dejar que todo pase de forma natural.

—A mí también me gusta Holden —admito.

—Y a Holden le gustáis las dos —interviene él desde el umbral de la puerta.

—¿Me cuentas un cuento? —le pregunta Eden.

Entra en la habitación y se acomoda al otro lado de la niña.

—Podría, pero no sé si te hará mucha gracia, es sobre un gato loco.

A Eden se le escapa una risita.

—¡Me gustan los gatos!

—Sí, vamos a tener que solucionar ese problema. Emmett va a traer a su cachorra, a ver si podemos curarte.

—Si no recuerdo mal —intervengo—, Blakely me dijo que Sunday está muy loca.

—Sí, la gente de este pueblo necesita mucha ayuda con sus animales domésticos, pero eso es un tema para otro día. ¿Quieres oír la historia del gato loco? —pregunta Holden.

Eden asiente con entusiasmo.

—Había una vez una gata que se llamaba Chofi. Era la gata más bonita del mundo. Chofi no le dijo nunca a nadie cómo se llamaba. —Abre mucho los ojos—. Era una gata misteriosa de ojos misteriosos. Si alguien le preguntaba cómo se llamaba, no decía nada.

—¿Por qué no?

Holden me mira.

—¿Por qué crees que lo hacía, Sophie?

Pongo los ojos en blanco.

—A lo mejor a Chofi le daba miedo que la gente le hiciera demasiadas preguntas si contestaba.

Holden se encoge de hombros y continúa con la historia.

—Tiene sentido. Un día, Chofi conoció a otro gato, era muy guapo, de pelaje suave y ojos deslumbrantes. Todo un partido, y Chofi pensó que…

—Se llamaba Colon —intervengo.

—¿Colon? —repite Holden con un tono descontento.

—Sí, es donde se acumula la caca, y esta historia tiene mucha.

—¿Mucha qué? —pregunta Eden.

—Caca —contesto.

La sonrisa de Holden hace que se me acelere el corazón.

—Vale, Chofi y Colon, la mejor historia de amor jamás contada. En fin, Colon bebió demasiada… Leche. No se encontraba muy bien aquella noche. Había salido con todos los otros gatos guais cuando se encontró con Chofi. Ella quiso ser su mejor amiga al instante.

Eden ladea la cabeza.

—¿Por qué?

—Porque era supersimpático.

—O a lo mejor porque Chofi tampoco se sentía muy bien por toda la leche que había bebido. No se comportaba como normalmente —añado.

—Es mi historia, Sophie. Deja de entrometerte.

Levanto las manos en un gesto de rendición.

—Lo siento mucho, no quería interrumpir. Pero me gustaría destacar que hay inexactitudes y errores en la línea temporal.

—Es ficción. —Se vuelve hacia Eden—. Bueno, Chofi y Colon se gustaban mucho. Ella era preciosa y otro gato estaba siendo malo con ella, así que Colon la salvó.

Eden toma aire.

—¡Como un príncipe!

—Pues sí, de hecho, era un príncipe.

—El príncipe del Reino Caca —comento en voz baja.

—Oye, el Reino Caca es un pueblo muy bonito lleno de gente maravillosa, a la que le encanta tener a Colon como líder —me regaña en broma.

Es una historia absurda y, aun así, me parece preciosa. Que estemos aquí los tres, acurrucados, contándonos cuentos tontos después de haber pasado cinco días devastadores es lo correcto, es tan perfecto, aunque la historia trate de dos idiotas borrachos que no tenían ni idea de lo que hacían entonces… O ahora.

—Eso es muy bobo, Holden.

Le da unos toquecitos en la nariz.

—Sí, pero todavía no he llegado a la mejor parte. Después de que Colon salvara a Chofi de un gato muy malvado, fueron muy felices. Ella se mudó al Reino Caca y se convirtió en la princesa de la caca.

—Vale, ya es suficiente —comento entre risas—. Tienes que dormir un poco.

Eden abre los brazos, así que me inclino hacia ella y dejo que me abrace. Entonces hace lo mismo con Holden.

—Buenas noches, bichito —dice, y le da un beso en la mejilla.

—Buenas noches.

Le doy un beso en la otra mejilla.

—Buenas noches, mi niña preciosa.

—Buenas noches, mami.

Antes de salir, apagamos las luces y cerramos la puerta con suavidad. En el pasillo, solos, la energía del ambiente cambia. Está cargada de expectativa. No hemos estado solos desde que nos acostamos en su despacho.

No tengo claro si va a besarme, si quiero que lo haga, o si seré capaz de contenerme para no ir tras él.

Holden suelta un suspiro cargado y extiende la mano.

—Ven conmigo.

Junto la palma con la suya y cierra los dedos alrededor de los míos. Me guía hasta el sofá y me río.

—¿Qué?

—¿El sofá?

Pestañea y luego se ríe.

—Te juro que no tenía eso en mente. Solo quería abrazarte durante un rato.

Me gustaría que me abrazara para siempre.

—¿Por qué? —pregunto.

—¿Es que nunca lo has hecho, Sophie? ¿Alguna vez te han hecho sentir a salvo sin querer nada a cambio?

Theo y yo solíamos acurrucarnos, pero en los dos últimos años cada vez era menos frecuente. Trabajaba muchísimo y ya no tenía el corazón como antes. Necesitaba más cuidados de los que él podía ofrecerme a mí y yo lo acepté. Era lo que él necesitaba.

Sin embargo, no creo que nadie me haya ofrecido nunca lo que me sugiere Holden.

—No —respondo en voz baja.

Se sienta y después abre los brazos.

—Ven aquí.

Me siento a su lado y me ayuda a colocarme para estrecharme contra su costado. Después nos tumbamos uno frente al otro. Holden me rodea con los brazos y le apoyo la cabeza en el pecho.

Cuanto más rato pasamos así, más siento que se aligera el peso del mundo. Cierro los ojos y pienso… que podría acostumbrarme a esto.

Capítulo veintiséis

Sophie

Cuando me despierto, siento como si flotara y avanzara al mismo tiempo.

Abro los ojos y veo que Holden me está llevando a mi habitación.

—Perdón —murmuro.

—¿Por qué?

—Por haberme quedado dormida mientras me abrazabas.

—Quería que te sintieras a salvo. —Abre la puerta de la habitación con el pie y después me lleva hasta la cama.

—Puedo ir andando.

Holden sonríe.

—No quiero soltarte todavía.

Me gusta. Me gustan los cosquilleos cálidos que me provoca en el corazón. Es como si la vida que nunca pensé que fuera posible tener estuviera a mi alcance y solo necesitara fortaleza para atraparla.

Me deja sobre la cama con cuidado y entonces soy yo la que no estoy preparada para separarme de él. Cuando se aparta, lo agarro por la muñeca.

—¿Te tumbas aquí conmigo?

Holden mira la cama y después a mí.

—Pones a prueba mi fuerza de voluntad.

No quiero ponerlo a prueba, solo quiero estar con él. Entonces, sin que tenga que repetírselo, camina hacia el otro lado de la cama. Antes de tumbarse, me pasa el diario.

Me asalta la confusión. Lo había dejado en la mesita de noche… Siempre lo dejo allí.

—Cuando viniste a buscar ropa, ¿lo sacaste del cajón?

Holden niega con la cabeza.

—No, solo abrí el armario y cogí lo que me habías pedido. ¿Por qué?

—Lo guardé en el cajón. Supongo… Supongo que lo saqué y se me había olvidado.

A lo mejor todas las noches que hemos pasado en el hospital me han trastornando.

—Hemos tenido unos días muy duros. Mamá James pasó por aquí, a lo mejor… Aunque no creo que rebuscara entre tus cosas.

—No, claro que no. Me habré confundido.

Hay algo de todo esto que no me encaja, pero estoy demasiado cansada para analizarlo.

—Ven aquí. —Holden se tumba a mi lado y abre los brazos. No espero, me acurruco contra él y me encanta lo bien que encajo en el hueco de su hombro. Lo rodeo con el brazo y aprieto un poco—. Esto me gusta.

Ladeo la cabeza para mirarlo bien.

—¿El qué?

—Estar en la cama contigo.

—Es una novedad para nosotros —bromeo.

—Es la primera vez. Nos hemos acostado en los sitios más raros posibles.

Vuelvo a acurrucarme y esta vez le apoyo la mano en el pecho y la barbilla encima de ella.

—Parece que nos faltan los sitios más convencionales.

—¿Y qué sitio escogerías si intentáramos adherirnos a la normalidad?

Quería que fuera yo quien tomara la iniciativa y, ahora mismo, quiero lanzarnos de lleno a la tentación. Cojo impulso y me incorporo hasta estar casi encima de él.

—Podríamos probar una cama.

—Pues sí, pero… ¿cuál?

—Ahora mismo estamos en una perfecta para ello.

Me aparta el pelo de la cara y me sujeta por la nuca con suavidad.

—Tú sí que eres perfecta.

Me inclino y poso los labios sobre los suyos. Holden me agarra con más fuerza mientras el beso aumenta de intensidad. Su boca sabe a menta y, cuando desliza la lengua contra la mía, se me escapa un gemido. Besar a Holden no se parece a nada que haya experimentado nunca. Es dulce, pecaminoso y me hace creer en la felicidad.

Nos da la vuelta, me tumba y me acaricia la pierna en sentido ascendente, antes de colocármela sobre la suya.

—Me haces perder el control —dice, y empieza a darme besos en el cuello—. Me prometí que no haríamos esto, que no te presionaría.

—No me presionas.

—Sophie, me vuelves loco.

Yo me siento igual.

—Bésame.

Holden vuelve a besarme y, una vez más, me desarmo. Es como si el cerebro me dejara de funcionar por completo cuando nuestros labios se tocan. Resulta bastante ridículo y, aun así, me da lo mismo. No me importa que antes quisiera ir despacio. No me importa que tengamos un millón de motivos para no estar juntos. Nada importa, porque, en este mar de incertidumbre, él se ha convertido en mi ancla. Es fuerte y leal, y se ha arraigado donde más lo necesito.

Me muerde el labio de forma juguetona y después apoya la frente contra la mía.

—Te deseo muchísimo, pero nos hemos precipitado en todo lo demás. Me pediste que fuéramos despacio y, aunque hacerlo me mate, quiero concedértelo.

Podría enamorarme hasta la médula de este hombre.

Le entierro los dedos en el pelo grueso y se lo aparto de la frente. Espero hasta que posa la mirada sobre la mía.

—He estado sola durante tantísimo tiempo que se me había olvidado lo que se siente cuando te tocan y te valoran como algo más que una amiga. Todo esto me asusta bastante, pero también me resulta agradable. No me presionas, has dejado que sea yo la que guíe y te pido que, poco a poco, nos des la noche que nunca tuvimos.

Holden se aparta de mí y una oleada de vergüenza me engulle. Soy una idiota. No quiere lo mismo y acabo de dejarme en ridículo. Se pone en pie, se saca la cartera y el móvil del bolsillo de los vaqueros y, a continuación, rodea la cama y extiende la mano hacia mí.

—¿Qué haces?

—Levántate. —Preferiría esconderme debajo de las sábanas y olvidarme de lo que he dicho—. Sophie, dame la mano —me ordena.

No quiero sentirme más estúpida, así que lo hago. Me ayuda a levantarme y me atrae a sus brazos.

—Si esta hubiera sido nuestra primera noche juntos, nuestra primera vez, me habría gustado verte.

—¿Verte?

—Sí, mi amor, quiero ver cada centímetro de ti y quiero acariciarte todo el cuerpo. Quiero probarte y sentir que te corres en mi lengua. —Me da la vuelta y me presiona los labios contra el cuello—. ¿Quieres que vaya despacio? Pues iré tan despacio que me suplicarás que me apresure. Haré que te corras tanto que verás las estrellas. —Me estremezco cuando me recorre el cuello con la boca —. Tienes la piel como la seda. —Me introduce la mano debajo de la camiseta y me acaricia el vientre. Me gustaría apartarme, pero Holden no me lo permite—. Aquí es donde llevaste a nuestra pequeña y es la parte que más me apetece besarte.

—¿Más que ninguna otra? —lo desafío.

—Bueno… —se ríe—. Puede que no, pero quiero adorarte, preciosa. Iré tan despacio como quieras.

Me sube la mano por los pechos y me tira del sujetador para dejarme expuesta. Cuando me roza el pezón con el pulgar, me

ceden la rodillas. Pero no me caigo, porque me sujeta con el otro brazo.

—¿Y qué pasa con lo que yo quiero hacerte? Dado que es nuestra primera vez —le pregunto, y vuelvo a apoyar la cabeza en su hombro.

—¿Y qué quieres?

—Yo también quiero verte, tocarte, sentirte encima y debajo de mí. Quiero besarte y tenerte dentro.

—Date la vuelta —me pide Holden y deja caer la mano con la que me sujetaba.

Cuando estoy frente a él, sube la mano al dobladillo de la camiseta y me la saca por la cabeza muy despacio. El pelo rubio me cae en cascada y me roza la parte superior del escote. Sin mediar palabra, me baja las tiras del sujetador antes de desabrochármelo.

Mi primer instinto es taparme, pero no lo hago. Quiere verme y yo quiero tener el mismo privilegio con él.

—Deslumbrante. Madre mía, eres perfecta.

Nada más lejos de la realidad. Tengo barriga, que se negó a desaparecer por mucho que lo intentara, y estrías en los costados por el embarazo, y no tengo las tetas tan firmes como hace cuatro años.

Empiezo a sacudir la cabeza, pero me sujeta el rostro entre las manos con ternura.

—No me digas que no estás de acuerdo, porque da igual los defectos que te veas, cariño. Yo solo veo belleza. Veo fortaleza. Veo resiliencia y a alguien a quien me apetece mucho hacer el amor. Eres perfecta, Sophie Armstrong.

Se me acelera el corazón y se me embota la mente. No consigo entender lo que siento, porque son miles de cosas a la vez. Lo ha dicho todo como si poseyera una especie de magia que le permitiera adentrarse en mi corazón y saber exactamente lo que necesito oír.

—No existe la perfección —consigo decir al final—. Solo la verdad de este momento.

—¿Y qué verdad es esa? —pregunta.

Lo miro a esos ojos castaños enternecedores mientras el pulso no deja de latirme en los oídos.

—Que aquí, ahora mismo, somos perfectos el uno para el otro. Que me haces sentir preciosa y deseada.

Esboza una sonrisa orgullosa antes de responder:

—Te deseo, cariño, de eso no tengas la menor duda.

No dudo de su palabra, pero quiero hacerlo bien y sentir su piel contra la mía. Así que le alargo los brazos hacia la camisa, se la quito y la lanzo al suelo. Después, le desabrocho el botón de los vaqueros y le bajo la cremallera. Se queda quieto como una estatua para permitirme que lo haga a mi propio ritmo.

Se me acelera la frecuencia cardiaca al doble de pulsaciones porque me invaden la emoción y los nervios. Cuando nos acostamos hace unos días fue algo rápido y apresurado. Tuvimos muy poco tiempo para considerar las consecuencias. Pero esta vez será distinto.

Esta vez, los dos estamos seguros y los dos queremos lo mismo.

Le bajo los calzoncillos y los pantalones y me tiemblan las rodillas. ¿Cómo puede ser real? Holden tiene un cuerpo espectacular. Es firme y fuerte y el pene le sobresale, largo y grueso. Lo he visto y tocado antes, pero parece más grande de lo que recordaba.

—Tócame, Sophie —lo dice como una orden, pero también como una súplica—. Necesito sentir tus manos.

Acaricio con mis dedos sus hombros anchos y los músculos fuertes de sus brazos. Le rodeo la muñeca con la mano para subírsela a mis caderas, y después sigo explorándolo. Recorro las cumbres de su vientre, duras como el acero, hasta su pecho, antes de detener la palma de mi mano sobre el martilleo de su corazón.

—Un órgano que controla demasiado —reflexiono—. Un órgano que puede dar y quitar a partes iguales.

Me coloca la otra mano en la barbilla y me levanta la cabeza para mirarlo.

—Tengo el corazón fuerte, Sophie.

Asiento.

—He pasado gran parte de mi vida esperando oír eso.

—Pues te lo digo ahora. Mi corazón sabe lo que quiere.

Expulso el aire de los pulmones lentamente y se me vuelve a acelerar el corazón.

—¿Y qué quiere?

—A ti. —Choca su boca contra la mía y le rodeo el cuello con los brazos. Luchamos por tomar el mando, provocando al otro, mientras Holden me hace retroceder hasta la cama. Cuando choco con ella con la parte posterior de las rodillas, interrumpe el beso y hace un gesto con la barbilla—. Túmbate.

Me gustaría que no me resultara tan atractivo que se ponga en plan mandón, pero me encanta.

Me apoyo sobre los codos mientras me baja los pantalones cortos y me deja completamente desnuda. Me mira fijamente y la temperatura de la habitación aumenta. Se lame los labios y el deseo que veo en su mirada es imposible de disimular.

Pensaba que se metería en la cama conmigo, pero me incorporo de golpe cuando veo que se pone de rodillas y me arrastra hasta el borde de la cama.

—Pensaba que… —Empiezo a decir lo que creía que haría, pero me abre las piernas y me planta un beso en el interior del muslo.

—¿Qué pensabas?

Empiezo a jadear y me siento sumamente cohibida. Ha pasado muchísimo tiempo desde la última vez. Mi ex lo odiaba, y las otras dos veces que Holden y yo hemos estado juntos, los preliminares no estuvieron lo que se dice contemplados.

—Nada. No pienso nada —respondo, y desearía que fuera verdad.

Se ríe contra mi piel y después me sopla en el centro. Ay, por Dios.

Nada puede compararse a lo que viene a continuación. Desliza su lengua contra mi hendidura y casi me bajo de la cama de un salto. Holden me agarra las piernas con fuerza para que me quede

donde él quiere. Me dejo caer de espaldas, incapaz de sostener mi propio peso, cuando me lame y traza círculos en el clítoris. Hace movimientos suaves y lentos con la lengua antes de incrementar la velocidad. Jadeo, gimo y el sudor empieza a escurrirme por el cuello mientras trato de resistir.

No porque no quiera correrme, sino porque no quiero que esto acabe.

El placer incrementa a un ritmo constante y se me tensan los músculos. Cada caricia es como un golpe de tambor y Holden sabe exactamente cómo marcar el compás. Oigo los latidos de mi corazón cada vez más fuertes en los oídos y me muerdo el labio con fuerza para contener los gritos.

Se me ponen los ojos en blanco cuando Holden me introduce un dedo, es casi mi ruina. Madre mía. Voy a perder la cabeza.

No puedo aguantarlo más. Es demasiado perfecto.

Me agarro a las sábanas como si me fuera la vida en ello mientras pierdo la cabeza en el mejor orgasmo de mi vida.

Mis labios no dejan de pronunciar su nombre mientras me extrae todo el placer que puede y, cuando empiezo a volver a mi cuerpo, sube hasta el cuello besándome.

—Eres incluso más perfecta cuando te corres.

Me río con suavidad.

—Yo también creo que eres perfecto cuando me corro.

—Bien. —Esboza una sonrisa—. Planeo ser perfecto muchas veces.

—Estás un poco impertinente, ¿no? —bromeo.

—Soy optimista.

Yo también lo soy. Nos gira y acabo encima.

—Te cedo el control, preciosa. ¿Qué quieres?

—A ti —respondo con sinceridad.

Lo quiero a él, y lo nuestro, y la posibilidad de tener un futuro y una familia. Me parece surrealista, pero es la verdad. Holden es el hombre que siempre había deseado.

—Pues soy tuyo.

Holden coge la cartera y saca un preservativo. Me sonríe antes de abrirlo.

—No soy impertinente, que conste, solo tenía esperanzas de que pasara esto.

—Yo lo llamo estar preparado. —Sonrío y lo beso mientras se lo pone. Me agarra por las caderas para colocarme en la posición perfecta. Quiero recordar todo de esta noche. Nuestras miradas se encuentran y me niego a pestañear cuando me siento sobre él. Se adentra lentamente mientras me ajusto a la invasión y, cuando nuestros cuerpos están pegados, me suelta las caderas y me sujeta la cara entre las manos. Entonces, el mundo parece pausarse mientras nos miramos: somos dos mitades que se convierten en una.

Hacemos el amor. Es la única expresión que puedo utilizar para describirlo. No es un polvo rápido, eso ya lo hemos hecho en el pasado. No es solo sexo, eso también lo hemos hecho. Es mucho más… Lo es todo. Son las emociones y la confianza transformadas en lo que las palabras no pueden decir, así que usamos el cuerpo para expresarlo. Quiero que él se sienta tan abrumado como yo, porque me da miedo y es glorioso a partes igual.

Nunca pensé que fuera posible sentirse así de adorada, auténticamente y como es debido.

Ninguno de los dos decimos nada, casi como si temiéramos romper el hechizo que nos ha embrujado. Ahora mismo no existe nadie más que nosotros. Es como si el espacio que nos rodea se hubiera desvanecido y lo único que nos conectara a la realidad fuera el otro.

Holden mueve las caderas más rápido, cabalgándome desde abajo. Le apoyo las manos en el pecho y, una vez más, me precipito hacia el orgasmo.

Me cuesta respirar y no puedo ni pensar mientras siento cómo sube la ola, lista para arrastrarme.

—Holden —jadeo su nombre, incapaz de contenerme.

—Estoy cerca, Sophie, muy cerca. Te necesito.

Cierro los ojos y dejo ir todo lo que tengo en la mente, centrándome solo en sentir el placer inmenso de hacer el amor.

Entonces me golpea el orgasmo. Me ceden los brazos y caigo contra su pecho. Las manos de Holden me sujetan y me penetra dos veces más antes de seguir mis pasos.

Nos quedamos ahí tumbados, jadeando y pegajosos de sudor, me acaricia la columna de arriba abajo con las yemas de los dedos. Tras un segundo, me dejo caer a un lado y fijo la mirada en el techo.

—Ha sido… —Vuelvo la cabeza hacia su precioso rostro y acabo la frase—… increíble.

Me da un beso en la nariz.

—Sí, lo ha sido. Voy a limpiarme y a traer algo de comer. Quédate aquí.

Cuando se va, vestido solo con los vaqueros, hago la mayor chiquillada que he hecho nunca: chillo para mí misma y pataleo. Ha sido maravilloso y estoy preparada para hacerlo otra vez.

Capítulo veintisiete

Holden

Me dirijo a la cocina, necesito sustento después de ese episodio. La próxima vez, será una noche de tres orgasmos.

Cojo las galletas y la bolsa de M&M's que guardo en la alacena de la cocina. Tienen cacahuetes, es decir, proteínas. Entonces, porque la vida se basa en el equilibrio, cojo un plátano para Sophie.

Mientras recorro el salón, me paro en seco. El historial médico de Theo, que estaba en mi dormitorio, está sobre la mesa… abierto.

Si Sophie lo hubiera visto, habría dicho algo. Es imposible que haya sido ella o que sepa de su existencia. Echo un vistazo a mi alrededor para comprobar si hay algo más fuera de su sitio, pero no lo parece. Aun así, se me ha erizado el vello de la nuca.

Dejo el contrabando, cierro la carpeta y lo guardo en el armario de los archivos. Ya se lo contaré a Sophie más tarde. Lo último que quiero es ocultarle cosas, pero, como mínimo, me gustaría saber qué decirle.

De momento, me limito a recorrer la casa y comprobar que no hay nada fuera de lugar. Todas las puertas y ventanas están cerradas, así que, si ha entrado alguien, no sé cómo lo ha hecho. Las únicas personas que tienen llave son Mamá James, Emmett y Spencer. Y no me imagino a ninguno de ellos rebuscando entre mis cosas sin permiso, así que me planteo cómo ha acabado la carpeta en la mesa mientras cojo la comida y vuelvo con Sophie.

Está en la cama bajo las sábanas, escribiendo en un libro.

—¿Le estás contando al diario el sexo tan alucinante que acabas de tener?

Levanta la mirada con una sonrisa traviesa.

—Tal vez…

Me acerco al que sería mi lado de la cama y vuelco el botín de mi asalto a la cocina.

—Pensaba que íbamos a comer sano —dice, y echa un vistazo a los tentempiés.

—Con Eden, sí. Además, he traído un plátano. —Se lo enseño y pone los ojos en blanco.

—Es para ti.

—Oh, no. Ni pensarlo.

Sophie arquea una ceja.

—Lo has traído tú, pues te lo comes tú.

—¿Y qué habrías elegido tú?

—El plátano.

—¿Y por qué narices me lo tengo que comer yo?

Sophie se encoge de hombros.

—Porque lo has traído para mí y ahora quiero esto. —Me arrebata la bolsa de M&M's y se mete unos cuantos en la boca.

Es hermosa y no sé qué he hecho para merecer la oportunidad de tener esta vida, pero no me voy a quejar.

—¿Qué? —pregunta Sophie con los ojos como platos—. ¿Por qué me observas?

—Porque no puedo quitarte la mirada de encima.

Me sonríe con suavidad.

—Eres muy dulce.

—Y estos también. —Le arranco la bolsa de M&M's.

Sophie se tumba encima de mi pecho mientras comemos chucherías y nos repartimos el plátano. La estrecho entre mis brazos, agradecido de haber llegado a este punto. Antes de quedarme dormido, echo un vistazo a la aplicación para asegurarme de que el nivel de azúcar de Eden esté estable. Parece que le ha subido un poco, pero la máquina le ha pinchado insulina, que es justo lo que necesita.

—¿Todo bien? —pregunta Sophie.

—Sí, los niveles están bien.

—Genial. —Exhala de alivio y después bosteza—. ¿Te quedas conmigo esta noche?

—¿Quieres que me quede?

Me obsequia una sonrisa.

—Me encantaría.

Tras trasladar la comida a la mesita de noche, me muevo para sujetarla con mayor comodidad. Sophie se me apoya en el recodo del brazo y después acomoda la pierna sobre la mía.

—¿Estás cómoda? —pregunto.

—Mucho.

—Bien. —Sophie emite un suspiro de felicidad y me hace sonreír —. Me encanta esto.

Inclina la cabeza para mirarme y el pelo rubio le cae alrededor de los hombros.

—¿El qué?

—Esto, nosotros. Me gusta abrazarte, hacerte el amor, besarte y encontrarte en casa cuando llego. Me gusta todo.

A Sophie le brillan los ojos a la luz.

—A mí también. Nunca pensé que volvería a sentirme así.

—¿Así, cómo?

—Feliz.

Me duele el puto corazón al oír la palabra.

—Yo tampoco.

—¿Por el divorcio?

No es algo de lo que hable a menudo, pero que Jenna me dejara fue un golpe muy duro.

—Quería a mi mujer. Quería construir una vida con ella, porque sentía que era lo que debíamos hacer. Ella fue el único motivo por el que superé la muerte de Kira. Cuando te digo que me quedé hecho un puto desastre no exagero. Kira era mi mundo. Cuando estaba enferma, sabía que algo no iba bien. No hacía más que decirme que estaba indispuesta y cansada. Podía beber agua sin parar y aun así seguía sedienta. Cuando se lo contó a mi madre… —Hago una

pausa, porque no me apetece hablar de esa parte. Sophie me acaricia la mejilla con el dedo.

—No pasa nada.

Sacudo la cabeza.

—Ojalá no pasara nada, pero sí. Mi madre le dijo que dejara de calentarse la cabeza.

—Lo siento mucho.

Le doy un beso en la nariz.

—No quiero mortificarte, pero agradezco que te preocupes.

—Pues claro que me preocupo, Holden. No está bien, se supone que una madre tiene que querer a sus hijos. No hay nada en el mundo que no haría por Eden.

—Lo sé. Por eso estás aquí.

Sonríe.

—No creo que Eden tenga nada que ver con que me haya metido en la cama contigo.

Me echo a reír.

—No, eso ha sido culpa mía.

—Solo un poco.

—¿Tú crees?

—Bueno, a lo mejor mucho —bromea Sophie.

Me encanta que estemos tumbados aquí después de una noche trascendental y seamos capaces de hablar y ser honestos con el otro. Es algo que no he experimentado desde hace mucho tiempo y no me había dado cuenta de lo mucho que lo echaba de menos. Sí, he tenido algunas novias, pero nada serio. No hablé de mi hermana con ninguna. No fueron más que rollos casuales y nunca duraron más de un mes. Nada me había parecido perfecto hasta ahora.

Me recorre los labios con el dedo.

—Háblame de tu ex. ¿Por qué os divorciasteis?

Suspiro, esa parte de la historia tampoco me gusta.

—Jenna y yo nos casamos porque creímos que era lo que debíamos hacer. Éramos jóvenes y, sinceramente, pienso que dimos el paso porque nos daba miedo separarnos. Creíamos que mientras

el compromiso nos uniera, nos sentiríamos obligados a hacer que la relación funcionara. Pero no fue así, evidentemente. En lugar de ser felices y una pareja unida, acabamos resentidos con el otro. Creo que éramos demasiado jóvenes e inmaduros. Vino a hablar conmigo unos dos años después de casarnos, justo antes de la residencia, y me dijo que quería irse, pero no sabía qué pensaba yo. Le dije que quizá deberíamos terminar.

—¿No le veías futuro?

Niego con la cabeza.

—No. No veía… Nada. Me dijo que ella sentía lo mismo y, un mes después, me envió los papeles del divorcio. Los firmé sin rechistar. Cuando descubrí que había vuelto a Rose Canyon, me fui a estudiar a California y me acabé instalando allí. No fue un divorcio feo, pero empecé a preguntarme si estaba destinado a estar solo. No amaba a nadie más. Nunca quise una esposa ni hijos. Me parecía más fácil tener menos complicaciones y estar solo.

Se queda callada, casi como si tuviera que asimilar esa última parte. Pero todo ha cambiado. Ya no me siento de la misma manera. Ahora quiero esto. La quiero a ella. Quiero a Eden y esta vida.

—Entiendo.

No, no lo entiende. Le levanto la barbilla para que me mire.

—Ya no siento lo mismo que entonces. Veo una vida contigo, un futuro que antes no creía posible. Lo has cambiado todo de un modo que nunca me atreví a esperar. Que tú y Eden viváis aquí me ha dado… la oportunidad de tener más. Cosas para las que pensaba que no estaba hecho. Soy feliz contigo, Sophie.

—Yo también. No me lo creo, porque todo ha ido muy rápido, pero siento que es el camino correcto. Creo que, en cierto modo, llevo esperando esto mucho tiempo, aunque parezca una tontería. Después de aquella noche en Las Vegas nos imaginaba juntos, en especial, mientras el embarazo progresaba. Tenía un bebé creciendo dentro de mí que era mitad yo y mitad tú, la parte que me faltaba por conocer. Así que mi mente empezó a inventarte.

—¿Y he estado a la altura de las expectativas? —pregunto.

—Las has superado.

Le aparto el pelo de la cara y le acaricio la piel suave de debajo de sus ojos.

—No tienes ni idea de lo mucho que te deseo.

—Si se parece un poco a lo que te deseo yo a ti, entonces creo que sí lo sé.

—Quédate conmigo, Sophie. Quédate y averigüemos en qué podemos convertirnos. No perdamos el tiempo, porque los dos sabemos que no es infinito. Sé que dijimos que iríamos despacio, pero quiero que seamos algo más.

—¿Qué es algo más?

—Que estemos juntos. Quiero que seas tan mía como yo tuyo. No sé qué significa todo esto o cómo encararlo, pero quiero besarte cada mañana cuando amanezcas a mi lado.

Sé que lo que pido es muy complicado. Tenemos que pensar en Eden y en cómo lo entenderá. Es pequeña, pero lo mejor es que seamos honestos con ella. Algún día la animaremos a que reconozca que soy su padre. No sé cuánto recordará de Theo, pero en algún momento tendrá que ocurrir.

—¿Y qué le decimos a la gente? —me pregunta.

—¿A quién?

—A tus amigos, a Mamá James, a Eden.

—Les contamos la verdad, que estamos juntos. Y si tienen algún problema, pueden irse a tomar por culo. Mis amigos sabían que iba a pasar tarde o temprano, han estado tocándome las narices desde que llegaste a mi vida. Mamá James te adora y nunca diría nada malo de esto. Más bien al contrario, se pondrá eufórica. Y en cuanto a Eden, no lo sé. ¿Tú qué opinas?

—Creo que deberíamos decirle que estamos juntos y, a lo mejor, con el tiempo te pedirá que seas su padre. —Sophie bosteza y se le empiezan a cerrar los ojos. Me inclino hacia ella y le doy un beso en la frente.

—Buenas noches, preciosa.

Se remueve para estrecharme más contra ella.

—Buenas noches, mi amor.

Me incorporo para apagar las luces, todavía abrazando a Sophie, y juro no soltarla nunca.

* * *

Nos despertamos antes que Eden.

—Buenos días, guapo —me saluda en voz baja.

—Sí que lo son.

—¿A qué hora tienes que ir a trabajar? —Me da un beso en el pecho. Resoplo.

—En unas tres horas. Quería salir a correr y después desayunar.

Se incorpora y tira de la sábana con ella.

—Puedo preparar unos huevos fritos.

—Y beicon —le recuerdo. Debería formar parte de un grupo alimenticio propio.

—Por supuesto, Eden no aceptaría lo contrario. También le haré una tostada con mantequilla de cacahuete.

—¡Beicon! —La puerta se abre de par en par y Eden entra en la habitación a toda prisa—. ¡Mami! ¡Quiero beicon!

Los dos nos lanzamos sobre la manta rápidamente y nos tapamos mientras se dirige al lado de la cama en el que se encuentra Sophie. Ella la coge en brazos, la atrae hacia su pecho y yo me pongo los pantalones a una velocidad a la que ni siquiera sabía que fuera capaz de moverme.

—Mami, Holden está en tu cama.

A Sophie se le escapan unos soniditos.

—Eh, bueno, él, emmm, Holden y yo estamos… Bueno.

Ya vestido, rodeo la cama hasta donde se encuentra Eden y salvo a Sophie, que se ha quedado sin palabras.

—Me gusta tu madre.

—Es muy guapa.

—Estoy de acuerdo. Me gusta mucho, igual que otros adultos como Emmett y Blakely o Spencer y Brielle se gustan.

—Se besan. —Eden arruga la nariz.

—Sí.

—¿Tú besas a mami?

Miro a Sophie, que interviene:

—Nos besamos porque nos importa mucho el otro. Igual que mamá y papá.

Espero a ver si Eden hace la pregunta del millón.

—¿Va a ser Holden mi nuevo papi?

Es como un golpe seco en el estómago.

—Sí, Holden es tu papi, pero no porque mami esté saliendo con él, sino porque siempre será tu papi.

Eden parece meditarlo con la mirada clavada en el techo.

—¿Siempre? ¿Y qué pasa con mi otro papá?

—También será tu papá. Eres una niña con suerte, porque tienes dos papás y una mamá que te quiere más que a nada en el mundo.

Se baja del regazo de Sophie y al hacerlo tira de la manta y le deja al descubierto uno de los pechos. Eden se coloca delante de mí y me mira con curiosidad.

—¿Cómo te llamo?

—Puedes llamarme Holden o lo que quieras.

—Vale. —Se encoge de hombros y después echa a correr hacia la puerta—. ¿Podemos comer beicon ya?

Los dos nos reímos con suavidad.

—Claro que sí, bichito. Podemos comer beicon, pero deja que compruebe primero tus niveles de azúcar.

Se vuelve a acercar dando saltitos y le rebotan los rizos rubios. Cojo el medidor de la mesita de noche.

—¿Lista? —pregunto.

—¿Puedes cantar la canción?

—Por supuesto. Clic —digo una vez.

—Clic —continúa Eden.

—Clic —interviene Sophie.

—Clic —repito.

—*¡Boom!* —Eden me da el visto bueno y pulso el botón para comprobar los niveles.

—Buen trabajo, bichito.

Los números parecen estar bien, pero la máquina debió administrarle insulina anoche una segunda vez, porque en el hospital estaba alta casi todas las mañanas. Cuando se cierra la puerta, Sophie emite un suspiro largo.

—Bueno, ha sido una forma muy rara de abordar la situación.

—Creo que nos ha salido bien. —Me acerco a ella y la saco de la cama todavía envuelta en la sábana—. Vístete, cariño, o puede que tenga que quitarte la sábana y cometer una estupidez.

Me sonríe.

—No puedes, cielo, tienes que preparar el beicon. Esa niñita volverá a estar aquí en menos de dos minutos.

—Con dos minutos me basta —respondo con una carcajada, y pone los ojos en blanco—. Vale. Vístete y nos vemos en el salón. —Le arranco la sábana y disfruto descaradamente de las vistas con las que podría acostumbrarme a amanecer. Sophie chilla y después sacude la cabeza antes de coger una bata.

—Vete antes de que nuestra hija vuelva a entrar.

Le guiño el ojo, me pongo la camiseta y me voy a mi habitación. Después de cambiarme a la ropa de correr, voy a la cocina, pero paro en seco cuando veo a Sophie junto a la mesa, echándole un vistazo a una carpeta. La que guardé en el cajón anoche.

Se me congela la sangre por varios motivos. Uno, ha habido alguien en la casa, y dos, Sophie acaba de descubrir que tengo el historial médico de Theo.

Levanta la mirada.

—¿Por qué tienes esto?

—Soy médico y a veces reviso historiales médicos.

—Ya lo sé, pero ¿por qué tienes el historial médico de Theo?

—¿Te acuerdas de que en las postales que me envió Theo aparecía mi número de licencia? —Sophie asiente—. Vale, pues, eso me hizo pensar que, a lo mejor, intentaba que me fijara en algo de

su historial. Quería asegurarme de que no hubiera dejado en los papeles una pista para que yo la descubriera.

Sophie se la abraza contra el pecho y después se pasa la lengua por los labios.

—¿Y has encontrado alguna pista?

—No.

—Pues claro que no, ¡no hay ninguna porque mi marido era un cabrón egoísta! Sabía perfectamente en qué estaba metido y me mintió durante vete a saber cuánto tiempo. ¿Por qué no me lo habías contado? ¿Por qué me lo has ocultado cuando sabes que durante los últimos tres meses no ha habido más que secretos y mentiras en mi vida?

Odio que sienta que la he traicionado. Me he planteado contárselo muchísimas veces, pero no me parecía bien decírselo hasta que estuviera seguro de si había algo que descubrir.

—No quería darte falsas esperanzas. Era muy poco probable que encontrara algo y así ha sido de momento. Si hubiera visto cualquier cosa, te lo habría contado.

Deja la carpeta sobre la mesa y traza el borde con el dedo.

—¿Por qué la has dejado en la mesa?

Tener que responderle a esa pregunta me da mucho más miedo que tener que explicarle por qué tenía la carpeta.

—No he sido yo.

—Holden, estaba abierta en la mesa cuando he salido a preparar el desayuno. Y Eden ha ido a vestirse a su habitación, así que no creo que haya sido ella.

—Cuando llegamos a casa anoche también estaba tirada por ahí y no la dejé así. El único sitio en el que la he abierto ha sido en mi habitación y anoche la guardé en ese cajón de allí. —Le señalo el armario—. No estaba fuera cuando me fui a la cama, Sophie.

—¿Qué?

—Tengo que llamar a Emmett.

—¿Crees que ha entrado alguien en casa? —pregunta, y echa un vistazo a su alrededor.

—Sí.

De hecho, a menos que haya un fantasma en casa, y no es el caso, tiene que haber entrado alguien.

—¡Madre mía! —Sophie echa a correr hacia la habitación de Eden y abre la puerta de un tirón. La sigo y, cuando me paro en el umbral, se vuelve hacia mí—. Tenemos que irnos.

—No, Sophie, no vas a ir a ninguna parte.

—Ya no estamos seguras aquí, voy a hacer la maleta. —Suelta a Eden y va en busca de la maleta del armario—. Eden, recoge tus juguetes.

—Para. ¡Sophie! Para. —Esto se está descontrolando.

—¿Mami? ¿Adónde vamos?

Cojo a Eden en brazos y la estrecho. Tiene los ojos anegados en lágrimas.

—No pasa nada, bichito. —Sophie agacha los hombros y se le escapa un sollozo de las profundidades del pecho. No deja de darnos la espalda en ningún momento y el corazón se me hace añicos.

Prometí que la protegería y no se siente a salvo.

Le doy un beso a Eden en la sien y la dejo en el suelo.

—¿Por qué no vas a la cocina y comes una manzana?

—¡Manzana no! —Hace un mohín. No se me ocurre peor día para montar una pataleta.

—Ya sé que no te apetece, pero tengo que hablar con tu madre.

El suspiro dramático que emite sería adorable en cualquier otro momento, y agradezco que se vaya a la cocina sin más protestas y nos deje solos a Sophie y a mí.

—Sophie.

—Mi diario… —Sorbe por la nariz—. Siempre lo dejo en la mesita, pero anoche lo encontré en la cama y alguien ha estado en casa mientras dormíamos. Te he puesto en peligro y tengo que irme.

La vuelvo para que me mire y la atraigo a mis brazos.

—Es mi deber protegerte, Sophie. No dejaré que te pase nada, ¿me oyes? ¿Qué vas a hacer si te vas? ¿Adónde irías? ¿Crees que no

te seguirían? ¿Cómo voy a vivir sabiendo que podrían hacerte daño sin estar para impedirlo?

—¿Y cómo voy a vivir yo sabiendo que podrían hacerte daño por mi culpa? —Se aparta de mí de un empujón.

—Lo arreglaré. Encontraremos la forma de solucionarlo, pero solo lo conseguiremos si no te vas. Prométemelo, Sophie. No huyas de mí. Deja que luche a tu lado.

Se limpia las lágrimas y después me mira a los ojos.

—Lo prometo.

—Gracias. —Me invade el alivio—. Deja que llame a Emmett y llegaremos al fondo del asunto.

—De acuerdo.

Vuelvo a mi habitación, lo llamo y, en menos de quince minutos está tocando a la puerta.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Emmett nada más entrar. Le cuento la historia lo mejor que puedo, incluido dónde estaba todo y dónde lo hemos encontrado, y después le hace la misma pregunta a Sophie.

—¿Hay algo más que no esté en su sitio? —pregunta.

—Creo que no —respondo—. No se han llevado nada que yo haya visto, solo han movido algunas cosas o… No lo sé.

Desvía la mirada hacia Sophie.

—Cuando llegamos a casa, el patito de Eden no estaba en la cama, donde lo deja normalmente.

—¿Dónde estaba? —pregunto.

Si estaba en el suelo no es preocupante, pero si lo han movido a un sitio que no tenga sentido, ya es otra cosa.

—En el cajón. Me ha parecido raro porque no lo ha guardado allí nunca.

Emmett toma nota de todo y después me mira.

—¿Y has comprobado todas las puertas y ventanas?

—Anoche, cuando nos fuimos a dormir, estaban todas cerradas.

—Vale, bueno, voy a echar otro vistazo solo para asegurarnos, pero es evidente que ha entrado alguien en la casa.

—¿Crees que la persona que le preocupaba a Theo nos ha encontrado? —pregunta Sophie.

—Tranquila —respondo, y le cojo las manos—. Todavía no sabemos quién ha sido, solo que buscaban algo. Si hubieran querido haceros daño a ti o a Eden, podrían haberlo hecho, pero no. Parece que solo querían asustarnos.

Inhala profundamente.

—¡Pues lo han conseguido! Estaban aquí mientras dormíamos.

—Y no han desvalijado la casa ni se han llevado nada. Parece que buscaban algo y querían que lo supiéramos.

—Lo de la carpeta lo entiendo, pero el diario solo contiene mis sentimientos. No he escrito mucho desde la muerte de Theo, pero aun así… Ahí dentro solo hay confusión por todo lo que está pasando en mi vida.

Le doy la mano.

—Vamos a instalar cámaras por todas partes y una alarma. Convertiré este sitio en una fortaleza, si es necesario.

Emmett está comprobándolo todo, tomando fotos y espolvoreando los picaportes para ver si encuentra huellas de otras personas. Por ahora, es lo único que podemos hacer.

—Vale.

—Le preguntaré a George si anoche recibió alguna llamada sobre personas sospechosas. A lo mejor tenemos suerte, quizá el hecho de que todo el mundo esté más alerta de lo normal por el juicio de Wilkinson juega a nuestro favor. Sinceramente, Sophie, esto podría no tener nada que ver contigo. Holden tiene que testificar en unos días, así que podría ser un mensaje para él.

Me inclino hacia ella y le doy un beso en la mejilla.

—De todos modos, no voy a dejar que nadie os haga daño a ti o a Eden.

Tendrán que matarme primero.

Capítulo veintiocho

Sophie

Emmett y George no encontraron nada al registrar la propiedad, pero lo que me sorprende es que Jackson no haya intentado ponerse en contacto conmigo para averiguar qué ocurre.

Holden se pidió el día libre ayer y, aunque hoy también ha intentado que lo sustituyan, no ha habido suerte. En mi trabajo han sido maravillosos. Me han dado libre el resto de la semana para que pueda organizarme con Eden. Mañana por la tarde iremos a casa de Mamá James a repasar todos los cuidados que necesita la niña para que se quede con ella sin que nos preocupemos. Aunque no sé si podré dejar de hacerlo en algún momento.

A pesar de que Emmett y George pasaron horas registrando la propiedad y hablando con los vecinos, Eden y yo nos vamos a quedar solas hoy y estoy algo inquieta. No solo porque, durante las últimas veinticuatro horas, me haya asustado hasta de mi propia sombra, sino también porque me aterra que algo vaya mal con la máquina de Eden y yo no sepa cómo reaccionar.

—A lo mejor podríamos ir contigo al trabajo —sugiero.

—Lo tienes controlado, Sophie. Comprobaré sus niveles de azúcar en la aplicación y te avisaré si veo algo raro. Acabamos de hacerle la prueba y marcaba lo mismo que la aplicación, así que no pasa nada. Recuerda que va a fluctuar durante todo el día. Cuando coma, si juega, por el tiempo… Todo puede afectar —me explica Holden, y me aprieta la mano.

—Sé que ya me lo has enseñado todo, pero sigo preocupada. ¿Qué pasa si no mido bien los carbohidratos?

No soy médico y, aunque Holden ha dedicado mucho tiempo a explicarme todo, a hacerme preguntas y responder todas las mías,

me angustia. Pueden salir mal muchas cosas y Eden lo es todo para mí. Si enferma, no quiero reaccionar de la manera equivocada.

—Eres más que capaz de ocuparte de esto. Eden va muy bien. Podemos monitorizarle los niveles de azúcar desde el teléfono y, si le bajan mucho, puedes darle zumo, dos de las pastillas de glucosa que te enseñé o ponerle miel debajo de la lengua. Si están altos, la máquina le suministrará la insulina que necesite. Sigue la dieta que le hicieron en el hospital y respira, mi amor.

—De acuerdo —respondo. No me siento muy segura, pero no me queda de otra. La nutricionista nos preparó varios planes de comida que ayudarán a regularle el azúcar, así que, si los sigue, debería estar bien.

—Siempre puedes llamar a una ambulancia si lo necesitas.

Espero no necesitarlo.

—No sé si me preocupa más Eden o que alguien vuelva a entrar en casa. ¿De verdad no tienes miedo de que me quede sola? —le pregunto, porque necesito expresar mis inquietudes en voz alta.

—Sí, porque Spencer vendrá dentro de unos minutos y se quedará contigo.

—¿Y qué va a hacer Spencer? No es policía, ¿o sí?

Holden sonríe con suficiencia.

—No, es algo mejor. Spencer entrenó con los marines durante una temporada, así que es igual o más letal que la Policía. Confío en él y te protegerá hasta que lo sustituyan.

—Vale —respondo, antes de exhalar para intentar relajarme—. Pero no puedo evitar sentir que el mundo se tambalea bajo nuestros pies.

—El mundo es tambaleante para nosotros, pero aun así iré a trabajar y después me reuniré con los abogados para repasar mi declaración. Creo que Emmett tenía razón cuando dijo que, seguramente, esto no tiene nada que ver contigo. —Me sujeta por las mejillas y me atrae los labios hacia los suyos. Por muy breve que sea, el beso me calma los nervios—. En cualquier caso, tenemos cámaras y el sistema de alarma, y Spencer estará aquí, así que nadie te hará daño.

No puede prometérmelo, pero aprecio todo lo que ha hecho hasta ahora.

—También me preocupo por ti.

Si todo esto está relacionado con él, ¿qué pasará cuando se vaya? Podrían sacarlo de la carretera o atacarlo en el hospital. No quiero ser una paranoica, pero nuestras vidas están repletas de incertidumbres. Si tuviéramos algunas respuestas, a lo mejor, no estaríamos tan alarmados, tendríamos un punto de partida. Pero, ahora mismo, no tenemos nada.

Me atrae a sus brazos y me derrito.

—Puedo cuidar de mí mismo. Eres tú quien me preocupa. No quiero que dejes de formar parte de mí vida, Sophie.

—Yo tampoco.

—Bien. Te llamaré cuando llegue al hospital, ¿vale?

No puedo pedirle más.

—De acuerdo.

Me da otro beso y después Eden entra en la habitación.

—¿Te vas?

—Sí. Sé buena y come lo que mami te diga.

La pequeña balancea el torso de un lado al otro y le sonríe.

—¿Y después podré comer helado?

—Ya veremos. —Holden se ríe y le da unos toquecitos en la nariz. Eden lo rodea con los brazos y lo estrecha.

—Te echaré de menos, Holden-papi.

Holden y yo la miramos estupefactos y después él se aclara la garganta.

—Yo a ti más, bichito.

Después, se cuelga la mochila del hombro, me guiña el ojo y le lanza un beso a Eden.

—Os veré esta noche, chicas. ¡Portaos bien!

Lo observo por la ventana hasta que sale del acceso de la casa y después Eden me tira de la mano.

—¿Puedo ver la tele, mami?

—Sí, cariño. Tengo que hacer una llamada, así que quédate en el salón.

—Vale.

Me planteé hacerla anoche, pero no me dejaron sola el tiempo suficiente para usar el teléfono. Vuelvo a la habitación y marco el número que tengo solo para emergencias.

—Sophie, ¿estás bien? —me pregunta Jackson en cuanto descuelga.

—No lo sé. Alguien ha entrado en casa.

Suspira.

—Ya me he enterado. Ha sido culpa mía. Zach tenía que volver a Michigan y mi otro hombre no ha podido llegar hasta hoy. No había pasado nada desde que llegaste, así que no pensé que fuera a haber ningún problema. Miles sigue allí, me ha enviado imágenes de la persona que entró en la propiedad y nuestro equipo técnico las está pasando por reconocimiento facial, pero era listo y se ocultó muy bien.

—¿Miles lo vio? —pregunto.

—Lo pilló cuando salía de la casa y lo persiguió hasta el coche, pero no consiguió atraparlo. Hemos enviado toda la información, pero todavía no tenemos nada claro. He enviado una tercera persona a Rose Canyon y, si Holden hace lo que creo, yo también estaré allí dentro de poco.

Me deja confundida.

—¿Qué va a hacer Holden?

Jackson se ríe.

—Pedirme que vaya. Si él o Emmett me lo piden, será mucho más fácil protegeros a ti y a Eden. También podré tener un contingente mayor asignado a vosotros.

—¿Y eso no llamará más la atención hacia nosotras?

—Sí, pero, llegados a este punto, creo que es más arriesgado no tener un equipo de seguridad. Aunque hasta ahora no haya pasado nada que indique que estéis en peligro, siempre podemos hacer

creer a todo el mundo que estamos allí por Holden. Ahora cuéntame qué sabes de lo de anoche.

Le explico a Jackson lo mismo que Holden y yo le dijimos a Emmett, deseando tener más información. Cuando le explico que Emmett sugirió que quienquiera que se hubiera colado en la casa podría haber ido a por Holden y no a por mí y Eden, ni lo confirma ni lo niega. No sé si estoy de acuerdo con Holden. Tiene mucho más sentido que la gente de la que me protegía Theo quiera saber lo que pone en mi diario o en la carpeta. Si Theo indicó algo en el historial, tengo que saberlo.

—No te preocupes, Sophie. Lo tenemos todo bajo control y creo que nos veremos en un par de días. Puede que también me lleve a Mark o a otro miembro de alto rango del equipo de seguridad Cole. Solo quiero que sepas que no nos lo tomamos a la ligera.

Me dejo caer en la cama con una sensación de pesadez y tristeza.

—Vale. Pero no creo poder soportarlo mucho más.

—No tendrás que hacerlo. Haremos todo lo necesario para manteneros a salvo a ti y a Eden.

Cuelga y empiezo a recorrer la habitación de un lado a otro. Si Holden tiene razón y hay algo en la carpeta, a lo mejor no lo encuentra porque no es él quien debe encontrarlo. A lo mejor Theo puso algo que solo yo entendería. Puede que no conociera tanto a Theo como pensaba, pero aun así lo conocía más que Holden. Puedo revisar el historial y ver si hay algo fuera de lugar. Estuve con él todas las veces que lo ingresaron, en todas las visitas médicas y operaciones. Su historial médico fue una parte muy importante de mi vida.

Por mucho que me decepcione que Holden no me lo contara, estoy más enfadada que otra cosa. Podría haber ayudado.

Llaman al timbre y el teléfono me muestra la imagen de Spencer en la puerta. Abro y dejo que entre antes de cerrar la puerta detrás de él.

—Gracias por haber venido.

—Haría cualquier cosa por Holden o por ti, Sophie. Me necesitáis, y aquí estoy.

—Bueno, pues te lo agradezco. Estoy segura de que tienes mejores cosas que hacer que convertirte en nuestra niñera.

Spencer se encoge de hombros.

—Pues en realidad, no. Estoy trabajando en un manuscrito, y puedo hacerlo aquí perfectamente.

—Oh, ¿qué estás escribiendo?

—La historia de un desastre de chica.

—¿Estás escribiendo la historia de mi vida? —le pregunto con una carcajada.

—Casi. Ella también vive en Rose Canyon.

Sonrío.

—Entonces, estás escribiendo una historia de amor.

A Spencer se le escapa una risita.

—Yo la considero de suspense, pero supongo que sí que es una historia de amor.

—¿Sabes una cosa? Yo creo que todas las historias que hablan de una persona incluyen el amor.

—¿De verdad? ¿Incluso los *thrillers?*

Solía debatir con Theo que, en el corazón de cualquier película, había una historia de amor.

—Todas. Piensa en una película de superhéroes, por ejemplo. A simple vista, parece que van sobre el héroe y su misión de salvar el mundo, pero, ¿qué tienen todas las buenas historias? Amor. Normalmente aparece un interés amoroso, pero no tiene por qué. Puede ser amor paterno o de amistad. Lois Lane, Jane, Pepper Potts, Peggy Carter… Podría seguir y seguir. Hasta las superheroínas tienen un hombre al que queremos y por el que apostamos. Creo que es porque, en el epicentro de la naturaleza humana, siempre está el deseo de pertenecer y amar.

Spencer frunce los labios y después esboza una sonrisa.

—Eres muy brillante.

—También podría ser porque saben que las mujeres tenemos que aguantar esas películas y que somos todas un poco sensibles en ese sentido. —Me encojo de hombros.

—Puede ser, pero me ha gustado mucho más tu respuesta elocuente de antes. Aunque Brielle no es así de sensible, pero… Probablemente es una mezcla de las dos cosas.

Me río con suavidad.

—Bueno, sea como fuere, puedes trabajar todo lo que necesites mientras estés aquí.

—¿Tú que vas a hacer? —me pregunta.

Voy a revisar esa maldita carpeta.

—Nada, quizá me ponga a pintar un poco.

—Se me da muy bien detectar a los mentirosos.

—¿Qué?

—Sé que pasa algo, te lo veo en los ojos. Me entrenaron para leer a las personas y saber cuándo mienten. El hecho de que hayas mirado a la izquierda te ha delatado, además, has apoyado el peso del cuerpo hacia atrás.

Genial, ahora tengo que soportar a Sherlock Holmes.

—No es nada.

—Es algo, Sophie. Si te preocupa que se lo cuente a Holden, no lo voy a hacer. A menos que suponga un riesgo para ti.

Sus palabras me dejan algo perpleja.

—¿Por qué ibas a ocultarle información?

—Porque no me ha pedido que vigile lo que hagas. Quiere que os mantenga a salvo a ti y a Eden, no que controle tus actividades y me chive.

—Es… Bueno, inesperado, supongo.

Spencer se encoge de hombros.

—Me vendría bien una distracción. No estoy avanzando mucho en la escritura y Brielle testificará hoy, así que me convendría tener la mente ocupada.

Sé que ya ha empezado el juicio, pero no sabía que Brielle estaba involucrada.

—¿Y por qué no estás con ella?

—Yo también soy testigo, así que no puedo oír su declaración. Queremos que ese cabrón vaya a la cárcel, así que tengo que quedarme aquí y mantenerme al margen, cuento contigo para entretenerme.

Me pregunto si de verdad debería confiar en Spencer. No obstante, nadie conoce la vida de Theo como yo y, si puedo ayudar, ¿no contará para algo?

—Holden ha conseguido una copia del historial médico de mi marido. Pensó que podía contener alguna pista y quería revisarlo para ver si encontraba algo.

Spencer sonríe de oreja a oreja.

—Y deduzco que Holden y tú no habéis hablado del tema.

—Correcto.

—Bien, me gustan los secretos y los misterios. Veamos qué encontramos.

Me dirijo al salón, donde está la carpeta, y la abro. Spencer me sigue. Eden está viendo la televisión y jugando con sus muñecas. Le echo un vistazo al móvil para comprobar si ha habido algún cambio en sus niveles de azúcar y veo que le había subido un poco hace unos minutos, pero vuelve a estar en el rango normal, así que me siento delante de la carpeta. Spencer se instala a mi lado y pasa la mirada de mí a la montaña de papeleo.

—Empecemos por el principio —decido, y abro la portada de la carpeta.

Spencer se ríe.

—Es el mejor sitio para empezar.

* * *

Lo revisamos todo durante horas. Spencer y yo solo conseguimos leer un cuarto de la carpeta, porque casi todo está escrito en jerga médica, que me da dolor de cabeza y nos obliga a hacer muchas pausas. Spencer me ha hecho un montón de preguntas, indagando en lo que recuerdo de cada incidente. Ha sido duro revivirlo.

Ninguna de las veces que estuvo tan enfermo me trae buenos recuerdos. Solo intentábamos enfrentarnos a una situación horrible lo mejor que podíamos. Ya ha pasado la hora de la cena y hace rato que Eden ha perdido el interés en los juguetes y la televisión.

—Mami, ¿necesito más agujas? —me pregunta. Sigue teniendo el pelo húmedo del baño y lleva puesto su pijama favorito. Ya está lista para tumbarse y obtener el descanso que necesita, así que esbozo una sonrisa tranquilizadora mientras cojo el medidor de glucosa.

—Sí. Recuerda que Holden dijo que teníamos que hacerlo tres veces al día para compararlo con los datos de la máquina que llevas en la mochilita. —Señalo la bolsa que le rodea la cintura.

—Quiero a Holden.

La declaración me sorprende.

—Ah, ¿sí?

Asiente.

—¿Y tú quieres a Holden?

No… No sé cómo responderle. Sé que nunca había sentido lo mismo por otro hombre. Sé que quiero estar con él, siempre cerca. La determinación que ha puesto en cuidarnos a Eden y a mí ha hecho que lo respete enormemente. Pero, sobre todo, lo que más ha hecho crecer mis sentimientos por él es que nunca cuestionara su paternidad.

Y luego está lo de anoche, que no se trató del pasado ni de lo que compartimos. Fue solo sobre nosotros, y fue precioso.

—Creo que sí, mi amor. Creo que sí.

Eden sonríe todavía más.

—Deberíamos quedarnos aquí.

Cada vez veo más claro un futuro que no creía posible. Los dos queriéndonos a más no poder, criando a Eden y echando raíces en este pueblo es una idea a la que me gustaría aferrarme. Nos veo envejeciendo juntos, viviendo una vida llena de amor, pasión y devoción. Está todo justo aquí… con él.

Le coloco un mechón de pelo a Eden detrás de la oreja y sonrío.

—Sí, yo también lo pienso. Vamos a jugar al clic, clic, *boom.*

Comprobamos el nivel de azúcar y, como lo tiene algo bajo, le doy un poco de zumo para que suba. Cuando se le estabiliza, la acuesto y vuelvo con Spencer, junto a la carpeta.

—No entiendo cómo no estás aburrido —le digo al sentarme junto a él—. Llevamos todo el día leyendo el historial y no hemos encontrado nada.

—Me estoy quedando bizco, pero no dejo de pensar en que Holden tenía razón. Hay cosas raras entre las notas de este cardiólogo. Las fechas no coinciden con las de las visitas, lo cual, por lo general, no sería alarmante, pero casi parece que hable de otro paciente. —Spencer empuja un papel en mi dirección—. Mira este.

Leo los comentarios del médico, en los que explica que el corazón se ha deteriorado mucho y que necesita un trasplante inminente. Detalla los resultados del electrocardiograma y de la ecografía. Entre ellos, hay una frase al azar que dice: «El paciente debería buscar en Georgia y Texas».

—¿Se refiere a buscar un donante? ¿Aquí se buscan por estado? —pregunto, confundida.

—No, y no sé muy bien a qué se refiere.

—No estaría insinuando a Theo que comprara un corazón en el mercado negro, ¿no?

Spencer se encoge de hombros.

—No creo que sea muy ético, pero he visto a gente rica haciendo lo impensable. Mira la siguiente visita, hay otra mención en el tercer párrafo.

Paso la página y reviso la sección a la que alude. En ella se habla de viajar al extranjero para hacer un retiro. Pero ¿de qué? Sigo leyendo, pero no lo especifica. Lo que me llama la atención es la mención de los medicamentos.

—Vaya, la medicación no está bien. —Lo señalo para que Spencer sepa de qué hablo—. Theo aún no tomaba bisoprolol. No se lo pautaron hasta los últimos seis meses y este informe es de hace más de dos años.

—Así que, ¿crees que un error?

Quizá, pero es un error muy grave. Anotar la medicación equivocada podría causar muchos problemas en caso de hospitalización.

—No lo sé…

El resto de la página está bien, así que busco la siguiente visita con el mismo doctor. Empieza describiendo una consulta normal con el cardiólogo, solo que, esta vez, aparece un número aleatorio que no podría ser una lectura de presión arterial, porque, si lo fuera, Theo habría estado muerto.

—Mira esto. —Se lo muestro a Spencer—. Estaría muerto si su presión arterial fuera de 86/753.

—Joder. Y mira la temperatura. ¿83 grados?

—No tiene ningún sentido. El doctor Frasher es uno de los mejores cardiólogos de Londres. Es imposible que él o su equipo sean tan incompetentes. O se hizo a propósito, o alguien ha alterado el historial.

—Mira la siguiente visita. Vamos a ver si sigue algún patrón.

Tal y como imaginaba, la transcripción de la cita tiene las mismas cifras. No puede ser una coincidencia.

—¿Cómo se le ha pasado a Holden?

—Puede que no llegara tan lejos. No creo que lo recibiera hasta la semana pasada, o a lo mejor solo está leyendo las notas por encima y no ha mirado las constantes vitales, no lo sé. No temas, Sophie, que lo voy a poner a parir.

Los dos nos reímos y después comprobamos los números de cada página. A veces varían: a veces pone que la temperatura es de 30 grados y la presión arterial, 75/318, que tampoco tiene ningún sentido.

—No entiendo qué significa nada de esto.

Spencer se pasa las manos por el pelo.

—Ahora mismo vuelvo.

Se mete en la habitación de Holden y yo lo sigo, sin saber muy bien qué va a hacer.

—¿Spencer?

—¿Te ha hablado Holden alguna vez de las postales que recibió de Theo?

—Sí, pero no contenían nada raro.

La carcajada que se le escapa me dice lo contrario.

—Solo el hecho de que las recibiera ya es raro en sí, pero estoy de acuerdo con Holden, es extraño que utilizaran su número de licencia médica. Por eso pensábamos que la carpeta podía contener respuestas.

—Vale…

—Tengo la teoría de que podrían estar relacionados con esas erratas.

Tras rebuscar por algunos de los cajones de Holden, emite un «¡Ja!» triunfal. Me muestra una postal y la agita en el aire.

—La encontré.

Volvemos al salón y Spencer deja la postal encima de las notas, para que las lecturas extrañas queden justo debajo del número de colegiado de Holden.

—No lo entiendo —digo, más para mí misma que para él.

—Podría significar muchas cosas, pero a todos nos confundió que se incluyera el número de colegiado en las postales. Si tengo razón, significa que hay algo en la carpeta que Theo quería que Holden encontrara.

En cuanto pronuncia la última palabra, se va la luz en toda la casa. Spencer se pone de pie y me esconde detrás de su espalda justo cuando se produce una explosión ensordecedora.

Capítulo veintinueve

Holden

—¿Algo más, Cora? —pregunto a la fiscal después de la tercera ronda de preguntas y revisión de documentos—. Tengo que volver a casa.

—Lo entiendo, pero es imprescindible asegurarse de que estás preparado.

—Lo estoy.

—Hoy ha ido muy bien con Brielle, pero tenemos que señalar el patrón de las drogas que utilizaron y…

—Lo sé, de verdad. —Me pongo en pie. Entre el turno y esto, estoy hartísimo. Quiero irme a casa, ducharme, desnudarme con Sophie y dormir.

—Me he enterado de lo que pasó en tu casa —dice mientras recoge los papeles—. ¿Crees que han sido los hombres de Wilkinson?

—Tal vez, no lo sé.

—Esperábamos que cantara y revelara para quién trabajaba, pero de momento ha mantenido la boca cerrada.

Eso es problema de ella.

—Lo siento mucho.

Lo carga todo en brazos y salimos del juzgado.

—Quiero encerrar a este tipo por los crímenes horribles que ha cometido y después acabar con toda la operación.

—Es lo que queremos todos.

Suelta un suspiro profundo y percibo la presión a la que está sometida.

—Me preocupa. Tiene un abogado que no sé cómo está costeando y, aunque hay muchas pruebas para que lo condenen por

el secuestro de Blakely y el intento de homicidio a Emmett, nada lo vincula directamente con las chicas desaparecidas.

Yo también estaría estresado si fuera ella. Todos sabemos que está involucrado… ¡Joder, si hasta se lo confesó a Blakely! Pero no han encontrado ninguna prueba concreta. Cubrió muy bien sus huellas.

—¿Y no será suficiente por ahora?

—Sí, pero quiero justicia para las miles de chicas a las que ha hecho daño. Necesito una prueba irrefutable.

—Ojalá pudiera dártela, Cora, pero lo único que puedo ofrecerte es lo que vi cuando traté a Blakely después del secuestro y la información médica que me pides.

Un atisbo de sonrisa le asoma en los labios.

—Creo que tu testimonio nos ayudará mucho. Establecerá el patrón que espero mostrar con el tiempo.

—Gracias, Cora. Nos vemos mañana.

Me agarra del brazo cuando me voy.

—Oye, no sé si lo que ocurrió en tu casa fue por el juicio, pero durante esta última semana me han pasado cosas que no eran normales.

—¿Se lo has comentado a Emmett? —pregunto.

—No, me parecieron… Pensé que, a lo mejor, había olvidado guardar algunas cosas, pero después de enterarme de lo que había pasado contigo, empiezo a preguntarme si, quizá, han sido más que meras coincidencias. Y ayer encontraron a la forense de Portland en estado crítico en su apartamento, al parecer, tras un robo con violencia. Ya no puede testificar. Es que… Son demasiadas cosas relacionadas con el caso para que sean casualidades.

Trago con fuerza y el terror me invade. Sí, Spencer está con Sophie y Eden, pero si esto es por mí y por el juicio y le hacen daño a alguna de las dos, no me lo perdonaré jamás. He hablado con Emmett antes y creía que el allanamiento no estaba conectado con el juicio, ya que las tres cosas que movieron de sitio estaban relacionadas con Sophie: el diario, el patito de Eden y la carpeta de

Theo. Y ahora, después de haber oído que a Cora le ha ocurrido algo similar, me pregunto si no nos habremos equivocado.

—Me tengo que ir —espeto bruscamente.

Cora no dice nada más y voy directo al coche. Una vez allí, cojo el teléfono y llamo a Sophie.

No responde, y me invade la ansiedad.

Doy marcha atrás, salgo a toda prisa y llamo a Spencer mientras recorro Main Street a una velocidad excesiva.

No puedo explicarlo, pero siento que algo no va bien.

También me salta el buzón de voz de Spencer.

Le doy un manotazo al volante, frustrado por estar a quince minutos de casa. Mi mente conjura un millón de tragedias que podrían haber ocurrido mientras conduzco a toda velocidad para llegar hasta Sophie y Eden. Desde un punto de vista racional, es probable que simplemente no estén con sus móviles, y no hay ningún motivo real por el que el corazón me deba latir tan desbocado, pero el miedo es una emoción complicada. No entiende de lógica o razón. Solo siento una urgencia muy fuerte por volver a casa y asegurarme de que están a salvo, porque no soportaría que les pasara nada. Quiero a Eden con cada parte de mi ser y me estoy enamorando de Sophie. Quiero pasar todos los malditos días con ella y construir una vida con nuestra hija.

Si me las arrebatan por culpa de ese hijo de perra, lo mataré yo mismo.

Suena el teléfono y, por un instante, creo que podría ser Sophie, pero es Emmett.

—¡Emmett! ¡No consigo contactar con Sophie ni con Spencer!

—¿Dónde estás?

—Acabo de entrar en State Street, ¿y tú?

—En tu casa.

—¿Están bien Sophie y Eden? —Empiezo a asustarme y aprieto el volante con fuerza para impedir que me tiemblen las manos.

—Tú conduce con cuidado y ya lo solucionaremos cuando llegues.

El corazón me late a mil por hora.

—¡Joder! —grito, y golpeo el volante con una mano—. ¡Contéstame! ¡Dime si están bien!

Emmett se queda callado un segundo y después suspira.

—Holden, relájate de una puta vez. Que te comportes como un maníaco no servirá de nada. Mira, nadie responde mejor en este tipo de situaciones que tú, así que ponte en el maldito papel de médico cuando llegues a casa.

—Llego en dos minutos.

No sé cómo voy a soportarlo y hacer lo que me pide, pero lo intentaré. Me acerco a la casa y veo coches patrulla, una ambulancia y a tres hombres con fusiles hablando en la puerta de entrada.

Aparco el coche y salgo de él a toda prisa, desesperado por ver a mis chicas. Cuando cruzo el umbral de la puerta veo a Sophie con el rostro enterrado en las manos mientras Blakely le acaricia la espalda.

—¡Sophie! —grito, y levanta la cabeza de un tirón.

Entonces echa a correr hacia mí. La estrecho entre mis brazos y se aferra a mí con todas sus fuerzas.

—¡Se la han llevado! ¡Ay, Dios, se han llevado a nuestra pequeña!

Por primera vez en mi vida, sé lo que es sentir puro terror.

* * *

—Hemos destinado equipos de búsqueda por toda la zona y los chicos de la empresa de seguridad Cole ya están pasando las grabaciones por el reconocimiento facial. Además, han puesto en marcha todos los dispositivos de rastreo que tienen.

Sophie y yo estamos sentados en el sofá, cogidos de la mano, mientras todo el mundo se mueve a nuestro alrededor. Sophie rompe a llorar de vez en cuando y yo intento asimilar lo que ha pasado.

Spencer lo ha descrito como un ataque militar a gran escala. Se han ido las luces y después han lanzado dos granadas aturdidoras en la habitación que los han cegado a él y a Sophie. En menos de quince segundos, habían derribado la puerta y se habían llevado a Eden. Dice que ha ocurrido tan rápido que le ha sido imposible reaccionar antes de que detonaran las granadas.

Quiero gritar, maldecir a todo el mundo.

—Tendría que haber estado aquí —digo a nadie en particular.

—Que estuvieras aquí no habría supuesto ninguna diferencia —asegura Spencer.

—Tendría que… Tendría que haber contratado a la empresa de Jackson. Iba a llamarlo hoy, pero ahora es demasiado tarde, joder.

Emmett me aprieta el hombro.

—Los hombres de Jackson ya estaban aquí, Holden. Han estado vigilando a Sophie desde que llegó sin que lo supiéramos.

—¿Su equipo estaba aquí y no ha hecho nada?

—Los han incapacitado antes del ataque, pero han llegado a la casa tres minutos después de que se llevaran a Eden. Los secuestradores no eran aficionados. Estaban bien adiestrados y han cumplido con la misión en menos de cinco minutos, de principio a fin.

Los dos miembros del equipo de seguridad se acercan a nosotros.

—Me llamo Miles Kent y ella es Makenna Dixon, los dos estábamos aquí cuando ocurrió todo. Uno de los miembros del equipo de San Diego vendrá con una K-9. Jackson está de camino, y también Zach Barrett, que se había ocupado de Sophie y Eden antes. —El hombre mira a Sophie—. Nos han dejado inconscientes a los dos, así que es evidente que sabían quiénes éramos. En cuanto me he despertado, he visto que Makenna corría hacia la casa. Parece que estaban preparados para igualarnos.

—¿Te apellidas Dixon?

—Sí, señor. Mis padres son Mark y Charlie, a quienes ya conoce. Le aseguro que habrá serias repercusiones por haber permitido que esto ocurriera en mi guardia. Asumo toda la responsabilidad.

Miles da un paso adelante.

—Yo soy el guardia al mando, ha sido responsabilidad mía. Los técnicos ya se están ocupando de todo y, gracias a las cámaras, deberíamos tener información pronto.

—¿Cuánto hace que vigiláis la casa? —le pregunto.

El hombre mira a Sophie, y responde ella:

—Theo los contrató para que nos protegieran. Zach, uno de los miembros del equipo de Jackson, me trajo a Rose Canyon y han estado vigilándonos desde entonces.

—Pues no ha servido de nada.

Parece que Makenna va a responder, pero Miles se le adelanta.

—No, y lo sentimos mucho. Después del allanamiento, deberíamos habernos quedado un poco más cerca, pero intentábamos vigilaros desde la distancia para no alertar a nadie de nuestra posición.

Sophie se limpia las lágrimas que no deja de derramar. Dios, está destrozada y no puedo soportarlo. Necesito abrazarla, así que la atraigo a mis brazos.

—La encontrarán —le susurro contra la coronilla. Tienen que encontrarla.

—Estamos haciendo todo lo que podemos.

—Debe estar aterrorizada —balbucea Sophie—. ¿Quién ha sido? ¿Quién se ha llevado a mi pequeña?

Emmett aprieta los labios en una línea muy fina.

—No lo sé, Sophie, pero no vamos a descansar hasta que la encontremos.

Ella llora con más fuerza y la estrecho más contra el pecho. Estoy descompuesto, siento como si se me hubiera bajado el corazón al estómago y no puedo pensar con claridad. A lo largo de mi vida, he pasado por situaciones escalofriantes y siempre he sido capaz de mantener la compostura, pero ahora mismo no puedo. Se me caen las lágrimas mientras sujeto a Sophie contra mí. Acabo de encontrarlas y podría perderlas. Todo por mi culpa. Todo por este puto caso.

—Lo siento, mi amor. Dios, lo siento muchísimo.

Sophie se remueve para levantar la mirada hacia mí.

—No ha sido culpa tuya.

—Te prometí que os protegería.

Sacude la cabeza.

—Yo estaba aquí y tienes que creerme cuando te digo que no había forma de protegernos de lo que ha ocurrido. Holden, ha sido tan rápido que antes de que asimilara lo que estaba pasando, ya se había acabado. Spencer ni siquiera pudo reaccionar. Los únicos culpables son los que se la han llevado, así que dejemos de repartir la culpa y… Y centrémonos en recuperarla. Necesito recuperar a nuestra niña. —Las últimas palabras no son más que un sollozo que amenaza con romperme el corazón. He vivido tres años sin saber que Eden existía, pero estos últimos meses lo han cambiado todo. Mi hija, el motivo por el que respiro, ha desaparecido, y no puedo hacer nada para recuperarla.

—Yo también, cariño.

El personal se mueve por toda la estancia, haciendo fotos, hablando entre ellos y tomando huellas de los picaportes y de otros objetos, pero, en este momento, todo se desvanece. Mi mundo se reduce a Sophie, a las lágrimas que le resbalan por su bello rostro y a la desazón que le inunda la mirada. Me siento inútil. Veníamos de otro susto, en el que casi la perdemos porque no me di cuenta de los signos de diabetes que presentaba, y ahora la hemos perdido de otro modo.

Sophie se pone rígida y se zafa de mis brazos.

—¿Qué pasa con la medicación?

Yo ya lo había pensado.

—Le cambiamos la insulina ayer. Tiene para otros dos días… Tal vez. No lo sé. Si le da un bajón, entonces… No… ¡Joder!

Spencer es el primero en intervenir.

—Intenta calmarte, Holden.

—Podría morir, ¿lo entiendes? La máquina la ayudará si le suben mucho los niveles de azúcar, pero si le bajan, no puedo… No puedo

hacer nada desde aquí, joder.

Sophie se desmorona y cae al suelo entre sollozos desgarradores. Yo también rompo a llorar y me dejo caer de rodillas junto a ella para atraerla hacia mis brazos. Eden podría morir y no puedo hacer nada para salvarla. Nunca me repondré si la pierdo a ella también.

«Dios, por favor, ayúdanos».

Capítulo treinta

Sophie

Holden intenta convencerme de que me tome un sedante, pero me niego. No quiero dormir, quiero encontrar a mi hija. Es lo único que me importa.

Ahora mismo está sola y asustada. Podría estar llamándonos desconsoladamente o herida o…

Interrumpo el pensamiento porque me resulta demasiado aterrador.

Holden y yo estamos en el sofá, envueltos en una manta, con la mirada fija en los móviles mientras controlamos el nivel de azúcar en sangre de Eden. Ha necesitado insulina dos veces y, cada vez que la máquina se la inyecta, siento náuseas. Aun así, mientras la bomba se actualice, mientras la siga necesitando para regular el azúcar en sangre… Siento algo de consuelo, aunque eso signifique que cada vez le quede menos medicación.

Jackson se sienta en la mesa, delante de nosotros.

—La están buscando por todas partes, mi equipo de San Diego está revisando las cámaras de tráfico, la Policía colabora como puede desde aquí, Charlie está trabajando con algunos de sus contactos para hacer cosas que nosotros no podemos y los *marshals* han dado permiso a mi equipo para formar parte de la investigación.

Holden levanta la mirada hacia él.

—Si sabías que Sophie estaba en peligro, ¿por qué no destinaste más hombres a la zona?

Jackson no se inmuta.

—Envié a los que nos parecieron necesarios. Teníamos dos hombres aquí y, después de lo que pasó hace dos noches, un tercero venía de camino a cuenta de la empresa. Te aseguro que nadie pensaba que fuera a ocurrir algo así.

—¿Por qué no se llevaron a Eden la noche que se colaron en la casa? —pregunto—. ¿Por qué esperar?

Sacude la cabeza.

—No lo sé. Si tenemos en cuenta que podría haber alguien intentando averiguar lo que sabe Holden antes del testimonio y que alguien vinculado a Theo podría estar buscándote, puede que hablemos de dos responsables. Se llevaron a Eden mientras Holden estaba con Cora, lo cual me lleva a pensar que el secuestro está relacionado con el caso Wilkinson.

Blakely se acerca a nosotros y me da una taza de té.

—He pensado lo mismo. ¿Hemos considerado la posibilidad de que las personas que buscan a Sophie y Eden pudieran ser las mismas que intentan evitar que los testigos declaren en el juicio?

—Yo sí —responde Jackson—. Mi equipo está buscando conexiones con Wilkinson o Bill Waugh. Pregunté a Theo sin rodeos qué había descubierto exactamente, pero no quiso responder. Me dijo que si alguna vez necesitábamos esa información, se revelaría.

Holden se pone en pie.

—Bueno, ¡pues la necesitamos ahora!

Blake le pone una mano en el hombro.

—Si los secuestradores son los que persiguen a Sophie se escondiera entonces sí, la necesitamos, pero si están relacionados con el juicio, no nos serviría de nada. Mira, si pretenden evitar que testifiques, esta era la mejor forma de hacerlo. Pero si esto es por Sophie, no sé qué ganan llevándose a Eden. ¿Han pedido rescate?

—Todavía no —le responde Jackson.

—Vale. ¿Y qué hay de la carpeta, Spencer?

Spencer levanta la mirada y sacude la cabeza.

—He seguido buscando más referencias al número de colegiado de Holden o a por qué aparece en las postales. De momento, nada tiene sentido, pero he enviado copias del archivo a los analistas de Cole, así que también lo están investigando.

Es como si todo estuviera pasando a mi alrededor y no soy capaz de asimilarlo. ¿Dos grupos rivales de personas horribles van detrás

de nosotros? No puedo soportarlo.

Así que bajo la mirada al té y sigo monitorizando el único vínculo con Eden que tenemos.

Ellos continúan hablando y después salen de la habitación cuando alguien los llama. Me siento perdida, no dejo de ver cómo las cifras suben y bajan, pero, de momento, no han bajado demasiado. Rezo para que quienquiera que se la haya llevado se dé cuenta de que está enferma.

Holden me pasa un brazo por el hombro.

—Tienes que comer.

—No puedo. ¿Y si tiene hambre? ¿Y si tiene sed? No puedo si ella no puede…

Apoyo la cabeza en él y vuelvo a llorar, perdida y cabreada. Llevamos toda la noche esperando una llamada, esperando que alguien nos exija algo para poder dárselo, pero todavía, nada. Sigo llorando a lágrima viva, pero empiezan a pesarme los ojos y mi cuerpo no coopera cuando intento permanecer despierta.

—Estás exhausta, Sophie. Descansa, no hace falta que duermas, pero descansa.

—No quiero descansar. Quiero salir a buscarla. Quiero hacer algo… Lo que sea, en lugar de quedarme aquí sin hacer nada. Podemos ir a buscarla. Podemos ir a los hospitales, ¿no? ¡Soy incapaz de quedarme aquí quieta!

Holden me sujeta el rostro entre las manos.

—Estamos haciendo todo lo posible.

No me lo parece.

—Nunca tendría que haber venido. Después de lo de la otra noche, tendría que haber hecho las maletas y haberme largado. Ha sido por mí.

Es culpa mía.

Soy la responsable de que la perdamos. Sabía que estábamos en peligro y no salí huyendo. En lugar de pedir a Jackson que nos llevara a un lugar seguro, confié en que todos los que nos rodeaban nos protegerían. La intuición me pedía que me fuera y la ignoré.

—¡Esto no es culpa tuya, Sophie! No has hecho nada malo, cielo. No estás metida en nada de lo que ha pasado. Si es culpa de alguien, ¡es mía! Tú no has hecho nada. Yo soy quien la ha cagado. Soy yo quien hizo que te quedaras porque me aterraba perderos. Soy yo quien os he fallado a las dos. —Holden se frota el rostro. Tiene los ojos rojos y cargados de dolor—. Nunca me lo voy a perdonar.

Ninguno de los dos lo haremos. Sentimos tanta culpa que podríamos ahogarnos en ella. Estiro el brazo hacia él.

—No podemos hacer esto. Compadecernos no la va a traer de vuelta y no es culpa tuya. Joder, si es culpa de alguien, es de las personas con las que se involucró Theo. Pero, ¿tú y yo? No le hemos hecho esto. No la hemos hecho enfermar ni le hemos pedido a nadie que nos la arrebate. La queremos y, si ahora mismo estamos destrozados, solo es porque queremos recuperarla.

Holden da dos pasos hacia mí y me acaricia el rostro con ternura.

—Es lo único que quiero.

—Y yo.

—Daría lo que fuera por recuperarla.

—No dejo de preguntarme por qué no se me han llevado a mí —le digo—. Si esto es por Theo, ¿por qué no secuestrarme a mí? Eden no sabe nada.

—Y tú tampoco —me recuerda—. Es porque nada nos motiva más a los dos que ella.

—Ojalá me hubieran cogido a mí. Espero… Ojalá vuelvan y me maten si le pasa algo, porque no voy a sobrevivir si es así, Holden.

Se inclina hacia mí y me besa con suavidad.

—Ninguno de los dos. Debemos mantenernos fuertes y tener fe en las personas que nos rodean.

¿Cómo puede no darse cuenta de que he perdido la fe en cuanto he visto que se habían llevado a mi hija?

* * *

Han pasado veinticuatro horas.

Es como si viviera en una esfera de nieve, yo fuera la figurita en el centro y las cosas no dejaran de moverse a mi alrededor.

No sabemos nada. No hay noticias. Nadie la ha visto. Parece que se ha desvanecido. Las últimas imágenes que hemos obtenido muestran una furgoneta negra que conduce a toda velocidad por delante de la cafetería. Después de eso… Nada.

No consigo dormir, comer, ni siquiera hablar mucho. Brielle y Blakely han estado a mi lado incondicionalmente. Holden no deja de levantarse, caminar de un lado a otro, sentarse, gritar a todo el mundo y llorar otra vez, para después volver a caminar de un lado al otro, tratando de ser fuerte.

Ninguno de los dos es capaz de mantener la calma mucho tiempo, cada segundo que pasa estamos más destrozados. Después de verme llorar durante la última hora, Brielle me obliga a tumbarme y finjo que me duermo porque es mucho más sencillo que recibir órdenes u oír que hablan como si hubiera muerto.

Prefiero permanecer entumecida.

Holden ha ido a la ducha y hay varias personas en el salón que intentan hablar en voz baja, pero oigo todo lo que dicen. Lo primero, la voz inconfundible de Emmett.

—Pensábamos que dirían qué quieren. Si todo esto es por Holden, alguien tendría que haber exigido que no testifique. Y si es por Sophie, ya deberían habernos dicho qué quieren de ella.

—Si es que ella pudiera proporcionarles algo, pero hemos estado escarbando en sus estados financieros… —responde Jackson.

—¿Y?

—De momento, parece que la empresa para la que trabajaba Theo era el negocio fantasma de algún cártel o sindicato de la mafia. El problema es que todavía no sabemos cuál —añade Jackson.

—¿Crees que descubrió para quién trabajaba de verdad y por eso hizo que Sophie huyera?

—Sí. Y por eso tenía tanto miedo. Tardaré días en averiguar con quién se vincula la empresa fantasma, todo dependerá de si, en el pasado, han cometido algún error con el papeleo —explica Jackson

con un tono cargado de frustración—. Estamos centrando casi toda nuestra energía en encontrar una pista que nos lleve a Eden, es lo más importante.

—En especial porque se le está acabando la medicación. —El miedo de Emmett es evidente—. Esperemos que sean conscientes y hagan lo correcto.

Jackson suspira.

—Si está muerta, no podrán utilizarla contra ellos.

—Exacto.

Me giro y me tapo la cabeza con la almohada. No quiero oírlo. No quiero pensarlo.

Cierro los ojos y esa insensibilidad que tanto he anhelado me sumerge en la oscuridad.

—¡Sophie! Sophie, despierta. —Holden me sacude y abro los ojos, presa del pánico.

—¿Qué? ¿La han encontrado? —pregunto. Me incorporo y echo un vistazo a mi alrededor. Holden sacude la cabeza.

—Alguien te está llamando.

—¡Silencio todo el mundo! —grita Jackson—. Sophie, tienes que contestar.

Asiento y trago la bilis que amenaza con desbordarme la garganta. Me tiemblan las manos cuando las alargo hacia el móvil y Jackson me recuerda lo que debo hacer si quien me llama es la persona que se ha llevado a Eden.

—Haz que hablen todo lo que puedas. Hazles preguntas. Si no responden, vuelve a preguntar hasta que contesten, ¿de acuerdo?

—Vale. —Pulso el botón verde y me obligo a responder—: ¿Diga?

La voz al otro lado del teléfono está distorsionada para ocultar de quién se trata.

—Tenemos a tu hija.

—¿Está viva?

—Tienes algo que queremos y, si nos lo das, te la devolveremos.

Me tiemblan las manos, quiero ponerme a gritar, pero mantengo la calma… Por Eden.

—¿Mi hija está viva?

Se produce una pausa.

—Sí.

Oh, gracias a Dios.

—Quiero… oír su voz.

—Tienes algo que me pertenece y quiero recuperarlo.

El miedo que intentaba controlar me abruma.

—Por favor, no tengo nada excepto a Eden. Por favor, está enferma, tiene que volver a casa. Sufre de diabetes, podría morirse. Por el amor de Dios, ¡dime qué crees que tengo y te lo daré! Te lo juro. Solo quiero que mi hija vuelva a casa, por favor.

Holden me rodea con un brazo para tranquilizarme.

—No hace falta ponerse histéricos. Tu marido me robó lo que es mío y quiero recuperarlo.

Dios, ha sido culpa mía. Empiezo a jadear y Holden me vuelve hacia él para que lo mire. Mueve los labios para pronunciar la palabra «respira» sin producir sonido.

Inhalamos y exhalamos juntos, y asiento.

—Dime qué es. Necesito saberlo para poder buscarlo.

La voz ríe en voz baja.

—Encuentra mi dinero y recuperarás a tu hija.

Con eso se corta la llamada.

Capítulo treinta y uno

Holden

—Está dormida, le he dado un sedante —explico al grupo que se ha reunido en mi casa.

Después de la llamada, se ha puesto histérica. No dejaba de gritar que quería ver a Eden y de suplicarnos que nos pusiéramos en contacto con los secuestradores de nuevo y les diéramos cada centavo que tenemos. Kate ha llegado poco después de la llamada y ha sido de gran ayuda. Aun así, hemos tardado quince minutos en conseguir que Sophie se calmara lo suficiente para escucharnos y luego otros diez para convencerla de que tomara algo de medicación para dormir. En ese estado no ayuda a nadie.

—Solo necesita descansar —asegura Kate, y me aprieta el brazo con suavidad—. Ha pasado por mucho en muy poco tiempo.

Asiento.

—Lo sé. Es demasiado para todos.

—¿Cómo lo llevas tú?

—No sé ni cómo responder a eso.

Asiente comprensivamente.

—Ser sincero sería un buen comienzo.

Inhalo con suavidad e intento calmar los pensamientos alborotados.

—No estoy muy bien.

—Me lo imaginaba.

—No sé qué pensar de todo esto. ¿Por qué llevarse a una niña pequeña e inocente? ¿Por qué iban a ponerla en peligro por dinero? Además… Sophie no tiene nada.

—La gente hace cosas horribles cuando está desesperada. ¿Sabes con quién se había involucrado su marido?

Sacudo la cabeza.

—No sabemos nada, Kate. Solo que Eden ha desaparecido y que trabajamos a contrarreloj porque podría morir. No lo superaría.

—Yo he estado en la misma situación. —Suspira profundamente —. He pasado por el miedo de no saber qué hacer, pero aun así tenía que ser fuerte, sin importar el resultado. Tenéis que apoyaros el uno en el otro y en vuestros amigos, ellos os ayudarán. Cuando… —Se obliga a sonreír—. Será duro independientemente del resultado, pero hay que ser optimistas.

La observo e intento leer entre líneas.

—Hablas como si hubieras experimentado algo similar.

Kate esboza una sonrisa triste.

—Perdí a mi hija hará unos cinco años. Era… Bueno, tenía dieciséis años. Es lo peor que he vivido nunca. Tampoco pensé que fuera a superarlo. Quería meterme en el ataúd y que me enterraran con ella. Mi matrimonio no sobrevivió a la pérdida. Por eso vine a Oregón, para dejar todo aquello atrás. Cada día buscas la manera de levantarte y cambiar el mundo. Es un dolor que nunca desaparece, pero aprendes a sobrellevarlo. Espero que no tengas que pasar por lo mismo y encontréis a Eden.

—Gracias, y… Lo lamento. Imagino que estar aquí ahora mismo no es fácil para ti.

Kate se acerca a mí y me da un abrazo.

—Así consigo sobrellevar el dolor… Ayudando a los demás.

—Eres mejor persona que yo.

—No, en absoluto, solo he buscado formas de salir adelante.

Espero no tener que hacerlo. Entramos en el comedor, donde nos esperan todos de pie. No se discuten más que teorías y la cabeza me da vueltas.

—Hola —me saluda Jackson en cuanto entro—. ¿Se ha dormido Sophie?

—Sí.

—¿Te ha dicho algo? —pregunta Blake. Sacudo la cabeza.

—No dejaba de repetir que no tiene dinero. Vino aquí sin nada y ni una sola vez ha mencionado tener más dinero del que había en el sobre que le entregaron cuando la trajeron.

—Doy fe de eso —interviene Jackson—. Cuando Sophie llegó a Estados Unidos, la recogí y le entregué tres mil dólares. Eso es todo. Theo pagó por la protección antes de morir y puso todos sus activos en paraísos fiscales, no quería que nadie los tocara. Era fundamental que nunca le diéramos acceso a Sophie.

—¿Cuánto tiene?

Saquearé todas las acciones, bonos y cuentas bancarias que tengo si es necesario. Solo tienen que pedírmelo.

—Son unos doscientos mil dólares, no lo suficiente para secuestrar a una niña. No es calderilla, pero un cártel o un sindicato de la mafia buscaría millones.

Me dejo caer en una de las sillas del comedor, cabreado e impaciente. Tenemos que encontrarla, porque cada segundo que marcan las manecillas del reloj es como la cuenta atrás de una bomba a punto de explotar.

Spencer empieza a caminar de un lado al otro.

—¿Por qué no los sacamos? Podríamos conseguir todo el dinero y ver si es lo que quieren.

—Podríamos hacerlo, pero el instinto me dice que no van tras ese dinero. Puede que me equivoque. ¿Sabes si la carta que le envío Theo a Sophie contenía instrucciones o información? —pregunta Jackson.

—No tengo ni puta idea —respondo, frustrado y harto de todo esto—. ¡Estoy hasta las narices de los jueguecitos y de las gilipolleces! Primero Brielle, luego Blakely y ahora se han llevado a mi hija, joder. Estoy harto de resolver pistas y buscar incoherencias. Nada tiene sentido y estoy hastiado. Se acabó.

—Sé que estás frustrado, pero para recuperar a Eden tenemos que descubrir qué hizo Theo con el dinero —explica Jackson, tranquilo y sereno—. Yo también soy padre y solo puedo imaginarme cómo me sentiría si se llevaran a una de mis chicas. Seguramente me pondría en modo homicida, pero esperaría que me

ayudara gente capaz de mantener la cabeza fría, que me recordara lo que tenemos que hacer, que es encontrar lo que quiere esa gente.

—Quieren dinero. ¿Qué dinero? Si Sophie no tiene nada, joder.

—Lo tiene, pero no puede tocarlo —añade Blakely—. Si lo hubiera hecho, la habrían rastreado. Estoy de acuerdo con Jackson: yo tampoco creo que quieran eso. Creo que hay otra cuenta que ella no conoce. Su marido no fue honesto con ella y Sophie no sabe casi nada de lo que hacía, solo que trabajaba en finanzas. Así que digamos que descubrió algo que no debía en los libros contables, lo cual parece razonable dado que trabajaba para una empresa fantasma vinculada con el crimen organizado. ¿Qué es lo más fácil de utilizar como garantía para que no te mate alguien que no quiere que desveles su secreto?

Jackson responde con rapidez.

—Información o…

—Dinero —concluyo yo.

Blakely se da unos golpecitos en la nariz y me señala.

—Exacto. Si es el escenario al que nos enfrentamos, que Sophie no sepa que tiene el dinero no significa que no lo tenga.

La habitación se queda en silencio mientras todos asimilamos la información.

—Es decir, ¿creen que hay por ahí una cuenta con dinero que Sophie desconoce? —pregunta Kate.

—Creo que es posible —responde Spencer—. Ahora mismo estamos siguiendo posibilidades y teorías hasta que aparezca una pista legítima. Estoy de acuerdo con Jackson, tienen que ser más de doscientos mil dólares si están dispuestos a secuestrar a una niña para recuperarlos. Están desesperados y lo necesitan.

Expulso el aire y la derrota parece llenarme los pulmones. ¿Cómo narices vamos a arreglarlo? ¿Cómo vamos a encontrar un dinero que nadie sabe dónde está? Si su marido siguiera vivo, lo mataría yo mismo.

Spencer levanta la carpeta.

—Tiene que estar aquí. Es el único vínculo con Theo que tenemos y quería que lo supieras, Holden.

—Dame la carpeta —digo, y alargo la mano—. Repasaré cada puta línea. —Me la entrega y me vuelvo para dirigirme a la habitación, donde habrá silencio. Antes de irme, vuelvo a mirarlos —: Actuad como si no hubiera nada aquí dentro porque, por lo que sé, no contiene nada útil. Encontrad a mi hija. Por favor.

—Estamos en ello —me asegura Jackson—. No nos rendiremos.

Al oír eso, me voy al dormitorio y cierro la puerta detrás de mí con firmeza.

Pasan las horas y he leído casi todo. De momento, no veo nada más que uno de los médicos ha escrito mi número de colegiado en sus apuntes. La cabeza me da vueltas, tengo la sensación de estar volviéndome loco y por fin he llegado al límite. Cojo el móvil y llamo a la consulta del médico. Ante mi insistencia por hablar con el doctor inmediatamente, me pasan con él a regañadientes.

—Hola, doctor Frasher, soy el doctor Holden James. Llamo en relación con un paciente suyo, Theodore Pearson.

—Sí, el señor Pearson era paciente mío, pero no sé si voy a poder ayudarle, dado que falleció.

—Usted era su médico, ¿verdad?

—Lo siento, pero no sé si puedo responder a sus preguntas.

—Doctor Frasher, soy consciente de que Theo ha muerto. Voy a ser franco y explicarle la situación tan rápido como pueda. Soy el padre biológico de Eden. A su mujer, Sophie, la obligaron a huir porque estaban en peligro. Solo quiero saber por qué en sus notas se utilizó mi número de colegiado donde debía aparecer la temperatura, la presión arterial o el pulso. Son cosas que a alguien normal pueden parecerle un poco raras, pero que, para mí, esconden algo más.

No dice nada durante un minuto, pero espero a que me dé una respuesta.

—Lo siento, doctor James, no sé de qué me está hablando. Theo era paciente mío, pero nada de lo que pueda decir lo ayudará.

—Por favor, no se lo pregunto por mí. Lo pregunto porque la vida de alguien corre peligro.

El doctor Frasher se aclara la garganta.

—Dígame una fecha y revisaré los datos para ver dónde está el error.

Busco la primera vez que se utilizó mi número de colegiado y se lo digo.

—¿Qué le parece raro, doctor James?

—Se especifica que la presión sanguínea era de 86/753.

—Debe de haber un error. Aquí tengo anotado 123/77, ligeramente hipertenso, pero no lo suficiente para causar alarma.

No, eso no es lo que pone en el historial que tengo.

—Lo estoy leyendo ahora mismo. En la gráfica impresa pone 86/753.

Suspira profundamente.

—Pues deben haberla modificado después, porque no es lo que reflejan mis datos.

Me pellizco el puente de la nariz y lucho contra la tentación de lanzar el móvil al otro lado de la habitación.

—Compruebe otra fecha. —Lo hace y, una vez más, la información no coincide—. ¿Cómo es posible que su historial sea distinto al que tengo en la mano?

—No estoy seguro, pero me interesa saber cómo ha obtenido el historial confidencial de uno de mis pacientes.

Pedí que buscaran los informes del hospital, del cardiólogo y de su médico principal y que me los enviaran afirmando que iba a realizar una investigación *post mortem.*

—No tiene importancia. Es urgente descubrir por qué han alterado los datos.

—Doctor, tengo la copia original justo delante y le estoy diciendo exactamente lo que veo.

—Gracias, no le haré perder más tiempo.

—Que tenga un buen día.

Cuelgo y me tumbo en la cama. Rezo a mi hermana para que cuide de Eden, porque es evidente que yo he fallado.

Debo haberme quedado dormido, porque, cuando abro los ojos, Sophie está tumbada a mi lado, acurrucada contra mi costado. La rodeo con el brazo y le beso la frente. Le prometí que las protegería y, a pesar de que no lo he hecho, sigue a mi lado.

El móvil me muestra que solo ha pasado una hora desde que he hablado con el médico, pero es la primera vez que duermo tanto desde que se llevaron a Eden.

Sophie se remueve y le tiemblan los párpados un par de veces antes de abrir los ojos del todo.

—¿Todavía nada?

Sacudo la cabeza.

—No, lo he intentado…

Una lágrima le resbala por la mejilla.

—Solo quiero que vuelva a casa. Haría lo que fuera. Daría lo que fuera. Cambiaría mi vida por la suya, pero se la han llevado sin darme la oportunidad de entregarles lo que querían. Han secuestrado a nuestra pequeña y podría morir. —Se le quiebra la voz.

—La vamos a encontrar. Tenemos que encontrarla.

Asiente, pero no para de llorar.

—No dejo de esperar despertarme y encontrarla a mi lado, tumbada, durmiendo plácidamente.

—Ojalá fuera así —digo, y a mí también me tiembla la voz—. Vendería todo lo que tengo si sirviera de algo.

—Todos los años que pasé pensando que Theo era un hombre maravilloso se han desvanecido. Sabía que estábamos en peligro y no me dio la oportunidad de protegerme. Lo odio… y nunca pensé que lo haría. Odio que le haya hecho esto a Eden.

Le aparto el pelo hacia atrás y le limpio las lágrimas con los pulgares.

—Las respuestas están aquí, Sophie. No sé dónde, pero creo que Theo quiso dejarte un modo de encontrarlas. Solo tenemos que

hacer que las piezas encajen.

—Han pasado treinta y nueve horas. No queda mucho tiempo hasta que se le acabe la medicación.

—Lo sé. —Eso es lo que más me asusta—. Venga, vamos a ver si hay alguna novedad.

Entonces me fijo en el móvil y en que tengo un mensaje de voz de un número desconocido. Miro a Sophie mientras se levanta de la cama y se lo digo.

—Escúchalo.

Lo reproduzco.

—Doctor James, soy el doctor Frasher. Mi clínica no es un lugar seguro para hablar. Le envío un correo encriptado que responderá a sus preguntas. Quería decirle que lo siento muchísimo y que espero que esto le ayude.

—¿Qué quiere decir? —pregunta Sophie.

Mientras abro el correo, le explico que he hablado con él antes y que me ha dicho que los datos de la carpeta no estaban bien. Reviso los mensajes y veo que no tengo ninguno, así que abro el correo del trabajo. Y ahí está, marcado como urgente.

Cuando lo abro, veo que contiene un mensaje corto y un archivo adjunto.

Holden y Sophie:

Cuidé de Theo durante sus últimos dos años de vida. Durante ese tiempo llegamos a conocernos muy bien y también nos vimos envueltos en algo en lo que nunca deberíamos habernos metido. Hace tres días asesinaron a mi esposa y a mi hijo y me temo que lo que ha ocurrido con su hija es culpa mía. Hice que detonara la alarma y lo lamento muchísimo. Este será mi último mensaje. Buena suerte, espero que encuentren a su hija.

Abro el archivo adjunto y veo que es una nota escaneada.

Si estás leyendo esto, es que ha pasado lo peor y Sophie o Eden están en peligro tras mi muerte. Les advertí de lo que ocurriría si

iban a por mi familia, pero es evidente que no les importó. Esta era mi garantía.

Soy consciente de que, probablemente, me considerarás un inútil y, llegados a este punto, tendrías razón. No he conseguido proteger a mi mejor amiga ni a la pequeña que me llamaba papá. Por lo tanto, espero que esto te ayude no solo a salvarlas, sino también a acabar con los que las persiguen.

La única forma de hacerlo era dejarte pistas que te traerían hasta aquí. Trabajé para las personas más despreciables que uno pueda imaginar. Los ciega la idea de construir un mundo mejor y no se detendrán ante nada para conseguirlo.

Cuando empecé a trabajar en Havened, este la empresa estaba desarrollando un programa de ayuda, para dar una vida familiar a niños que, de no ser así, estarían solos. Y al principio, consistía en eso. Descubrí cómo ahorrar más dinero y a recaudar fondos para ayudar a más niños.

En mi ambición por conseguir que la empresa alcanzara a más familias, aproveché un vacío legal, pero, más tarde, descubrí que lo que había hecho era ilegal. Cuando intenté corregir mi error y asumir la responsabilidad de lo que había hecho sin querer, el propietario de Havened lo utilizó para obligarme a seguir gestionando las finanzas de la misma manera. No tenía muchas opciones, no podía permitir que destrozaran a mi familia por un error que yo había cometido.

La cagué y mi mujer y mi hija estaban en peligro, por lo que hice lo que creí correcto y reuní toda la información que pude sobre los responsables de la organización, desesperado por encontrar a su líder.

Te escribo esta carta desde la UCI, me muero y no he averiguado quién está al frente de la organización. Sin embargo, encontraréis toda la información que reuní en una caja fuerte del banco principal de Rose Canyon. La llave está dentro de la pirámide que te envié. Hay una segunda copia en el Big Ben. Si han matado a Sophie o Eden, no les des nada. Si se las han llevado y esto te ayuda a recuperarlas, úsalo, pero debes saber que nunca estarán

satisfechos si las sueltan. Tendréis que huir. No sé quién es, pero es alguien despiadado. Léelo todo en un lugar seguro y no compartas lo que averigües. Confía en mí.

Lo siento, he hecho todo lo que he podido para enmendar mi error.

Theo.

A Sophie le tiemblan los labios mientras sacude la cabeza.

—Tenemos que encontrar la caja.

Asiento.

—Vamos. Despertaré a quien sea para entrar en ese banco.

Capítulo treinta y dos

Sophie

El banco estaba cerrado, pero Emmett ha conseguido convencer al director de que lo abriera. Solo hemos tenido que enseñar nuestros carnés de identidad y una de las dos llaves idénticas que hemos encontrado para que nos permitiera acceder a la caja. Es la número 223, el cumpleaños de Eden.

—Tomaos el tiempo que necesitéis.

Holden le ofrece la mano.

—Gracias, Ellis. Sé que son las diez de la noche de un domingo.

El hombre sujeta la mano entre las suyas.

—Soy padre. No es necesario que me des las gracias.

Cuando el director sale de la habitación, saco la caja y la dejo encima de la mesa. Holden levanta la tapa y ambos nos quedamos mirando el contenido fijamente. Dentro debe de haber cientos de páginas: extractos bancarios, notas, nombres de personas y lugares, y montones y montones de impresos.

—Tardaríamos días en revisarlo todo —digo con la voz llena de dolor—. ¡No tenemos tanto tiempo!

—Mantengamos la calma y pensemos en alguna estrategia.

Eden se queda sin tiempo. De camino al banco los dos hemos recibido una alerta que nos avisaba de que la máquina se quedaba sin medicamento y habría que recargarla pronto. Hoy está recibiendo más insulina que los otros días y empiezo a entrar en pánico.

Holden empieza a organizar los papeles.

—Toma, échale un vistazo a estos. Mira si alguno de los nombres o notas que escribió tienen sentido.

Él aborda una pila mientras yo me ocupo de la otra y, durante mucho rato, el único sonido que se oye en toda la cámara es el movimiento de papeles.

Más o menos las primeras diez páginas de las notas de Theo no son gran cosa. Contienen el nombre de algunas personas que conocimos en galas y algunos donativos que hizo a un centro cardíaco de Londres.

—Este nombre —digo, y le paso el papel a Holden—. Me suena.

Lo coge y echa un vistazo rápido al membrete de la parte superior.

—Es el médico que nos envió el correo.

—Donamos una suma importante a su nombre.

Saco el libro de contabilidad de la cuenta que compartíamos Theo y yo y veo que hay una línea subrayada.

—Treinta mil libras.

—¿Solo donó dinero a nombre del doctor Frasher esa vez?

Repaso la lista y sacudo la cabeza.

—No hay nada más con esa cantidad o a ese doctor.

—¿Es probable que fuera el pago por alterar el historial?

—Tal vez —respondo.

—Vale, pues apártalo. Sigue buscando. —Holden gruñe en voz baja y hace que centre toda mi atención en él.

—¿Qué pasa?

—Aquí también aparece el nombre del médico. No… No lo entiendo. Theo lo señala como uno de los hombres involucrados con Havened. Pone que asistió a una de las reuniones en Texas.

—¿Texas? —Sé que Theo viajaba mucho, pero no recuerdo que mencionara Texas—. Cuando viajaba a Estados Unidos siempre iba a Georgia.

—Lo pone al principio de las notas. Explica que el doctor Frasher recetaba medicación a algunos pacientes para combatir el síndrome de abstinencia de determinadas drogas. Yo nunca recomendaría ese medicamento a nadie, no es algo que utilice muy a menudo, pero

sigue sin tener sentido. El doctor Frasher está colegiado en el Reino Unido, no podría recetar medicamentos en Texas.

Sacudo la cabeza.

—No sé a qué viene lo de las drogas.

—Yo tampoco, pero si el doctor Frasher estaba involucrado con esa gente, a lo mejor quería salir de allí y decidió ayudar a Theo. Es evidente que trazaron un plan por si ocurría algo y el doctor Frasher ha dicho que han asesinado a su mujer y a su hijo y que siente haber activado la alarma.

—Vale, pero ¿qué crees que es la alarma?

—No lo sé. —Suspira. Rebuscamos entre los papeles un minuto o dos más y después Holden me entrega otro documento—. Mira, aquí vuelve a aparecer su nombre, pero esta vez en el Reino Unido.

—Theo era su paciente —le recuerdo—. Que se reunieran en Londres no es de extrañar.

—No estamos seguros de si lo trataba de verdad. Que Theo fuera a un cardiólogo que trabajaba con su empresa no parecería raro, ¿no?

Sacudo la cabeza.

—No, era su médico de verdad. Yo iba a las consultas con él.

—Vamos a asumir que el doctor Frasher en realidad no era su médico. Iba contigo a las visitas para que pareciera real. Los documentos falsificados son del doctor Frasher. Y tenía la carta de Theo. ¿Y si él y Theo habían iniciado la farsa para proteger a sus familias? —pregunta Holden.

Todo esto me parece una locura. Si Theo o el doctor Frasher nos hubieran contado la verdad, podríamos haberlo denunciado a la Policía o buscado ayuda. Nada de esto habría pasado. Y ahora estamos en una cámara acorazada y es como si intentáramos encajar las piezas de un puzzle con bombas amarradas al pecho.

—Tenemos que encontrar el dinero.

—Sí, así que sigamos buscando.

Vuelvo a revisar las pilas de papeles y encuentro una transferencia de nuestra cuenta personal.

—Holden, mira esto.

—Es una cantidad bastante grande.

—Hizo una transferencia cada tres días durante dos semanas. No sabía que tuviera una cuenta en Belice —gruño—. ¡Se tomó todas estas molestias y no se le ocurrió dejarme una notita con las instrucciones del maldito mecanismo de seguridad! ¡Joder! Necesito a nuestra hija. ¿Para qué vine? ¿Para perderla por el maldito dinero?

Holden se pone en pie y me sujeta por ambos brazos.

—Viniste en busca de una vida, de una familia. Aunque no sé si Theo creía que acabaríamos juntos, viniste por mí. Te amo, Sophie. Os quiero a ti y a Eden. No me voy a rendir. Somos más fuertes juntos, maldita sea. Encontraremos a Eden porque no nos rendiremos. Estoy asustado y enfadado y lo único que quiero es tener a nuestra pequeña en brazos, así que no te atrevas a renunciar a esto.

Le sujeto el rostro entre las manos, me inclino hacia él y lo beso.

—Yo también te amo. No soporto que nos lo hayamos dicho así por primera vez, pero…

—Pero es la verdad.

—¿Y cómo superamos esto? —pregunto—. No sé cómo acabará, solo quiero recuperarla.

—Yo también, cariño. Yo también. Sigamos buscando, a ver si encontramos algo que podamos utilizar.

Una vez más, desperdicio el tiempo revisando los pensamientos aleatorios de Theo y documentos sin importancia. Cada vez estamos más cerca de no encontrar nada. Es muy frustrante. Justo cuando estoy a punto de rendirme, encuentro una nota que me para en seco.

Dice, en la caligrafía gruesa y apresurada de Theo: «Los paramédicos se llevan a las fugadas».

—¿Holden?

—¿Qué?

—El caso en el que te has visto envuelto, en el que vas a testificar… ¿Qué hizo el culpable?

Holden baja el papel que tenía en la mano.

—Podemos hablarlo después.

—No, respóndeme, por favor —insisto.

Mira a ambos lados y después empieza a hablar:

—Se llama Ryan Wilkinson. Es de Rose Canyon y está involucrado en el tráfico de menores fugadas y en la muerte de tres chicas, que sepamos, pero no hemos podido demostrarlo. Lo arrestaron después de secuestrar a Blakely y lleva pudriéndose en la cárcel desde entonces, esperando al juicio.

—¿Y cómo secuestraba a las chicas?

Blakely me ha contado algunas partes de la historia, pero necesito saberla al completo.

—Era paramédico. Atraían a chicas desesperadas y enganchadas a las drogas, y les ofrecían ayuda. Sin embargo, su ayuda era peor que la calle.

Empujo la nota hacia él. La lee y abre mucho los ojos.

—No, sería imposible.

—¿Ryan era su líder? —pregunto.

—No, nos advirtió que íbamos a cabrear a otro tipo y que el asunto no se había acabado.

Le doy unos toquecitos al papel con el dedo, no deja de darme vueltas la cabeza.

—Pero ambas cosas podrían estar conectadas, ¿no? Si no, ¿por qué iba a tener Theo esto aquí?

—Estoy de acuerdo en que aquí hay algo. —Rebusca en una pila de papeles y saca una fotografía—. Hay algo en Texas. Iba mucho allí. A lo mejor alguien trabajaba con Ryan y formaba parte del mismo grupo.

Holden se levanta, se dirige a la puerta y pulsa el botón para que Ellis sepa que ya estamos listos.

—¿Adónde vas?

—Tengo que ir al juzgado. Voy a obtener respuestas antes…

Antes de que sea demasiado tarde.

Capítulo treinta y tres

Holden

—Esto es un error —dice Emmett por décima vez—. Tenemos a gente buscándola por todas partes. Sabes que esto no está bien.

Me importa una mierda.

—Lo que sé es que mi hija lleva desaparecida casi cuarenta y ocho horas. Sé que se está quedando sin medicación. Sé que existe la posibilidad de que Ryan sepa quién se la ha llevado y por qué, así que no me digas que está mal. No me digas que no habrías hecho lo mismo si hubieran secuestrado a Blakely. De hecho, sé que lo habrías hecho, que harías cualquier cosa. Así que abre la celda y déjame hablar con él.

No queda tiempo. No tengo dónde buscar. Estoy desesperado y haré lo que haga falta para recuperar a Eden.

Prometo que haré cualquier cosa.

Emmett sacude la cabeza, sé que intenta pensar en algo que me detenga. No hay nada. Es mi única esperanza.

—No puedo permitirlo, destrozarás el caso. ¿Qué pasará con las chicas desaparecidas? ¿Qué pasará con los padres que ya han enterrado a sus hijas?

Lo agarro por la camiseta y lo estampo contra la pared. Me invade una ira que no había sentido nunca y ya se me ha colmado el vaso.

—¿Y qué pasará con mi hija? ¿Crees que ahora mismo me importa alguien más? ¡Déjame entrar en la puta celda y conseguir la información que necesito!

—Quiero a Eden. Eres mi mejor amigo y daría mi puta vida si con eso pudiera traer a tu hija de vuelta a casa, pero así no. No voy a dejar que hagas algo que no te perdonarías en la vida. No eres así, Holden. ¿Quieres entrar y hacer un trato descabellado sin

autorización? ¿O piensas amenazarlo? ¿Qué vas a hacer? ¿Ayudarlo a escapar? ¿Ofrecerle dinero? ¿Prometerle modificar tu testimonio?

Lo suelto y doy un paso atrás.

—Solo iba a suplicarle.

Ryan no es un mal tipo, solo es avaro y está desesperado. Y eso último lo entiendo, porque yo también lo estoy.

—Creo que vas a salir de aquí mucho más desilusionado que ahora.

—Tengo que intentarlo. Es la única posibilidad que me queda.

—Entonces entraré contigo.

—No —le replico. Ni de coña voy a dejar que entre. Ryan nunca hablará si Emmett está presente.

—Es lo que hay. —Emmett se mantiene firme—. ¿Quieres hablar con él? Adelante, pero lo harás bien. —Cierro los ojos, tengo que aceptarlo—. Venga, Holden, tú decides.

—Solo necesito respuestas.

—Lo entiendo, pero no permitiré que destruyas el caso que hemos construido contra el hombre que secuestró y habría matado a mi mujer. Quiero a Eden, haría lo que fuera por ayudarte, pero solo tienes dos opciones. O entro contigo y seguimos el procedimiento o te encierro en el coche patrulla hasta que entres en razón.

—¿Qué harías tú?

Se encoge de hombros.

—Sé que cuando le pasó a Blake estaba destrozado. Entiendo la desesperación que sientes, por eso lo sopeso. Si Ryan está involucrado, a lo mejor podemos apelar a su lado humano. No lo sé. Nada lo vincula a la red de trata, excepto el testimonio de Blakely. No tiene motivos para contarnos nada, solo quiero que lo sepas.

Lo sé. Sé que es una posibilidad muy remota y que, probablemente, no servirá de nada, pero no me quedan más opciones.

—Vamos a intentarlo.

—De acuerdo.

Sigo a Emmett hasta la celda en la que Ryan está encerrado noche y día. Levanta la cabeza y entrecierra los ojos cuando Emmett cierra la puerta.

—¿Qué queréis? —pregunta Ryan, con la voz plagada de repulsión en cada sílaba.

No pierdo el tiempo.

—¿Dónde está mi hija?

Veo que abre mucho los ojos durante un segundo.

—¿Qué?

—Mi hija. ¿Dónde está?

—¿Cómo coño quieres que lo sepa? Ni siquiera sabía que tenías una hija.

Saco el móvil y busco la foto en la que sale sonriendo con su muñeca. La hice la semana pasada, justo en el momento en que paró de dar vueltas y reír mientras cantaba una canción.

—Esta es Eden. Tiene tres años y sufre diabetes. Se la han llevado de mi casa.

Ryan echa un vistazo a la pantalla y sacude la cabeza.

—No sé para qué narices has venido aquí. Tengo coartada.

—Mi hija tiene vínculos con alguien a quien creo que conoces. Había una nota que decía que los paramédicos se llevan a las chicas. Bueno, pues tú eres un paramédico y secuestraste a unas chicas.

—Nunca he tocado a una niña.

Emmett resopla.

—Permíteme que discrepe, no hemos venido aquí a debatir matices. Tenemos motivos para creer que hay una conexión entre las personas que secuestraron a Eden y las personas para las que trabajabas.

Se le escapa una carcajada.

—Llevo en la cárcel… ¿cuántos meses? No sé quién es tu hija o qué vínculos hay entre nadie. Ahora, si me disculpáis, tengo que leer. —Ryan coge el libro y cruza una pierna por encima de la otra.

Emmett tenía razón. Ha sido un error.

—Es la niña más dulce del mundo. Su sonrisa podría hacer que hasta el tipo más duro cayera de rodillas. La semana pasada casi entra en un coma diabético y es lo que pasará en unas tres horas, cuando se quede sin medicación. Le subirá el nivel de azúcar en sangre y sus órganos empezarán a fallar. Su cuerpo es incapaz de regularse por sí solo y lo sabes. Eres paramédico. Sabes lo que sufrirá y que morirá. No te lo pido porque me importe una mierda que la persona para la que trabajas vaya a la cárcel o no, solo quiero recuperar a mi hija. Te estoy pidiendo que salves a un paciente que necesita ayuda desesperadamente. Por favor. Por favor, ayúdame. Solo dime dónde buscar o… un nombre. Lo que sea.

Ryan cierra el libro y lo deja en la cama muy despacio.

—¿Por qué debería creer algo de lo que has dicho?

—Porque no debería estar aquí. Nunca debería haber entrado en esta celda y Emmett no me habría dejado venir si no fuera cuestión de vida o muerte, joder. Te lo pido como padre, por favor, dame algo… A menos que seas un monstruo que quiera que una niña muera.

Eso hace que levante la cabeza del tirón.

—No soy un monstruo.

—Nadie ha dicho que lo seas. —Emmett da un paso hacia él. Aunque lo creemos.

—Esta es tu oportunidad para demostrarlo. ¿Quién haría algo así? ¿Adónde se la llevarían? ¿Por qué secuestrarían a una niña pequeña? Han dicho que quieren dinero, no tenemos dinero, pero…

Ryan levanta la mano.

—No sé qué está pasando. He estado encerrado aquí y he tenido muy pocas visitas. No obstante, cuando me uní a la organización, nuestro objetivo era ayudar a otros. Construir un mundo mejor y ofrecer una alternativa a las drogas de la calle. Perdí la cuenta de cuántas veces tuve que utilizar la naloxona para salvar a alguna chica que había huido de casa, que pensaba que podía escapar de sus problemas, solo para verla con más. No sé en qué momento cambiaron las cosas —reflexiona—. Es curioso cómo pasó. Un día

estás haciendo algo bueno y al siguiente empieza a entrar tanto dinero que no consigues ni asimilarlo. Te cambia. A mí me cambió. No soy un monstruo, Holden, pero trabajaba para uno.

—¿Quién es él? —pregunta Emmett con cautela.

—No es un «él». Pero si esa persona se ha llevado a tu hija, significa que se ha quedado sin dinero. No hay nada que le preocupe más que eso.

La conversación no va a ninguna parte. Tengo que volver a la caja fuerte y encontrar algo que nos diga dónde está el dinero o quién mueve los hilos, porque Ryan Wilkinson no va a darnos las respuestas que buscamos.

—Vámonos —le digo a Emmett—. Tengo que volver con Sophie.

—Supongo que registrasteis la casa de Portland cuando me arrestaron —suelta Ryan mientras Emmett abre la puerta con llave.

Emmett se detiene con la llave en la mano.

—Pues claro. Estaba vacía.

Ryan se aclara la garganta.

—No estaría de más que echarais un vistazo a la bodega del garaje. Seguro que ahí no mirasteis, pero es solo una corazonada.

* * *

—Quedaos aquí los dos —nos ordena Jackson cuando estamos a media manzana de la casa donde podría encontrarse Eden.

Mientras estaba en el juzgado, Sophie recibió otra llamada, le explicaron dónde depositar el dinero y la amenazaron con que no volveríamos a ver a Eden si no lo entregaba en las próximas dos horas.

Después de que Emmett transmitiera la información que nos había dado Ryan, Jackson y su equipo se han dirigido a la casa de Portland y han estado reconociendo el terreno durante la última hora y media en busca de movimiento. Unos quince minutos después de nuestra llegada, han confirmado que había gente en la casa, la cual debería estar vacía, y un equipo está vigilando el garaje, que, al parece, está justo encima del sótano trasero del que

nos habló Ryan. Una señal termográfica ha mostrado a alguien entrando y desapareciendo después.

—Voy contigo —respondo. Ni de coña la dejaré allí—. Si la encuentras, no sabes en qué condiciones estará. Tengo todo lo que necesitará si… Si lo necesita.

Si tengo que salvarle la vida.

Si es que puedo.

La máquina nos ha avisado hace una hora de que se le ha acabado la insulina. Le está subiendo el azúcar y el estrés y lo que sea que le den comer, si le han dado algo, no le está haciendo ningún favor.

—Puedes quedarte lo bastante cerca para alcanzarnos si es necesario, pero, primero, eres padre, Holden. Podrías hacer que nos mataran a todos.

Spencer me pone una mano en el hombro.

—Entiendo que quieras entrar y no digo que te equivoques, pero no estás adiestrado para el combate. No sabrás qué hacemos y no solo pondrías en peligro a la niña, sino también a nosotros y a ti mismo. No ayudarías a Eden, y hasta podrías ser quien le haga daño.

Empiezo a caminar de un lado al otro, sé que tienen razón, pero aun así quiero rebatírselo.

—Holden —interviene Blakely con suavidad—. Estoy entrenada para hacer lo que necesitas que haga. Lucharé, buscaré y trataré a tu hija si la encontramos. He pasado gran parte de mi vida haciendo exactamente lo que exige esta situación. —Se vuelve hacia Sophie —. Sé que tenéis miedo, pero yo no. Estoy entrenada, soy lista y sé lo que hago. Estaré en el centro de la acción y Eden es mi objetivo, ¿vale?

A Sophie se le escapa un sollozo, pero se tapa la boca para amortiguarlo.

—¿Tienes la insulina? —pregunto a Blakely.

—Sí. Enséñame los últimos datos. —Abro la aplicación y se me cae el alma a los pies cuando veo lo altos que tiene los niveles de azúcar—. Vale, si está ahí dentro, estaré lista.

«Si está ahí dentro».

Esas cuatro palabras lo determinarán todo. Si no la encuentran ahí, no tenemos nada. Ni esperanza, ni más pistas, ni opciones. Y que Eden se vaya para siempre dejaría de ser una posibilidad y se convertiría en una realidad.

—Toma. —Emmett me entrega un auricular—. Puedes escucharlo todo, pero solo si ambos me prometéis que no os moveréis de aquí. Si os necesitamos, tenemos que saber dónde localizaros.

Miro a Sophie, que ha apretado los puños y tiembla ligeramente. Entrelazo los dedos con los suyos para ofrecerle la poca fuerza que me queda.

—Vale, nos quedaremos aquí, pero en cuanto…

—Lo oiréis todo, Holden —me promete Emmett—. Confiad en nosotros, haremos todo lo que podamos.

Son mis mejores amigos, mis hermanos más bien, y si hay dos personas en este mundo en las que pueda confiar… es en ellos dos.

Asiento, entonces Sophie me rodea con los brazos y se aferra a mí mientras se alejan. No podemos hacer nada más que quedarnos aquí y esperar.

—¿Quieres escuchar? —le pregunto, para no ser un capullo.

—No, no puedo.

—Vale. —Me meto el auricular en la oreja y espero atento.

—Os quiero a los dos en la parte superior de la propiedad. Blakely, Spencer, Emmett y Zach, nosotros iremos por abajo, en dirección al garaje. Necesito que todo el mundo esté escuchando y alerta. Hay motivos para creer que la tienen en el sótano que hay debajo del garaje. Tenemos poca información, pero Barrett os hará un resumen.

—Las cámaras termográficas indican que hay tres personas dentro de la casa —explica Zach Barrett—. Hay, por lo menos, dos coches en el garaje y uno de los motores está caliente. No hay cerrojos ni aperturas, pero vamos a asumir que han escondido bien la entrada del sótano. La sala será un punto ciego, así que estad alerta por si hay túneles, escondites, puertas falsas u otras salidas o

entradas que no hayamos previsto. Suponemos que los ocupantes van armados y son peligrosos.

—Hay Policía local por todo el perímetro y en el bosque para interceptar a cualquiera que intente huir. Todo el mundo está en su puesto, preparado para ponerse en marcha cuando demos la orden —añade Emmett.

Anuncian que están listos y el corazón me late a mil por hora. La voz de Jackson suena fuerte y serena cuando se dirige a ellos una vez más:

—De acuerdo. Avancemos en silencio, chicos.

—Y chica —interviene Blakely.

Jackson resopla, pero se le escapa una carcajada.

—Y chica. No quiero ni un solo ruido a menos que sea necesario. ¿Los francotiradores están en posición?

—En posición —responde uno.

—En posición y con visión. Os informaré de lo que vea.

—De acuerdo, equipos. Id con cuidado y permaneced alerta, que el trabajo sea limpio y rápido. A la de tres, todo el mundo listo. Vamos en tres, dos, uno. —Entonces, todo el mundo se queda en silencio.

Lo que ocurre a continuación hace que se me caiga el estómago a los pies. No se oye nada. Ningún ruido. Nadie habla. Solo se oye la respiración constante del equipo.

Espero y aguzo el oído para distinguir algo, lo que sea, pero no llega ninguna señal que marque la posición de los equipos.

—¿La han encontrado? —me pregunta Sophie.

Sacudo la cabeza.

—Van a entrar ahora.

—No lo soporto. —Sophie me entierra la cabeza en el pecho—. Siento como si me fuera a desmayar.

—Estoy aquí contigo. No dejaré que te caigas, aférrate a mí.

El miedo me impide respirar, así que intento apartarlo a un lado. Si está en la casa, tengo que mantener la cabeza fría y ocuparme de ella de inmediato, así que repaso los tratamientos mentalmente.

—Uno a la izquierda —susurra alguien.

Mantengo la respiración estable para no alertar a Sophie. Se oye el crujido de una puerta y varios disparos.

—Uno caído.

—Dos caídos.

Las voces están distorsionadas, así que no sé quién habla.

—Otro caído.

—Despejado. Vamos a por Eden. —Después de no sé cuánto rato, oigo la misma voz—. La casa está vacía, no hay señales de Eden. Necesitaré el K-9 para que busque a fondo.

Nadie del grupo de Emmett responde, lo cual me indica que el equipo de Jackson tampoco ha encontrado nada todavía, ni bueno ni malo.

—Jackson, a tu derecha —susurra una voz grave, parece el francotirador de antes—. Voy a disparar.

—Necesito saber algo, Holden —dice Sophie, y le rechinan los dientes cuando se mueve.

—No está en la casa —explico a Sophie—. Ven, siéntate y respira, mi amor. —Se sienta en la parte trasera de la ambulancia, es evidente que le cuesta mantener la calma. Me agacho delante de ella y le sujeto las manos mientras escucho lo que ocurre.

—Debajo del coche. —Esta vez, ha sido la voz de Spencer. La reconocería en cualquier parte.

¿Qué hay debajo del coche? ¿Es Eden? ¿La han encontrado?

—A la de dos —ordena Jackson, pero no tengo ni idea de qué están haciendo.

—Hay dos sujetos rodeando el garaje. Poneos a cubierto —vuelve a intervenir el francotirador.

El equipo de Jackson guarda silencio y, un segundo después, oigo que arrancan uno de los coches.

—Se está abriendo la puerta del garaje —informa el francotirador —. Se acerca un hombre. El otro lo sigue por detrás. —Vuelve el silencio—. Está a seis metros del coche. Cuatro y medio. Tres metros. Se está acercando. Está registrando la habitación. No hagáis

ruido. —El corazón me late tan rápido que parece que vaya a dejarme moratones en el pecho—. El del perímetro acaba de decir algo.

—Lo tengo a tiro —informa el otro francotirador.

—No dispares —ordena el primero—. Se ha asustado con algo. Está hablando por teléfono. Acaba de lanzar algo al garaje. ¡Atención! ¡MOVEOS!

Entonces estalla el caos y el silencio que tan poco me gustaba se vuelve ensordecedor.

Capítulo treinta y cuatro

Sophie

—¡Holden! ¡Dime algo! —Estoy fuera de mí. Todo ocurre muy rápido. Hay gente corriendo por todas partes, se ha oído un estallido ensordecedor a lo lejos y Holden se ha puesto en movimiento.

—¡Tengo que ir!

—¿Adónde? ¡Nos han dicho que nos quedemos aquí! —grito.

—¡Con ellos! ¡Joder! ¡Nadie responde!

Lo agarro del brazo cuando empieza a coger algo de la ambulancia.

—¡Para! ¡Tienes que contarme qué ocurre!

Se pasa una mano por el pelo.

—No lo sé, Sophie. Están intentando que alguien responda, pero después de la explosión nadie ha dicho nada. Emmett, Spencer, Zach, Blake, Jackson… ¡Ninguno responde! Tengo que ir.

—¡No puedes! ¡No llevas pistola ni nada! Hay un montón de policías que pueden entrar; si nos entrometemos, empeoraremos las cosas.

—¡Podrían estar heridos!

—¡Y yo no quiero que te hieran a ti también!

No. ¡No, no, no! No podemos perderlos a todos. Me tiembla todo el cuerpo y Holden me sujeta la cara entre las manos.

—Tengo que irme. —Asiento, porque soy incapaz de hablar. No puedo respirar—. Tengo que encontrarlos… Y buscar a Eden.

Quiero suplicarle que se quede, pero no me escucha y ese atisbo de esperanza que aflora al oír el nombre de mi hija me impide seguir discutiendo. Así que le digo lo único que importa ahora mismo.

—Te quiero.

—Y yo a ti.

Me da un beso rápido y coge la bolsa antes de echar a correr hacia el humo, en la distancia. Yo me quedo aquí, sola y aterrada, contemplando cómo se mueve el mundo a mi alrededor. Los bordes de mi conciencia se emborronan y deshilachan, como si estuviera en un sueño.

Siento la mente al límite de su capacidad. Mi hija podría haber muerto. Mis amigos, las personas que me han ayudado a levantarme, que me han cuidado sin rechistar y que han corrido hacia el peligro para intentar salvar a Eden, también podrían estar muertos.

No tengo ni idea de qué está pasando, y creo que eso es la peor parte.

Alguien choca contra mi espalda, pero no me muevo, me quedo ahí de pie, mirando fijamente el último punto en el que he visto a Holden.

El tiempo sigue avanzando, no sé cuánto rato paso esperando, pero al final, veo que Spencer corre hacia mí.

—¡Sophie! —Pestañeo, pero no consigo que las extremidades cooperen. Se para en seco delante de mí y me sacude los brazos—. Sophie, ¡la hemos encontrado!

Eso me saca del trance. Lo cojo de la mano y me abro paso entre la muchedumbre, desesperada por llegar hasta ella. Cuando nos aproximamos al garaje, veo varias personas esposadas y, a la derecha, Blake hace presión a Jackson en el brazo.

—¡Joder, cómo duele!

—Bueno, te han disparado, suele doler, idiota. Ahora quédate quieto —replica. Jackson me guiña el ojo cuando paso por su lado.

—No te preocupes, solo es un rasguño.

Sigo caminando con la garganta tensa y el corazón en un puño. Entonces los veo. Holden se acerca a mí con Eden en brazos.

—¡Eden! —Echo a correr y nada más importa—. ¿Se encuentra bien?

—Está viva. Tenemos que llevarla al hospital.

Le toco la cara y está fría, así que contengo las lágrimas mientras echamos a correr por donde he venido. Cuando llegamos a la ambulancia, Holden empieza a dar órdenes mientras subo.

—Ponle suero, necesita potasio. Le he administrado tres dosis de insulina. No responde. —Golpea el techo—. ¡Vamos!

El vehículo arranca, miro a mi pequeña y sujeto su manita con la mía. Parece frágil y está muy quieta. Lleva el pelo hacia atrás y, aunque la imaginaba cubierta de mugre, está limpia. La mente va a mil por hora mientras me pregunto qué horrores habrá tenido que soportar estos últimos días y rezo para que salga adelante.

—Se le ha estabilizado el pulso —dice el paramédico—. Está baja de oxígeno.

—Ponle la máscara.

Como no se mueve lo bastante rápido, Holden la coge, se la pone y se la ajusta a la cara. Después, le habla con voz ronca:

—Venga, Eden. Venga, bonita. Mamá y papá quieren verte los ojos.

—Seis minutos —grita el conductor. Le doy un beso en los nudillos y empiezo a llorar.

—Te quiero, Eden. Por favor, despierta.

Holden se vuelve hacia mí.

—No está tan mal como esperaba. Sobrevivirá. Aunque tenga que ir al Cielo y traerla a rastras, sobrevivirá.

La severidad con la que habla casi hace que me lo crea.

—El pulsioxímetro marca que el nivel de saturación de oxígeno ha subido a 90 —informa el paramédico.

Holden le aparta el pelo rubio de la cara a Eden.

—Esa es mi chica. Respira. —Después, se vuelve hacia el conductor—: Necesito que el equipo de trauma esté listo cuando lleguemos. Llama y di que llevamos a una niña diabética de tres años con posible cetoacidosis y posibles heridas internas. Ha inhalado el humo de una explosión y tiene una lesión leve en la cabeza. No respondía cuando la hemos encontrado.

Eden mueve la pierna y, un segundo después, ocurre lo mismo con la otra.

—¡Holden!

Le pasa una linterna por los ojos.

—Las pupilas responden.

—¿Y antes? —pregunto.

—No.

La observo, esperando y rezando para que se mueva otra vez, pero no lo hace.

—Dos minutos.

Holden se vuelve hacia mí:

—Cuando lleguemos, el equipo de urgencias tomará el mando y tenemos que dejar que se la lleven.

—No pienso separarme de ella —protesto, obstinada.

—Entiendo que no quieras, pero necesitamos que el equipo médico se centre en ella, no en nosotros.

Tiene razón. Sé que la tiene, pero me asusta muchísimo perderla de vista. Entonces noto que mueve una manita y la miro. Sigue teniendo los ojos cerrados, pero está estirando el otro brazo hacia mí.

—Holden, mira. Eden, mi niña, no pasa nada —la animo mientras le sujeto la otra mano.

—¿Mami? —dice la voz suave de Eden, y me invade una oleada de alivio.

—Estoy aquí, Eden.

Mira a Holden y le tiembla el labio.

—Hola, papi.

—Hola, bichito —le responde con voz entrecortada. Lo ha llamado papi.

—Tenía miedo.

A Holden se le escapa un sollozo tembloroso y se inclina para darle un beso en la frente.

—Ya no tienes nada que temer, estás a salvo y con nosotros.

* * *

Eden está estable. La han hidratado y está acurrucada en mis brazos, profundamente dormida.

Un torrente constante de personas no deja de entrar y salir de la habitación del hospital. Hay policías en la puerta y el equipo de Jackson está esparcido por toda la planta, mientras a él le tratan el disparo del brazo. Ninguno de los secuestradores ha confesado para quién trabaja, así que, hasta que no encuentren a esa persona, nadie quiere correr riesgos.

Zach se encarga de vigilar el interior de la habitación y resulta muy gracioso ver a alguien tan enorme despatarrado en esa silla tan pequeña.

—Es imposible que estés cómodo —digo en voz baja cuando vuelve a moverse.

—Bueno, la comodidad no es una de las ventajas de mi trabajo.

Sonrío y le aparto el pelo de la cara a Eden, feliz de que siga con vida y poder tocarla.

—No, y tampoco tener que volver cuando se suponía que ya habías terminado de hacer de niñera.

—Ha valido la pena. Echaba de menos divertirme tanto.

—¿Divertirte? —pregunto.

—Sí, las jugadas tácticas, disparar a gente. Ha sido como en los viejos tiempos. No le digas a Millie lo que he dicho —responde Zach con una sonrisa.

—Así que ¿Millie y tú seguís juntos?

—Sí, estamos prometidos.

Sonrío al oírlo.

—Felicidades. Es maravilloso.

—Sí, parece que las piezas por fin encajan, aunque el proceso para conseguirlo no ha sido fácil.

—Nada parece fácil —reflexiono dándole un beso a Eden en la coronilla.

—No, pero si todo fuera fácil, no valdría la pena luchar por nada. Seguiríamos con nuestras vidas tal y como están, sin saber lo que nos perdemos. Por eso, en cuanto oí que os ocurría algo a ti y a Eden, vine. Algo cambió cuando os conocí, de repente empezaron a importarme cosas que antes me traían sin cuidado.

Le sonrío.

—Has sido un amigo maravilloso. Me alegro de que estés aquí, Zach. Y me alegro de que te hayas divertido.

—Y yo me alegro de haber cumplido con mi deber. Eden está a salvo y se recuperará.

—Me preocupa que quien persiga el dinero no piense lo mismo.

Zach se inclina hacia nosotras y apoya los brazos en las rodillas.

—Esta vez no lo conseguirán, Sophie. Jackson ha asignado personalmente a más miembros de Cole para que se ocupen de tu seguridad, además de los dos que ya te vigilaban, también estoy yo, y él.

Supuse que se quedarían. Después de que estabilizaran a Eden, se puso en pie de guerra para garantizar nuestra seguridad. Holden pidió todos los favores que le debían y estoy segura de que incluso ha intentado que el hospital cerrara la planta en la que nos encontramos.

—Si supiera de qué dinero hablan, se lo daría para que nos dejaran en paz. Me da la sensación de que han eliminado al único vínculo que nos unía a su objetivo.

—¿A quién?

—Al doctor Frasher.

No ha respondido a los correos y han desconectado el teléfono de su consulta.

—¿Puedes contarme lo que sabes de él?

Le expongo todo lo que descubrimos, cómo había falsificado el historial de Theo y las veces que lo conocí en las visitas médicas de Theo. Después le explico que mencionó que lo que le había ocurrido a Eden era culpa suya y que habían asesinado a su familia.

Zach se pasa los dedos por la barba incipiente.

—O sea que tenían un plan por si le ocurría algo a las familias… —Se levanta y se pone a dar vueltas por la habitación—. Es inteligente, lo que habría hecho yo.

—Pero ninguno sabemos cuál era la supuesta alarma y no ha respondido a ninguno de los correos que le hemos enviado.

—¿Me has dicho que todo se desencadenó cuando mataron a su familia?

—Es lo que dijo, sí.

—¿Te dijo cuánto tiempo hacía de eso?

No estoy segura de adónde quiere llegar, pero parece que se le ha ocurrido algo, así que intento recordar todo lo que dijo el doctor Frasher.

—Hace tres días…

—Es decir, que fue la misma noche en que alguien se coló en casa de Holden y un día antes de que se llevaran a Eden. ¿Y si el hecho de que saltara la alarma fue lo que impulsó a esas personas a buscaros a ti y a Eden? Intentaron intercambiarla por dinero, no por información, puede que lo hayáis estado analizando todo desde el ángulo equivocado. ¿Y si tu marido y el doctor no robaron dinero, sino que elaboraron una especie de método para extraer el dinero si le pasaba algo a alguna de sus familias? Eso explicaría por qué no os habían perseguido hasta ahora.

Mierda.

—No tengo ni idea de dónde está el dinero, así que no sirve de nada. Esa alarma solo ha conseguido que un puñado de personas me persigan por algo que no tengo y no puedo darles. Es lo contrario a mantenerme a salvo.

—Si no hubieran asesinado a la familia del doctor, puede que nada de esto hubiera pasado. Pero lo hicieron y, si tu marido fue lo bastante inteligente para idear todo esto, también lo sería para indicarte cómo encontrar ese dinero. Solo tienes que localizarlo, voy a hacer todo lo que esté en mi mano para ayudarte, empezando por ordenar a mi equipo que vuelva a echar un vistazo a tus finanzas y a las de tu marido.

—Pero ya lo revisasteis todo y no encontrasteis nada. ¿Comprobaste lo de Belice?

Zach me mira a los ojos.

—¿Sabes lo de Belice?

—Encontramos un recibo en la caja fuerte sobre un depósito en una cuenta de Belice.

Asiente lentamente mientras sigue caminando de una punta de la habitación a la otra.

—Esa ya la conocíamos, ahora buscaremos más a fondo. Si se hubiera hecho una transacción mayor hace poco, puede que el sistema no la hubiera procesado todavía. No pasa nada si me equivoco, pero no está de más que lo comprobemos.

Capítulo treinta y cinco

Holden

—Deberías estar en el hospital —me suelta Emmett en cuanto me acerco a él.

—Estoy volviendo loca a Sophie, me ha dicho que saliera a dar un paseo.

Frunce el ceño.

—¿Y por eso has decidido venir caminando hasta el escenario del crimen?

—He cogido un taxi.

—Vale. Bueno, pues no puedes estar aquí.

—¿Habéis averiguado quién le ha hecho esto a mi hija? —pregunto, y echo un vistazo a nuestro alrededor.

—Tío, estamos investigando el escenario del crimen.

—Ya lo sé, pero estoy perdiendo la cabeza, así que, por favor, cuéntame algo.

Emmett suspira y, cuando habla, lo hace con la voz cargada de frustración.

—Lo estamos procesando todo, trabajamos con el FBI y Seguridad Nacional. Hay muchas cosas que examinar, pero tenemos que asegurarnos de hacerlo correctamente, no a toda prisa. Jackson está colaborando con los *marshals,* pero todavía no me han puesto al día.

A Jackson le han dado el alta hace tres horas y se ha ido sin decirnos nada. Por lo menos, Zach nos ha contado que siguen una pista. También les hemos entregado el contenido de la caja fuerte de Theo para que lo investiguen.

—Eso ya lo sabía.

—Pues vuelve con tu hija. —Miro a mi mejor amigo y aprieto la mandíbula para controlar las emociones que luchan por aflorar—. Oye, ya está a salvo.

—Ah, ¿sí? ¿Hasta cuándo? No podemos quedarnos en Rose Canyon si nuestras vidas serán así a partir de ahora.

—Todavía es demasiado pronto para planear una mudanza. Déjanos hacer nuestro trabajo y ver con qué nos topamos. Hay tanta gente involucrada que es inevitable que uno de ellos la cague. Ese sería el cabo suelto que necesitamos.

Puede ser, pero lo único que consigo ver es a Eden tumbada en aquella manta sucia. Inmóvil, con las pupilas dilatadas y un chichón enorme en la cabeza. Cuando la cogí en brazos, apenas pesaba y estaba muy quieta, pensaba que la había perdido.

—No podré quitarme esa imagen de la cabeza en la vida.

—Ojalá pudiera decirte que con el tiempo mejorará, pero yo sigo recordando cosas que desearía olvidar —admite Emmett—. Tienes que aferrarte al hecho de que seguía viva cuando la encontramos. Que Blakely pudo llegar hasta ella y administrarle insulina para que tuvieras tiempo de llevarla al hospital. Sé que es difícil, créeme, pero si te centras en lo bueno, es un poco más fácil de sobrellevar.

Todo lo que dice suena genial, pero no resulta tan sencillo.

—Solo quiero centrarme en encontrar a ese cabrón.

—Y eso es lo que estamos haciendo nosotros —interviene Jackson, que ha aparecido de la nada y me da una palmadita en la espalda—. Deberías estar con Eden.

Me vuelvo hacia él.

—Quiero contratar a un ejército entero que la proteja e impida que vuelva a pasar por esto otra vez.

—Prácticamente, ya lo has hecho. Deja que hagamos nuestro trabajo y repasemos las pruebas. Venga, te llevaré al hospital.

Hacemos el trayecto de diez minutos en silencio y, sinceramente, lo agradezco. Tengo un millón de ideas confusas en la cabeza y ninguna me conduce a una conclusión. Quiero huir, llevármelas a las dos a un lugar en el que nadie nos conozca e intentar seguir con nuestras vidas allí. Tengo dinero ahorrado para seis meses, pero no

podría volver a trabajar como médico. Tendríamos que convertirnos en otras personas, algo que Sophie ya ha hecho una vez.

Aun así, aunque ella accediera, ¿quién nos garantizaría que no volverían a encontrarnos? Y si lo hicieran, estaríamos completamente desprotegidos.

Jackson para el coche y suspira.

—Solo puedo deducir lo que estás pensando, pero te prometo que no es buena idea.

—Y por eso no la he llevado a cabo.

—Bien. He recibido una llamada de mis chicos de Virginia Beach y, después de que Zach les pidiera que volvieran a revisar los registros bancarios de Theo y Sophie, encontraron un número de cuenta que se corresponde con tu número de colegiado. No estaba en los registros que sacamos la primera vez, pero, al parecer, solo tú y Sophie podéis acceder a ella. Me gustaría hablar con los dos y que me dierais permiso para ver qué contiene. Venga, vamos adentro.

Entramos al edificio y recorremos el pasillo en el que se encuentran la seguridad y los hombres de Jackson.

—¿Algún problema? —pregunta.

—No. La psicóloga y una enfermera han venido a hablar con Sophie y Eden. Siguen dentro evaluándolas.

Es el protocolo. Tienen que asegurarse de que Eden se encuentra bien mentalmente y la presencia de un guardia en la habitación solo la incomodaría.

—Voy a entrar —digo. Soy su padre y me está permitido. Además, las echo de menos.

Cuando entro a la habitación, se me hiela la sangre. Sophie está inconsciente en el suelo y Kate está junto a la cama de Eden con una jeringuilla en la mano, a punto de inyectarle algo en el tubo intravenoso.

—¿Qué haces? —pregunto. Doy un paso hacia ellas y paro en seco cuando noto el cañón frío de una pistola en la nuca—. ¿Kate? ¿Qué cojones pasa?

—Siento mucho tener que hacer esto, Holden —responde Kate, y desvía la mirada hacia Eden—. Si me hubieras dado el dinero, jamás habría hecho daño a las personas que quieres. Lo creas o no, me caes bien, Holden.

—¡Para! —grito—. ¡Joder, Kate! ¿Qué estás haciendo?

—Lo necesario.

—¿Y qué se supone que es eso? ¿Qué coño pasa?

Sacude la cabeza.

—No dejaré que lo estropeéis todo. Me he enterado de lo de los archivos y la caja fuerte. No, lo siento, pero no dejaré más cabos sueltos.

—Ya es tarde. ¿Qué pretendes, matar a todos los habitantes de Rose Canyon? ¿A todos tus conocidos?

Kate resopla.

—No hará falta. Cuando lo descubran, yo ya me habré largado. Pero primero conseguiré el dinero y tú me ayudarás.

Sacudo la cabeza.

—Has perdido la puta cabeza, no pienso ayudarte.

—En eso te equivocas.

El corazón me late a mil por hora, quiero mirar hacia Sophie para asegurarme de que todavía respira, pero no puedo apartar la mirada de la jeringuilla que sujeta Kate.

—Está viva… Por ahora. Le he inyectado lo suficiente para conseguir tu colaboración. Así que, ¿me darás el dinero que me ha robado su marido o quieres que le inyecte otra dosis?

Sophie no se mueve, apenas respira y esta mujer es una puta maníaca.

—No lo hagas, Kate. No eres mala. Eres médico y me dijiste que habías perdido a tu hija y a tu marido. —Acerca la aguja a Eden y me invade el pánico—. ¡Para! Kate, para de una vez. Sophie y Eden no te han hecho nada.

—¿Nada? Me instalé en este pueblo para vigilar, después de que arrestaran a Ryan. No tenía ni idea de que la mujer de Theo vendría aquí. A lo mejor, podría haberla dejado en paz; al fin y al cabo, era

una ingenua. Pero entonces desapareció todo mi dinero y sé que lo tiene ella.

—Así que decidiste llevarte a una cría y ¿ahora vas a matarla? Piénsalo, Kate. Yo no tengo tu dinero. Si alguien puede encontrarlo es Sophie y no podrá hacerlo si está muerta. Y no lo hará si matas a nuestra hija.

Kate ya no escucha razones, da unos golpecitos al tubo transparente intravenoso de Eden con la punta de la aguja.

—Es duro, ¿a que sí? Ver cómo muere la gente a la que quieres. Como ya te dije, conozco el dolor que se siente al perder a un hijo. No hay nada en el mundo que se le asemeje. Un día te imaginas una vida llena de felicidad y posibilidades para ellos y, al siguiente, estás enterrando el ataúd. —Se le llenan los ojos de lágrimas, pero no llora—. Sé que parece que nunca te recuperarás, pero con terapia encontrarás la manera de superar la pérdida. Lo bueno es que ni siquiera sabías que Sophie y Eden existían hasta hace unos meses, así que no tardarás mucho en volver a la normalidad.

—Si me las arrebatas, nunca volveré a la normalidad y nunca dejaré de buscarte. Si me las arrebatas, Kate, te juro por Dios que te arrepentirás. —Su secuaz me empuja con la pistola y me obliga a adentrarme más en la habitación.

—Ni se te ocurra amenazarme.

—Bueno, parece que necesitas algo de mí, así que si yo fuera tú, no me cabrearía.

Baja la mirada hacia el suelo, hacia Sophie inmóvil. Voy a acercarme a ella, pero el hombre que tengo a las espaldas me presiona la pistola aún más contra el cráneo.

—¿Quieres ayudarla? Pues encuentra el dinero que se llevó su marido. Lo tenía todo, millones de dólares que me permitirían convertirme en un fantasma, pero arrestaron a Ryan y sabe demasiado. Así que me libré de quien fue necesario para garantizar mi seguridad.

—¿Te refieres al doctor Frasher?

—Es uno de ellos. Supongo que ahí es donde la cagué. No pensaba que al dar el primer paso lo perdería todo, que el dinero

desaparecería de la cuenta sin que pudiera evitarlo.

Ahora sé en qué se equivocó. Desconocía la salvaguarda.

—Mataste a la familia del doctor Frasher porque pensabas que Ryan desembucharía, pero no sabías que los dos se lo llevarían todo…

—¿Los dos? —pregunta con una sacudida de la cabeza—. Sabía que Theo tenía algo, por eso me mantuve alejada de Sophie y Eden, pero no sabía que Theo y Frasher trabajaban juntos.

—Ahora no tienes nada que perder, así que ¿por qué no destruirlos a todos?

Baja la aguja.

—Cómo no, culpándome a mí en vez de a Theo. Tampoco culpas al médico que inició todo esto, es por su culpa hemos llegado a este punto.

—No fueron ellos, sino tú. Perdiste un dinero, que, para empezar, no te pertenecía, después secuestraste a mi hija y has drogado a Sophie para recuperarlo.

—Secuestrar es una palabra muy fea, yo prefiero llamarlo conseguir un aval, pero sí. Entonces me di cuenta de que ni siquiera sabíais dónde estaba el dinero. Así que decidí que se ocuparan de ella mientras intentabais encontrarlo.

—Kate, no sabemos dónde está. Lo hemos buscado como locos, pero, de momento, no ha habido suerte.

—Te equivocas. Hay una cuenta bancaria a nombre de Eden, así que Sophie y tú, sus padres, podéis acceder a ella. Lo único que saben mis contables es que está en Singapur.

Joder. La cuenta que ha mencionado Jackson. Me niego a decírselo, no cuando ha muerto tanta gente por esto. Si cree que la voy a ayudar, a lo mejor no empeorará las cosas y podré salvar a Sophie.

—¿Cómo? No tengo el número de cuenta ni sé en qué banco está ni nada. No entiendo cómo puedes hacer esto. ¿Cómo coño puedes ser tan…? —La persona que tengo a las espaldas me presiona la pistola contra el cráneo y la fuerza me hace tambalearme hacia adelante.

—Cuidado con lo que dices. No estoy disfrutando con esto —dice Kate con las cejas arqueadas—. No quería llegar tan lejos. Esperaba que encontraras el puñetero dinero, lo transfirieras, como te pedimos, y recuperaras a tu hija. Y, en lugar de eso, he tenido que involucrarme, ordenar que maten a gente, trasladar cadáveres de un lado a otro y, ahora, mataros a vosotros.

No dejo de rezar por que entre Jackson, pero no lo hace, así que intento que siga hablando todo lo posible.

—¿Y por qué quieres matarnos? ¿No has perdido ya a muchas personas en tu vida? ¿Crees que tu hija habría querido esto?

Pone los ojos en blanco.

—Sé perfectamente lo que intentas hacer, pero te seguiré el juego por ahora. Mi hija se escapó de casa, igual que todas esas chicas que se vendían por drogas, sexo y comida, como hizo ella. Cuando la encontramos, tenía los brazos llenos de marcas. Se había quedado en los huesos, y ¿sabes lo primero que me pidió cuando la encontré?

—No —respondo en tono neutro.

—Me pidió más drogas. No «mamá, necesito ayuda». Ni «siento haberme escapado de casa porque no dejabas que el inútil de mi novio me llevara a Cancún». No, quería drogas.

—¿Y qué pasó después? —insisto con la esperanza de que la necesidad de contar la historia baste para evitar que mate a mi hija.

—Murió. Tuvo una sobredosis y su corazón no lo soportó. Cuando la encontré, morí con ella. Todas las esperanzas que tenía se fueron con ella. Mi marido se largó, se buscó una novia que no llorara cada noche ni pasara horas intentando volver sobre los pasos de su hija. Lo perdí todo y nunca quise que otra madre tuviera que pasar por lo mismo que yo. Empezamos a pequeña escala, ayudando en la región y… Acabó creciendo.

—O sea que eres tú. La persona de la que nos advirtió Ryan.

—Sí… «El jefe». Es ridículo que tuviera que utilizar el nombre de mi marido para tratar con los demás, pero por desgracia la gente tiene muchos prejuicios de género.

Lo que no entiendo es cómo pasó de ayudar a chicas que se habían escapado de casa a hacer esto. ¿Cuándo se volvió algo tan enrevesado?

—Kate, lo que te pasó es horrible, pero lo que hiciste no es mejor que dejar que murieran en las calles. Vendías a las chicas.

Sacude la cabeza.

—No, les proporcionamos un techo y dejamos que hagan lo que ya hacían antes. Nuestra organización les da opciones. Pueden desintoxicarse y empezar una nueva vida o seguir drogándose. A ver si adivinas lo que eligen siempre…

Ella más que nadie debería ser consciente de por qué eligen así. Sabe lo que ocurre cuando alguien es adicto a las drogas, no es una elección. Su adicción les parece una cadena perpetua y nuestro trabajo consiste en ayudarlos a ver lo contrario. No obstante, debatir con ella no cambiará nada y tengo que ayudar a Sophie.

Sophie se sacude y avanzo hacia ella, pero me clavan la pistola en la espalda.

—¿Qué le has inyectado? —pregunto mientras observo a la mujer que amo.

—Si quieres salvarla, consígueme el dinero. Ya no me importa una mierda ayudar a los demás, solo quiero desaparecer.

—No sé en qué banco está —insisto.

—Así que vas a rendirte.

—No, claro que no. Lo único que me has dicho es que hay un número de cuenta, así que… Te daré lo que sea, pero si haces daño a Eden o impides que salve a Sophie, no conseguirás nada. Tendrás que matarnos a todos y nunca verás un centavo. Encontraré la cuenta, Kate, pero no lo hagas… No les hagas daño.

Kate entrecierra los ojos y hace un gesto con la barbilla. Un momento después, noto que me apartan la pistola de la espalda.

—Si llamas a alguien, gritas o se lo cuentas a alguien, te mataré. Mataré a todos tus seres queridos. Tienes una hora para traspasar el dinero a esta cuenta, Holden. —Me entrega un pedazo de papel con un número apuntado—. Te mandaré un mensaje para explicarte qué administrar a Sophie cuando yo haya salido del edificio.

Se yergue y sale de la habitación. Corro hacia Sophie y la pongo de espaldas con cuidado. Tiene los labios azules, las pupilas contraídas y el pulso débil. No respira. Empiezo la reanimación cardiopulmonar de inmediato y espero quince segundos para darle tiempo a Kate a escapar antes de gritar para pedir ayuda.

—¿Qué ha pasado? —Jackson entra en la habitación en un abrir y cerrar de ojos.

No sé qué decirle, así que sacudo la cabeza.

—¡Necesito un carro de parada! ¡Pulsa el botón azul!

Lo hace y suenan las sirenas que indican al personal del hospital que alguien que no respira. Le sigo haciendo comprensiones torácicas e insuflaciones. Uno, dos, tres, cuatro, cinco. Cuento mientras le presiono el pecho con la palma de la mano.

Una horda de enfermeros irrumpe en la habitación con el carro de parada y, uno o dos segundos después, entran una camilla. Subimos a Sophie y yo me siento encima a horcajadas para continuar con la reanimación.

—¿Sabes qué ha pasado? —pregunta un doctor, al que nunca había visto, mientras sacamos a Sophie y la llevamos a otra habitación.

—Le han inyectado algo. Tiene un pinchazo en el hombro y hay otra jeringuilla en la mesita, junto a la cama de Eden, supongo que será lo mismo.

Jackson se da la vuelta de inmediato y vuelve a salir al pasillo gritando:

—¡Vigilad a Eden!

—¿Y no sabes qué es?

Sacudo la cabeza.

—¡No! He entrado en la habitación de Eden y Sophie estaba en el suelo. —¿Qué usaría Kate? Piensa, Holden. ¿Qué ponía en los informes toxicológicos de las chicas? Repaso la lista de drogas en mi cabeza. Algunas no eran fatales, pero siempre había algún opiáceo —. ¡Que alguien traiga naloxona! —grito.

Abren el tubo y se lo pulverizan por la nariz en segundos. Sigo haciendo compresiones, obligando a su corazón a que siga funcionando, lo único que me importa es salvarla.

La enfermera mira el reloj.

—Doctor James, puedo relevarlo.

El sudor me resbala por la frente y me quema los ojos, pero no paro. No me importa que me cueste respirar. La necesito. La quiero. Esto me rebasa.

—No, yo puedo —digo, y sigo ejerciendo presión sobre su pecho.

—Dos minutos —dice.

—Preparaos para volver a ponerle naloxona —indico—. Despierta, Sophie. No hemos encontrado a Eden solo para perderte a ti.

—¿Estás seguro de que es un opiáceo? —pregunta el doctor Gage, el médico de emergencias.

—Tiene que serlo.

Tiene que serlo, porque, si me equivoco, morirá. Uno de los hombres de Jackson entra gritando a la habitación:

—¡Fentanilo! ¡Le han inyectado fentanilo!

—¡Prepara la otra dosis! —Es la primera vez que soy tan maleducado con una enfermera, pero nadie me lo echa en cara.

Aplican la segunda dosis y, entonces, Sophie abre los ojos. Me levanto de encima de ella de un salto para ponerla de lado por si vomita. Da una bocanada y todo el personal empieza a moverse para conectarla a las máquinas, ya que no hubo oportunidad mientras le hacía la reanimación. Sophie tiene los ojos vidriosos, pero no aparta la mirada de mí.

—¿Sophie?

Respira profundamente y me pregunta, con la voz ronca:

—Kate… Es… ¿Eden?

—Lo sé. Os he encontrado… Respira, cariño. Eden está bien, no le han hecho nada.

—Doctor James, necesitamos que se aparte. —Antes de que pueda moverme, el doctor Gage me aparta a un lado de un

empujón. Me siento como si fuera a desmayarme mientras veo a los enfermeros y al doctor tratar a Sophie.

Uno de los empleados de Jackson se acerca a mí y me ayuda cuando empiezo a derrumbarme.

—Venga, vamos a tomar el aire. —No quiero tomar el aire. No quiero separarme de Sophie—. Solo vamos a salir al pasillo y así tendré vigiladas las dos habitaciones, la de Sophie y la de Eden.

Asiento y dejo que me saque al pasillo. En cuanto me suelta, me dejo caer al suelo, cierro los ojos y entierro la cabeza en las manos. Me golpea una oleada de alivio, miedo, ira y desesperación, todo a la vez. Tras la crisis me siento al rojo vivo y, hasta que no noto la calidez de las lágrimas, no me doy cuenta de que he empezado a llorar.

Podría haberla perdido. Podría haber muerto y no sé cómo habría sobrevivido yo. Si hubiera tardado solo dos segundos más o si no hubiera entrado en la habitación de Eden, el final podría haber sido muy distinto. En lugar de estar sentado en el pasillo, agotado y roto emocionalmente, estaría planeando un funeral.

Entonces pienso en Eden. Mi pequeña no habría sobrevivido a la inyección. Dios, son demasiadas cosas que asimilar.

La fuerza de las emociones que batallan en mi interior me oprime el pecho.

—¿Holden? —La voz de Spencer penetra mi aturdimiento y noto que me pone la mano en el hombro—. ¿Ha sobrevivido?

Me obligo a mirarlo y levanto la cabeza hacia él.

—Por muy poco, pero sí. Necesitará estar monitorizada durante las próximas horas. Kate le ha inyectado fentanilo, joder. —Mis palabras están cargadas de odio e incredulidad—. Iba a hacérselo a Eden también.

—Pero no lo ha hecho, gracias a Dios. No sé cómo habríamos sobrellevado su pérdida, especialmente tú. Siento muchísimo que hayas tenido que pasar por esto, Holden.

Me limpio las mejillas y le pregunto lo más importante:

—¿Kate ha conseguido escapar?

—No, la hemos atrapado. Han tenido que apartarme de ella a la fuerza cuando la he cogido. Se acabó.

Entonces vuelvo a agachar la cabeza y lloro de alivio. Se acabó de una maldita vez.

Capítulo treinta y seis

Holden

—No quiero oír ni una sola queja más. Harás exactamente lo que ha ordenado el médico, y dado que el médico soy yo, harás lo que yo te diga —le replico a Sophie en cuanto la arropo.

Pone los ojos en blanco.

—Estás siendo ridículo.

—Casi mueres. Tienes dos costillas rotas, así que… Sé buena paciente y deja de protestar.

—Esto es una tontería. —Sonríe con suficiencia y ahueca una almohada.

—Es lo que hay —respondo.

Los cinco días que han pasado en el hospital mientras se recuperaban han sido muy difíciles para todos. Eden ha sanado muy rápido físicamente, pero cada noche la despiertan las pesadillas. Sophie lo ha pasado peor, tuvimos que darle otra dosis de naloxona cuando se pasó el efecto de las dos primeras y empezó a mostrar signos de sobredosis, pero después se estabilizó. Ha sido agotador emocionalmente, más que otra cosa.

La sorpresa de que alguien en quien confiábamos fuera responsable de esto es difícil de asimilar. Yo introduje a Kate en nuestras vidas. Confié en ella y, detrás de esa dulce disposición y de su amistad, se escondía un monstruo.

—Si alguna vez te planteas cambiar de profesión, serías un enfermero muy bueno —bromea Sophie, y me acaricia la mejilla.

Me obligo a sonreír y empujo a un lado la culpa que siento cada vez que pienso en el motivo por el que se encuentra en la cama.

—Si cambio de profesión, me dedicaré a alquilar pelotas de playa en el Caribe.

—Eso no estaría mal.

Me río y me llevo la palma de su mano a los labios.

—No estaría mal no hacer nada.

—¿Has hablado con Emmett? —pregunta Sophie—. ¿Se sabe algo de la lectura de cargos de Kate?

—Me ha llamado esta mañana para decirme que la van a retener sin fianza. El tipo al que arrestaron con Kate ha cantado como un canario. Han podido vincularla a las chicas desaparecidas, a las muertes de Portland y a Wilkinson. No tengo la lista completa de cargos, pero es larga y se enfrenta a cadena perpetua.

—Perfecto. Desgraciada.

Estoy de acuerdo. Cora ha conseguido convencer a Ryan para que declare en contra de Kate, a cambio de una reducción de la condena, ya que también lo han delatado.

—¿Sabes qué es perfecto? —pregunto con la intención de sacar a Kate de nuestras vidas por ahora, y me inclino hacia ella.

—¿Qué?

—Que estés en mi cama.

Se le curvan las comisuras de los labios y se le ilumina la mirada.

—Supongo que a partir de ahora seremos una pareja de verdad y dormiremos en la misma cama, ¿no?

—Oh, no voy a dejar que salgas de esta cama en mucho tiempo. De hecho, es probable que te ordene reposo absoluto y permanente.

Vuelve a poner los ojos en blanco.

—¿Puedo ir al baño por lo menos?

—Si no queda otra…

Poso los labios sobre los suyos y le doy un beso suave y dulce. La presión que noto en el pecho se aligera un poco, pero no lo suficiente para aliviar la ansiedad constante que siento. Sophie me acaricia con el pulgar la barba que me he dejado crecer.

—¿Holden? —llama Mamá James.

Prácticamente se ha mudado a mi casa y me ha informado que no quiere oír ni una palabra al respecto. Por supuesto, se ha traído al maldito gato.

—¡Ahora voy! —respondo.

Sophie sonríe.

—Me alegro de que esté aquí.

—Ah ¿sí? Porque yo no se lo he pedido. De hecho, no me ha dejado otra opción. Se presentó con las maletas y ese animal tan horrible.

—Es lo que se hace por la gente a la que quieres. Sé que no fue fácil para ella que diagnosticaran con diabetes a Eden, y mucho menos que la secuestraran. Necesita sentirse útil.

Sé que tiene razón, pero me está volviendo loco. Primero me reorganizó la cocina porque decía que no fluía correctamente y la distribución me hacía perder tiempo. Después se metió en el baño y también lo cambió todo de sitio, y ahora no deja de limpiar. Da igual cuántas veces le pida que pare, se niega a hacerme caso.

—¡Holden James! Necesito que vengas al salón, vaya desorden.

Gruño y a Sophie se le escapa una risita.

—Te ríes porque estás recluida en la cama durante una semana más y soy yo quien tiene que lidiar con la maníaca.

—Tú solo piensa que en cuestión de horas volverás a estar en la cama conmigo y entonces te daré un beso como es debido.

Con eso le basta para disuadirme. Me inclino hacia ella, pero antes de que pueda darle mi propia versión de un beso como es debido, la puerta se abre de golpe y Eden entra en la habitación.

—Papi, Mamá James está enfadada.

Cada vez que me llama papi noto como si se me hinchara el corazón en el pecho.

—Siempre está enfadada.

—No es verdad. —Sonríe y después se acerca a la cama.

—Hola, cariño.

—Hola, mami. ¿Te lo has comido todo?

Sonrío, porque Eden es la que más está disfrutando de que Sophie tenga que hacer reposo. Le trae comida, se asegura de que coma cada bocado, nos ayuda a llevar un control de la medicación de Sophie y, pobre de su madre si intenta levantarse de la cama…

—Sí, muchas gracias.

Eden ha vuelto a ser la niña alegre y normal de antes y, por mucho que odie admitirlo, el gato satánico la ha ayudado mucho. Pickles la mima y se dejar llevar de un lado al otro como si fuera un chal. Estoy casi seguro de que ha intentado pintarle las uñas, pero algún límite tenía que ponerle el bicho.

—Eden, ¿por qué no dejamos que tu madre descanse un poco y vamos a ver qué necesita Mamá James?

Ha salido de la habitación antes de que yo pueda levantarme de la cama y ya está llamando a Mamá James.

—Te quiere —dice Sophie mientras mira fijamente la puerta abierta.

—Y yo a ella, y a ti.

—Pues estupendo, porque nosotras también te queremos.

Sophie bosteza, yo sonrío y me inclino sobre ella otra vez para darle ese beso que dejé pendiente.

—Descansa, mi amor, ahora mismo vuelvo.

Se acurruca mejor en la almohada y se le cierran los ojos, así que salgo de la habitación. Cuando llego al salón, paro en seco. ¿Qué diablos está haciendo mi tía? No es un desorden, es un desastre.

—¿Mamá James? ¿Qué…?

Suspira profundamente.

—¿Sabías siquiera que tenías todas estas carpetas en casa?

Parpadeo porque ha puesto todas las carpetas de pacientes, que estaban guardadas en cajas, en pilas encima de la mesa.

—Eh… Sí. Pero… No estaban así.

—Estaban guardadas en cajas en ese rincón. ¿Por qué?

—Porque solo hace dos días que me las enviaron —le explico—. ¿Por qué las has tocado?

—Estoy limpiando este desastre de casa para que tu hija y su madre puedan empezar de cero.

Miro fijamente a mi tía, que normalmente es estoica y fuerte, y veo que tiene los ojos llenos de lágrimas. Así que ese es el motivo

por el que ha estado limpiando la casa hasta casi rozar la locura. Siento lástima por ella y me acerco.

—No sé qué haría sin ti.

Sacude la cabeza.

—No, no me trates con condescendencia.

—No lo hago. Tú sabes que no.

—Sí que lo haces. Solo estoy un poco sentimental, eso es todo. —Sorbe por la nariz y la estrecho entre mis brazos.

—No llores.

Se aparta de mí de un empujón.

—Tenía muchísimo miedo… Adoro a tu pequeña y casi pierdo la cabeza cuando se la llevaron. Y luego casi muere Sophie por culpa de esa demente mujer. Sabía que había algo raro en ella… Salía con George. No es el hombre más listo del mundo, ya lo conoces.

Me echo a reír.

—No, la verdad es que no, pero lo estaba utilizando para sacar información del caso Wilkinson. Hablaban, como cualquier pareja, y ella movía los hilos si hacía falta, pero no contaba con Theo y el doctor Frasher.

—Bueno, pues es una mujer horrible y espero que no vuelva a acercarse a esta familia nunca más.

—No lo hará —le prometo. No es algo que pueda prometer a la ligera, pero haré todo lo que esté en mi mano para asegurarme de que no vuelva a acercarse a nosotros.

—¿Han cogido ya al resto de los involucrados? —pregunta Mamá James.

Han pasado tantas cosas en los últimos cinco días que es difícil estar al día. Un dato nuevo lleva a otro, que lleva a otro, y parece que las autoridades están haciendo detenciones a cada momento.

—Han capturado a mucha gente. Emmett está seguro de que no corremos peligro inminente, así que hemos elegido creérnoslo.

Vuelve a exhalar.

—Oh, vale. No pensaba que lo estuvierais, pero aun así… Ha sido agotador para todos.

Acompaño a mi tía hasta la única silla que no está repleta de carpetas.

—¿Por qué no te relajas un poco? No hace falta que limpies y reorganices toda la casa.

—Tengo que ayudar.

—Ya lo haces. Te has quedado con Eden todas las noches y te has ocupado de Sophie cuando he tenido que salir. Sin embargo, que limpies no me ayuda, me vuelve loco.

Se ríe y me da unas palmaditas en la mejilla.

—De acuerdo. Pues tú te encargas de limpiar y yo no empezaré ningún proyecto nuevo.

Claro, me toca a mí arreglar este desastre. Aun así, no voy a discutir con ella, porque la adoro lo indecible y sé que todo lo que ha hecho ha salido del amor y del dolor. Me giro a recoger los archivos y veo a Pickles, que se ha sentado sobre una de las pilas y me mira fijamente.

—¿Puedes coger al gato?

Eden se asoma por detrás de la silla.

—Pickles te quiere, papi.

—Pickles te quiere a ti. ¿Puedes cogerlo y quitarlo de ahí para que no me arañe hasta matarme?

—No te va a arañar, ¿a que no, Pickles? —le murmura al felino. El animal no se mueve, solo sigue observándome fijamente.

—Venga, va —le suelto al gato. Pues que sea un duelo. Pickles se lame la pata, la apoya sobre la mesa y continúa tranquilamente con la siguiente. ¿En serio?

—Eden, ¿puedes llevarte al monstruo contigo?

La niña se ríe y coge al gato en brazos.

—¡Venga, Pickles! ¡Vamos a ver la tele!

Dedico la siguiente hora a volver a poner las carpetas como estaban. Me las han enviado desde mi antiguo despacho en Los Ángeles, porque tengo un paciente nuevo con un problema similar al de dos antiguos pacientes, pero un poco más complicado, así que quería repasar diagnósticos parecidos por si podía encontrar un

vínculo. He tratado a muchos pacientes con este tipo de desgaste en los huesos.

Pensé que me enviarían los historiales que había pedido en formato electrónico y, en cambio, me han enviado vía mensajero copias en papel de casi todos los pacientes a los que traté. Bien jugado.

En algún punto entre los archivos clasificados de la O a la S me rindo y deja de importarme que no tenga sentido, porque solo quiero terminar.

—¿Va todo bien, cariño? —pregunta Sophie a mi espalda. Noto que me acaricia el cuello con suavidad y desvío la mirada hacia ella con una sonrisa.

—¿Qué haces levantada?

—Has dicho que podía ir al baño.

—Sí, y está en nuestra habitación —le recuerdo. Sophie me sonríe con calidez.

—Te echaba de menos.

—Yo siempre te echo de menos.

—¿Qué haces?

Guardo en la caja la carpeta que tenía en la mano.

—Reorganizando todo lo que no estaba desordenado. —Echo un vistazo al reloj antes de añadir—: Jackson llegará muy pronto, ¿por qué no te quedas por aquí…?

Me llega una notificación de la cámara al móvil y lo saco justo a tiempo de ver como Jackson llama a la puerta principal. Sophie se sobresalta con el ruido, pero después finge una sonrisa.

—Es Jackson —digo antes de abrir la puerta—. Hola.

—Hola —me saluda al entrar—. Hola, preciosa. —Jackson le da un beso en la mejilla a Sophie—. Tienes mejor aspecto que la última vez que te vi.

—La última vez que me viste estaba a punto de morir.

—Es cierto. Vamos a un sitio en el que podamos hablar sentados —sugiero.

Mamá James y Eden se encuentran en el salón y, en cuanto mi hija ve a Jackson, se acerca corriendo y le abraza las piernas. Después, le enseña el gato, su nueva casa de muñecas, el tipi lleno de luces y cojines, en el que puede colorear o hacer lo que le apetezca, y el juego de té que le ha comprado su tío Spencer. Miro a Sophie, que ha empezado a apagarse un poco.

—Mamá James, ¿puedes llevarte a Eden para que podamos hablar?

—Claro, querido. Venga, Eden, vamos a preparar la ropa para mañana y a buscar algo que le quede bien a Pickles.

Cuando se van, ayudo a Sophie a ponerse cómoda en el sofá, me siento junto a ella y le doy la mano.

—¿Tienes información nueva?

—Sí, pero debo decir que a Theo se le daba extremadamente bien su trabajo. Mis hombres se han topado con muchos obstáculos y han tardado muchas horas en encontrar la cuenta bancaria que abrió Theo. Había blanqueado el dinero tantas veces que le perdimos el rastro y tuvimos que volver a empezar de cero, pero, por fin, lo conseguimos. —Jackson nos pasa una carpeta—. Este es el banco de Singapur que tiene la cuenta a nombre de Eden. Yo no puedo acceder a ella, pero, si estoy en lo cierto, contiene una cantidad de dinero considerable.

—¿Cómo de considerable? —pregunto.

Desvía la mirada hacia Sophie.

—Más de cinco millones de dólares.

Capítulo treinta y siete

Sophie

—No lo quiero —le repito a Holden—. No quiero ni un centavo que esté conectado con lo que hacía esa mujer.

He vuelto a la prisión, también conocida como mi cama. Nos hemos puesto en contacto con el banco de Singapur y, al decirles el número de cuenta, que también es el número de colegiado de Holden, hemos recibido la confirmación de que contiene cinco millones trescientos mil setenta y seis dólares.

—Yo tampoco, pero podríamos hacer muchas cosas con él.

—Ni siquiera quiero tocarlo. Ganó todo ese dinero abusando de niños. Que se quede en la cuenta.

No soporto que Kate fuera tan horrible, me pone los pelos de punta, pero saber que mi marido también estaba involucrado me ha destrozado. Era un buen hombre y nos quería y, aunque entiendo que lo hizo para protegernos, al final no lo logró, casi nos matan a todos. Creo en el karma y me gustaría atraer más cosas buenas que malas.

—Quiero decir que podríamos darle ese dinero a familias como la de Keeley o a programas como Acude a Mí y otros similares. Podemos emplearlo para buenas acciones en lugar de desaprovecharlo en una cuenta bancaria.

Todo lo que ha dicho me parece buena idea, pero es demasiado pronto para planteármelo.

—De momento ¿podemos centrarnos en nosotros y en nuestra familia? Kate está en la cárcel, tienes que testificar en dos días contra el hombre que casi mata a Blakely y todos nos estamos recuperando.

Se tumba a mi lado, tira de las sábanas hacia arriba y abre sus brazos fuertes para que me acurruque contra él. No lo dudo ni un

instante, es mi parte favorita de compartir cama con él. Nos quedamos dormidos envueltos en el otro y, aunque nos despertemos en lados opuestos de la cama, me encanta esta parte. Le apoyo la cabeza justo encima del corazón y me centro en oír el latido constante.

—¿Cuándo vas a volver al trabajo?

—Pronto.

—A mí también me gustaría volver —le informo.

—¿Qué? —Holden mueve la cabeza para intentar mirarme de frente.

—Echo de menos a los niños y pintar. Me iría bien ocuparme con algo que me haga feliz. No es que tú y Eden no me hagáis felices, pero el centro juvenil me da un propósito además de ser madre.

—¿Por qué no vuelves a pintar de verdad? Podrías vender tus obras.

Ya lo había pensado y quizá lo haga, pero adoro trabajar con niños que todavía no han encontrado a su pintor interior. Una de las chicas, Mable, ha mejorado muchísimo. Ha sido increíble formar parte del proceso.

—Supongo que ahora puedo hacer lo que quiera.

—Se me ocurren muchas cosas que podrías hacer.

Levanto la cabeza para sonreírle y me da un beso en la frente.

—¿Cómo qué?

—Podrías… Abrir una galería de arte, organizar un club de lectura o aprender a volar.

Me echo a reír con la última sugerencia.

—Lo dudo mucho.

—Sí, yo también creo que es mejor que te alejes del peligro. Podrías besarme.

—Esa sugerencia me gusta —respondo, y me incorporo un poco más para hacer lo que me ha sugerido.

—Podrías casarte conmigo.

Dejo de respirar durante un instante y lo miro fijamente.

—¿Qué?

—Cásate conmigo. Ya he vivido en un mundo sin ti y no era feliz. Solo sobrevivía, no prosperaba. Entonces, llegaste al pueblo y todo cambió. —Holden se incorpora, se estira hacia la mesita de noche y saca una cajita del cajón.

Ay, madre. Ay, madre. Me duelen los pulmones de contener la respiración mientras miro fijamente la caja que sospecho contiene un anillo.

Holden la abre y desvela, incrustado en el terciopelo granate, un diamante redondo y deslumbrante que refleja destellos arcoíris por toda la habitación.

—Holden… —Soy incapaz de decir nada y me llevo las manos a los labios.

—Me has hecho mejor hombre, Sophie. Nuestra relación se ha convertido en algo que nunca creí posible. Los dos hemos estado casados, pero con las personas equivocadas y en el momento equivocado. Tú eres mi momento oportuno. Eres la persona indicada. Eres mi mundo y quiero caminar a tu lado todos los días del resto de mi vida. Quiero criar a Eden contigo y a lo mejor tener más hijos, pero, mientras te tenga a ti, nada más me importa.

—Es muy pronto —susurró con los ojos llenos de lágrimas.

—No, mi amor, hemos vivido sin el otro demasiado tiempo. Sophie Elizabeth Armstrong, ¿quieres ser mi esposa?

Se me escapan las lágrimas y la emoción me desborda.

—Sí —consigo decirle la única palabra que importa. Me sujeta el rostro y me besa con tanta dulzura que vuelvo a llorar—. Te quiero.

—Te prometo que voy a hacerte muy feliz.

Saca el anillo de la caja y me lo desliza por el dedo.

—Ya lo haces.

* * *

—¡Madre mía! ¡Estás prometida! —chilla Brielle, y me sujeta la mano entre las suyas.

—¡Sí! No me lo creo.

Han pasado dos semanas desde que me pidió que me casara con él y sigo sin creer que sea real. Cuando se lo contamos a Eden, chilló de alegría y nos preguntó si podría ponerse un vestido. Obviamente, le dijimos que sí.

Mamá James lloró y nos abrazó a los dos antes de empezar a acribillarnos a sugerencias para celebrar una boda como es debido.

Blakely ríe.

—Holden se enamoró de ti en cuanto te vio, no me ha sorprendido para nada. Felicidades, amiga.

—Gracias. ¿Cuánto crees que tardarán en salir del juzgado?

Blakely echa un vistazo al móvil y Brie resopla.

—No recibiréis noticias de inmediato. Lo más seguro es que Holden siga testificando.

—Es el último testigo antes de la pausa. La acusación ha elaborado un buen caso, no entiendo por qué la defensa ha vuelto a llamar a Holden a testificar.

Brie levanta la mano.

—Puede que crean que han encontrado algún médico que eche por tierra el testimonio anterior. De cualquier modo, estar pegada móvil no supondrá mucha diferencia.

—Lo dices como si nada, pero ese hombre intentó matarme. ¡Le puso un precio a la cabeza de mi marido, me secuestró y trabajaba para una sociópata! Necesito que acabe de una vez, Brie. Quiero seguir con mi vida y que esto no me persiga para siempre.

Le doy la mano a Blakely y se la aprieto.

—Seguro que tenemos noticias muy pronto.

Asiente y luego se vuelve hacia Brie.

—Lo siento.

—No, soy yo quien lo siente. Creo que es porque yo no paro de repetirme lo mismo. Pienso en lo que estará pasando y me preocupo, pero… No quiero seguir dándole vueltas. Me volvería loca.

Conozco muy bien esa sensación.

—Pues vamos a hablar de otra cosa.

—Sí, ¡de tu boda! —responde Brie—. Necesitarás un vestido, una fecha, un recinto y un menú. ¿Queréis un DJ? El que contratamos para nuestra boda me encantó.

—No hemos llegado tan lejos todavía —la interrumpo, porque me siento un poco abrumada. Blakely se ríe.

—Es lo peor. Te lo advierto, ya habrás oído hablar de esas novias que se convierten en una pesadilla, pero todavía no te has topado con las damas de honor que se convierten en una pesadilla. Brielle es una de ellas.

Brielle le da un manotazo a Blakely en el brazo.

—Oye, no seas desagradable. La ceremonia de renovación de votos que te organicé fue perfecta. No hace falta que me des las gracias.

Blakely me mira con los ojos como platos.

—Fue una tortura —susurra.

—¡Y una mierda! Si no hubiera sido por mí, te habrías casado con el uniforme del ejército y el pelo recogido en un moño apretado.

—¡Y habría estado muy cómoda!

—¿Ves con lo que tuve que lidiar? —Brielle me mira con gesto incrédulo. Sonrío. Adoro mi amistad con estas dos mujeres maravillosas.

—Holden y yo no hemos hablado nada todavía, pero me gustaría que las dos fuerais mis damas de honor.

—¡Nos encantaría! —responde Brie antes de que Blakely pueda abrir la boca. Miro a Blakely y espero a que responda.

—Me encantaría.

—Ay, ¿de verdad? ¡Estoy más feliz que una perdiz!

Las dos intercambian una mirada y después me miran a mí.

—¿Qué? —pregunta Brie.

—Perdón —digo con una risita—. Estoy muy contenta. Gracias a las dos. Sois las amigas perfectas, de verdad.

A Blakely le suena el teléfono y lo busca de inmediato.

—Emmett… ¿Hola?

Se produce una pausa, Brielle y yo esperamos a que nos cuente qué le ha dicho. A Blakely se le llenan los ojos de lágrimas y siento la necesidad de estrecharla entre mis brazos, porque podrían ser lágrimas de felicidad o de decepción.

—De acuerdo —responde—. Entonces nos vemos pronto. Yo también te quiero.

—¿Y bien? —pregunta Brielle en cuanto se aparta el teléfono del oído.

—Lo han declarado culpable.

A continuación, a Blakely se le escapa un sollozo y abrazamos a nuestra amiga mientras descarga su dolor.

Capítulo treinta y ocho

Holden

Un mes después

—Sabes que nuestra familia y amigos nos van a matar, ¿verdad? —le digo a Sophie cuando paramos delante de una pequeña capilla blanca de Las Vegas.

—Nos acabarán perdonando. Además, vamos a celebrar la boda formal cuando volvamos, pero aquí es donde debemos casarnos —responde con seriedad—. Donde empezó lo nuestro.

Anoche le preguntamos a Mamá James si podía quedarse con Eden y le comentamos que necesitábamos irnos de fin de semana. No le dijimos que pretendíamos casarnos.

Así que aquí estamos, en Las Vegas, la ciudad donde nos conocimos y concebimos a nuestro bebé, listos para cerrar el círculo de nuestra relación.

—Estoy de acuerdo, pero tú y Brielle habéis trabajado mucho para planear la boda.

—¡No puede echarme nada en cara! Se fugó con Spencer e hizo exactamente lo mismo que estamos haciendo nosotros.

Le apoyo la mano en la mejilla y se la acaricio con suavidad.

—Sí, pero mereces tener todo lo que quieres, mi amor.

—Lo que quiero es a ti. Este matrimonio. La boda solo es eso, una boda, no va a definir nuestras vidas…

—Eres perfecta.

—Me estás dando largas. ¿Te vas a echar atrás? ¿Tienes que reconsiderarlo? —pregunta.

—Ni de broma.

—Pues entonces vamos a entrar ahí y a darnos el sí quiero.

La beso apasionadamente y disfruto de la sensación de sentir su lengua contra la mía. Amo a esta mujer más de lo que creí posible. Lo es todo para mí y no hay nada que desee más que ser su marido.

—Y después tendremos la noche de bodas.

Me sonríe y se apoya contra mí.

—Pero esta vez que no sea en el baño.

—Pues yo creo que estuvo muy bien.

—Preferiría no repetirlo.

—Como quieras. Nada de sexo en el baño —accedo.

Entramos a la capilla, pagamos ciento diecinueve dólares y nos casamos. Sophie y yo dejamos que el fotógrafo nos haga una foto ridícula porque quiero recordar siempre este momento, y, después, nos hacemos unos cuantos *selfies.*

Volvemos a la habitación que hemos alquilado y cruzo el umbral con ella en brazos. Las luces de colores del Strip iluminan las paredes, pero lo único en lo que consigo centrarme es en la mujer que tengo delante.

—Te quiero, Sophie James.

Me sonríe.

—Y yo a ti. Me gusta mi nuevo apellido.

—A mí también.

—Me gusta que lo compartamos.

—Y a mí me gusta que seas mía.

Un destello le cruza los ojos azules y se acerca a mí en el sencillo vestido rosa que se ha comprado para la boda.

—Siempre he sido tuya, Holden. En cierto modo, has estado conmigo desde el día en que nos conocimos. Llevé una parte de ti conmigo durante nueve meses y has estado presente, aunque todavía no te conociera, durante tres años. Siempre perteneceremos al otro.

La sujeto por la cintura y la atraigo hacia el pecho.

—Quiero hacerte el amor, esposa. Quiero desnudarte, besar cada centímetro de tu piel perfecta y amarte hasta que me supliques que

pare. —Le deslizo los dedos por el satén del vestido hasta el cuello —. Esta noche, en esta ciudad, voy a enmendar nuestra primera vez y darte un nuevo recuerdo al que aferrarte.

Siento cómo se le acelera el pulso bajo los dedos.

—Me muero de ganas.

Retrocedo hasta la pared, apago las luces y me acerco a apreciar las vistas.

—Ven aquí —la llamo—. Hace años, vinimos a Las Vegas sin saber lo que íbamos a encontrar.

Me sonríe.

—¿Otra vez a oscuras?

—No, cariño, mira las luces.

Me acerco para apoyarle el pecho en la espalda y los dos admiramos la ciudad. Después, deslizo los dedos hasta las tiras de su vestido, se las bajo, y le empujo el pelo a un lado para besar su piel suave. Sophie gime en voz baja y me apoya la cabeza en el hombro.

Le subo los labios hasta la oreja, le paso la lengua por el lóbulo y le susurro:

—Quiero verte desnuda frente a las luces. Quiero ver cómo se reflejan en tu piel mientras te complazco.

Se le entrecorta la respiración y le hago apoyar las manos en el cristal frío de la ventana.

—¿Y si nos ve alguien? —pregunta Sophie.

—No nos puede ver nadie, mi amor. —El hotel tiene las ventanas cubiertas por una película dorada, por lo que, cuando las luces están apagadas, es imposible ver nada—. Además, estamos en el último piso. —Le quito el vestido hasta que está completamente desnuda, salvo por los tacones. Jadea ligeramente cuando le sujeto los pechos y se los masajeo con suavidad.

—Holden…

—Dime, mi amor —respondo antes de pellizcarle los pezones erizados. Cuando mueve la mano, paro en seco—. No apartes las manos del cristal, Sophie. Quiero que observes el mundo moverse a

nuestro alrededor mientras yo me centro solo en ti. Mi mujer. Mi amor. Mi corazón.

Ladea la cabeza y le deslizo la mano hasta la garganta antes de tomar posesión de su boca, acariciar su lengua con la mía y besarla mientras permanece ahí de pie, como una diosa.

Quiero probar cada centímetro de ella, así que me separo. Me quito la corbata y la lanzo al suelo antes de desabrocharme los dos primeros botones de la camisa.

—Eres preciosa. Tan perfecta.

Ha pasado más de un mes desde la última vez que le besé el cuerpo e hicimos el amor. Tenía las costillas demasiado castigadas y debía centrarse en sanar. La he abrazado cada noche, deseando poder amarla, pero acaban de darle vía libre para retomar algunas actividades tranquilas, lo cual incluye sexo prudente.

Sí, lo he preguntado, y ni siquiera me siento mal por ello.

Esta noche quiero que vuelvan a despertar todas las partes de su cuerpo.

Me coloco detrás de ella y admiro su cuerpo desnudo con las luces de la ciudad en la que la conocí de fondo.

—¿Holden?

—Eres preciosa.

—Estoy desnuda delante de toda la ciudad de Las Vegas.

—No, cariño, estás desnuda delante de mí. —Me acerco más a ella, pero sigo sin tocarla—. Eres mía.

—Sí.

—¿Qué debería hacer contigo?

Se estremece.

—¿Qué quieres hacer conmigo?

Le sonrío con picardía.

—Primero te voy a besar, mi amor.

Y eso hago. Poso la boca contra la de ella, bebiéndome cada gota de amor que me ofrece. A continuación, la rodeo hasta apoyarle el pecho en la espalda y arquea el cuerpo con el contacto. Quiero avivarle la llama todavía más. Muy despacio, deslizo mis

manos por su vientre hasta el clítoris y trazo círculos en el centro cálido con el dedo.

Aparta los labios de los míos y se le escapa un grito ahogado.

—Ay, Dios.

—¿Te acuerdas de lo que he dicho sobre crear un nuevo recuerdo, cielo?

—Sí —jadea y su aliento empaña un poco el cristal.

—Mira hacia afuera, cariño. Mira cómo pasa el mundo, sin saber que voy a hacerte gritar mi nombre mientras te lamo hasta que te cedan las piernas. —Me dejo caer de rodillas y le bajo las bragas con el movimiento. Hago que levante un pie y después el otro para quitárselas antes de separarle las piernas—. Quédate así.

Me mira con los ojos llenos de confusión.

—¿Qué?

—Pon las manos en la ventana. —La empujo contra el cristal frío hasta que aprieta los pechos contra él—. Perfecta. Eres perfecta, joder —añado, y le recorro la columna con los dedos—. Mantén las piernas separadas y el culo en pompa.

—¿Qué…?

La interrumpo separándole los muslos y pasándole la lengua por la hendidura. Le ceden las rodillas, pero la sujeto y vuelvo a lamerla.

—Oh, oh —murmura Sophie cuando muevo la boca más rápido.

—Dime qué ves. —La vuelvo a lamer.

—No… puedo.

Acaricio su culo perfecto y después se lo muerdo con cuidado.

—Quiero adorarte mientras observas a las personas de la calle moverse de un lado a otro. —Le doy un beso y después vuelvo a acariciarle el clítoris—. Pero no veo lo mismo que tú, cariño. Descríbemelo mientras yo miro lo que más deseo.

A ella. Ella es lo que quiero.

—Veo… Veo el cartel de la acera de enfrente. —La premio pasándole la lengua por la hendidura. Pierde el equilibrio, pero se mantiene en pie—. Veo gente caminando, recorriendo la calle,

haciendo fotos. —Gimo contra ella antes de introducirle la lengua—. Oh —exclama.

—¿Qué más, Sophie?

—Ya ha empezado el espectáculo de agua… las luces y los chorros de la fuente. Es precioso, y la torre Eiffel brilla… ¡Ay, madre!

Le paso la lengua de arriba abajo por el centro, primero en movimientos rectos y después circulares, y se estremece contra mi boca. La muevo para poder verla mejor, las manos contra el cristal, el culo en pompa, mientras la devoro. Es gloriosa. Un maldito ángel que me han enviado solo a mí y no me olvidaré nunca de esta imagen.

A Sophie se le resbala la mano y me detengo un segundo. Protesta.

—Abre los ojos, cariño. Quiero que lo veas todo. ¿Me ves detrás de ti? ¿Ves cómo te devoro? Mi mujer.

Vuelvo a abalanzarme sobre ella, la lamo y le introduzco la lengua, bebiéndome cada gota que me concede. Aparta la mano del cristal y se la pasa por el pelo.

—Holden, no pares. Nos veo. Nos veo y a ti y… No puedo más.

Quiero hacer que se corra mientras observa la ciudad, y después en la cama y en la ducha y en todos los sitios que pueda.

Gruñe y me reiría, pero mi boca tiene otros planes. Me aparto de ella y exclama:

—¡No! —Vuelvo a lamerla con suavidad, con mucha menos presión de la que sé que necesita, y espero a que vuelva a hablar—. Veo… Veo las luces.

Le introduzco un dedo y se le contraen los músculos.

—Bien. Sigue hablando y dejaré que te corras.

—Hay coches parados en los semáforos y gente riendo… Hay una pareja… Bailando… Ay, Dios. —Sophie gime cuando deslizo el dedo hasta el culo y tanteo el terreno—. Hay gente por todas partes, moviéndose de un lado al otro, sin darse cuenta de que mi marido me está lamiendo el coño.

Quiero alargarlo, pero estoy empezando a perder el control. Le introduzco la lengua y, al mismo tiempo, un dedo en el ano.

—¡Holden!

Siento que se estremece a mi alrededor, me agarra del pelo y después me suelta para golpear el cristal con las manos cuando se desmorona. La sostengo tanto como puedo sin apartar la boca del lugar en el que me necesita.

Tras unos segundos, deja de gemir y se deja caer al suelo. La atrapo, la siento sobre mi regazo y me apoya la cabeza en el hombro, jadeando.

—Eres espectacular —digo.

Sophie se ríe con suavidad.

—No estoy de acuerdo. Tú eres espectacular.

Nos incorporo y me las arreglo para seguir estrechándola entre mis brazos, ya de pie. Después, la tumbo en la cama. Sophie desnuda frente a la ventana estaba preciosa, pero en la cama con esos tacones puestos es deslumbrante. Dios, puede que me corra aquí mismo.

Me llama con el dedo.

—Hay muchas cosas que una mujer debería hacer por su marido.

—Ah ¿sí? —pregunto, de pie, frente a su cuerpo desnudo. Se pone de rodillas con una sonrisa juguetona.

—Por supuesto.

—¿Y qué cosas son esas?

Me recorre el pecho con el dedo y me desabrocha los botones a su paso.

—Bueno, si piensas en mis votos, el primero es consolarte y cuidarte en la salud y en la enfermedad.

—Estoy bastante sano.

Asiente.

—Sí, y cuando estuve enferma, estuviste allí para mí.

Le aparto el pelo de la cara.

—Siempre.

—Después, en la riqueza y en la pobreza. —Ese es un voto muy complicado. Somos sumamente ricos gracias a un dinero que ninguno de los dos quiere tocar. Desciende hasta el próximo botón —. Eso no es un problema para ninguno de los dos.

—No, la verdad es que no.

—Luego está lo de amarte, y eso creo que lo tengo controlado.

Le sonrío.

—Eso es bueno. Otro voto es honrarme —le recuerdo.

—Sí, lo sé. Y obedecerte, que, por cierto, lo acabo de hacer.

Me abre la camisa del todo y asiento.

—Sí, eso se te ha dado muy bien.

La mirada de Sophie se encuentra con la mía.

—La parte de la prosperidad y la adversidad ya la hemos vivido muy de cerca.

Es muy doloroso recordarlo, no quiero volver a pensar en que casi perdemos a Eden y, después, a ella. Quiero avanzar, olvidarme de todo lo malo que ha pasado y regocijarme en lo que viene.

—Creo que hemos soportado las peores adversidades.

—Estoy de acuerdo, marido. Ahora me gustaría que nos concentráramos en lo bueno. ¿Hay algo que pueda hacer para empezar?

—Ven aquí —le pido. Se acerca. Sophie siempre me parece increíblemente *sexy,* pero cuando deja que tome el control, solo quiero caer rendido a sus pies y venerarla—. Quítame la ropa.

Me baja los pantalones y me sonríe al rodearme el pene con la mano. Me acaricia un par de veces y susurro su nombre cuando me suelta.

—¿Ahora qué? —pregunta.

—Ponte de rodillas, cariño.

Se desliza hasta el suelo, esboza una sonrisa coqueta y me mira con los ojos cargados de lujuria. Me sujeto el miembro con la mano y me masturbo un par de veces mientras me mira.

—Quiero tocarte —confiesa.

—Pues tócame.

Reemplaza mi mano con la suya y me acaricia ejerciendo la presión perfecta.

—Te quiero.

Le acaricio la mejilla con el pulgar.

—Y yo a ti.

—Quiero demostrártelo.

—Lo haces todos los días —respondo.

—Así no. —Sophie sacude la cabeza. Después, deja caer la mano y me rodea con los labios. Gimo cuando me introduce hasta el fondo y el calor de su boca me recorre las venas como fuego líquido.

—Eso es, cariño, chúpame la polla. —Le apoyo la mano en la coronilla y me obligo a no empujarle la cabeza hacia abajo. Entonces, me sujeta la muñeca con la mano y hace justamente eso —. ¡Joder! —gruño y la agarro del pelo. Marco el ritmo, pero consigo contenerme un poco y saborear cada segundo. Me lleva hasta el fondo y sube y baja la boca a un ritmo constante que hace que me dé vueltas la cabeza. Estoy casi a punto. Quiero correrme con todas mis fuerzas, pero sé que tengo que parar—. Sophie, para. Por favor, cariño, quiero hacerte el amor. Quiero estar dentro de ti cuando me corra.

Levanta la cabeza, se limpia la boca y me posa la mano sobre el pecho. Vuelvo a tumbarme y ella se cierne sobre mí y me introduce dentro de ella. Su calor me envuelve de la mejor forma posible. Madre mía, es el paraíso.

—Me haces sentir muy bien —susurra Sophie, y balancea las caderas a un ritmo perfecto—. No te merezco.

Le entierro las manos en el pelo y le muevo la cabeza para obligarla a mirarme a los ojos.

—No cariño, nos merecemos el uno al otro. Estamos hechos el uno para el otro.

—Holden… —A Sophie le tiembla la voz—. Te quiero.

—Te quiero más de lo que pensé que fuera posible —respondo, y le acaricio la mejilla—. Te querré durante el resto de mi vida. Te querré incluso después.

La querré hasta el fin de los tiempos.

* * *

Me giro de costado y solo encuentro unas sábanas frías. Me incorporo y me pregunto adónde habrá ido Sophie, mi mujer. Está envuelta en una bata mientras observa el Strip de Las Vegas por la ventana.

Salgo de la cama, me envuelvo en una bata a juego y la atraigo hacia mi pecho.

—¿Qué miras?

—El sol.

—Suele aparecer por la mañana.

—Lo sé. Pero verlo significa que regresamos a casa hoy.

—Ojalá pudiéramos quedarnos un día más.

Se vuelve a mirarme y me apoya las manos en el pecho.

—Yo también quisiera, pero echo de menos a Eden y estoy segura de que habrá agotado a Mamá James.

—La hace sentirse joven.

Sophie sonríe.

—Tendremos que adoptar un gato cuando volvamos a casa.

Mi tía se irá a su casa cuando regresemos, gracias a todos los dioses. Nos ha brindado una ayuda valiosísima, pero Sophie ya está curada, Eden está mucho mejor y necesitamos tiempo e intimidad para a convertirnos en una familia.

Sin embargo, no adoptaremos un gato.

—No.

—Holden —me regaña.

—No, no vamos a adoptar un gato. Todavía no he conocido a ninguno al que le caiga bien.

Se le escapa una risita.

—Pues a lo mejor el problema eres tú.

—O a lo mejor están todos locos.

—Sí, todos los gatos del mundo.

Es posible.

—Nos compraremos un pez o algo que no requiera muchos cuidados.

—Eres un idiota.

—Pues te has casado conmigo, cariño. —Me encojo de hombros.

—Eso sí. —Se pone de puntillas y me da un beso en los labios—. Pero tu hija quiere un gato y no te veo capaz de negárselo.

—Pues soy capaz.

No es más que falsa bravuconería, porque me es imposible decirle que no a esa niña. Tengo la sensación de que, en unos días, iré a una protectora y adoptaré un maldito gato. Necesito tratar mis problemas psicológicos.

—Si tú lo dices. —Ni siquiera Sophie me cree.

—¿Tan predecible soy?

—Un poco sí.

Le doy un beso en la nariz y la suelto cuando oigo que le ruge el estómago.

—¿Por qué no vas a la ducha mientras yo nos pido algo de desayunar?

—Suena genial. No te olvides de mi taza de té.

Asiento.

—Sí, sí, lo pediré.

—El de aquí no es muy bueno, pero me las apañaré.

Se contonea al alejarse y sonrío. Pido varias cosas para comer y después echo un vistazo al móvil.

Tengo unos cuantos correos del hospital que me informan del estado de mis pacientes y un mensaje de Emmett en el que me pregunta si iré a cenar mañana por la noche, dado que la semana pasada no pudimos quedar para la noche de póquer.

Será mejor que me lo quite de encima.

Así que les envío una foto de las de anoche a él y a Spencer.

Yo: Siento que os lo hayáis perdido, cabrones, pero nos casamos ayer.

Emmett: Supongo que querías tener un secreto como el nuestro. Felicidades, capullo.

Spencer: Tú y Las Vegas. Me alegro de que por fin hayas hecho algo bueno en esa ciudad. Me alegro por vosotros chicos y, cuando volváis, me reiré mucho de la bronca que os va a echar Brielle.

Yo: Dile que hemos hecho lo que nos parecía bien. Ojalá hubierais estado aquí conmigo, en especial, Isaac.

Isaac fue el padrino cuando me casé con Jenna y, aunque entonces me pareció la decisión correcta, esta vez ha sido distinto. Sophie es con quien estoy destinado a estar, y debería haber esperado hasta encontrarla.

Emmett: Siempre estará con nosotros.

Spencer: Nos estará mirando desde el cielo y, probablemente, piensa que estamos como cabras.

Emmett: Sobre todo tú, que te casaste con su hermana.

Me río, porque es cierto. Su muerte nos cambió a todos de formas que no podríamos predecir. Spencer se casó con Brielle, Emmett y Blakely se reconciliaron, porque el destino los volvió a unir y yo me he reencontrado con Sophie. No digo que todo esto no hubiera pasado si él siguiera con nosotros, pero nunca lo sabremos.

Sophie sale del baño con la bata puesta de nuevo y el pelo envuelto en una toalla.

—¿Va todo bien, mi amor?

Nunca he sido de los que creen en la fe o el destino, pero al mirarla me convenzo de que algo superior debe de existir. Llámalo como quieras, pero estaba destinado a estar aquí… Con ella.

—Todo perfecto.

Y es la verdad.

Epílogo

Sophie

Un año y tres meses después

—Me alegro muchísimo de que hayas venido —digo a uno de mis protectores mientras le doy un abrazo. Jackson sonríe.

—No me lo habría perdido por nada en el mundo. Felicidades a los dos.

Holden le estrecha la mano.

—Gracias.

—Esta es mi mujer, Catherine.

A su lado hay una mujer preciosa, de pelo largo y castaño, con una sonrisa que podría desarmar a cualquiera.

—Gracias por venir y por compartir a tu marido con todo el que lo necesita.

Catherine sonríe y se le suaviza la mirada al fijarla en Jackson.

—De nada. Me gusta que acepte trabajos en los que puede proteger a gente que lo necesita de verdad, como ocurrió contigo. Me alegro mucho de que vuestra historia acabara así.

—Yo también.

Alguien aparta a Jackson a un lado y un rostro familiar asoma.

—Ya vale de acaparar a la novia.

—Zach. —Sonrío en cuanto lo veo.

—Hola, Sophie. Mírate, tan feliz y radiante.

Le doy un abrazo y después me presenta a la mujer más preciosa y despampanante que he visto en mi vida. El pelo rubio le cae en ondas por la espalda y lleva un vestido negro precioso.

—Tú debes de ser Millie —digo antes de que Zach termine la frase.

Millie es quien me ha salvado la vida con el vestido de novia. Estaba en pánico, pero luego recordé lo que había dicho Zach sobre su tienda. Había pocas posibilidades, pero se puso en contacto con uno de los diseñadores con los que trabaja y tenía un vestido premamá disponible.

—Sí. Y como antigua planificadora de bodas, debo decir que esto es precioso y estás radiante.

—Bueno, si no hubiera sido por ti, ahora mismo estaría hecha un desastre. Así que muchas gracias por tu magia.

Agita la mano para restarle importancia.

—Estarías preciosa con cualquier cosa y me ha encantado ser de ayuda.

Zach la rodea con el brazo desde atrás y le da un beso en la sien.

—Millie es un milagro.

Se me derrite el corazón al verlo con ella. Es evidente que están hechos el uno para el otro.

—Sin duda.

—No te entretenemos más —dice Zach tras mirar la cola que se está formando detrás de ellos—. Enhorabuena, Holden. Os deseo toda la felicidad del mundo.

—Gracias, tío. —Holden le da una palmadita en la espalda.

Ha sido un día raro, llevamos casados más de un año, pero la ceremonia ha hecho que parezca un matrimonio nuevo. Hemos renovado los votos, nuestro amor y devoción, y ha sido perfecto porque Eden ha sido partícipe de la celebración.

No había tanta cola, porque ha sido una ceremonia pequeña con las personas a las que más queremos. Cuando la última invitada se acerca a nosotros, a Holden se le ilumina el rostro. Es una mujer preciosa, alta, de pelo corto y rubio, y es evidente que adora a mi marido. Se funden en un abrazo y después él da un paso atrás y me coloca la mano en la parte inferior de la espalda.

—Addy, me gustaría presentarte a mi esposa, Sophie.

La mujer esboza la más cálida y adorable de las sonrisas y me atrae a sus brazos.

—Es maravilloso conocerte, los chicos me han hablado mucho de ti.

—¡Y a mí de ti! Es como si ya fuéramos amigas. —Ella y yo hemos hablado un par de veces y Holden se deshace en elogios con ella. Addison fue una parte muy importante de su vida y de las de sus amigos y sé que la echan muchísimo de menos. Es evidente que para ellos es algo más que la mujer de Isaac: también es su amiga.

—Y esta renacuaja de aquí es Elodie —explica Holden, que la coge en brazos y le da un beso en la mejilla antes de volver a dejarla en el suelo. Me agacho para ponerme a su altura.

—Hola, Elodie. Es un placer conocerte.

Se esconde detrás de las piernas de su madre y Holden se ríe.

—No me puedo creer que ya casi tenga tres años. Parece que fue ayer cuando nació y fuimos a veros al hospital.

—Y que lo digas —responde Addy, que suena agotada. Conozco perfectamente esa sensación—. No me creo que haya pasado tanto tiempo desde que asesinaron a Isaac. El tiempo… vuela, supongo.

—¿Cómo te va por Sugarloaf? —pregunta Holden.

—Bien, me encanta vivir allí. Me ha sentado bien pasar tiempo con los Arrowood. Allí son todos como una gran familia.

—He oído que vas a comprarte una casa allí —digo.

—¡Sí! He encontrado una granja que necesita algunas reformas, pero estoy muy ilusionada. —Entrelaza el brazo con el mío y empieza a caminar—. ¿Estás lista para el banquete? He oído que es pequeño, pero Brielle afirma que será perfecto.

No lo tengo del todo claro. De hecho, no va a ser tan perfecto, ya que hace cuatro meses descubrimos que estaba embarazada. Holden y yo queríamos esperar hasta después de la boda, pero… No todos los planes salen como uno quiere. Me llevo la mano a la barriga, que ha dejado de ser plana y es difícil de esconder.

—Como ves, me estoy expandiendo otra vez y no queríamos un espectáculo. Además, ya estamos casados.

—Eso no importa, las bodas siempre son especiales, aunque estéis casados. La ceremonia ha sido preciosa.

—Gracias.

—Me alegro mucho por los dos. Me preocupaba que Holden siguiera casado con su trabajo toda la vida, pero parece que necesitaba encontrar a la mujer a la que preñó en ese maldito viaje a Las Vegas.

—¡Oye! —exclama él rápidamente—. Que yo no lo planeé, fue Isaac.

Pone los ojos en blanco.

—Sí, seguro que fue Isaac quien lo planeó. Seamos sinceros, fuisteis vosotros tres.

—Me acojo a mi derecho a guardar silencio.

Los dos se ríen.

—Me alegro de que fuera a Las Vegas. Si no lo hubiera hecho, no tendríamos a Eden y no estaríamos aquí hoy.

—Yo también me alegro. —Holden me da un beso en la sien y Addy sonríe con ternura.

—Y yo de que todo haya salido bien. Os merecéis una vida llena de felicidad. Por cierto, quería agradeceros en persona la donación que hicisteis.

Aparto la mirada, porque me siento incómoda. Después de mi insistencia para que acudiéramos a las autoridades a informar de la cuenta bancaria, Holden aceptó, pero solo nos dijeron que, en realidad, el dinero era nuestro. No pudieron rastrear su origen gracias a lo brillante que era mi anterior marido.

—Por favor, no me des las gracias, me alegro de que vaya a organizaciones destinadas a ayudar a chicas en situaciones horribles.

Holden me aprieta la mano en señal de apoyo. Ese dinero fue el culpable de una de las mayores peleas que hemos tenido. Él quería que nos quedáramos una parte… Para Eden. Yo, vaciar la cuenta y quemarlo todo.

Al final, llegamos a un acuerdo, decidimos ayudar primero a las personas y familias a las que Kate había hecho daño y, si después quedaba algo de dinero, ya lo hablaríamos.

—Sé que los dos últimos meses no han sido fáciles —dice Addison con la mirada llena de compasión.

No, no lo han sido. El juicio ha resultado agotador. No solo porque estoy embarazada, sino también porque tuvimos que revivirlo todo y mirar a Kate a los ojos mientras intentaba defenderse. Había pruebas irrefutables en su contra, la declararon culpable y ahora está esperando sentencia de un tribunal federal.

—Ya se ha acabado —digo. Me siento mucho más ligera desde que todo terminó. Holden se aclara la garganta.

—Ya basta de dramas.

—Creo que hemos tenido suficientes —concuerda Addy—. Bueno ¿y qué te parece Rose Canyon? Es un pueblo pequeño, pero la gente es maravillosa. —Se vuelve hacia nuestro grupo de amigos y ríe—. La mayoría. Estos son un desastre.

—No hagas ni caso de lo que te diga esta mujer —replica Spencer en cuanto nos acercamos al grupo—. No es de fiar.

Addison se ríe.

—Ah, ¿y tú sí?

—¡Por supuesto que no! ¿Quién ha dicho que yo lo sea?

Emmett se echa a reír.

—Yo ya te digo que no.

—Exacto —ríe Addison—. Sois todos una panda de capullos a los que hay que controlar a golpes, por eso he venido, para manteneros a raya.

Todos estallan en carcajadas y Spencer le da un codazo.

—Perdiste la oportunidad, cielo. Podrías haber sido mía o de ese idiota, pero escogiste a Isaac cuando eras demasiado joven para reconocer a un ganador.

—Por favor, escogí al mejor. Tú eres el último con el que habría salido.

Emmett arquea una ceja.

—Ah, ¿sí? ¿Y quién habría ganado si no hubieras escogido a Isaac?

—Seguramente a ti. —Addy se encoge de hombros—. Si hubiera podido pasar por alto que tuvieras vello facial a los trece…

Spencer rompe a reír.

—¡Era el único crío de segundo de secundaria con barba!

Holden me pasa un brazo por el hombro y me da un beso en la sien.

—Son todos una panda de idiotas.

Addison se vuelve hacia él.

—Oh, no me hagas hablar de ti.

—¿De mí?

Me río.

—Pues la verdad es que estoy de acuerdo en que eres un poco idiota.

—¡Mejor me lo pones! —exclama Addison, que me sonríe de oreja a oreja—. Hasta tu mujer cree que eres idiota.

—Para ser justos, aunque esta conversación no lo sea, yo creo que Emmett es el más idiota de todos. —Holden intenta que hablemos de otra persona.

—¡A mí me gustaría nominar a Spencer para ese puesto! —interviene Brielle con la mano levantada.

—Ah, nada de eso. Es Emmett, yo estoy de acuerdo. Su mujer coincide en que es el peor —mete baza Blake.

—Eso no es justo —entro en la disputa—. ¿Por qué no mi marido? Es bastante bobo. Y no aguanta bien el alcohol. No os olvidéis del incidente del baño de hace cinco años…

Las tres mujeres asienten y Brielle mira a Holden con los ojos entrecerrados.

—Sí, deberíamos tenerlo en cuenta.

—Además, lo odian todos los felinos —les recuerdo otro punto en su contra. Holden resopla.

—¿Quieres que me nombren el más capullo de todos?

—Si todos los datos apuntan a ello…

Me atrae a sus brazos y me da un beso en el cuello con un gruñido.

—Me las vas a pagar.

—Ya lo está pagando —responde Emmett con una risita—. Está embarazada, otra vez, porque eres el único médico de todo Estados Unidos que no entiende cómo funcionan los condones.

Tampoco es que yo pueda decir mucho, ya que me olvidé de tomarme los anticonceptivos… dos veces. Estaba demasiado centrada en el juicio y en lo feliz que me siento. Feliz de estar casada con el hombre más maravilloso que he conocido nunca, que nos adora a mí y a nuestra hija.

—¿Ya sabes qué será? —pregunta Addison mirándome la barriga.

—Un niño —anuncio, y después sonrío a todos nuestros amigos. No lo mencionamos después de la consulta del otro día.

—¡Un niño! —exclama Brielle.

Asiento.

—Todavía estamos pensando en el nombre, por eso no os lo habíamos contado.

—Creo que necesitamos una votación común —sugiere Spencer.

—Ni de broma —responde mi marido con un tono que no da opción a debate.

Evidentemente, a sus amigos les da lo mismo lo que diga.

—A mí me gusta el nombre de Emmett —comenta Emmett.

—No. —Holden pone los ojos en blanco—. Ni Emmett ni Spencer ni otras sugerencias…

—¿Y qué os parece Blake? —sugiere Blakely.

—No.

Sonrío, porque adoro la dinámica del grupo. Son más una familia que un grupo de amigos y me han recibido como a una hermana con los brazos abiertos.

—Todavía no hemos decidido nada, pero cuando lo hagamos, os informaremos —les explico.

Eden se acerca corriendo a nosotros y me pone la mano en la barriga de inmediato. Su única preocupación, ahora mismo, es su

hermano pequeño: solo quiere que salga para cuidar de él y ser la mejor hermana mayor del mundo.

Me preocupaba que supusiera otro cambio importante en su vida, pero está emocionada ante la llegada del bebé.

—Mami, ¿está bien mi bebé?

Me río.

—Perfectamente.

Asiente una vez y después se vuelve hacia sus tíos, que la tienen muy mimada.

—¿Tío Emmett? —Escoge al eslabón más débil.

—¿Qué? —Bien, por lo menos detecto algo de recelo en su voz.

—¿Puedes llevarme a buscar una cosa?

—¿Qué necesitas, bichito? —pregunta Holden, que se ha acercado a ella.

—Nada. Me puede ayudar el tío Emmett.

Mi marido frunce los labios.

—Si quieres que lo consiga el tío Emmett, es probable que no puedas comerlo.

—No, papi, sí que puedo.

—Vale, ¿y qué quieres? —le pregunta.

—Pastel…

Saco el teléfono para comprobar sus niveles de azúcar, que están en un rango normal. Holden levanta la mirada hacia mí y extiende la mano. Hemos empezado a enseñarle a leer las cifras de la aplicación. Sé que, de momento, no lo va a entender, y no esperamos que lo regule ella sola, pero sí que empiece a acostumbrarse a vigilar las cifras.

Le muestra el teléfono y hablan de los resultados.

—Entonces, ¿me lo puedo comer? —pregunta con una vocecita alegre.

—Puedes comer un trocito —respondo. La pequeña rodea el cuello a su padre con los brazos. Ya veo lo que importo.

Adora a Holden. Es como si siempre hubiera formado parte de su vida y nunca hubieran vivido una situación diferente. Cuando llega a

casa, Eden corre hasta la puerta, le explica su día y él centra toda su atención en ella. Es un hogar dulce, mucho más de lo que siempre había soñado. Nuestras vidas han tomado caminos que nunca habría esperado, pero estaré eternamente agradecida de que me llevaran hasta Holden.

Addison se pone a mi lado y los observamos mientras se alejan.

—Es un buen hombre.

—Sí, tengo mucha suerte.

—Yo tuve al amor de mi vida y, aunque nuestra historia se vio interrumpida de golpe, no me arrepiento de nada. Estar con Isaac fue el mejor regalo que he recibido nunca. —Mira a su hija mientras sus tíos se la pasan también de uno a otro.

—¿Puedo hacerte una pregunta que quizá te parezca algo inapropiada?

—Por supuesto.

—¿Crees que, después de todo lo que has pasado, volverás a ser feliz o a amar a alguien más?

Se encoge de hombros.

—Ser feliz, sí. Soy muy feliz. Tengo a Elodie y una vida maravillosa en Sugarloaf. Echo de menos a mis amigos de aquí, pero mi hogar está allí. Es diferente y no está plagado de recuerdos de una vida que no volverá. En cuanto a amar de nuevo… No lo sé. No sé si voy a encontrar a alguien como Isaac. Sé que tú ya habías estado casada antes, ¿te lo habías planteado alguna vez?

Le hablo de mi anterior matrimonio y de las circunstancias en las que se dio… Una versión resumida.

—¡Oh! Vaya.

—Aun así, no buscaba amor. Vine aquí sin saber por qué, lo cual es irónico, porque me enviaron al sitio que debería haber evitado.

—Pero entonces no habrías encontrado a Holden.

Asiento, y miro a la mesa en la que está con Eden.

—Sí, y habría sido la mayor desgracia de mi vida.

—¿Lo ves? Al final todo se soluciona. O, por lo menos, eso es lo que me digo a mí misma.

Holden se da la vuelta, se da cuenta de que lo estaba observando y me guiña el ojo. Lo amo mucho. Empieza a caminar hacia mí y yo me vuelvo hacia Addison.

—Yo también lo creo, si no, no estaría casada, esperando a nuestro segundo hijo y tan llena de amor que siento que voy a estallar.

—¡Mami! —exclama Elodie—. ¡Tengo hambre!

—Tengo que irme. —Addison me aprieta el brazo y se va, entonces siento que unos brazos me rodean por detrás, que unas manos me abrazan la barriga, y apoyo la cabeza en el hombro de Holden.

—Todos parecen divertirse y felices.

—Nadie más que yo.

—A mí se me ocurre alguien más feliz que tú —dice Holden.

Giro la cabeza para mirarlo.

—¿Quién?

—Yo.

Le sonrío y se lo concedo, aunque sé que no puede ser cierto. Ni siquiera él está tan feliz como yo me siento, porque sé que tenemos una vida juntos por delante y que este sentimiento no acabará nunca.

Agradecimientos

Muchas gracias por haber leído la saga Rose Canyon. Este libro ha significado mucho para mí.

Espero que hayas disfrutado de *La promesa.* ¿Qué te ha parecido la escena del hotel de Las Vegas? Adoro a Holden y a Sophie. Quería que pudierais echar un vistazo a sus vidas, así que… En las siguientes páginas encontrarás una escena extra muy divertida que he escrito para darte las gracias.

Escena extra

Holden

—¿Has acabado de montar la cuna, cielo? —me pregunta Sophie desde el salón.

—¡Casi!

Estoy a punto de servirme un chupito y terminar de montarla con precinto. De verdad, es increíble que sea capaz de curar un fémur destrozado, pero se me resista una maldita cuna de Suecia. ¿Tan difícil es incluir unas instrucciones que no sean solo un montón de imágenes que parecen iguales y que ni siquiera sepas si están al derecho o al revés? No creo que pida tanto.

Vuelvo a coger las malditas instrucciones y doy la vuelta a la página. Intento buscar el sentido a este panel tan raro que encaja en una pieza parecida a una verja y le echo un vistazo a unos tornillos de dos centímetros, como si pudiera medirlos a ojo.

—¿Necesitas ayuda? —Sophie, con el vientre abultado, se ha apoyado en el marco de la puerta.

—Lo tengo todo controlado.

—Cuando tus amigos me pidieron que lo grabara en vídeo, no sabía muy bien por qué, pero ya lo veo.

Si no fuera mi preciosa y muy embarazada mujer… Le haría una peineta. En lugar de eso, sonrío con toda la amabilidad que puedo.

—¿Quieres ayudar?

—No, la verdad es que no.

Claro que sí.

—Habré acabado antes de que llegue el bebé.

—¡Eso espero! —Sophie sonríe. Después, se lleva la mano a la barriga y gruñe—. Nuestro hijo no está muy contento hoy.

—¿No? —Me pongo de pie y le pongo las manos en la barriga. Justo en ese momento, da una patada muy fuerte—. Vale, hombrecito, relájate.

—Ha estado así todo el día.

—Sales de cuentas dentro de poco.

Sophie echa un vistazo al cuarto del bebé, que está sin acabar.

—No puede llegar todavía, no estamos listos.

—Sí que lo estamos, Sophie. E, igualmente, va a estar en nuestra habitación los primeros meses. Ya has comprado esa cosa que se fija a la cama. —Para mi desgracia.

—Sí, pero quería que su cuarto estuviera terminado, que tuviera su sitio en nuestro hogar.

—Ya lo tiene —le aseguro—. Su sitio está con nosotros.

—Lo sé, lo sé. —Vuelve a hacer una mueca—. Dios, esa ha sido muy molesta.

Vale, ya van dos veces que parece algo más que una patada.

—Sophie, ¿cada cuánto te pasa?

—No estoy de parto, si te refieres a eso. En todo caso, sería una falsa alarma, porque son en una frecuencia totalmente desordenada.

Bueno, habría sido una buena forma de librarse de montar la cuna.

—Anota cada cuánto te pasa.

—Sí, y tú acaba de montar la cuna.

—Quieres que la acabe, pero todavía no hemos elegido ni el nombre. Yo creo que eso es más importante.

A Sophie se le llenan los ojos de lágrimas.

—¡Lo sé! Lo siento.

Ay, madre. Qué divertidas son las hormonas.

—No llores, cariño. Era una broma. Solo intentaba montar, o no montar, la cuna. No pasa nada.

—¡Necesitamos un nombre! —balbucea Sophie—. Cuando llegue a casa será «el bebé». Eso ni siquiera es un nombre…

Busco las palabras indicadas con delicadeza. Hemos decidido que su primer nombre sea el de otra persona. Así que nada de Isaac o Theo y nada de llamarlo como nuestros padres. Ha sido difícil encontrar un nombre que nos encaje a los dos y suene natural.

—¿Cuál es tu favorito? —le pregunto mientras le limpio las lágrimas.

—Me sigue gustando Brody.

A mí no, pero aprecio mi vida… y a mi mujer… así que me lo guardo para mí.

—Vale, pues Brody está en lo alto de la lista.

Sophie sorbe por la nariz.

—¿Y el tuyo?

—Archie. —No sé por qué, pero suena real y es de origen inglés. Quiero que sea una mezcla de los dos.

—Archie no me desagrada. Archie James.

Vaya, la última vez que lo dije hizo una mueca y me retiró el derecho a poner nombre a nuestro hijo. Aunque, claro, me pidió perdón dos segundos después y me aseguró que podía escoger el nombre que quisiera, pero que, a lo mejor, prohibiría ese en concreto.

Y lo hizo.

—¿Y si lo llamamos Archie Theodore James? —sugiero.

Me mira con los ojos como platos.

—¿Quieres ponerle el nombre de Theo?

—Es quien te trajo hasta aquí cuando ya te había perdido.

—Holden…

Otra vez las lágrimas.

—Sophie. —Se me escapa una risita—. Cariño, no hace falta que llores.

—Odio esta parte del embarazo, tengo los sentimientos a flor de piel. Es solo que… No pensaba que quisieras ponerle su nombre a nuestro hijo.

Me inclino hacia ella y le doy un beso en la nariz.

—Si no hubiera sido por tu mejor amigo, mi hija no habría tenido un padre durante los tres primeros años de su vida y no estaríamos aquí, ahora. Era tu mejor amigo, Sophie, e independientemente de todo lo que nos hizo sufrir, te quería. Creo que Theo intentó protegeros y nuestro hijo se sentirá orgulloso de saber de dónde proviene su segundo nombre.

Prácticamente se abalanza a mis brazos y me acribilla a besos.

—Te quiero muchísimo. Pero mucho, mucho, mucho, mucho.

—Y yo a ti, cielo. Ahora vamos al sofá y te relajas.

—Solo porque lo has dicho tú. —Sophie se ríe, pero da un paso y frena en seco—. Eh… ¿cielo?

—¿Qué?

Baja la mirada al charco que se acaba de formar en el suelo.

—Creo que he roto aguas.

Parece que el bebé viene ya y me voy a librar de montar la cuna.

* * *

—¡Es adorable! —Mamá James mira a Archie embelesada.

—Sí.

—Es igualito que tú cuando eras un bebé.

Miro a mi hijo, que es adorable, pero no veo el parecido. Tiene un montón de pelo rubio, que ha heredado de su madre, y la cara algo hinchada.

—Creo que estás ciega —digo. Ella me responde con un manotazo en el brazo.

—No seas ridículo. Míralo, tiene tu cara.

—Si tú lo dices.

—¿Está bien Sophie? —pregunta con la voz cargada de preocupación. Nos ha dado un buen susto a todos. Al bebé le ha bajado mucho la frecuencia cardíaca, pero a ella también. Por suerte, el personal médico ya estaba preparado y se la han llevado a toda prisa al quirófano antes de que se agravara.

—Sí, descansando. Está exhausta después de doce horas de parto y una cesárea.

—¿Eden se ha quedado con los chicos?

—Sí, Spencer y Brielle la traerán ahora. Por suerte, ya estaba pasando el día con ellos para que Sophie pudiera relajarse antes de la llegada del bebé.

Me sonríe.

—Adora a sus tíos.

—La tienen muy mimada, claro que los adora.

—Déjalos. No hay nada más bonito en este mundo que ser la tía o el tío. Tienes la oportunidad de ser el padre sin la disciplina…

—No estoy de acuerdo en eso último. —Arqueo una ceja y Mamá James me mira con el ceño fruncido.

—Yo solo lo hice porque tus padres no te educaban. Me refiero a que te llevas lo mejor de ser padre: el amor, la amistad y la diversión.

Le doy un beso en la mejilla.

—Me encantó que tú fueras mi tía.

—A mí también.

—Y sé que era tu favorito.

—Fuiste un dolor de cabeza —bromea. Hablamos un poco del parto y lo difícil que ha sido para mí no estar a cargo. Se ríe cuando le explico que me han echado la bronca cuatro veces para que volviera a mi sitio. Es como pedir a un mecánico que no mire bajo el capó cuando otra persona intenta arreglar un motor. Sé qué herramientas hay que emplear y es mi mujer—. ¿Así que la enfermera te ha amenazado con mandarte fuera? —Mamá James se ríe descontroladamente.

—Nunca habría dejado sola a Sophie.

—Te creo, pero tienes que empezar a confiar en los demás médicos.

Me resulta imposible cuando se trata de mi familia. Sin embargo, antes de que pueda replicar, Eden se acerca corriendo a nosotros por el pasillo.

—¡Papi!

Sonrío de inmediato y el amor que siento por ella me rebosa el pecho. La cojo en brazos y la estrecho con fuerza.

—¿Te lo has pasado bien, bichito?

—Sí. ¡El tío Spencer me ha llevado al parque!

—Qué bien, me alegro.

—Aunque unos niños se han reído de él.

Spencer hace una mueca.

—Odio a esos críos.

—Todavía se burlan de ti, ¿eh?

Spencer y Brielle tuvieron una cita en ese parque, conocieron a un grupo de niños y, desde entonces, ha sido muy cómico. Siempre se burlan de Spencer y eso lo reconcome por dentro.

—Que te den.

—Tío Spencer, ¡eso no se dice! —lo regaña Eden.

—Tienes razón, chiquitina. Lo siento.

Eden sonríe.

—No pasa nada, papi lo dice todo el rato.

Así son los niños, te venden a la primera de cambio.

—Bueno —intervengo—. ¿Quieres ver a tu hermano?

A Eden se le ilumina la mirada.

—¿Ya ha venido de verdad?

—Sí.

—¿Puedo ver a mami también?

Sophie no se lo perdería por nada en el mundo.

—Por supuesto. Te llevaré a verla y pediré que traigan a Archie.

Vamos a la habitación en la que descansa Sophie, Eden entra de puntillas, se acerca la cama y le da la mano. Mi mujer se despierta y es como si acabara de salir el sol.

—¡Eden! Mi pequeña.

—Ten cuidado con mamá, la han operado.

—¿Para sacar a Archie?

Sophie sonríe.

—Sí, mi niña. ¿Dónde está?

—Ahora mismo lo traen.

Unos segundos después, la enfermera trae el moisés con nuestro hijo envuelto en una manta y dormido. Eden se olvida de que su madre existe, corre hasta él y se aferra al lateral del carrito. Aunque se pone de puntillas, solo llega a la parte de arriba con la nariz. Se le escapa un gritito ahogado.

—¡Es guapo!

Me río.

—Sí que lo es.

—¿Nos lo podemos quedar para siempre?

La levanto para que pueda verlo mejor y le doy un beso en la mejilla.

—Para siempre. Los cuatro.

Tal y como debe ser.

Sobre la autora



Corinne Michaels es una autora de novela romántica y ha estado en las listas de los libros más vendidos del *New York Times,* el *USA Today* y el *Wall Street Journal.* Sus novelas están llenas de emoción, humor y amor.

Corinne está casada con un antiguo oficial de la Marina, al que conoció cuando solo tenía dieciocho años y con el que se casó poco después. Cuando su marido pasaba meses fuera de casa, Corinne se refugiaba en la lectura, y así fue como decidió dedicarse a la escritura.

En la actualidad, Corinne vive con su marido y sus dos hijos en Virginia.

Gracias por comprar este ebook.
Esperamos que hayas disfrutado de la lectura.

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.





Cosas que nunca dejamos atrás

Score, Lucy
9788417972912
528

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Si hay algo que tiene claro, es que no es su tipo. Para nada.

Knox prefiere vivir su vida tal y como se toma el café: solo. Pero todo cambia cuando llega a su pueblecito un terremoto llamado Naomi, una novia a la fuga en busca de su gemela, de la que lleva años sin saber nada. Lástima que su hermana le robe el coche y el dinero y la deje a cargo de una sobrina que no sabía que existía. Al ver cómo la vida de Naomi se va al traste, Knox decide hacer lo que mejor se le da: sacar a la gente de apuros. Después, volverá a su rutina solitaria… O ese es el plan.

El gran fenómeno del año en BookTok con más de 30 millones de visualizaciones

Lucy Score ha vendido más de 6 millones de ejemplares

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Cosas que dejamos en el olvido

Score, Lucy

9788419702128
648

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Los chicos malos no tienen finales felices, ¿verdad?

Lucian Rollins es un despiadado hombre de negocios que no teme a nada ni a nadie, excepto a Sloane Walton, la descarada bibliotecaria de Knockemout. A ambos les une un antiguo secreto, pero las raras veces en que hablan, siempre acaban discutiendo. ¿Por qué se llevan tan mal?

Ahora, el padre de Sloane acaba de fallecer y la bibliotecaria está devastada. Lucian deja a un lado su orgullo y acude a Knockemout para ayudarla a ella y a su familia en todo lo que necesiten.

Sloane y Lucian empiezan a pasar más tiempo juntos, y la llama del deseo no tarda en arder… Si Lucian y Sloane juegan con ese fuego, ¿acabarán quemándose?

Número 1 en el *New York Times*

El gran fenómeno del año en BookTok

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Cosas que ocultamos de la luz

Score, Lucy
9788419702043
576

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Los chicos buenos no se enamoran de las chicas malas, ¿verdad?

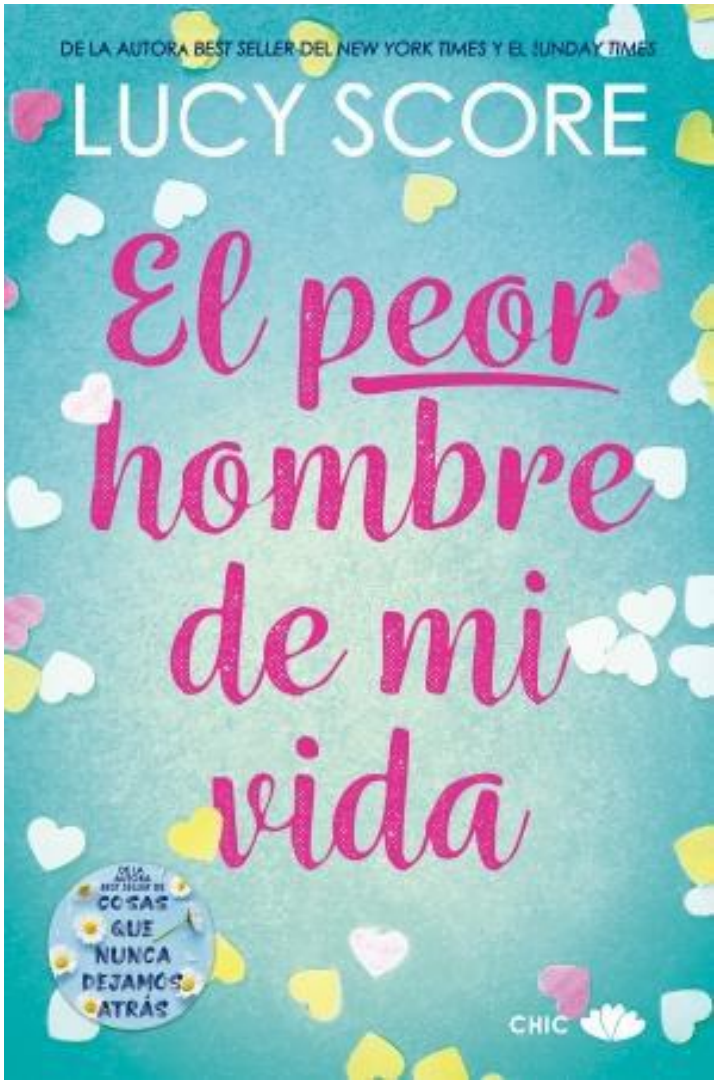
Nash siempre ha sido el bueno de los dos hermanos Morgan. Es el jefe de policía de Knockemout y se está recuperando de un balazo. Desde entonces, aunque se empeña en ocultárselo a todo el mundo, su encanto sureño se ha visto ensombrecido por ataques de pánico y pesadillas.

Lina Solavita acaba de mudarse a Knockemout y es la nueva vecina de Nash. Inteligente y *sexy,* es la única que ve las sombras que oculta el jefe de policía. A Lina no le gusta el contacto personal, pero, por alguna razón, el tacto de Nash es diferente. Él también lo nota. Lástima que Lina tenga sus propios secretos y, si Nash descubre la verdadera razón por la que está en el pueblo, no se lo perdonará. Pero cuando Nash por fin decide lanzarse a por Lina, no se rendirá… incluso aunque tenga que enfrentarse a un peligro que casi acaba con él.

Número 1 en el *New York Times*

El gran fenómeno del año en BookTok

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El peor hombre de mi vida

Score, Lucy
9788419702142
432

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Ahí viene... el chico malo

La boda del año está a punto de celebrarse. La novia estará espectacular y el novio es el hombre perfecto para ella. Pero ¿qué hay de los invitados a la boda? Son una pesadilla. Y el padrino, el peor de todos.

Franchesca, la madrina de la boda, se toma muy en serio sus funciones. ¿Alguien secuestra al novio? No hay problema, ella se encarga de rescatarlo. ¿El padrino tiene un ego enorme? Por encima de su cadáver permitirá que arruine la boda de su mejor amiga. No importa lo atractivo que sea.

A Aiden Kilbourn, el padrino, no le interesan las relaciones, solo los negocios. Para él, conquistar lo inconquistable es el pan de cada día y así ha hecho su gran fortuna. Y no ha encontrado un desafío que no pueda superar. Pero ¿Franchesca Baranski? Esta chica sabelotodo de Brooklyn podría ser su perdición.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)